

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO (1478–1557)

*LIBRO DEL MUY ESFORÇADO Y INVENCIBLE CAVALLERO DE LA FORTUNA,
PROPIAMENTE LLAMADO DON CLARIBALTE*

INDICE:

CAPITULOS I–V
CAPITULOS VI–X
CAPITULOS XI–XV
CAPITULOS XVI–XX
CAPITULOS XXI–XXV
CAPITULOS XXVI–XXX
CAPITULOS XXXI–XXXV
CAPITULOS XXXVI–XL
CAPITULOS XLI–XLV
CAPITULOS XLVI–L
CAPITULOS LI–LV
CAPITULOS LVI–LX
CAPITULOS LXI–LXV
CAPITULOS LXVI–LXX
CAPITULOS LXXI–LXXV
CAPITULOS LXXVI–LXXXIII

Con Privilegio

Libro del muy esforçado y invencible Cavallero de la Fortuna, propriamente llamado don Claribalte, que, según su verdadera interpretación, quiere decir don félix o bienaventurado. Nuevamente imprimido y venido a esta lengua castellana; el qual procede por nuevo y galán estilo de hablar.

PRÓLOGO

Éste es un tratado que recuenta las hazañas y grandes hechos del Cavallero de la Fortuna, propriamente llamado Don Claribalte, que, según su verdadera interpretación, quiere decir Félix o bienaventurado, nuevamente escrito y venido a noticia de la lengua castellana por medio de Gonçalo Fernández de Oviedo, alias de Sobrepeña, vezino de la

noble villa de Madrid, el qual, dando principio a la obra, la endereça al sereníssimo señor don Fernando de Aragón, Duque de Calabria, según parece por el proemio siguiente.

Sereníssimo Señor:

Pues en parte tan remota de toda creación agradable os han traýdo los pecados de vuestros sevidores y criados, razón es que, en tanto que aquel soberano Rey de los Reyes qu'es sobre la Fortuna la convierta en el fin que vuestro real coraçón dessea, los que son del número de los vuestros procuren por todas las vías que pudieren de daros algún passatiempo; y assí yo, por no incurrir en género de ingratitud, lo quiero hazer.

E digo que, después que Vuestra Señoría está en esse castillo de Xátiva, anduve mucha parte del mundo, y discurriendo por él topé, en el reyno de Phirolt, que es muy estraño de aquesta región y lengua, el presente tratado; el qual, por ser tan agradable escritura, en la ora que la vi la dessee para vuestra recreación. Y con todos mis trabajos y inquietud puse por obra de la sacar de aquel bárbaro y apartado lenguaje en que la hallé por medio de un intérpetre tártaro, porque en aquella provincia de Tartaria es el dicho señorío Phirolt, sumariamente como mejor pude sin me desviar de la sentencia y sentido de la ystoria; y lo reduzí al romançe castellano.

Aunque después, estando yo en la India y postrera parte occidental que al presente se sabe, donde fui por veedor de las fundiciones del oro por mandado y oficial del cathólico rey don Fernando el Quinto, de gloriosa memoria, sin partir mi desseo de la vuestra, escreví más largamente aquesta crónica sin olvidar ninguna cosa de lo sustancial d'ella, continuando la sentencia ystorial en este estilo o manera de dezir, que no es tan breve como primero estava.

Espero en Dios que con esta leción Vuestra Señoría terná alguna ora menos importuna que las pasadas. Ved, pues, sereníssimo señor, este poco volumen de mi vigilia, y mandaldo corregir y favorecer para que con tan grande salvaguarda se muestre, pues el romançe es del tiempo, y la orden con que procede de algún arteficio y conforme a las lecciones que deven tener los cavalleros Y, aun para aviso de muchos trances de honrra en que tropieçan los que d'ella se precian, como por los rieptos y hechos de armas y amorosos exercicios que aquí se contienen, se puede notar.

Yo no he querido ocuparme en escrevir consuelos para el estado en que estáys, pues la verdadera felicidad en el fin de las cosas consiste y no en el principio d'ellas, y ninguna desventura nos ha d'espantar ni deve ser juzgada por tal fin que se vea en lo que la Fortuna fenece, pues sus movimientos por la mayor parte acaban al revés que comiençan. Quanto más que, aunque un hombre perdiesse todo lo del suelo no pierde nada en comparación de lo que espera en la otra vida, donde sin fin ni término permanece la gloria en los que desde acá baxo la procuran y no se desacuerdan de aquel eterno Dios, que sin méritos nuestros la concede al que en sólo Él confía. No sin causa dize Petrarca que si los mortales conociessen la carga del reynar, no contenderían tantas vezes dos

personas sobre un reyno, antes afirma que avría más reynos que reyes. Claro es el nombre y pesado el exercicio de tal oficio, de mucho peligro y de ningún reposo. Todo varón razonable avrá más lástima al príncipe que embidia. Y esto conocía bien el emperador Nerva, pues huía del imperio que contra su voluntad le hizieron aceptar. Y no estuvo lexos d'esta verdad Deocleciano, pues de su grado dexó el imperio, como quien no ynorava las congoxas del ceptro real; y, quando le tornaron a llamar para que bolviesse a tomar tal señorío, no lo quiso hazer, desechando tal estado y aviendo por de mal consejo a los que con muertes y trabajos le procuraron; y ovo por mejor un huerto qu'él plantó de su mano qu'el mismo imperio.

Assí que, serenísimo señor, pues todo esto conocéys más complidamente que se os puede referir, acordaos que prosperidades y desventuras, ora vengan o no por nuestros méritos, avemos de pensar que, lo que es bien, la bondad de Dios es lo que nos haze capaçes d'ello, y lo que es trabajo y angustia es mínima parte en comparación de lo que mereçemos.

Concluyo con que no ay en lo mejor del mundo bienaventurança merescida que no se deva sufrir con ygual ánimo, porque todo lo del suelo es transitorio. Quando más próspero estuvo Alexandre Magno, tuvo embidia a Diógenes; y esta misma deven aver todos los más cargados de embidia a los que, con reposados ánimos, se contentan de las obras de Dios, pues los fines no se pueden alcanzar ni conocer, y su misericordia es tanta que ninguna cosa haze fuera del propósito de nuestra salvación, si no le desconocemos. Y quando le plaze muda y convierte las cosas de manera que los juyzios humanos no lo pueden conjeturar ni dessear tan a su grado como la infinita providencia lo provee. Y, pues la espiriencia está tan clara de las mudanças del tiempo y conoscemos a Dios por superior, Él determinará vuestros hechos con prosperidad y porná en coraçón al cathólico rey don Carlos, nuestro señor, que os dé la libertad que los vuestros os dessean. Esto es lo que suele hazer Fortuna, apremiada de Aquél que tiene poder sobre ella. E porque consolar a vuestra grandeza no ha seydo mi intención por no ser llamado atrevido, sino traer a vuestra memoria con la vida del Cavallero de la Fortuna, cúa es la presente crónica, algunas de las cosas que han acaecido en el mundo y que cada día se veen por él semejante, para que considerando los reveses por donde passan los hombres veáys las adversidades d'este cavallero y en cuánta felicidad acabaron; que con esto podrá ocurriros algún espacio de olvido en las cosas que os dieren pesadumbre.

Mucho de lo que aquí se contiene estará continuado en las otras partes d'esta crónica, si vuestra Señoría mandare que en ellas se proceda, las quales serán muy más gratas a los oýdos de los letores que la presente, porque, demás de ser mayores y de más ystoria, tienen muchas cosas peregrinas y no vistas en otros tratados. Muchas vezes me maravillo, serenísimo señor, cómo una historia tan loable ha estado en todo oculta tanto tiempo en aquestos reynos, y por otra parte no me espanto d'ello, porque ni los primeros del Oriente saben las particularidades y hechos gloriosos que en España desde Túbal, su primero poblador, han acaecido, ni nosotros podemos enteramente saber los que en aquellas partes sucedieron desde sus primeros pobladores. Ni tengo por impossible cosa que vea d'esta calidad, porque, según quiere Justino en su libro segundo sobre la abreviación de Trogo, en la contención que ay entre los egipcios y tártaros sobre su antigüedad, da la victoria en

esto a los tártaros. Y puede ser verissímile que aquesto acaeciesse tantos tiempos ha que estoviesse olvidado, a lo menos para nosotros, que tan lexos bivimos de Tartaria. Y que agora pareciesse y viniessse a mis manos no es inconveniente, porque o mucho biviendo, o largamente leyendo, o mucho andando, hallan los hombres y alcançan con que puedan dar aviso a las otras partes; y por virtud d'estas tres maneras son los hombres sabios y salen de las ynorancias comunes del vulgo. Y quando algún murmurador quisiere dubdar de la presente historia, no podrá a lo menos quitarle el nombre de pulchérrimaficta.

CAPÍTULO I

En que declara quién fueron su padre y madre de don Claribalte, cuyo es la presente historia

En el reyno de Epiro, que antes se llamó Serpenta y al presente Albania, reinando Ardiano, un cavallero de la casa imperial llamado Ponorio, así como por su sangre fue illustre, por su persona y virtudes era el más estimado de aquel reyno. Y allende d'estas causas era casado con la duquesa Clariosa, hermana del rey Ardiano, con la qual grandíssimo dote alcançó de muchas villas y castillos. Y, puesto que d'estos bienes que quita y da la Fortuna mucha copia tuviesse, en aver algunos tiempos que era casado y no aver avido hijos, con mucha tristeza el duque Ponorio y la duquesa vivían. Y ya casi desconfiados de averlos, quiso Dios que de tan noble varón no faltasse subcessores, y seyendo complidos veynte años de su matrimonio, en los tres años siguientes parió la duquesa un fijo llamado Claribalte, de quien principalmente tratará la ystoria, y una hija llamada Liporenta.

Muy alegres bivieron de allí adelante Ponorio y la duquesa, y mucho aviso tuvieron en hazer criar y enseñar en las artes y avisos con que los príncipes se deven dotrinar desde su niñez a éste su hijo; y para esto le dieron por ayo a un cavallero de su casa y cercano deudo, llamado Laterio, virtuosa persona así en bondad y criança como diestro en cavallería.

Y como desde su nascimiento eligió Dios a don Claribalte (el qual de aquí adelante llama la ystoria don Félix por dexar este nombre bárbaro) para grandes hechos, naçió tan acompañado de buena fortuna que se pudo llamar espejo de los cavalleros militares de su tiempo. Y de tal manera sus gracias, virtudes y fuerças, creciendo su edad crescían que excedía la razón humana y claramente parecíe don del cielo, según las ventajas que a los de su edad y de más tiempo hazía, todo aquel reyno enteramente dava gracias a Dios en aver hecho tal persona, viendo su dispusición y hermosura y la biveza de su ingenio, la prudencia y sossiego que en él abundava, y la fortaleza y maña que tenía, la afabilidad y franqueza, el esfuerço grande que en él resplandecía.

Y esto se pudo muy bien juzgar desde su mocedad, porque seyendo de .xv. años se ofreció la sangrienta y espantosa batalla que ovo el dicho rey Ardiano con el rey de

Croacia, en la qual fue desbaratado y vencido el dicho rey de Croacia. Mas, antes que aquella jornada quedasse en determinación de vitoria, en onze oras que duró murieron sobre cinquenta mill hombres y se hizieron maravillosos y señalados fechos de cavallería, assí de la parte de los vencidos como por los que ganaron la empresa, y uno de los que mejor se señalaron en el dicho vencimiento fue don Félix. Porque, requerido por un cavallero llamado Cisaralt, a vista de ambas huestes y antes que la batalla campal se principiassse, hicieron armas de cuerpo a cuerpo y quedó el cavallero novel con la vitoria, y fue muerto el dicho Cesaralt.

Y en el istante qu'esto se hizo se travó la batalla de ambos exércitos, y finalmente quedó vencedor el rey Ardiano. El qual, el mismo día, assí como se vio señor del campo, armó en él doze cavalleros, los que mejor lo avían hecho, y el primero y más principal d'ellos fue don Félix, su sobrino, porque fue el que más honrra en aquel día ganó. Y éste fue el primero hecho de armas que hizo y la primera espiriencia de su persona en tales hechos; y dende adelante en grande estima fue mirado.

Pero, andando el tiempo, como ninguna virtud está sin embidiosos, algunos cavalleros cortesanos le desamavan; y principalmente Alberín, su primo, príncipe de aquel reyno, hijo mayor y erederero del rey Ardiano, puesto que se avían criado mucho tiempo juntos y el deudo cercano, que deviera bastar a que la embidia no tuviesse lugar ni poder en Alberín; mas en esta culpa no era él sólo.

El exercicio de don Félix desde que tuvo edad para ello fue en las armas; y todo el otro tiempo que d'esto vacava dispensó en la lición y estudio de las artes liberales, de las quales alcançó mucho. Tuvo por maestro Solarne, philósofo y varón grande, el qual le dezía que toviessse por mejor la memoria que con actos virtuosos de ssí dexasse que quantos estados en la vida posseyesse. Y no desacordándose d'este precepto, don Félix ofreció su persona a muy altas empresas, sin dexarse vencer de temor para emprenderlas ni faltarle coraçón para essecutarlas, ni mansedumbre para obtenerlas con todo triumpho.

En este tiempo que en la corte del rey estuvo, muchas vezes oyó loar la hermosura de Dorendayna, princesa de Inglaterra, la qual, según el paresçer de muchos, era la más hermosa del mundo y la más sabia donzella; y como d'estas dos excelencias su fama estava muy desparzida y notoria, antes que don Félix la viesse la amava, y le dio este desseo ocasión de no querer otra y de procurar de yr a verla. Y púsole más voluntad de la qu'él se tenía conoçer la mala intención del príncipe Alberín y de otros mançebos cortesanos, que por conformarse con él le tenían, porque finalmente la mayor parte de los cavalleros de aquel reyno estavan descontentos de don Félix, viendo cuánto resplandecía en el exercicio de la cavallería a causa de sus proezas; y juntávase con esto ser muy quisto de las damas y mugeres de alta guisa. Por muy diversas maneras le tentaron, assí en justas como torneos, a vezes con cautelosas formas de secretas aventajas, pensando poderle ultrajar y onrrarse d'él, como porfiando ocultamente de le apartar de la gracia del rey.

Mas el cavallero tan complido era de saber como d'esfuerço y cortesía, y tanto alcançava su juyzio en las cosas que contra él se ordenavan que, con su discreción y cordura,

quando más perdidas yvan y aparejadas en su daño, las sabía assí ordenar y regir su persona que de todo salía honrrado y glorioso. Y, quanto más a grado de todos él procurava bivar, tanto parescíe que crecía la yra en los embidiosos, buscándole más ocasiones para que errasse.

Y con esta opinión el príncipe Alberín, con otros cavalleros de casa del rey, acordaron de hazer justas y torneos, y suplicaron al rey que lo oviesse por bien, y señalasse el tiempo y s'escriviesse y pregonase por los reynos comarcanos y otros estraños para que los cavalleros aventureros y de alta sangre toviessen lugar de venir a aquella corte, señalando las condiciones y precio.

Mas, aunque parecía que liviano principio era el que le llevavan los torneos y justas que le suplicavan que oviesse, más grave y profundamente lo entendió el rey, porque sabía por relación y aviso de muchos sabios de Grecia que avía de aver el año siguiente en su corte muchas justas y torneos, y que de su casa y sangre avía de ser el vencedor y triumphador, y para quien estava guardada la Espada de la Ventura, como más adelante dirá la hystoria. Y como vio que sus hijos tan ahincadamente le pedían los torneos, el rey se lo concedió. Y diputó el plazo y lo que avían de durar las justas y torneos, y los precios, y s'escrivió y hizo saber con diligentes correos y pregonarse en muchas partes.

Pero la intención del príncipe y de los que aquesto movían no se endereçava sino pensando ofender a don Félix. Y salióles de otra manera, porque conociendo él sus dañados propósitos y por desviarse de atravesar con sus primos, y aún porque sobre todas las cosas del mundo desseava conoçer la princesa de Inglaterra y bivar algún tiempo como cavallero de aventura, determinó de yr fuera del reyno, lo qu'él hizo pocos días después qu'el rey concedió los torneos, como se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II

Cómo don Félix pidió licencia al rey para salir de su corte y reynos, diziendo que quería yr en Italia, porque ninguno supiesse que yva a la ysla de Inglaterra; y el rey se la dio, aunque mucho le dolió su partida

Así como don Félix tuvo determinación de salir de Albania por las causas que en el capítulo antes d' éste se dixeran, porque no se dixesse que sin licencia del rey se partía en tal tiempo y por escusar que en él se hablase mal, acordó de pedir licencia al rey. Y una noche, como le pareció que para ello avía más oportunidad, le dixo que quería passar en Ytalia a ver aquella tierra, así porque es la mejor del mundo, como por ser la más belicosa y próspera que en él a la sazón havía, y porque desseava saber para lo que su persona era. Y con mucha voluntad suplicó al rey que oviesse por bien su camino, ofreçiéndose de serle tan buen deudo y servidor como era razón do quiera que se hallasse.

Al rey pesó mucho de ver quán ahincadamente don Félix se quería partir y, pensando poderle mudar de su propósito, le dixo:

–Sobrino, si el amor que os tengo en vos tiene parte, yo os digo que al presente ni a mí ni a vos conviene tal jornada, y que la devéys escusar, pues sabéys quán presto se esperan en mi corte muchos cavalleros valientes y valerosas personas a quien yo he escrito para que les plega venir a las justas y torneos que están aplazados. Y, si vos en tal trance n'os hallásedes, yo sería mal aconsejado en averos dado tal licencia y dexaros partir antes, y aun vuestra onrra vituperada si no esperásedes, porque todos dirían que los loores que de vos en toda Europa se saben y por las otras partidas del mundo suenan son al contrario, y que de temor vos apartastes en tal tiempo de aquí. Por mi amor os ruego que dexéys tal viaje, o a lo menos se dilate hasta que sean passadas las justas y torneos; y dende adelante será más loado vuestro desseo, porque la mayor esperança que tengo de quedar loados los cavalleros de Albania es en sola vuestra persona, puesto que aya muchos que de más edad y exercicio que vos tengan espiriencia en armas. Pero vuestra fortaleza y maña Dios os la dio para que me honrrásedes y os manifestásedes por uno de los más acabados cavalleros d'estos tiempos y de los passados. Y no tengáys a mal dexar esse camino, o a lo menos dilatarle, como ya os dixé, estando las cosas en el estado que veys, pues tenéys entre manos largo aparejo para espirimentar vuestra persona y hazerla conocida por lo que es.

–Poderoso señor –dixo don Félix–, yo conozco que hago descortesía a vuestra real persona en dexar de hazer vuestro mandado; pero, como me quiero guardar para las veras de vuestro servicio, no os deve penar que en las fiestas semejantes yo me halle fuera d'ellas. Yo estoy puesto en no dexar mi partida, y con esta determinación os suplico ayáys por bien que la ponga por obra, que presto verná tiempo que me veáys en cosas que más os sirva. Y, porque mi voluntad está prendada para poner en essecución mi jornada, digo, señor, que desde agora me despido de vuestra real presencia hasta que Dios aya por bien que torne ante vuestra majestad y servicio, puesto que d'ête en ningún tiempo saldré. Y pido's, señor, por lo que sé que avéys de sentir la pena que han de tener Ponorio y la Duquesa, mis padres, hasta saber de mí, que vuestra merçed sea de les escrevir que por vuestro mandado estoy en otra parte donde más os sirvo, porque esta esperança los tenga en vida.

Y dicho esto, hincó las rodillas y besó las manos al rey, y él se las dio con hartas lágrimas, porque mucho le amava, y grandemente le pesava su partida. Pero en fin, como vio su determinación, acordó de darle licencia, puesto que tanto le doliesse, y porque al tiempo que don Félix nació muchos sabios pronosticaron y escrivieron que avían de ser maravillosos sus hechos. Y el rey pensó que ya la ventura le devía llamar y que no era bien escusársela, pues él sabía que de aquel mançebo havía de suceder gran cosa, ca el rey muy entendido era en el estrología y cosas naturales; y por esto las postreras palabras que le dixo fueron éstas:

–Don Félix, pues os parece que os está mejor la partida que quedar en estos reynos para descanso de la vejez de mis hermanos, vuestros padres, y mía, quiero deziros mi parecer, no desloando vuestro desseo, que es de generoso coraçón. Los reynos, la nobleza, la honrra y la riqueza, assí como vienen por caso, assí se gobiernan por el tiempo. Procura conoscer éste y vuestra persona y veréys lo que podréys, y no emprenderéys cosa que os sea verguença ni os dexé sin triumpho. Temed a Dios y sed piadoso, y hallaréys piedad y

socorro. Acuérdoos qu'el tiempo que se os passare será la mayor pérdida que os podrá venir si bien y virtuosamente no usáredes d'él.

Y dicho esto dióle su bendición, y el noble cavallero notó muy bien estas palabras, aunque de compassión de la pena qu'el rey sintía y de la que consigo tinie de dexarle no pudo responder palabra. Y arrasados los ojos de agua se salió de la cámara del rey, el qual essa misma noche le embió una gran suma de oro con su camarero y muchas joyas, y pieças de armas muy singulares y seys cavallos, los mejores qu'él tenía.

CAPITULO III

Cómo se partió don Félix de la corte del rey de Albania y del camino que hizo, y cómo mandó que sus criados le esperassen, y de lo que le acaesció en la corte del rey de Francia

Otro día siguiente en amaneciendo, don Félix tomó consigo un cavallero suyo, que avía seydo su ayo y se llamaba Laterio, y le dixo cómo le convenía hazer un largo camino; por ende, que le pluguiesse de le seguir y, que si él no yva con él, que él entendía de ir solo y en poridad. Le dixo que su fin era de yr a Inglaterra y ver la princesa y servirla con su persona. E Laterio le dio muchas gracias, porque le paresció que elegirle para aquel trabajo no era sin sobrado amor y confiança, y le dixo que, pues sobre determinado acuerdo le parescía que aquel camino quería hazer, que él holgava de yr en su servicio y compañía, y que devía dexar orden en su casa para que los suyos l'esperassen o darles licencia. Y don Félix le dixo que su voluntad él gela gratificaría; y que en lo demás, porque él estava de propósito de partir en aquella ora, que lo que havía pensado hazer era escrevir una carta, que tenía en la mano, para Rodoal, su mayordomo mayor, y para todos los otros sus criados, por la qual les dezía lo que avían de hazer, y a Laterio le paresció buen acuerdo.

Y en continente don Félix hizo llamar a Rodoal y le leyó la carta, y le dixo que el siguiente día la mostrase a sus criados y les dixesse lo que la carta dezía, que era qu'estoviessen en aquella corte todos y se les diessen sus salarios; y que les rogava y mandava que le esperassen y, puesto que tardasse algún tiempo, que no se les hiziesse de mal atenderle, offresciéndoles crescido galardón por ello. Y dio a Rodoal muchos dineros para complir lo que le dexava mandado, y ordenóle todo lo que havía de hazer; y mandó que a ninguno de los suyos despidiesse y que les dixesse que él era ydo en cierto peregrinaje, de donde con ayuda de Dios tornaría presto.

Y acabada esta plática, don Félix y Laterio en sendos cavallos se partieron sin que otra persona con ellos fuesse, ni ninguno supiesse el camino que llevavan.

Y no passaron tres días después de su partida sin grande murmuración que d'él se hazía. Los que no le tenían buena voluntad cargávanle culpa en dexar la corte en tal tiempo, y notávanselo a covardía. Los que le amavan, que eran más, escusávanle, porque sabían que ningún cavallero de aquel reyno le hazía ventaja. Y d'esta manera a pro y a contra

nunca faltava esta plática, ni cessó hasta que llegó a oídos del rey; el qual dixo que don Félix era ydo con su licencia en parte que se tenía por muy servido d'él. Y d'esta manera cessó este juyzio, y no cessaron muchos sospiros en la mayor parte de aquel reyno, porque le parecía a todos que perdían un valeroso cavallero, y que cada día les haría más falta.

Dize la ystoria que don Félix y Laterio, después que salieron de la corte, se fueron por postas fuera del reyno, y que en pocos días llegaron en la corte del rey de Francia, y que allí se pregonavan los torneos que se avían de hazer en Albania al año siguiente. Y que el Dalfín de Francia, con diez cavalleros, los más señalados y aprovados de aquel reyno, se aparejavan para yr en Albania, y que hazían grandes gastos de armas y muchas ropas y atavíos para fiestas; y qu'el rey quería que fuesse muy bien adereçado, pues tenía persona para adquerir honor y ya era usado en las armas y aún muy aventajado príncipe en ellas. Y que desde a dos días que don Félix llegó a aquella corte vido justar al Dalfín y a tres cavalleros, de aquellos diez que avían de yr con él, y que lo hizieron muy maravillosamente, en especial el Dalfín, que era muy diestro y hermoso cavallero.

Y que en la noche ovo fiestas de danças, y don Félix fue desconocido y como extranjero a verlas, y procuró de ponerse cerca de las damas por ver la manera d'ellas y de los cavalleros cortesanos que allí había (nótese que allende las otras gracias qu'este cavallero tuvo, fue en una muy especial de que se aprovechó mucho: que era ser muy bien hablado en diversas lenguas, entre las quales la francesa assí hablava como si en París se criara). Y como su disposición era muy estremada, aunque quiso so ábito dissimulado mostrarse, por su hermosura no pudo tanto encobrirse que los que cerca d'él estaban no le honrrasen, estimándole por persona generosa.

Y acaso acertó a estar cerca de un cavallero, de los que mejor habían aquel día justado, y de dos damas de las más principales, porque la una era sobrina del rey, la qual se llamava Lucrata, y la otra era hermana de aquel cavallero que con ellas estava, que se dezía el gran Ricardo. Éste era, assí mismo, muy deudo del rey. Y la Lucrata dixo a don Félix:

–Cavallero, si por bien lo oviéssedes, mucho querría saber si soys d'este reyno, y vuestro nombre.

Y don Félix dixo:

–Señora, yo soy extranjero, y tengo propuesto callar mi nombre algún tiempo; mas si algo os fuesse en saber quién soy, por cierto yo os hiziera pequeño servicio en dezirlo.

Estonces Lucrata le dixo:

–Pues hazedme una gracia, y sea dezirme si soys cavallero que podáys contaros por noble en sangre.

–En verdad, –dixo don Félix–, en essa possission nascí, y hasta agora doy gracias a Dios. Conocido soy fuera d'estos reynos por tal.

Estonces la donzella se holgó mucho y le dixo:

–¿Avéys estado algún tiempo en Inglaterra?

Y el cavallero le dixo que no, y preguntóle que por qué lo dezía. Y Lucrata dixo así:

–Desseo que fuéssedes en aquel reyno y viéssedes su hija del rey de Inglaterra, mi tío, la qual, por juizio de muchos, es oy de todas las mugeres que biven la más hermosa y rica, porque de más de ser eredera de sus padres, la dotó Dios sobre todas assí en hermosura como en bondad y criança. Y, como conosçe aquestas partes que en sí tiene, está determinada de no casar sino con el más valiente y mejor cavallero del mundo. Y porque yo me crié con ella, algunas vezes hablando en esto yo le dezía que nunca se vería alegre si, aunque casasse con el más valiente y mejor cavallero del mundo, éste fuesse de disforme dispusición y baxa sangre. La qual me dixo que el que avía de ser su marido tan acabado sería en lo uno como en lo otro, y que yo le havía de hablar y ver primero que ella. Yo ternía a muy gran bienaventurança que vos fuéssedes éste; porque mis ojos hasta oy nunca vieron hombre tan bien dispuesto ni más cortés.

Y assí lo affirmavan la otra donzella y el gran Ricardo.

Y casi afrontado de vergüença, saliéndole muchas colores en el rostro, dixo:

–Señoras, creo que os juntastes con este cavallero a burlar de mí, y yo por burla tengo vuestras palabras. Mas tened por cierto que, aunque no basten mis fuerças a empresa tan alta, que basta mi pensamiento. Yo no he visto a la princesa de Inglaterra, mas sé de muchas personas que es tal como dezís, y que será dichoso el cavallero que fuere dino de tal muger más que todos los que Dios ha hecho. Yo sé que me falta mucho para mereçerla, y no me faltaría nada para quererla y emplear mi persona y vida en su servicio. Dicho me han que muchos cavalleros andan por el mundo vagando por su causa, y yo me ternía por ganado si en este número me viesse. Y, porque yo voy adelante y no sé si passaré a Inglaterra, si vuestra merçed lo oviere por bien, yo procuraré de verla de vuestra parte.

–Muchas gracias os doy, cavallero, –dixo Lucrata–, que en verdad merçed rescibo en esso. Y porque creáys que es cierto lo que digo, yo le escribiré con vos.

Y con estas palabras y otras muy dulçes quedaron por muy amigos don Félix y aquella señora, la qual no se hartava de verle, y le tomó juramento que le dixese si era francés, porque hablava tan bien la lengua que no podía creer que era estrangero; y él le juró que era de muy apartada naçión. Y en secreto le dixo que otra cosa no le avía sacado de su tierra sino el desseo de ver a la princesa de Inglaterra, y que no pensava darse a conoçer a ella ni a otra persona hasta que sus obras le hiziessen conoçido.

Y con esto se despidió don Félix d'estas damas y de Ricardo, y se fue antes que la fiesta se acabase. Mas assí como él bolvió las espaldas, Lucrata embió un paje tras él para que supiesse su possada sin que don Félix lo entendiesse. Y como el paje lo supo tornó y le

dixo dónde quedava. Y como las danças fueron acabadas y los cavalleros y damas salieron de la casa real, esta señora que avía hablado con don Félix se retruxo en su cámara y en esse punto escribió una carta para la princesa de Inglaterra, la qual dezía: "Si ha de ser éste, yo le vi primero". Y muy cerrada y sellada la carta se la embió luego con el mismo paje, y le dixo que le dicesse que se acordasse de dar aquella carta y que le embiasse la respuesta por lo que devía a cavallero. Y don Félix le embió a dezir que él se lo suplicaría si Dios le hiziesse digno de hablarla.

Y no desde a dos oras que tuvo la carta se partió de París.

CAPITULO III

Que trata de cómo don Félix y Laterio passaron en la ysla de Inglaterra, y de la información que le dio un huésped que tovieron en Londres de las justas que desde a pocos días avía de aver, y cómo la princesa avía de dar el precio al que mejor lo hiziesse, y cómo don Félix se apercibió para aquellas justas.

Como don Félix tuvo la carta que Lucrata le embió para la princesa, essa misma noche desde a poco más de ora y media que la rescibió se partió de París con su amigo Laterio, y por sus jornadas llegaron a Calés, que a la sazón se llamava Angosto Passo, de donde passó en el reyno de Inglaterra por aquel estrecho de mar. Y desde allí se fue a Londres, y apeóse en un mesón, donde le pareció que podría estar más cerca del palacio del rey. Y aquella noche que llegó, él y Laterio cenaron con el huésped; y después de la cena començaron a hablar, porque tan diestro era don Félix en aquella lengua como en la de Albania (comoquiera que, pensando averla más menester, mejor procuró de saberla); y entre muchas preguntas que hizo preguntó muy por estenso la manera de la corte y las costumbres de los cavalleros y gente principal, y cómo tratavan a los estranjeros, y si quando avía fiestas si la princesa salía a ellas. Y el huésped le dio entera relación y cierta de todo lo que quiso saber, y le dixo así:

–Sabed, gentil hombre, que los cavalleros estranjeros son bien mirados, porque la princesa es una de las mugeres que oy más sabe en el mundo, y por su saber ha alcançado ue ha de casar con un cavallero de fuera d'estos reynos, y d'esta causa el rey tiene mandado que ninguna persona estrangera en todos sus reynos sea mal tratado ni desfavorecido. Y cada vez que ay justas y otras fiestas la princesa sale a las ver, y dança con el cavallero que mejor lo ha hecho aquel día en el torneo o justa.

“ Y si vos, señor, soys hombre de las armas, yo vos digo que de oy en veynte días está aplazada una justa en la qual dizen que ha de aver muy principales cavalleros. Allí podréys mostrar para lo que soys, y si por vuestra ventura lo hazéis mejor que todos, passada la justa la princesa dançará con vos. Y aviso's qu'está pregonado que la princesa ha de dar una joya a quien más honrra ganare, la qual nunca ella ha dado a ninguno. Y a esta causa son venidos muchos cavalleros estraños. Y sabed que a esta corte han venido

cartas de Albania y se ha pregonado que allá ha de aver ciertas justas y torneos, y muchos cavalleros d'este reyno que fueran allá ydos y tienen fecho muchos gastos y atavíos dicen que, pues la princesa ha de dar joya, que quieren esperar y procurar que no la gane extranjero, y que passada la justa que yrán a Albania.

Y el cavallero se holgó mucho de las nuevas que su huésped le dezía. Y con esto dieron fin a su habla.

Y luego otro día siguiente començó secretamente de buscar armas y aderesçar lanças y las otras cosas que le convenían, y a su huésped rogó que le buscasse un par de cavallos muy buenos y que por prescio, aunque grande fuesse, no los dexasse; y assí lo hizo, y los halló qual convenían. Y todo lo que más ovo menester para armar y ataviar su persona y cavallos lo proveyó y tuvo a su voluntad, como hombre que pensava mostrarse y hazerse conoscer por sus manos y cavallería.

CAPITULO V

Cómo en el tiempo que corrió hasta llegar el día de la justa don Félix vido a la princesa yendo dissimulado a palacio, y le pareció tan hermosa como avía oído, y quedó muy enamorado d'ella

Dize la ystoria que en este tiempo qu'el plazo corría para llegar el día de la justa, don Félix se adereçó de todo lo que tenía nescessidad para salir a ella. Y procuró entre aquesto de ver la princesa, y como hombre de baxa manera yendo a palacio y continuándolo muchas vezes la vido muy a su plazer, y la juzgó por la más hermosa persona del mundo, como en la verdad lo era, puesto que para este juyzio él havía de ser más señor de ssí y tener más libertad de la que le quedó, porque ninguna persona se vido tan vencida ni sujeta de amor quanto don Félix lo estovo de la princesa desde la ora que la vido. Y assí lo estoviera ella d'él si se le diera a conoscer.

Con este exercicio de no perder día ninguno de yr a palacio pasó su vida con mucho desseo y pena, sin comunicar su congoxa a persona del mundo, sospirando porque llegasse aquel día en que pensava mostrar su persona y valor. Y no estavan fuera d'este cuydado algunos cavalleros extranjeros y aún naturales de aquel reyno, que no tiníen perdida la esperança de ganar el prescio, ni a otra cosa avían venido a Londres.

El tiempo se cumplió, y cada uno mostró su poder, y la Fortuna el suyo.

CAPITULO VI

De lo que passó el día de la justa y de las cosas y maravillosos encuentros que don Félix hizo, y cómo salió devisado, y por qué se llamó dende en adelante el Cavallero de la Rosa, y cómo ganó el precio

Llegado el día de la justa, que fue muy claro y aplazible para verse tanto número de cavalleros principales tan bien armados y tan diestros, don Félix como hombre de hecho se armó, y salió vestido de negro, y los paramentos de sus cavallos de lo mismo, y tomó por devisa y çimera sobre sus armas y atavíos una rosa blanca (porque aquésta era la devisa y enseña de la princesa y del rey, su padre); y sobre los paramentos yvan sembradas muchas rosas, puestas por tal concierto y manera que, aunque no yva tan rico como otros que a la justa salieron, era el más luzido y más mirado de todos. Y así como fue de día se encomendó a Dios y le suplicó que le guiasse y favoreçiesse, y comió dos bocados en pie ya, siendo armado con poco reposo de ánimo, porque desseava verse en el hecho. Y como supo qu'el rey y la princesa eran salidos a ver la justa, y que esperavan a los cavalleros aventureros, luego don Félix tomó el yelmo y le dieron un muy hermoso cavallo. Y su persona armada de todas las armas a punto de guerra, porque así se avía de hazer la justa, la qual con el preçio d'ella se ganava por quatro carreras las primeras, y los juezes d'esto avían de ser el rey y la princesa.

Y así se fue a la tela solo, porque, como era extranjero, no tuvo quién le hiziesse compañía, y púsosse al un cabo de la tela como hombre apartado de conversación, puesto que su disposición y armas y el gentil semblante que en ellas mostrava y aquella devisa de la rosa fueron causa para que todos en él mirassen mucho, y la princesa mucho más. Y como el rey lo vido estar solo, mandó a su cavallerizo mayor que fuese al Cavallero de la Rosa (y así lo llamaron de ay adelante) y supiesse d'él si era del reyno o extranjero, y le dixesse que le rogava le embiasse a dezir su nombre. Y el cavallerizo, cumpliendo el mandado del rey, llegó al Cavallero de la Rosa y le dixo:

–Cavallero: el rey, mi señor, os ruega por lo que devéys a cavallería que le embiéys a dezir si soys d'estos sus reynos, y cómo es vuestro nombre, que en gran servicio os lo terná, y así os lo digo de su parte.

El Cavallero de la Rosa le respondió:

–Cavallero, dezid a Su Alteza que yo soy extranjero en verdad, y que, pues de dos cosas le he dicho la una, que suplico a Su Alteza no quiera saber ni nombre hasta que el nombre sea digno de que se sepa.

Y con esta respuesta el cavallerizo se fue al rey y a la Reyna y a la princesa, y les dixo lo qu'el cavallero dezía. Lo qual fue muy notado, y al rey y a todos los que aquello oyeron les pareçió que aquel cavallero devía ser de alta guisa y mucha cordura, y que bien lo mostrava en lo que dezía; y no le quiso importunar. Mas mandó al mismo cavallerizo que le sirviesse de la lanças y le acompañasse, porque, aunque no oviesse otra causa sino ser extranjero y averse presciado de se armar y señalar sobre sus armas de la empresa de la rosa, le parescía al rey que le era obligado, y que aquel cavallero devía ser aficionado a él y a su casa, o ser de su misma sangre. Y, visto el mandado y voluntad del rey, el cavallerizo mayor se fue al Cavallero de la Rosa y le dixo:

–Cavallero, podés vos dezir que el rey, mi señor, vos comiença a hazer más favor que a cavallero extranjero él suele hazer sin le aver conoçido, porque en verdad grande es el

amor que Su Alteza muestra teneros. Hame mandado que como a su persona os siga y acompañe en esta justa, y cierto assí lo haré. Y yo desseo que vuestra fortaleza o ventura fuessen oy tan conformes que os diessen la vitoria, y que vuestra destrez fuesse tan bien mirada como lo es vuestra persona y disposición.

El Cavallero de la Rosa dixo que besava los reales pies y manos a Su Alteza y a él se lo tenía en merçed, y que bien creya que, si la Fortuna en este trançe no le era contraria, que con tan señalado favor y merçed y con tal compañía avía de llevar lo mejor de la justa.

Y en este tiempo llegaron luego a la tela el príncipe de Escoçia y el infante de Dignamarca y un hijo del duque de Borgoña, y otros muchos cavalleros estranjeros, y también otros de aquel reyno. Y como avía algunos días que se esperaba esta jornada, aunque eran estranjeros, todos se avían dado a conoscer los unos a los otros y se reconocían ya en sus armas y criados y en sus devisas, pero ninguno conocía al Cavallero de la Rosa; y como le vieron ser el primero en el campo, y llegaron casi a un tiempo el príncipe de Escoçia y el infante de Dinamarca, entre ellos ovo alguna contención sobre cuál correría su lança primero con el Cavallero de la Rosa.

Y, como el rey quiso saber sobre qué debatían, embióles a dezir que, pues la princesa su hija era juez y avía de dar el prescio, que no avían de correr sino por la orden que ella lo ordenasse. Y al príncipe y al infante y a los otros cavalleros les plugo tal difinición, y la princesa dixo luego que corriesse con el Cavallero del la Rosa el que antes avía seydo armado cavallero de los que estaban allí. Y por esta razón corrió primero un cavallero llamado Urial, hijo del duque de Millán, y muy señalado en cavallería. (Era tal costumbre en las justas de aquel tiempo, o a lo menos en aquel reyno estonçes, que, aunque fuesse el prescio a ciertas carreras, quedasse por mantenedor en la tela el que mejor lo hazía, hasta que otro por buena justa le sacasse de la tela; y por esta orden justavan, puesto que para el preçio se contassen las quatro carreras primeras y no más, aunque fuessen más señaladas las otras, o mejor corridas).

Assí como la princesa declaró que Urial avía de correr primero y después según cada uno viniessse a la tela, Urial tomó una gruessa lança, que bien le pareçió que la avía menester. Y el Cavallero de la Rosa ya tenía otra bien gruessa, porque en el peso cada uno tenía licencia de hazerla tan gruessa y cargada como quisiesse, con tanto que todas fuessen de una medida. Y luego se fueron el uno contra el otro quanto bastava la fuerça de los cavallos, y el Cavallero de la Rosa le dio tan grande encuentro a Urial en la vista que le sacó la alta pieça de la cabeça y rompió la lança en muchos pedaços, y le hizo quedar tan atónito del encuentro que sin sentido lo llevaron de la justa. Puesto que Urial rompió su lança muy bien, pero no hizo más mudança en el Cavallero de la Rosa que si no le oviera encontrado, de lo qual se maravilló mucho el rey y quantos lo vieron, porque era de grandes fuerças Urial y llevaba muy poderoso cavallo, y aún dize el ystorial que no sólo fue loado el encuentro qu'el Cavallero de la Rosa avía fecho, pero que fue causa de ser temido de los otros que esperavan correr con él.

Para la segunda carrera no ovo contención entre el príncipe de Escocia y el infante de Dinamarca. Y el príncipe corrió tras Urial, y como todos desseavan llevar lo mejor, así

como el uno partió contra el otro con sendas lanças muy rezias –porque assí lo eran las fuerças de ambos y casi de una edad– diéronse tales encuentros que fue juzgado por todos los que allí se hallaron que en una carrera nunca tan grandes encuentros avían visto. Porque el príncipe le encontró al Cavallero de la Rosa en la buelta del escudo, y le hizo tomar tal revés que se le apartó el cavallo de la tela más de cinco passos, y rompió su lança en muchas pieças. Mas no hizo desdón su persona: el Cavallero de la Rosa encontró al príncipe en medio del escudo y dióle tal encuentro que dio con él y con el cavallo en tierra, y le quedó hincado un troço de lança en el escudo, el qual le passó; y si debaxo no llevara muy buenas armas le matara.

Muy maravillada quedó la princesa de aquello, y así mismo el rey y todos los cavalleros, porque hasta entonces este príncipe d’Escocia era tenido por el mejor justador que jamás se vio en aquel reyno, y demás d’esto era muy valeroso varón, y en esfuerço se avía muy bien señalado en muchas partes. En este punto començaron el rey y la Reyna y la princesa y toda la corte a una boz a loar el Cavallero de la Rosa y dezir que era el más diestro y rezio y más hermoso justador que en el mundo avía; y todos desseavan que fuesen acabadas las justas por ver su rostro. Y rogavan a Dios que no quisiesse que su persona fuesse menos acabada y gentil sin arnés de lo que su dispusición armado se mostrava. Y la princesa estava ya tan aficionada al Cavallero de la Rosa que nunca assí le pareció otra persona, y por su onestidad no osava loarle todo lo que ella quisiera, y también porque no paresciesse que vituperava o desdeñava a los otros cavalleros estranjeros y de aquel reyno que la pedían y la desseavan servir.

Uriel ni el príncipe d’Escocia no justaron más, ni pudieran aunque quisieran. Antes, assí como el príncipe cayó de su cavallo con él, puesto que no quedó herido, se fue a desarmar y tornó luego a las justas, y se subió a par del rey y començó a dezir tanto bien del Cavallero de la Rosa que en otra cosa no hablava sino en loores de su persona.

El terçero que corrió contra el Cavallero de la Rosa fue el infante de Dinamarca; éste no era tan rezio como diestro, y como este exerçio quiere lo uno y lo otro, el Cavallero de la Rosa le derribó de la silla y le quebró el arzón postrero, y quebró en él su lança por muchas partes, y hizo poner al cavallo del infante las ancas en tierra, y el infante le herró al Cavallero de la Rosa.

Vistas estas tres carreras, todos los que allí se hallaron quedaron muy admirados y dezían que aquel cavallero era el más acabado y el más dino en armas de aquel tiempo.

La quarta carrera que corrió fue con su hijo del duque de Borgoña, el qual era muy cursado en tal exercicio, y pensava llevar lo mejor d’esta jornada quando allí vino. Pero como avía visto lo passado, otra cosa le pareçie. Era varón de gran fortaleza y traía muy singulares armas y cavallo, y con esto entera confiança de salir mejor que los tres que avían corrido; y por esto embió a dezir al Cavallero de la Rosa que oviesse por bien, después que passassen sendas lanças, que se diessen ciertos golpes de espada, porque en ello era uno de los que hasta entonces en aquellas partes mijor lo avían fecho. El Cavallero de la Rosa le embió a dezir que a él le faltava una lança por correr; que le pedía por merçed que con él o con otro se la dexasse romper, y que, hecho aquello, si el rey y la

princesa oviessen por bien que de justa se tornasse en torneo, que él holgaría d'ello, porque desseava complir su requesta.

Como en estas palabras passó algún intervalo de tiempo, aunque fue poco, el rey y la princesa, que eran juezes, bien vieron los mensajeros que del uno al otro yvan, y quisieron entender aquello. Y como les fue dicho lo que aquellos dos cavalleros se avían embiado a dezir el uno al otro, loaron la respuesta del Cavallero de la Rosa, porque les paresció que devía ser muy sabio y cortés. Y en esse punto embiaron a dezir al cavallerizo mayor que dixesse al cavallero, su ahijado, que quien tan bien lo avía hecho en las tres carreras no se excusasse de correr la quarta.

Y luego tomó una lança gruessa y el cavallero borgoñón tomó otra tal, y diéronse muy grandes encuentros porque el Cavallero de la Rosa perdió gran pieça. Y el cavallero borgoñón gela llevó del encuentro y rompió su lança muy bien; y el Cavallero de la Rosa le encontró en la vista y le metió dentro del yelmo la punta de la lança, y le dio una herida en el rostro. Y si poco más en lleno le encontrara, ningún remedio tuviera; y quedóle el hierro con más de dos palmos de asta metido por la vista. Y le hizo dar cinco o seys cabeçadas en las ancas del cavallo; y por el troço de la lança salía mucha sangre, puesto que la herida no era mortal, ni los miradores pensavan que dexava de serlo, antes creýan que lo avía muerto, y todos tenían pena d'esto, porque era muy buen cavallero éste de Borgoña y bien quisto en aquella corte, y cercano deudo del rey, porque era hijo de su prima.

Y como andava assí desatinado del grande encuentro, el rey lo mandó socorrer, y muchos se llegaron presto a él y lo apearon y desarmaron luego, aunque mucho trabajo en ello tovieron; pero como vieron que hablava, túvose esperança que la herida podría tener remedio. Y sin duda el que más pena d'esto tenía era el mismo Cavallero de la Rosa, porque, aunque desseava honrra, no la quisiera con la muerte de nadie. No quiso correr más lança hasta saber qué tal estava el cavallero de Borgoña; mas como le desarmaron y se vido que la llaga no era de peligro, todos quedaron regozijados de la vitoria del Cavallero de la Rosa y muy aficionados a él. El cavallero de Borgoña le embió dezir que le tenía en merçed la pena que avía tenido, y que holgasse, pues no era de peligro, como a él le plazía de aver rescebido aquel encuentro de la mano de tan gentil cavallero.

La respuesta del Cavallero de la Rosa fue tenerle en merçed lo que dezía y embiarle a dezir que ninguna cosa le pudiera suçeder de que tanto holgara como de saber qu'estava bueno y que lo demás, cosas eran que guiava la Fortuna; y que a él le parescía sentía su persona más el encuentro qu'el cavallero de Borgoña le avía dado que no sentiría él el suyo.

Y porque sería largo d'escribir las proezas y cosas qu'el Cavallero de la Rosa en esta justa hizo con todos los que con él justaron, dize la hystoria que derribó nueve cavalleros y cinco cavallos, y que quebró treynta y seys lanças sin errar ninguna ni hacer desdón ni cosa que se le pudiesse afear. Y tan rezio y bivo anduvo en el fin de la justa como en la primera lança que aquel día rompió, de guisa que assí los cavalleros que justaron como los que miravan la justa dixeron qu'el preçio de aquel día y de todos los cavalleros que

jamás justaron le avía ganado el Cavallero de la Rosa. Y todos desseavan saber qué prescio le daría la princesa, y mucho más desseavan verle y conoscerle.

Como la noche dio término a la justa y cessó, todos aquellos cavalleros se fueron a desarmar, y el Cavallero de la Rosa se fue al mesón donde possava, contra la voluntad del cavallerizo mayor, que no quisiera dexarle apear allí, sino llevarle a su casa, pero no lo pudo acabar con él. Y como vido que de aquél lo holgava no quiso más porfiarlo; mas apeósse con él y ayudóle a desarmar por le ver y hablar fuera del yelmo. Y como le vido, quedó espantado de ver tan complida disposición y hermosura, y tan gentil criança y cortesía, puesto que todo esto estava en edad de .xxii. años que el cavallero avía. El cavallerizo mayor le pidió por merçed que no se fuesse a la fiesta sin él y que le esperasse, porque él quería venir a le acompañar, como después lo hizo. Y el Cavallero de la Rosa le prometió de hazerlo así.

CAPITULO VII

Cómo el cavallerizo mayor del rey, después que dexó al Cavallero de la Rosa en su posada, se fue al rey y a la reyna y a la princesa y les dixo quán gentil hombre era el Cavallero de la Rosa quitadas las armas, y de cómo bolvió por él para traerlo a la fiesta; y de lo que el rey le embió a dezir con el cavallerizo, y le hizo llevar una ropa y un collar de mucho prescio y valor

El cavallerizo mayor no se fuera de la possada del Cavallero de la Rosa tan presto sino porque conosçía la voluntad que le tenía el rey. Quiso ser el primero que le diesse noticia de la estrema y hermosa dispusición de aquel cavallero; y a esta causa se fue derecho a palacio y entró donde el rey y la reyna y la princesa estavan retraýdos vistiéndose para salir a la fiesta de las danças. Y cada uno d'ellos le preguntó que qué persona era el Cavallero de la Rosa y qué dispusición tenía fuera del arnés, porque con él ya le avían juzgado por la más hermosa persona del mundo.

El cavallerizo mayor les dixo:

–En verdad, señores, no creo que Dios ha hecho tal cavallero, ni en una persona se vieron tantas partes a loar, porque es el más lindo y dispuesto y el más cortés y más grave en sus palabras, que la umanidad ha mostrado en él lo que más pudo obrar naturaleza. Paréçeme, pues Dios le hizo tan acabado, que si su sangre es conforme a lo que en este hombre se vee, que ninguno ay tan dino de ser señor de mucha parte del mundo como éste. No tiene ser ni manera para que ninguno pueda, loándole, acabar de dezir lo que es.

Mucho se holgó el rey de oýr estas nuevas, y la reyna asimismo, y más la princesa, aunque callava, y más regozijo tenía, y no veía la ora que salir a la fiesta por ver al Cavallero de la Rosa. En esse punto mandó el rey al cavallerizo que luego tornase al Cavallero de la Rosa y le llevase de su parte una ropa muy rica y un collar con muchas perlas y piedras de mucho valor; y embióle dezir que por amor suyo lo rescibiesse, y que no se entendía que era el preçio de la justa sino señal del amor que le tenía; y que el

precio, pues le avie también ganado, que viniessse a rescebirle, que la princesa su hija era la que le avía de dar.

Y con esto el cavallerizo se fue a la posada del Cavallero de la Rosa, que l'estava esperando. Y como le dio la ropa y el collar que el rey le embió y le dixo lo que el rey dezía, no tuvo desde esta ora por mal empleado su camino ni su pensamiento, y con mucha cortesía y reposo dixo al cavallerizo que el rey hazía como liberal y gratificava sin obligación a los cavalleros que le desseavan servir, y que assí creya que hazie crecidos galardones a los que le tenían obligado, y que lo que con él hazía era para hazerle continuar el desseo que a su servicio tenía, aunque para acrescentar su voluntad muchas merçedes le sobra van, pues no pensava qu'el tiempo ni la vida le podrían sacar de deuda tan manifiesta, ni de dessear mereçer a Su Majestad tanto favor. Y que este mismo desseo le quedava para qu'el cavallerizo conosciessse en cuánto tenía su amistad y conoçimiento.

Y con estas palabras acabaron su habla y se fueron a palacio.

CAPITULO VIII

En que se contiene cómo el Cavallero de la Rosa fue a la fiesta de las danças, y dançó con la princesa, y rescibió d'ella el precio del mejor justador; y ella le rogó que le dixesse su nombre, y el cavallero le prometió de no salir de aquel reyno sin dezírselo, y le dio la carta que para ella le avía dado Lucrata en Francia, y la princesa lo rescibió por su cavallero. Y de otras cosas que aquella noche passaron en estas vistas dinas de hystoria

Passadas muchas palabras y cortesías entre el Cavallero de la Rosa y el cavallerizo, se vistió la misma ropa que el rey embió y se puso el collar; y en lo demás del atavío de su persona ninguna cosa le faltava para yr galán y ricamente vestido.

Y fuéronse a palacio acompañados de muchos cavalleros de casa del rey que a esto venían; y antes que allá llegasse toparon a muchos de los que avían justado. Cada uno d'ellos llegó a le hablar y ofresçer su persona y su amistad, y el Cavallero de la Rosa los rescibía con tanto amor y cortesía que todos le quedavan obligados y espantados de ver su hermosa dispusición y gentil criança.

Y d'esta manera llegó a la sala donde el rey y la reyna y la princesa, su hija, con muchas damas estavan esperando la fiesta, y más al Cavallero de la Rosa, al qual el rey y la reyna y la princesa se levantaron, y le hizieron gran cortesía, como si fuera rey o príncipe que tanto estado como ellos tuviera. Todos los grandes y señores que allí se hallaron s'espantaron de tanta cortesía, y alguno de los privados del rey ovo que dixo:

—Señor, ¿qué cortesía le hiziérades a este cavallero si fuera rey?.

El rey dixo:

–Si fuera rey, tratárale como a rey; y así trátole como hombre que meresce ser rey.

Mandóle asentar cerca de sí, y en el lugar que se sentaría si ya fuera su yerno, porqu'estava muy junto con la princesa. Y luego el rey le dixo:

–Cavallero, yo huelgo mucho de favorecer los cavalleros estranjeros, en especial los que veo dinos de ser honrrados; y comoquiera que esto es de mi costumbre, mucho mejor cabe en vos que se os haga toda cortesía por vuestra persona y valor. Y, aunque aquí no sabemos quién soys en sangre, a mí me parece que si de los más baxos hombres del mundo viniéssedes, por vos meresces tanto como los más altos. Yo ternía a muy buena dicha saber quién soys, puesto que ternía mi juyzio por ciego si no os toviere, según lo que de vos he visto, por ombre de alta guisa. Y desde agora os tengo por muy deudo y amigo para todo lo que yo pudiere favoresceros, y esta misma voluntad tened por cierta en la reyna y en la princesa mi hija; y teniéndola en nosotros así lo hallares en todos nuestros reynos para ser mirado como muy propinco a nuestras personas en amor y deudo. Ya he sabido que vuestro nombre querés qu'esté secreto; deseo saber qué os movió a poner en vuestras armas y devisas la rosa que es nuestro apellido y enseña, porque sospecho que a esto os daría causa terneros amor o ser de nuestra sangre.

El cavallero, como era de sutil entendimiento y muy sabio, con mucho sosiego y gentil gracia respondió al rey:

–Señor, poca es la vida para serviros tantas y tan señaladas merçedes como vuestra grandeza me ofresce y de vuestra liberalidad he rescebido. Lo que no pudiere satisfazer mi persona, vuestra misma amplitud y mi desseo lo suplen para todo lo que bastare mi ser, el qual ofresco a vuestro servicio y de la reyna y princesa, pues todo es la misma cuenta. La causa que me movió a intularme de la devisa de la rosa no es la sangre, porque yo soy de parte muy estraña d'ella, mas es la voluntad que me á traýdo desde muy lexos a conoçerla y preçiarne de ser invencionado y devisado de vuestra devisa. Bien conozco que hize atrevimiento en ponerla sobre mi cabeça y armas sin vuestra licencia; mas agora, señor, os la pido para la traerla hasta que muera, si veys que soy dino de aquesta merçed.

El rey y la reyna y la princesa se holgaron mucho de ver su cortesía, y el rey tornó a dezirle que en verdad él le gradeçía todo lo que dizíe, y avía por bien que truxese la rosa y de tenerle por muy entrañable y çercano deudo.

Y dicho esto bolvió a la princesa y dixo:

–Hija, todos estos cavalleros esperan que juzguéys la justa y déys el precio d'ella a quien le meresce.

La princesa dixo:

–Señor, visto está quién le ganó.

Y diciendo esto, sacó del dedo quinto de su siniestra mano una sortija con un diamante muy bueno y de gran valor, y dióle al Cavallero de la Rosa. Y dándosele, tomóle de la mano para dançar con él. Y el cavallero hincó la rodilla y porfió por besarle la mano, mas la princesa no lo consintió; y besó el anillo, y púsole encima de la cabeça. Y como ambos a dos se apartaron del rey y de la reyna por la sala adelante para dançar, en aquellos passos que dieron mano a mano antes de lo començar, la princesa le dixo:

–Cavallero, por lo que devéys a vuestro hábito militar me avéys de dezir quién soys antes que d’esta corte os vays.

Y el cavallero dixo:

–Señora, vos me avés traýdo a Ynglaterra; yo no saldré d’ella sin conplir vuestro mandado, aunque esté aquí pocos días por ser forçado que vaya a Albania, donde están llamados y se esperan los más valerosos cavalleros del mundo para los torneos y justas que allí se han de hazer. Y antes que comience este camino, yo compliré mi palabra; terníame por dichoso si tal jornada en vuestro nombre hiziesse, y pensaría ser siervo y cavallero de la más alta y acabada dama del mundo.

Pues como el tiempo no les dio oportunidad para más palabras, solamente le dixo la princesa que, aunque el rey y la reyna se retruxessen, no se fuesse de la sala el cavallero, porque le quería preguntar otras cosas.

Y con esto començaron luego a dançar. Cada uno d’ellos lo hazía bien estremadamente; y como ya sus voluntades estavan prendadas y se amavan, olvidávanse los passos y tornavan al tiempo, no sin parecer bien aquel descuydo a los miradores. Y así andovieron una dança a la costumbre de Inglaterra. Y la princesa se tornó a sentar donde primero estava, y el rey rogó y mandó al Cavallero de la Rosa que se sentasse más çerca de la princesa; a él ni a ella no desplugo, y, en tanto que los otros cavalleros y damas dançavan, la princesa preguntóle muchas cosas al Cavallero de la Rosa sin ofensa de su onestidad y graveza. Pero, como hablava con quien la entendía, llevaba la respuesta no fuera del propósito; y tanto quanto más la plática les duró, tanto más creció el afición en ambos para que los desseos del uno y del otro en congoxa los pusiesse, trocando colores. Y aquélla con su cordura poniendo en disimulación no pudo bastar la razón en ella ni ser parte para qu’el cavallero no conosciessse que avía plazer de hablarle; ni ella quedó ynocente de quán prendado y sujeto le tenía.

Después qu’el rey y la reyna estovieron çerca de dos horas en la fiesta se retruxeron, y mandaron a la princesa que quedasse allí lo que le pluguiesse, y hiziesse mucha onrra y cortesía al Cavallero de la Rosa; el qual, dando al rey y a la reyna las devidas gracias por aquella merçed, desde los hubo dexado a la puerta de la cámara de donde le hizieron bolver, se tornó a la princesa y hubo más de dos oras d’espacio para la hablar a su voluntad.

Y le dixo:

—Señora, yo yva a buscar mis aventuras por el mundo; y en la corte de Francia acaso hablé a una señora que es vuestro deudo y muy aficionada; y, aunque yo me venía de camino a veros, ella me dio más prisa, y una carta que os escribe.

Y diciendo esto, se la dio. Dezía la carta solamente: "Si ha de ser éste, yo le vi primero". La princesa la rescebió; mas, porque los ojos no ofendiessen a su desseo ni otro exercicio la apartase de mirar tal mensajero, la guardó para la leer en su cámara; y dixo:

—Cavallero, yo la veré y os daré la respuesta, o os la enbiaré con persona fiada si me days la fe de no la abrir ni querer ver, si aquesa dama que os la dio no os la mostrare. Y porque no quiero, pues dezís que fuy causa de vuestra venida a este reyno, que tanto trabajo sea embalde, hasta agora ningún cavallero de todos los que ay en el mundo se puede llamar mío con mi grado; y con éste quiero que lo seáys vos. Y en señal d'esto podéys tener el mismo diamante que aquesta noche por mejor justador os di, porque como prenda mía y manifiestamente dada y tan bien ganada la podéys traer.

“Dezís qu'es forçado hallaros en las fiestas y torneos de Albania; lo que os pido, si parte en vos tengo, es que passado aquello os tornéys a esta corte tan presto como el tiempo os diere lugar, porque yo tengo en mucho teneros por mi cavallero, pues vuestra persona es para ser mucho estimada. Antes de vuestra partida holgaré veros, y así holgarán el rey y la reyna, mis señores, todas las vezes que nos visitáredes, porque enteramente os aman.

El Cavallero de la Rosa, a tan dulçes y agradables palabras, dixo:

—Yo conozco que las merçedes que oy el rey me ha hecho y las que de vuestra señoría he reçebido ni se pueden servir ni mereçer, hechas de tanta alteza a tan pequeño cavallero. Esto no escusará de tenerme yo por vuestro; y, viendo que me tenéys por tal, es para mí más estado que ser señor del mundo. Desde aquí os juro y prometo de no romper lança ni entrar en torneo ni otra afrenta en nombre de otra señora. Y el desseo d'esta profesión me hizo desterrar de mi tierra y ser aventurero; ya que la Fortuna en tal grado me puso, bien puedo tener por felicíssima aventura y por próspera mi fortuna.

La princesa, con mucha gravedad y sossiego, dixo:

—Cavallero, yo's agradezco lo que dezís, porque sé que assí lo manternéys. Y si en tanto estimáys mi servicio, mucha sinrazón me hazés en no dezirme quién soys; y mucho me devés, pues sin estar yo certificada d'esto os quise por mío. No lo hago tan sin prenda que en vuestras obras y persona no aya conoçido que cabe en vos toda la cortesía que os hago, porque en mi pensamiento ningún cavallero del mundo se çíñe espada tan dignamente.

A todo esto el cavallero estuvo tan atento como enamorado; y, paresciéndole que sin género de villanía él no podía dexar de dezir quién era, dixo:

—Señora, aunque mi fin ha sido de callar quién soy, nunca pensé que podía aver nescesidad que me forçasse a descubrirme a persona de las del mundo. Yo no pienso

negaros esto ni otra cosa, mas quiero suplicaros que sobre vuestra palabra mi nombre esté callado, que es el infante don Félix. Antes que d'esta corte salga también diré lo que más quisiéredes saber de mis antecessores y sangre. Una cosa quiero certificaros, y es que no avés rescebido por vuestro a cavallero villano ni de baxo nascimiento. Y, antes que jornada yo salga d'esta cibdad, también diré lo demás que vos quisiéredes o yo pensare que os puede ser grato.

La princesa se lo agradesció con muy dulçes palabras y le prometió de no descubrirle en ningún tiempo del mundo sin su consentimiento.

Y como ya era tarde y el rey quería çenar, la princesa se levantó y se entró en la cámara donde sus padres estaban, y con ella el Cavallero de la Rosa y otros señores que allí eran. Y el Cavallero de la Rosa pidió licencia para se yr. Mas el rey no se la quiso dar; antes le rogó que çenasse con él, y así lo hizo, y también hizo cenar con ellos al príncipe de Escoçia. Y por más onrrar al Cavallero de la Rosa, le mandó comer en un plato con la princesa. Y así cenaron con mucho triumpho y plazer, porque en ninguna manera el rey y la reyna podían encubrir quán satisfechos estaban de aquel cavallero y de su hermosa dispusición y cavallería.

Después que la cena passó, no desde a mucho espacio, porque ya era ora qu'el rey reposase, se despidió el Cavallero de la Rosa y se fue a su possada, y hasta ella con el príncipe d' Escoçia y muchos cavalleros y señores. Bien quisiera el príncipe llevarle consigo, mas el cavallero no quiso hazerlo, escusándose con muy corteses palabras de agradescimiento. Esto hazía él porque quando quisiesse salir de aquella corte pudiesse hazerlo más secretamente.

CAPITULO IX

De la habla qu'el rey y la reyna hizieron a su hija la princesa, y cómo le dixeron que les parecía qu'estaría bien casada con el Cavallero de la Rosa si él fuesse de noble sangre y ella lo quisiese. La qual les pidió que le diessen término para que ella respondiesse a esto, y sus padres lo ovieron por bien

Así como el Cavallero de la Rosa y los otros cavalleros se salieron de la cámara del rey, mandaron que se saliessen los oficiales y continuos criados de la casa. Y el rey y la reyna y su hija, la princesa, quedaron solos sin otra persona, y el rey dixo assí:

—Hija, después que en la sala te dexamos esta noche con el Cavallero de la Rosa (y los otros gentiles hombres y damas que allí avía), la reyna y yo havemos largamente hablado y notado lo que nos ha parecido d'este cavallero. Y, pues eres en todo tan sabia y Dios te hizo tan entendida que para ti y para quien te le pidiere ternás consejo, ¿qué es lo que a ti te ha parecido de aquel cavallero? Que nosotros bien estamos en creer por lo exterior que tantas virtudes y criança y gentil dispusición no lo pornía Dios en persona que no fuesse real. Y si éste lo fuesse, seyendo tu voluntad, tenerte ýamos por bien casada con él. Porque, aunque no tuviesse lo que tú tienes, tu subçesión y patrimonio es tan grande que

seríades ambos poderosos reyes. Y si d'estos bienes de Fortuna él toviessse tanta parte, en caso que con él casasses, llevarte ya a sus reynos, y sería para nosotros grave cosa comportar la vida sin tu compañía. Y de otra manera él avría por bien de estar contigo donde nosotros estoviéremos, para que con ambos fuese nuestra vejez tan próspera como lo ha sido toda la otra edad que avemos passado.

Palabra no habló más el rey, esperando lo que la princesa le respondería. La qual, en manera de turbada y en diversas consideraciones, consigo estuvo un pequeño espacio, bacilando en su juyzio muchas cosas. Mas, como su espíritu era grande, los ojos puestos en el suelo, con el semblante que las buenas deven responder en tales casos, dixo:

–Yo soy la hija que más deve a sus padres de todas las que biven, y sé que soy la más amada d'ellos de quantas nacieron. Sé que la mayor congoxa que a vuestras personas reales ocurre es dessearme ver colocada en aquel grado y compañía que más conviniente les sea, assí para satisfacción de sus reales estados y voluntad como la mía, que es la suya. Pues en cosa que tanto a Vuestras Altezas les va, conocido está que muy mejor miraréys tan arduo negocio que sabré yo pensarlo. Este hecho es de calidad que yo no quiero voto ni parescer en él; porque a mi onestidad y a la obediencia que a Vuestras Altezas se deve, y por muchas razones que se podríen dezir, mejor me está todo silencio y obedescer en todo lo que de mi vida y persona dispusiéredes, que hablar en tal materia. Mas, si todavía vuestra real determinación fuere que en esto yo diga lo que siento, no querría tan poco espacio, ni requiere cosa de tal peso sumario acuerdo. Reposen Vuestras Altezas, porque gran parte de la noche es passada, y pensad bien esto, y yo terné más lugar para ver lo que devo responder. Y con el gran sacerdote, mi tío, se podrá comunicar aquesto, pues dexada aparte su persona, autoridad y la parte que le toca, su saber es tan grande y su consejo tan aprobado que, juntamente con lo que a Vuestras Altezas os pareciere, lo que se determinare d'esta manera será mejor açertado.

Muy bien les pareció al rey y a la reyna lo que su hija dixo. Y con este parecer se conformaron y cessó la plática, y el rey y la reyna se retruxeron. Y la princesa se passó a su aposento con harta compañía de nuevos cuydados, assí de los que ya ella se tenía después que al cavallero habló, como con los que sus padres le pusieron con el razonamiento qu'es dicho.

CAPITULO X

En que la historia dize cómo la princesa estuvo toda la noche en diversas estimulaciones y pensamientos, y de lo que determinó. Y de cómo vio la carta de Lucrata, qu'el Cavallero de la Rosa le dio, y escribió la respuesta

La princesa se retruxo en su cámara; y no tuvo tanto poder el sueño que la transcordasse ni adormeciesse para no acordarse de lo que avía passado con el Cavallero de la Rosa, y de lo que sus padres sobre él le avían hablado, y cómo el cavallero le avía pareçido muy bien. Aunque era muy sabia, temía la determinación de su juyzio, reçelando que su

afición la podía engañar. También pensava que podría ser possible averle dicho sus padres lo que le hablaron por tentarla y saber d'ella lo que muy bien la princesa supo dissimular. Conoçía cuánta razón avía para que tal cavallero fuesse querido; acordávasele que la voluntad de sus padres era que tuviesse marido, y la suya no estava fuera de tenerle. Pareçíele que no podía hallar otro hombre tan a su voluntad y propósito de sus padres; veníale a la memoria cuántos reyes y príncipes avía desechado, y por esto el rey le avía dicho que quien tan mal se contentava sería peor de casar que de criar. Veía que claramente el rey y la reyna la amavan y desseavan suçessores d'ella, y junto con esto de parte de todo el reyno muchas peticiones todos los días del mundo se davan para que la casassen con persona que quedasse con ella en aquellos reynos.

Tras esto, hallava mucho inconveniente en ser este cavallero estraño y no conoçido, y que estava en aventura, ser o no ser de real sangre, y quán desconviente cosa sería suçeder en tan alta silla y reynos hombre de baxo linaje.

A pro y a contra estuvo toda la noche trastornando y pensando muchos acuerdos, como muger a quien tanto le yva en saber elegir lo mejor.

También dexó de dezir a sus padres lo que le mandavan por ver lo que dezía la carta qu'el cavallero le dio de la dama françesa. Y estando en estas cogitaciones la abrió. La qual venía muy bien çerrada y sellada y dezía: "Si ha de ser éste, yo le vi primero". En este punto la princesa sintió grande alteración en su ánima, mezclada con alegría grande. Y dixo entre sí:

—Yo creo que Dios se acuerda de mí sin merecimiento mío, al qual yo refiero infinitas gracias por ello; y pienso que aqueste cavallero ha de ser mi marido y señor, y no otro. Yo dixi algunos tiempos a Lucrata, mi prima, que según la razón de la estrología y las partes qu'están por muy cientos hombres notadas de mi naçimiento assí se avía de complir, y que aqueste cavallero la avía de ver y hablar primero que a mí. Sin duda tengo por cierto que el tiempo se va açercando; mas, junto con este plazer que tengo, grande es la pena que siento, porque sé que él y yo nos avemos de ver en grandes trabajos, y nunca pude alcançar qué tal ha de ser el fin d'ellos. Guíelo el soberano Dios de aquella manera que Él más se sirva de ambos ; yo me determino que aqueste cavallero sea, y no otro. Y si tanto pudiere mi desdicha qu'esto escuse, ninguno terná parte en mi voluntad y persona, ni yo seré subjecta a otro varón, pues, fuera de toda parçialidad, está conoçida cuánta ventaja a todos haze su persona en dispusición, saber y cavallería.

Con estos estímulos de amor y muy determinada en esto passó toda la noche; y también escribió la respuesta de la carta qu'el cavallero le avía dado, que dizíe sólo esto: "Ninguno lo será si éste no fuere". Y porque en aquella carta no quiso más dezir, acordó que, como el Cavallero de la Rosa fuesse partido a los torneos de Albania, embiaría un correo propio a Lucrata, su prima, como después lo hizo, para lo que adelante dirá.

Y passa agora la hystoria al cavallero, y dize lo que hizo y acordó después que tornó a su possada aquella noche de la fiesta ya dicha.

CAPITULO XI

De lo qu'el Cavallero de la Rosa y Laterio conçertaron, y de los razonamientos que entre ambos aquella misma noche passaron

Después que el Cavallero de la Rosa quedó en su possada, se retruxo con Laterio, su fiel amigo y criado, y le dixo:

—¿Avés mirado bien, Laterio, la princesa? ¿Vistes ni oýstes jamás que cosa loada, después de vista, fuesse en tanto grado ygual a lo que primero se publica como esta señora, que es más acabada que lo que puede ninguna lengua mortal dezir ni espresar en su alabança? Grande es su majestad y estremada su hermosura. ¡Qué gravedad y sossiego! ¡Qué bien hablada y comedida! ¡Qué onestidad tan preminente, que obliga a reverencia quantos la acatan! ¡Qué poca edad tan largamente dotada por Dios! Por cierto, Laterio, yo la he visto para no me ver más libre, y si mi dicha a tanto se estendiesse que yo mereciesse açertar a servirla, muy dulce galardón de nuestro camino me avría dado la Fortuna. Hágó's saber que yo he sido reçevido por suyo, y en esta fe se an de acabar mis días. Pues me criastes y avés servido y seguido y aconsejado como verdadero padre y con la fidelidad y sangre que con mi casa vos y vuestros padres tenéys por deudo, y largos méritos y tiempos, como a tal persona y amigo os ruego que como libre para ello me confeséys y digáys qué medio os parece que yo podría tener para hablar a la princesa sin tantos testigos. Pensadlo vos, y yo también lo miraré si la pena que siento me dexare; que sin duda, si mi congoxa no acierta el camino por donde se alivie, yo me veo alcançado de todo reposo y con pensamiento de que, si por vuestra industria no viene, jamás le terné.

Y con estas exclamaciones y otras muchas palabras que dixo de hombre lastimado pudo muy bien conoscer Laterio que salían del ánima. Mas como era cuerdo, dióle la respuesta que allí convenía, y como cessó el Cavallero de la Rosa, sin responder, su ayo estuvo gran rato sin dezir palabra.

Y desde a algún espacio començó su habla diziendo:

—Señor, no quiero poner os culpa en lo que me avés dicho, porque ay causas que os desculpan, y son éstas: yo os he servido desde que naçistes, y nunca supe ni sospeché que ninguna dama ni señora del mundo os enamorase hasta agora (puesto que siempre os vi favoreserlas y servir las, pero no para que os diessen pena). Y pues començáys a provar los dardos de Cupido, no me maravillo que se os assienten en el coraçón y os pongan la vida en aventura. Esta nueva religión de amor que tomáys, en hombres de más hedad an hecho gran impresión, y a los fuertes ha sojuzgado y a los sabios y prudentes vencido, cuánto más en la vuestra, que es aparejada para esto; y, aparejada la hermosura y otras partes que la señora princesa tiene para ser adorada, yo os ternía por hereje si essa fe no creyéssedes. Vos salistes de vuestra tierra a mostrar quién soys y vuestro valor. La orden de los cavalleros aventureros son amores, unos vanos y otros lícitos y onestos; y assí como por vía d'estas dos maneras andan éstos religiosos por muy estrecha regla y passos,

assí les acuden las vitorias a unos, venciendo y acrescentando su ser y personas, otros perdiéndolas con la honrra. Por uno d'estos dos caminos avíedes de seguir; gran bien os ha hecho Dios en dexaros así emplear vuestro cuydado, y, aunque os dio tanta parte de buen juyzio como a ningún mortal y mucho más de lo que suele permitir en la edad que tenéys, y yo no tengo el que sería menester para consejaros, el amor y criança larga que en mí están jubilados son causa para que tenga yo esperança que podría ser possible acertar en lo que os dixesse.

“Mi parecer es que procuréys de hablar a la princesa solo, que no es possible que ella está apartada d'estas asquas que os queman, pues os dio tan grandes palabras y señal de lo que os quiere. Y para que esto se haga, digo que en estos pocos días que ha que estamos en Londres, he visto venir cada uno d'ellos a orar a un templo que está aquí junto una señora, que he visto oy muy çerca y como privada o persona favorecida de la princesa. Yo yré mañana al mismo templo y me informaré de quién es; y, si fuere persona tan açebta como yo creo a aquella señora, procuraremos por su medio de venir a vuestro remedio. Y si de arriba está qu'esto aya buen fin, guiarálo Dios como os cumple, y yrán vuestros hechos por la mejor vía de las dos que primero os dixen.

“Y para que aquesta açertéys, os suplico que hagáys dos cosas. La una es que el amor d'esta señora no os desacuerde de el de Dios, para que dexés de ser tan devoto como soléys y que ningún día perdáys de hazer oración a Dios Todopoderoso, y Él hará que veáys siempre lo que os cumple. Y la otra, que no deys parte de vuestra pena a quien no os ha de sacar d'ella, o a lo menos sentir vuestro trabajo. Ningún dolor me parece que ay yqual, ni más enconada inorancia, que dezir ninguno su secreto a quien no le sale fiel. Cosa es la que tenés entre manos, o entre las entrañas, de tanto pesso como cada ora mejor sabréys, y assí es menester que lo peséys y midáys con perseverante ánimo y no menguada solicitud, con larga paciencia y moderado reposo, pues de ser el caso tan grande es el peligro notorio.

“Reposad ya, señor, que estos ardores en los mançebos de vuestra edad mucho mal acarrean si no se tiemplan los desseos con la cordura; y en estas dolencias lo que primero enferma es la razón. Servíos d'ella para fundar bien los principios, que antes que del todo se pierda se conoçen los medios por donde se alcançan los loados fines. A tiempo soys llegado que se podrá ver lo que sabéys y el fruto que ha de hazer en vos la doctrina de Solarne, philósofo excellent y maestro vuestro, y lo que vuestro natural juyzio más principalmente podrá aprovecharos en quien con ayuda de Dios yo tengo buena esperança.

Mucho consuelo rescibió el Cavallero de la Rosa d'este consejo de Laterio, y como calló le dixo:

—Amigo, gran fuerça tienen las palabras de tan leales entrañas salidas, y muy sano es vuestro consejo y seguro, y mucho descansado me avés tenido oyendo tan justas y aprovadas razones. La manera que tenéys pensada me parece muy bien. Por amor de mí que tengáys cuydado de hazer mañana lo que dezís, y pensad en lo demás, porque yo conozco de mí que, aunque quiera, no podré juzgar ni obrar cosa que bien m'esté sin que

mi afición no la turbe, porque ésta es la misma razón, y ambas son ya un ser y una cosa, y si yo pudiese dividir las, libre estaría, mas estonçes me ternía por peor librado.

Y dicho esto, el Cavallero de la Rosa se acostó, con tantos sospiros por ver ya el siguiente día para yr a ver a su señora, que Laterio quedó espantado, y aún no contento de verle tan adelante en este juego. No durmió el cavallero ora ni reposó momento, y assí passó la noche en esta vigilia, y la dio tan negra a la princesa como él la tenía, según antes se dixo, y por lo que en este capítulo que viene la historia afirma.

CAPITULO XII

Por donde parece que la princesa descubrió este secreto a Fulgencia, su camarera, y le dixo lo que con el Cavallero de la Rosa avía passado, y lo qu'el rey y la reyna, sus padres, le avían dicho; y de los razonamientos que entre ambos a dos passaron, y del concierto que quedó entre la princesa y la camarera

A la sazón qu'el Cavallero de la Rosa y Laterio, su camarero, estavan en la plática qu'es dicha, la princesa llamó a su camarera, que avía nombre Fulgencia, a quien ella mucho quería; y era la más principal en amor que ella tenía, y aún casi aya o puesta por sus padres para estar siempre cerca de la princesa; y dormía en su cámara. Era persona muy sabia y devota y de generosa sangre. Y como la Fortuna sigue para bien o para mal a cada uno, dize Listario, coronista, que la devoción d'esta Fulgencia nació para efecto d'esta pendencia; porque tenía por costumbre todos los días del mundo, antes que la princesa se levantasse, de yr al templo al punto del día, a las horas como Laterio avía dicho según en el capítulo passado se dixo.

Pues llamada por la princesa después que acabó d'escribir la carta para Lucrata, le dixo estas palabras:

—Fulgencia, bien me avréys oýdo dezir muchas vezes que he de ser casada con un hombre extranjero d'estos reynos, el más acabado y valeroso cavallero del mundo, en quien la Fortuna maravillosas gracias pudiesse. Y porque ya creo que aqueste término de mi matrimonio se acerca, os quiero preguntar qué os ha parecido este día passado de aquel Cavallero de la Rosa, pues le vistes con las armas en la justa y sin ellas en la sala, y yo os vi muy puesta en verle y notar sus palabras y manera. ¿Qué me dezís d'él?

Fulgencia dixo:

—Señora, verdad es que yo procuré de mirarle muy bien; y paréçeme que en todos los que he visto no tiene semejante, ni creo que en el mundo le ay. Y vos, que tanta parte alcançáys de los movimientos del cielo y de las artes liberales, y tan ciente os hizo Dios, creo que avés menester muy bien lo que sabéys para poder comprehender tal persona, cuánto más un simple juyzio como el mío. Por cierto, si Dios ha de hazer qu' éste sea el que esperáys, no pienso que en el mundo se vieron tales dos personas. No veo mayor dificultad que no saber si éste cavallero es de sangre real, puesto que sus obras y

disposición no es de creer qu'están sin ella. Desde que le vi os le desseé, si con voluntad de vuestros padres y con la vuestra se hiziesse; porque, quitada esta dubda que he dicho, no me paresçe que bive hombre en el mundo tan dino de ser señor d'él.

La princesa se holgó mucho de lo que Fulgencia dixo, porque era muy cuerda y gran persona y, como la ovo oýdo, dixo:

—Sin duda, amiga, la verdad es lo que avés dicho, y muy bien notastes y consideráys esse hombre, y por esto creo que viene de Dios este hecho. Yo os digo y os confieso como a mis entrañas, porque ha días que sabéys mi condición, y desde que nascí me criastes: ninguna persona de quantos cavalleros hasta oy vi me pareció bien para dessearle sino éste. Yo tengo creýdo que es aquél que desde mi nascimiento me tiene Dios prometido, y yo le miro como a espejo y norte de mi ventura, si ésta ha de ser que mis padres estén en ello como yo. Y de verdad creo qu'están en lo mismo, porque esta noche, en el tiempo qu'estuvieron retraýdos, como en sólo esto me hablaron, y en mandarme que les dixesse lo que d'este hombre me parecía, yo tomé plazo para darles la respuesta, y ésta les daré mañana como a vos os pareciere. Y más querría que fuesse para el siguiente día, porque desseo hablar más largamente con el Cavallero de la Rosa por informarme más de su saber, pues en lo demás estoy certificada de lo que los ojos pueden dar testimonio. Y para esta habla no sé qué medio se tenga; pído's de gracia, por el amor que me tenéys, que me ayudéys con vuestro paresçer, porque el mío ya yo le tengo por sospechoso, y temo que podría engañarme en este caso.

Estas palabras no pudieron salir del coraçón tan enxutas que no dexassen los ojos arrasados de agua a la princesa. Y maravillada Fulgencia, porque sabía que jamás quiso ni amó otro hombre, y como la vido en aquel estado, con mucha compassión le dixo:

—Señora mía, muy lexos os veo de vuestra costumbre, y el ánima se me sale de veros en tal laberinto, porque ya yo conozco que començaýs a ssentir pena por este cavallero, y lo que pensáys que puede ser remedio será doblar vuestra pena y hazeros sujeta a mucho dolor y trabajo; porque, si aqueste hombre habláys sin terçeros, partes tiene para preñaros tan complidas que nunca Dios assí hizo otro hombre. Y assí creo yo que es su saber estremado, y que por mucho que sea vuestro entendimiento y sutil, bien conoçéys que la flaqueza de las mugeres no es bastante a rresistir todos tiempos lo que mal les está. Y que devéys ver y temer lo que se podría recrescer dessa habla oculta que dezís o queréys. Yo digo que vuestra bondad no consiente que en público ni secreto vuestra persona en hecho sea ultrajada. ¿Quién podrá refrenar los ardores que vuestra ánima sentirá en presencia de aquél, si con él os veys sin compañía? ¿Quién resistirá la fuerça de dos voluntades, aunque aquél fuesse de piedra? ¿Quién le escusará de sentir lo mismo? Y al uno y al otro, ¿qué os hará tan ynocentes que os escuse de entenderos los desseos? Verdad sea que todo tiene haz y envés, y que podría ser que careciesse del saber que yo pienso no le falta, y juzgasse por otro fin las cosas.

“Yo he dicho mi paresçer, y no quiero ni quise jamás mi vida ni la desseé sino para vuestro contentamiento, como he dicho lo uno quiero dezir otra cosa. Si vos avés de tener marido, ninguno puede ser para vuestra satisfaçión ygual d' éste, porque su persona y

gentil dispusición y gracias, si están acompañadas con esse saber que d'él querés saber y con ser de alta generación, gran yerro sería que no le supiédeses conoçer teniéndole presente. Y gran culpa de vuestros padres, que por tantos mágicos, excelentes y sabios varones están avisados que os han de casar en poca más edad de la que agora tenés con el mejor cavallero del mundo, y que ha de ser extranjero, si teniéndole presente le perdiessen. Sabed que las venturas se acaban como otra cualquier lavor. Encomendadlo a Dios y mostraos a sofrir, que la misma pasciencia os enseñará a vençer. Yo suelo yrme a este templo que está aquí çerca de palacio cada mañana, y allí he visto a la primera vigilia del día que viene un gentil hombre que vi oy en las justas muy continuo y çercano del Cavallero de la Rosa, sirviéndole como hombre diestro y como persona açebta a aquel cavallero. Si os pareçe, señora, que yo le hable y sepa si es suyo, vedlo, y por ventura yo sabré d'él de qué tierra es este cavallero, y también si quisiere de lo hablar al Cavallero de la Rosa. Si caso fuere qu' éste que he dicho sea suyo, podríase tener manera cómo sin disputa de vuestro honor ni peligro de su persona se hiziesse.

La princesa dixo:

–Ninguna cosa se pudiera pensar tan conviniente para mi desseo como el medio que me days. Pído's tan encareçidamente como puedo que luego de mañana pongáys en effecto lo que dezís, porque si d'esta manera no se acierta, por otra ninguna no le espero. Y porque esta noche yo le prometí de le embiar una carta para Lucrata, mi prima, en respuesta de otra qu'él me truxo, llevadla; y si esse gentil hombre es compañero o criado del Cavallero de la Rosa, él le hará venir a esse templo a hablaros para que le deys la carta y le roguéys qu'el día siguiente se venga ay; y yo podré, dissimulada como servidora vuestra, yrme con vos para oýrle y notar lo que os dixere, que en pocas palabras y breve tiempo yo quedaré fuera de la duda que tengo.

Fulgencia dixo que assí lo haría como el día viniessse, y le suplicó que, como persona que tanto saber alcançava, templasse este nuevo cuydado, porque no suçediesse en él algún gran inconveniente que le diesse trabajosa vida, pues Dios le avía dado padres tan poderosos y que tanto la querían. Y también le rogó que le mostrasse la carta qu'el cavallero le avía traydo de Lucrata, que bien conosçía su letra.

La princesa se la mostró luego; y, como leyó aquellas palabras que dezían "Si ha de ser éste, yo le vi primero", dixo:

–Señora, yo conozco qu'esta letra es de madama Lucrata, vuestra prima, mas no entiendo esto que dize.

La princesa le dixo:

–Sabed que Lucrata y yo nascimos en una hora, y todos los estrólogos que han sacado el juyzio de mi nacimiento se conforman y afirman que yo he de ser casada con el mejor cavallero del mundo y más acabado, y que ha de venir de muy lexos a buscarme, y que en el camino le ha de hablar y ver primero que yo una persona que será dentro del quarto grado de mi sangre, que nació en la misma ora que yo nascí. Vos sabéys si Lucrata y yo

naçimos en una ora y en una casa, y que es mi prima carnal, y cómo se crió conmigo. Sabe qu'este juyzio se ha notado muchas vezes de mí y, passando este cavallero por Francia, la habló; y con él me escribió essas palabras solamente. Assí que ved si se deve sospechar algún buen indício d'esto.

Fulgencia quedó espantada y dixo:

–En verdad muchas vezes oý que avía de ser assí como avéys dicho, y un gran sabio de Grecia assí lo escribió al rey; y yo lo tenía olvidado y agora lo tengo por cierto, y creo que aqueste ha de ser vuestro marido, y que Dios le ha traýdo para que se cumpla vuestra buena ventura y la suya. Plega a Aquél que sobre todo tiene poder qu'estos hechos suçedan a su servicio y prósperamente.

Y con esta plática passaron la mayor parte de la noche, y con mucho desseo qu'el día viniesse para poner en efecto lo que avían concertado.

CAPITULO XIII

Cómo Laterio y Fulgencia fueron al templo qu'es dicho, cada un d'ellos con intención de tomar lengua del otro, y cómo Laterio movió la habla, y del razonamiento que entre ambos passó

Luego, otro día de mañana, Laterio se levantó en esclareciendo y se fue al templo que muy cerca de palacio estava, donde todos los días a la primera ora del día venía Fulgencia, que era muy privada y camarera de la princesa Dorendayna.

La qual, por la continuación que Laterio tenía de yr cada día a orar a aquel templo y averle visto muy cerca del Cavallero de la Rosa el día antes serviéndole en la justa, conosció que devía ser suyo. Fulgencia traýa la carta que la princesa escribió en respuesta de la que le dio el cavallero de Lucrata, creyendo que yría allí o vería a Laterio, porque sospechava que era suyo, para poder dar la carta sin sospecha.

Y no madrugó tanto Laterio que pudiesse ganarle ningún tiempo a Fulgencia, porque casi entraron a una sazón en el templo. Laterio entró solo, y Fulgencia con dos mugeres que la acompañavan. Y como se ovo dicho la oración, toda la gente que la oyó se fueron, y quedaron solos Laterio y Fulgencia con las suyas. Ambos desseavan hablarse, y cada uno d'ellos rehusava el principio de la plática y dexava passar algún espacio, comidiendo por qué palabras sería.

En fin, como Laterio era un hombre de muy gentil criança, de muy buena persona y auctoridad, de edad de cuarenta y cinco años, de real sangre, tan diestro y experimentado en el arte de la cavallería como desembuelto y audaçe en las cosas del palaçio quanto todos los de aquel tiempo, de muy linda habla y afábile, no le faltó manera para quitar el empacho a Fulgencia y dar comienço a la negociación que ambos desseavan principiar.

Como le pareció que avía oportunidad grande, se llegó a Fulgencia con mucha cortesía y le dixo:

–Señora, parésceme que ayer en la justa y anoche en la fiesta os vi tan çerca de la señora princesa que es razón de suplicaros, como a persona que lo sabrá mejor que nadie, me digáys qué es lo que a Su Alteza y a vuestra merçed pareció del Cavallero de la Rosa, porque, aunque yo estuve çerca d’él serviéndole, el amor que le tengo no me ha dexado juzgar lo que hizo, como lo podrán hazer los ojos que no tuvieren passión en lo que le toca. Y porque aqueste mançebo, tras el nombre y desseo de conoscer a la señora princesa, se ha desterrado de su tierra y apartádose de la conversación de su sangre y naturaleza, y para este camino que él en mucho tiene, assí por lo que él me ama, como por averme elegido entre quantos cavalleros y criados en casa de sus padres ay para que le toviessse compañía, desseó que mi dicha fuesse tal que doquiera que se hablasse oviessse nombre y gloria ésta ni otro gran triunfo en ninguna parte del mundo le podría venir tan al propósito de su voluntad y de la mía como en esta corte.

Y d’esta manera, o por este tenor, le dixo muchas palabras, no discrepando de la intención a que se endereçavan. Como Fulgencia era muy entendida y aperçebida, y conosció que aquél devía ser hombre de suerte y assí lo mostrava, le dixo:

–Señor, mucho se deve alegrar esse cavallero y vos, por lo que dezís que os toca su buena andança, de la honrra que ayer ganó con tan señalados cavalleros como son los que con él justaron, y de la qu’el rey y la reyna y la princesa, mis señores, le hizieron; porque podéys tener por cierto que, si fuera el más alto rey del mundo, no se hiziera más con él, ni aún tanto. Plega a Dios que a hombre que tan favorecido es de la Fortuna, Él se la dé siempre tan próspera como yo se la desseo, que gran sin razón sería que éste no fuesse muy gran príncipe, pues tan principal se muestra su persona doquiera qu’está. Mucho deseo saber de vos, cavallero, y ruégo’s por gentileza que me digáys qué tanto tiempo ha que estáys en su compañía o serviçio, y qué grado tenéys çerca de su persona, no digo en esta tierra, sino en la vuestra; y todo lo que quisiéredes saber de mí, sed cierto que os lo diré con entera voluntad y verdad. Y si d’esto os escusássedes mucho me pesaría, porque yo tengo creýdo que persona que con el Cavallero de la Rosa toviere familiaridad no puede ser descomedido ni lisonjero, ni rehusaría de dezirme esto que os pido.

–Señora –dixo Laterio–, assí Dios me dexé ver con prosperidad el fin d’esta peregrinación, que desde antes que nasciesse el Cavallero de la Rosa yo servía a su padre y nascí en su casa; y mi padre crió al suyo. Y desde que este mançebo nació yo no me he apartado d’él, y en nuestra tierra en su niñez de ayo, y después de camarero le serví siempre; y aquí le sirvo de compañero, porque andamos solos, y fuera de exercicio de estado de su casa, pues no trae consigo sino a mí. Y porque le quiero más que me quiero, quiso hazerme dino d’este trabajo, aunque havía otros muchos que de más espiencia y para mejor servirle pudiera él sacar de su casa y tierra. Yo, señora, he dicho la verdad, y assí os lo juro a las virtudes que están en aqueste templo. Y por la misma autoridad y merescimiento que vuestra persona representa, os suplico que aquesto mismo que avéys querido saber de mi persona me digáys de la vuestra, para que, a lo menos, yo sepa con quién hablo.

—Gentil hombre —dixo Fulgencia—, yo me crié desde niña con la reyna, mi señora; y después que la princesa nació, Su Alteza me mandó que estoviesse con su hija y en su cámara y toviessse cargo de su persona y servicio. Sírvola de camarera, y no creo que en su voluntad y amor estoy sino como si yo la pariera, porque nunca tuvo persona más querida ni que más la quisiesse. Ningún passo va sin mí, en su cámara persona ninguna duerme sino yo, ni en su secreto otra comunicación ay sino la mía. Sé más de lo que mis padres me dexaron, que fue harta parte d'estos bienes de Fortuna; por su interçession estos reyes me han hecho muchas merçedes, y cada día me las hazen ella y ellos. De ninguna cosa tengo falta ni siento mengua, sino de ver esta señora casada tan altamente como ella lo meresse. Podés creer que, si este Cavallero de la Rosa fuesse hijo de alguna persona real, que no ternía en mucho qu'el rey y la reyna le tomassen por hijo y yerno, y por eredero de su real casa. Pero, no aviendo en él esta sangre, creed que en ninguna manera lo harían, porque en esta tierra más se mira esto que en parte del mundo.

Laterio le dixo:

—Señora, yo no quiero negar que el Cavallero de la Rosa sería el mejor librado si Dios a tanta prosperidad le truxesse que alcançasse tal compañía. Pero quiero hazeros saber una cosa, y es que no bive ningún cavallero sobre la tierra a quien yo no defendiesse, que si por merecimiento y sangre de persona alguno la avía de llevar y mereçer, que avía de ser este cavallero y no otro, porque, de más de ser de la más alta sangre del mundo, le compuso Dios de tal persona como veys, y le dio tantas gracias y tan cientos letras, tanta bondad y tanta humanidad, tan complida liberalidad y esfuerço y tan acabadas excelencias que, con lo que a éste le sobra, podrían ser estimados muchos hombres. Con todas estas partes, nunca se vio varón tan humilde, ni tan comedido, ni tan gradescido.

“ Yo os certifico, señora, que no solamente lloran sus padres y deudos y criados su ausencia, mas muchos reynos, porque ni saben d'él, ni él está de voluntad de avisarlos dónde se halla. Y porque es muy conoçido en el mundo, y en la ora que en nuestra tierra se suene que un cavallero ha hecho en esta corte lo que ayer vistes, le vernían a buscar muchos cavalleros de su casa. Assí que, cuando Dios fuesse contento que la princesa tuviesse tal compañía, y este cavallero tal muger y señora, ninguno d'ellos se podría llamar engañado ni descontento. También os confieso que, para lo que él ha sentido aver visto esta señora, que yo quisiera que no oviera venido a Londres, porque sin duda él la adora. Y si la vida no se le acaba temprano, antes de mucho tiempo sabréys las proezas y grandes hechos que hará, y en los peligros que su persona se verá y donde la porná por su amor.

Fulgencia no estava poco contenta de lo que avía oýdo y sabido rodear para que Laterio le dixesse lo que es dicho; pero, con gentil dissimulación y gradeciéndole su habla, dixo:

—Cavallero, yo tengo por cosa averiguada y cierta todo lo que de la persona y gracias y illustre sangre del Cavallero de la Rosa me avés dicho, y assí lo creo como lo dezís. Mas, porque quiero teneros entera amistad, y assí la desseo aver con él, merçed me haríades si mañana le hazéis que venga aquí a la primera oración que se dixere, a la ora que ésta de oy se ha dicho, porque yo le desseo conoçer mucho y ser su servidora. Que yo me verné

sola con estas dos mugeres mías, o con la una d'ellas, y holgaré mucho de hablarle y saber d'él algunas cosas que desseo preguntarle; que bien sé, según quién es, que no me dexará quexar de su cortesía. Y porque es ora que la princesa se levante, y yo me tardo ya, Dios quede, señor, con vos, y vos os quedad, que yo nunca quiero que conmigo vaya persona, en especial que en esta corte mucho se miraría si conmigo os viessen tener conocimiento, porque por la familiaridad y lugar que con la princesa mi señora yo tengo, y la que vos tenéys con esse cavallero, no sería bien juzgado. Pído's por merçed le digáys que, aunque no me conosce, le plega conoçerme por lo que le desseo servir.

Laterio le dio las gracias que a esto se devían responder, y quedósse en el templo. Y no quiso porfiar de yr con Fulgencia ni hazer más de lo que le mandava.

Y assí ella se fue a palacio y se tornó la carta que la princesa le avía dado, porque le paresçía que sería mejor darla otro día al mismo Cavallero de la Rosa.

Y Laterio se fue para su señor, y no con pequeño plazer, porque le paresció que estava hecho gran principio para lo qu'el Cavallero de la Rosa desseava.

CAPITULO XIII

Donde se dize lo que Fulgencia dixo a la princesa y Laterio al Cavallero de la Rosa, y cómo, por medio d'estos terçeros, el día adelante todos quatro se vieron en el mismo templo, y de lo que allí passó. Y cómo este día se desafiaron los príncipes de Armenia y Escocia, y de lo que delante del rey passó entre el príncipe de Armenia y el Cavallero de la Rosa

Las cosas que de Dios vienen no tienen necesidad las gentes de ninguna diligencia para que se cumplan; mas, a lo menos, para no quedar quexosos de sí mismos siempre se deve tener solicitud en las cosas necessarias, y assí en estos amores se hazía. Porque Laterio, como era muy cuerdo y tenía en mucho lo que tocava a su señor, temía que algún desastre le suçediesse, visto de cuánto peligro era esta negociación. Y d'esta causa, como temeroso de los infortunios que semejantes casos suelen tener, pensava siempre y desvelávase en cómo se podría traer este hecho a seguro fin.

No estava fuera d'este cuydado Fulgencia, porque debaxo de su guarda y compañía estava la princesa, encomendada de sus padres a esta señora. Pues como llegó a palacio, tan grande fue el contentamiento que levava que no pudo dissimular, ni dexar de conoscer la princesa su alegría; la qual estava aún en la cama y, como la vido, mandó salir fuera las donzellas de la cámara, y quedaron solas.

Fulgencia dixo:

—Señora, sed cierto que lo que yo sospechava assí salió verdad: aquel gentil hombre que yo dezía es criado del Cavallero de la Rosa, y es cuerpo y ánima de sus secretos, y su camarero y hombre muy principal cerca d'él, y con mucho merecimiento, porque es la

persona que yo he visto mejor hablada. Ha criado al Cavallero de la Rosa, y por esto verés qué tal puede ser. Si le conoscéys, ninguna duda tengo sino que le serés aficionada. Bien parece hombre de mucha suerte y buena sangre; yo vengo certificada de lo que es el Cavallero de la Rosa, y con juramento solemne que me hizo este suyo me dixo que es de la más alta sangre del mundo (la qual deve ser de la casa de los emperadores de Costantinopla), y aún a lo que yo supe conoçer y congeturar, éstos deven ser griegos, que es la gente del mundo que oy mas sabe y de la más valerosa.

Y contóle por orden todo lo que avía passado con Laterio; aunque ninguna le sabía tampoco el nombre, dixo que no le avía dado la carta porque sería mejor dársela ella, y que se fuesen ambas el día siguiente a aquel templo para hablar al cavallero y que no fuesse otra muger ni persona alguna con ellas.

Dicho esto, la princesa quedó tan ufana que, sin responder a Fulgencia, le echó los braços ençima y la besó muchas vezes, saltándosele las lágrimas de alegría. Y luego le dixo:

–Amiga, bien parece que os pena mi pena. Lo que vos avés oy hecho no oviera otra persona que lo açertara a hazer con tanta astucia y secreto. A mí me parece que es muy bien lo que dezís, y que vamos mañana, y yo yré dissimulada y como criada vuestra, y en el templo podremos sentarnos en parte que aya la menos claridad que ser pueda, porque ninguno nos conozca sino el Cavallero de la Rosa.

Y con estas palabras y otras, que a este propósito hazían, estovieron mucho espacio departiendo.

En el mismo tiempo que ellas esto hazían, Laterio refería a su señor todo lo que avía passado con Fulgencia. Y después que largamente le dio cuenta de lo que la corónica ha dicho y el concierto que quedava con aquella señora para que otro día se viessen, el cavallero quedó muy ufano, y dixo:

–Laterio, yo espero en Dios qu’estos hechos acabarán gloriosamente, porque Él los guía por términos tales que no se espera mala nueva. Si d’esta habla de mañana sale fruto para que yo pueda ver y hablar a la princesa sin terçeros, no quiero más bien ni le puede aver para mí. Y hecho esto, razón es que sigamos nuestro camino para Albania, donde con la ayuda de Dios querría hallarme en los torneos y fiestas que allá se han de hazer, pues sabés que en cosa tan señalada se hallarán los mejores cavalleros de toda Grecia y de la mayor parte del mundo. Y allí avremos menester mucho concierto y secreto para no ser conoçidos más que en otra parte, pues somos naturales de aquellos reynos, y avemos de ser mirados desde el pie a la cabeça, y en conoçer al uno conoscerán a entr’ambos, porque saben que otra persona no truxe conmigo sino a vos. Y porque en el tiempo se tomará el consejo que os parezca, tornando a hablar en esto que más me va, dezid qué persona es essa señora con quien avéys hablado, que bien creo que muger que tanto lugar y privança tiene con la princesa que no es sin méritos suyos.

Sin falta dixo Laterio:

–Ésta es una de las acabadas señoras y más bien hablada que yo hasta agora he visto, porque ninguna señal de liviandad ni sospecha de mal juyzio pude conoscer d’ella, sino claro indício para tenerla por maravillosamente sabia y onesta. Es de linda dispusición y muy agraciada, no es fea ni por cabo hermosa, pero de harto buen parecer. Podrá aver veynte y seys o veynte y siete años y, aunque dize que ha criado a la princesa, como creo que deve ser assí, no tiene rostro ni meneo sino de fresca y hermosa dama, y no de aver criado a la princesa. Pero verdad es que la princesa es de tan pocos días, según dizen y aún a mi juyzio, que no ha diez y siete años; y, caso que los aya, hedad es ésta para alcançarla ess’otra en la cuna. Ésta es muy excellente muger y muy sabida y, pues el rey y la Reyna assí la estiman y tienen en compañía de su hija, de creer es que ay mucha razón para ello.

Y con estas palabras, y otras muchas al propósito d’esto, estovieron hasta que fue ora de yrse el Cavallero de la Rosa; el qual y Laterio fueron al mismo templo, y le mostró el lugar donde aquella señora se solía assentar y él la avía hablado. Y después que ovieron fecho oración, se fueron a palacio por ver al rey.

Y como entró en la cámara del rey el Cavallero de la Rosa, el rey lo reçibió con mucho plazer, y le hizo sentar çerca de sí. Y ya estava allí presente un cavallero que se llamava Arlonte, hijo del rey de Armenia, el qual era aventurero, y avía diez años que andava discurriendo por el mundo haziendo hechos de armas, y estava muy triste y descontento por no se aver hallado el día antes en las justas. El qual sería de quarenta y tres años y avía vençido a muchos cavalleros y muy señalados; y, según las proezas que avía oýdo dezir del Cavallero de la Rosa, estava muy desseoso de verle y de provar su persona con la suya.

Y como llegó el Cavallero de la Rosa y le vido, paresciéndole que era muy mancebo, crecióle la sobervia a Arlonte, y dixo:

–Cavallero de la Rosa: el señor rey, que presente está, y todos estos cavalleros, os son muy aficionados por vuestra persona y cavallería, y assí lo soy yo. Yo he venido a esta corte, donde tan nobles cavalleros siempre huvo y de tanto curso en armas, y principalmente en busca del príncipe d’Escoçia, que presente está, el qual tan famoso cavallero es en el mundo, a pedirle que quisiesse hazer armas conmigo. Y como no sabía d’esta justa, quando vino a mis orejas yo me hallé muy lexos d’esta tierra, y llevaba enderesçado mi viaje a Escocia, pensando hallarle en ella. Supe que era passado a estas justas que agora se hizieron, y procuré de darme toda la prisa que pude por romper mi lança en la justa con él, o con el cavallero que me pareciesse que más honrrado quedava. Y por su dicho y de quantos aquí están dinamente me pareçe que vos ganastes y se os dio el prescio y mucha honrra, con los más escogidos cavalleros que oy se hallan en Europa, o con la mayor parte d’ellos.

“Yo soy hijo del rey de Armenia y príncipe d’ella. Llamánme Arlont; soy servidor de la más hermosa dama del mundo y de la que más mereçe, y assí lo devéys creer todos, pues porfiando y defendiendo yo esto me ha dado Dios muchas victorias contra muchos cavalleros y altos hombres; pero no puede hazer armas conmigo ninguno que de bastardía

descienda, ni carezca de ser real de todos quatro costados, salvo si él lo confiessa y afirma que es gentil hombre, fijo d'algo, porque no deva ser desechado por ello. Mas, en tal caso, hago armas con los que son de menos suerte que yo dándoles alguna ventaja, o en el puesto o en otra diferencia en que se conozca, o en dexar alguna arma de las mías, defensiva o ofensiva.

“ Y, pues vos y todos me avés oýdo y entendido, si con estas condiciones el Cavallero de la Rosa quiere que su persona a la mía se combata, lo que he dicho, en su mano será de aquí adelante.

Todos los cavalleros que ende se fallaron callaron, que ninguno respondió, porque parecía que aquesto tocava al príncipe d'Escocia y al Cavallero de la Rosa. Y esperando el uno al otro que respondiesse, estovieron un poco; mas, como las palabras de Arlonte fueron como es dicho y avían ya encendido alguna yra en los ánimos de muchos de los que allí estaban, y mucha más en el príncipe de Escocia y en el Cavallero de la Rosa, el príncipe tomó la mano para la respuesta y dixo al Cavallero de la Rosa:

–Señor, pues yo soy el que aqueste cavallero dize que ha venido a buscar, razón es que ayáys por bien de me dar lugar que yo hable por mí.

Y el Cavallero de la Rosa dixo que él holgava de lo que dixesse. Estonçes el príncipe dixo a Arlont:

–Cavallero, vuestra fama muy notoria es, y vuestros hechos en muchas partes suenan. Justo me pareçe, pues dezís que soy el que andáys a buscar, que no os atravesés con el Cavallero de la Rosa hasta que conmigo provés si podrés salir con la empresa que traéys. Y con licencia del rey, que presente está, y delante de Su Majestad, yo espero en Dios de mostraros que no defendéys justa demanda. Y essas ventajas que dezís que solés hazer a otros cavalleros que son menos que vos, guardadlas para con ellos. Que conmigo, que soy hijo de rey como vos, no ay necesidad de aqueso. Y la señora cúyo soy conoçerá y sabrá, después que la batalla de entre mí y vos fuere finida, cuánta ventaja haze a la que en este trabajo os ha metido. Yo no tengo más que dezir, sino qu'el rey, que presente está, señale el campo y el tiempo; y las armas sean las que quisiéredes.

Arlont dixo que le gradescía lo que dizíe, y qu'él tenía por açeptada su requesta. El rey quisiera que esto no viniera a conclusión y pensó estorvarlo, diziendo que le pessaría que dos personas tales y tan señaladas estoviessen en aquellos términos, y que mucho holgaría en que ambos dexassen aquel debate en sus manos y estoviessen por lo que él determinasse.

Pero como el rey dixo esto, el príncipe d'Escocia dixo luego:

–Señor, si os escudáredes de darnos campo, ambos le buscaremos en otros reynos fuera de los vuestros. Mirad qué grande ultraje sería para mí que d'esto no fuéssedes consentidor; antes os suplico que luego determinéys el día y elijáys el campo, o tenedme

por escusado porque, si no lo avés por bien, yo digo que antes de veynte y quatro oras yré a buscar donde esta diferencia y mi afrenta queden sin cargo mío.

El rey dixo que, pues assí lo querían, que la batalla fuesse dende en cinquenta días, porque cada uno d'ellos toviesse tiempo de aderesçar su persona y armas, y las otras cosas que les fuessen necessarias. Y que las armas con que avían de combatirse, que él las quería señalar; y dezía que fuessen a cavallo con cubiertas y cuello y testera, y sus personas armadas de todas armas según los cavalleros se ofresçen a las batallas campales. Y que las lanças fuessen yguales y el sol se partiesse entr'ellos justamente, y desde dos horas después de medio día hasta el sol puesto durase el campo, y no más. Y que en este espacio cada uno d'ellos procurasse de aver la victoria, porque aquél passado no avían de llegar al cabo sus armas, ni avían de ser más en ningún tiempo el uno contra el otro.

E assí lo concedieron ambos y lo juraron y firmaron en manos del rey. Assí como la cosa estuvo en este estado sin passar tiempo ni razón entre medias, Arlont dixo:

–Si yo fuere vençedor, no entiendo salir d'esta corte hasta qu'el Cavallero de la Rosa y yo nos veamos en lo mismo.

Estonces el Cavallero de la Rosa le dixo:

–Si no fuera por ser yo cometido con el señor príncipe y holgar que él os respondiesse, primero provárades vuestra fortuna conmigo; mas pareçióme que yo devía callar, pues al principio de vuestra habla confessastes que le veníades a buscar. Procurad salir de esse trançe, que bien tendréis dificultad en ello, aunque según vos mostráys, pues desde agora me aperçebís para adelante, por vuestra debéys de tener la vitoria. Y esso al cabo lo juzgará la ventura y los que os miraren. Y si vos saliéredes tal que yo deva traeros a la memoria lo que aquí avés dicho, al tiempo que convenga yo os lo acordaré. Cierto, yo os he oýdo loar a cavalleros, y tengo a buena dicha averos aquí visto, y a mejor la contara si vuestra habla a mí solo se hiziera. Tampoco quisiera que vos os loárades de vuestras hazañas, aunque las tengo por ciertas, porque siempre engendran sospecha y dan a entender qu'el cavallero que recuenta sus fechos no careçe de sobervia, porque la honrra de los cavalleros es muy delgada, y todos los juyzios que contra ella están aparejados no son de la misma profesión. Bien será que aquesto se quede hasta ver cómo quedáys con el príncipe d'Escoçia, y, al tiempo que a mí m'estuviere mal no tornar a despertar estas palabras, yo os diré las que agora callo. Vos tenés, cavallero tan valeroso y tan señalado y muy espirimentado, con quién provés vuestra ventura, o con quien se os acabe.

Y, dicho esto, calló.

Y Arlont dixo:

–Cavallero, vos dezís que paresçe sobervia lo que he dicho, y assí lo sería si no fuesse cierto. Y porque en vuestras palabras he conosçido vuestros pensamientos, tiempo verná, como dezís, si a Dios le pluguiere, para que en esta plática más hablemos, y muy bien es que para estonçes se dexé.

Y el rey se levantó y se assentó a comer. Y aquellos cavalleros, algunos se fueron luego, en especial estos príncipes que avían de combatirse, y de aquella ora en adelante cada uno se dio el mejor recabdo que pudo en aderesçarse para la difinición de la batalla, ca muy valientes eran el uno y el otro.

Con el príncipe d'Escocia se salió el Cavallero de la Rosa, y le dixo que, por amor suyo, holgasse que él le armasse aquel día que oviessse de combatir. Y el príncipe le dixo que antes él se lo suplicava y se lo tenía en señalada merçed. Y ambos comieron juntos aqueste día en casa del príncipe, y de ay en adelante siempre fueron muy grandes amigos.

El príncipe de Armenia se fue de palacio, como es dicho, muy acompañado, porque venía muy aderesçado y con muchos cavalleros de su casa. Fuele acompañando el infante de Dinamarca, el qual no quería bien al príncipe d'Escocia.

Assí como estos cavalleros fueron salidos de palacio y el rey se sentó a comer con la reyna y la princesa su hija, allí se tornaron a repetir algunas palabras de las que arriba se dixerón, y todo lo passado. Y muchos cavalleros que allí avía loavan mucho a estos dos cavalleros que estavan desafiados, porque sus hazañas de cada uno d'ellos avían seydo muchas y muy señaladas, y creyan que aquesta batalla avía de ser la más reñida y porfiada del mundo.

Y el rey dixo:

—¿No mirastes lo qu'el Cavallero de la Rosa respondió a Arlont? Sin duda lo habló como hombre de alta sangre, y yo le tengo por uno de los mejores y más bien hablados y corteses cavalleros del mundo, y mucho le desseo honrrar por las virtudes que en él veo. Y según lo que d'él parece, yo creo que él deve ser hijo de algún gran príncipe.

Allí se trató bien d'él, y todos los cavalleros que ende estavan le loaron mucho y repitieron en su alabança todas las palabras que avía dicho a Arlont, y les pareció que avía ganado honrra en ellas. Y como vieron qu'el rey y la reyna hablaban tan bien en este cavallero, todos le honrravan y acatavan de allí adelante, como si fuera hijo del rey o príncipe eredero de aquel reyno.

No dexava él por esto de ser tan humilde y bien criado con todos como si fuera el más baxo gentilhombre de aquel reyno (y assí era tenido en más).

Dexa agora la historia de hablar en aquellos príncipes por tornar a los principios y discurso de la historia y propósito de las vistas qu'el día siguiente avía de aver entre el Cavallero de la Rosa y la princesa. Y dize que como la princesa ovo comido, se retruxo en su cámara a dar gracias a Dios porqu'el Cavallero de la Rosa no era el que avía de hazer armas con Arlont; porque, aunque pensava que era el más valiente que se podía hallar en ellas, no desseava ver su persona en aventura ni peligro, como si no le estovieran guardados otros mayores. Desseava qu'el príncipe de Escoçia vençiese, porque con hombre vencido el Cavallero de la Rosa no se combatiría. Estando en estas

meditaciones, el rey y la reyna la embiaron a llamar, que aún no tuvo tiempo para hablar con Fulgencia.

CAPITULO XV

Cómo el rey y la reyna hablaron a su hermano, el gran sacerdote, y él en nombre de todos tres habló a la princesa en el casamiento del Cavallero de la Rosa; y lo que respondió, y cómo se acordó que oviesse la noche adelante fiestas de danças, y que la princesa hablasse al Cavallero de la Rosa en presencia del sacerdote, su tío, en lo que le pluguiesse, para conoçer si tenía tal saber como dispusición y gentileza

Como se dixo en el fin del capítulo antes d' éste qu' el rey y la reyna embiaron a llamar a la princesa, ella fue a ver lo que sus padres la querían; porque a aquella ora, sin aver alguna cosa de mucha importancia, la princesa no salía de su retraymiento.

Halló al rey y a la reyna, y con ellos al gran sacerdote, hermano del rey, hombre de grandíssima prudencia y autoridad. Y como la princesa entró, el sacerdote su tío la tomó de la mano y la sentó entre sí y sus padres; y, sentados, él dixo al rey que le dixesse para qué la querían o la avían mandado llamar, y el rey dixo que él se lo dixesse. Y assí el sacerdote començó su habla:

–Señora sobrina: bien creeréys que los que aquí estamos tenemos cuydado de veros colocada y en compañía de marido conforme a vuestra persona y edad, y conviniente al honor y propósito d' estos señores vuestros padres, mis hermanos, y al mío, que pienso que os amo como ellos, y desseo, antes que Dios me lleve d' esta vida, veros casada; pues lo que Dios me ha dado d' estos bienes temporales, vuestro es, y para vos están allegados. Y mucha culpa sería de todos tres si nos descuydássemos, viéndo's ya en edad conviniente de buscaros la compañía que vos avríades menester, y aquestos reynos y señoríos que Dios os ha de dexar gozar y poseer después de los días d' estos señores.

“Y como vos sabéys, ningún rey ni príncipe ay, de muchos que os an pedido, a quien vuestros padres os ayan querido dar, ni aun a mí no me ha pareçido jamás que sería bien alexaros de su compañía ni sacaros fuera d' estos reynos; y que, si casásseis con rey que os oviesse de llevar a su tierra y señoríos, que no haríamos más cuenta de vos que si nunca naçierades para nuestro descanso y que, pues aquesto es assí, qu' el mejor consejo es tomar persona que aya por bien de quedar en estos reynos con vos y con nosotros; y que, aunque no tenga tanto como vos en señoríos y reynos, basta que tenga generosidad de sangre y persona con ella que a todos nos satisfaga y a vos os contente. Y como quiera que aquestos señores y yo ha muchos días y algunos años que en esto nos desvelamos, y tenemos muchas informaciones de assaz príncipes y cavalleros de alta guisa, siempre nos las han embiado confussas y faltas de algunas cosas, y esto házelo que muy pocos hombres o ninguno se halla perfeto o a nuestro contentamiento. Del que dizen que es de alta sangre y gentil dispusición, dízennos que no es animoso ni liberal; y del que dizen que es animoso, dizen que es atrevido y no sabio; y del que dizen que es sabio y prudente, dizen qu' es covarde y que tiene otros defectos. De manera que, si una cosa tiene buena,

otra o otras dos tiene por el contrario. D'esta causa avemos estado temerosos en la elección de los tales, y es mucha razón que, padres que an de dar una hija y tal y tan bien dotada de dones del cielo, y tan grandemente eredada en la tierra, y a quien tanto aman, que se mire muy bien primero que la enajenen. Yo siempre les he acordado que se satisfagan por su vista del que ovieren de tomar por hijo y marido vuestro, y ésta ha sido la causa de grandes gastos exçessivos que se an hecho en mandar hazer quantos torneos y justas y fiestas vos vedes que de cinco o seys años a esta parte en Londres se an fecho.

“Agora yo he visto este Cavallero de la Rosa que a esta corte vino, y vuestros padres me han dicho lo que ayer hizo en la justa, y lo que oy habló y dixo al príncipe de Armenia. Y, passando algunas vezes por mi posada, me le han mostrado, y me ha paresçido muy bien y mejor que todos los hombres que jamás vi, y este mismo contentamiento tienen estos señores d'él. Y nos ha paresçido que, si Dios fuesse servido, y como ha dado tantas partes de valeroso y gentil cavallero a este hombre, le ha fecho de real sangre, que vos estaríades bien casada con él si seguros estoviésemos que reposaría en este reyno y señorío. Y todos tres estamos conformes en esto si vos estáys bien en ello. Junto con esto, si verdad han dicho los estrólogos y sabios que en vuestro naçimiento han hablado, estraño ha de ser vuestro marido y el mejor cavallero del mundo. Y el tiempo se açerca en que le avés de tener. Demás d'esto, en mis vigalias y oración el soberano Dios me ha satisfecho y puesto en la mente que os está muy bien este cavallero. El rey y la reyna os mandan (como otra vez que sobre esto mismo me dizen que os han pedido vuestro parecer), y yo, señora sobrina, os lo ruego afectuosamente, que digáys lo que en esto os satisfaze. Y si en ello alguna dificultad sentís, no lo callés, que en fin vos soys a quien más principalmente ha de estar bien o mal este fecho. Y si ay más que dezir en ello, dezildo, señores, y la princesa dirá y hará lo que mandáys.

El rey y la reyna dixeron que todo lo qu'el gran sacerdote avía dicho era lo que se podía dezir, y lo que ellos mismos dezían; y mandaron a su hija que dixesse lo que le paresciesse.

La princesa Dorendayna, mudando colores y casi turbada, les dixo:

–Señores: escusado me parece a mí dar voto en esto ni pedírseme, pues ningún efecto se devría tomar en tal caso de lo que yo dixere donde Vuestras Altezas y Señoría Reverendíssima y muy illustre estáys. ¡Qué puedo yo pensar, ni hablar, que no lo alcançéys y sintáys mejor que yo! Si por esta obediencia filial que, como hija, os devo, todavía mandáys que hable en esto, digo qu'es verdad que muchas vezes me han pedido príncipes y cavalleros muy señalados, y lo que estonçes tenía propuesto es lo que agora tengo de hazer, que será escojer vosotros quién ha de ser mi marido, y yo obedecerle como a tal, aunque fuesse el más pequeño siervo del mundo.

“Mas, porque lo que queréys saber de mí no es aquesto, yo he mirado en este cavallero con el fin que devía, y no con el que le mirara si pensara en esto. Lo que d'él he visto que hizo en la justa, Vuestras Altezas lo vieron y mejor juzgaron que yo lo pude juzgar, aunque fui quien determinó su vitoria y le dio el prescio d'ella. Y también me parece que su persona es de muy gentil dispusición y criança; y dado que yo le he hablado (como

ningún hombre en poco tiempo se puede conoçer, menos se sabe derechamente juzgar), de los que yo he visto hasta oy, el que mejor me ha parecido es.

“Mas también desseo hablarle primero, porque estaré en lo que dixere con más aviso, por ver si sabré entender lo que sabe, si para esto Vuestras Altezas dan la manera que se deva tener. Y querría que, quando yo le hablasse, estoviesse cerca de mí quien le preguntasse lo que yo no hiziesse o no se me acordasse, y que fuesse persona de alto entendimiento. Y si este juyzio o saber, que es la más noble cosa del hombre, aquéste le tiene tan acabado y loable como conviene y, junto con esto, no careçe de la generosidad que pedís y del sossiego que es necessario que tenga quien ha de ser rey de Inglaterra, mi paresçer sería que éste toviéssedes en más, y para más propósito vuestro, que a ninguno de los otros que hasta oy se han hablado o querido hablar en esto.

“Mas, para final conclusión, digo que yo no quiero ni he de querer que sea sino el que, señores, quisiéredes. Y no va más que sea agora que de aquí a algunos años, pues Vuestras Altezas bivirán muchos años, para que con más acuerdo y más a vuestra voluntad haga Dios de mí lo que más sea servido, y más a vuestro contentamiento.

Muy bien les pareçió la respuesta de la princesa, y sabiamente habló; y paresciéndoles que ella estava muy conforme con lo que hiziesen, el gran sacerdote dixo:

–Señores, mucha razón demanda la princesa, y muy justa cosa es que ella hable a su guisa a este cavallero; y para esto mandad que aya mañana fiesta de damas y danças; y como el Cavallero de la Rosa venga a ellas, la princea le hará qu'esté cerca d'ella, y le hablará lo que quisiere, que yo fío que le sepa bien interrogar y entender mejor que otra persona. Y, pues quiere que aya terçero con ellos, yo lo quiero ser, por mejor conoçer y mirar este hombre, si a todos os pareçe.

La princesa dixo luego que ella se lo tenía a muy señalada merçed, porque sabría bien comprehender lo qu'el cavallero supiesse y ella no alcançasse. El rey y la reyna dixeron lo mismo, y quedaron que assí se hiziesse, y que después tornarían a la habla en su tiempo conviniente, porque era muy bien que la princesa fuesse satisfecha de lo que pedía.

Y en este acuerdo todos quatro quedaron conformes, y el gran sacerdote se fue de palacio, y la princesa se passó a su aposento. Este mismo día el rey embió dezir al príncipe de Armenia que le avían dicho que era muy gran dançador, que por amor suyo que mañana viniesse a la fiesta que se haría, y que se aperçibiesse que todas las damas le esperavan y estavan desseosas de ver cómo lo hazía. El príncipe embió dezir al rey que assí lo haría como Su Alteza mandava, y qu'él yría y dançaría, pero que no estava bien informado el rey ni las damas, porque nunca avía dançado a la manera de Inglaterra, ni aún en la de Armenia no lo hazía tan bien como otro; mas que satisfaría su mandado con lo que supiesse.

Esto hizo el rey porque oviesse lugar la habla del Cavallero de la Rosa y de la princesa su hija delante del gran sacerdote, como estava entr'ellos acordado, para que se supiesse

mejor lo que aquel cavallero sabía, porque el sacerdote era uno de los más sabios hombres que en el mundo se hallavan, y por tal era tenido.

Mas, después que la princesa se fue a su cámara, se retruxo con Fulgencia, y le contó todo lo que sus padres y tío y ella avían passado, y lo que quedava concertado. D'esto començó Fulgencia a dar muchas gracias a Dios, y le dixo:

–Señora, yo espero que todo suçederá como Dios se sirva, y vos estéys muy contenta y la mejor casada de todas las que biven.

Y con esta plática, todo el tiempo que d'este día y noche les sobró, o podían estar sin otra compañía, lo passaron hasta el día venidero.

CAPITULO XVI

Cómo la princesa fue, disimulada en manera de criada de Fulgencia, al templo con ella, y de lo que passó con el Cavallero de la Rosa y con Laterio; y cómo se dieron las manos y se despossaron, según la historia en este capítulo recuenta

Llegado aquel día que tanto desseavan estos dos enamorados para verse en aquel templo que es dicho, cada uno d'ellos fue muy de mañana. Y luego se dixo la primera oración que en esclareciendo se dezía allí todos los días del mundo. Laterio fue con su señor y la princesa yva como criada de Fulgencia, y llevaba una towalla delante del rostro, porque nadie la pudiesse conoçer.

Y sentadas en aquel lugar que Fulgencia solía ponerse, assí como la oración fue dicha, toda la gente se fue del templo y se quedaron todos quatro casi solos. Laterio y el Cavallero de la Rosa se llegaron a Fulgencia, y ella se levantó a ellos y hizo sentar entre ella y su compañera al cavallero, y de la otra parte de ssí hizo sentar a Laterio.

Y sentados, dixo:

–Cavallero, en mucho cargo soys a Dios más que ningún hombre de quantos yo he visto, porque no ay persona de quantas os veen que no dessee vuestra amistad y conversación. Y vos soys tan bien quisto en esta corte que, como el rey mi señor, podríades disponer en la voluntad de la mayor parte d'ella. Yo rogué a este gentil hombre vuestro que me hiziesse conoçer con vos, porque desseo mucho ser vuestra, y porque querría saber la costumbre que los cavalleros y señoras tienen en vuestra tierra; y maravillada estoy mucho en querer vos encubrir vuestra sangre y nombre. Porque, aunque seáys de la estirpe de los emperadores, pareçe que negarlo pone sospecha en vos, y que lo hazéys con alguna cautelosa maña. Y también, por otra parte, quien mira vuestra persona y el poco perjuyzio que a nadie hazéys en hazerlo assí, tiene os por desculpado. La princesa, mi señora, me dixo que le avíades prometido de dezírselo antes que fuéssedes una jornada fuera d'esta corte, y dessea mucho saberlo. Y no devríades negárselo, porqu'es persona a

quien vos devés procurar todo contentamiento, pues ya os ofrecistes por suyo y ella os reçibió por su cavallero.

Don Félix le dixo:

–Señora, yo tengo a muy gran ventura vuestro conoçimiento. Y téngolo en tanto que, si me viesse ya vencedor en los torneos de Albania, donde se han de llegar los más notables cavalleros del mundo, o la mayor parte d’ellos, no sentiría tanto contentamiento ni gloria, porque, de más de lo que vuestra persona y mereçimiento me tienen obligado, saber cuánta familiaridad con mi señora la princesa tenéys es mucha causa para que yo os adore y a todo lo que su señoría tiene por suyo.

“La costumbre que queréys saber de los cavalleros y señoras de mi tierra es servir ellos como leales, y las damas remunerar como ingratas. Y esta costumbre creo que se guarda en la mayor parte del mundo. Dezidme, señora, si acá lo usan así.

“Yo callo mi nombre porque ya propuse de hazerlo así, y querría que mis obras me nombrassen y no lo que por mi sangre o antecesores yo mereçiere. Y no acertaría quien toviessse la sospecha que dezís, porque ni yo me prescio de cautela de que a ninguno pueda venir daño, ni tengo para qué quererla. Yo, señora, os he dicho la verdad, y también la diré quando a la princesa mi señora le diga lo que prometí. Y no sabría yo faltar a mi palabra a ninguno que la dicesse, quanto más a quien sola en esta vida ha de ser, y es, mi señora. Y porque entro en nueva religión, y he de perseverar en ella, tengo pensado, pues de su mano tengo joya y señal de quererme por suyo, que desde aquí ha Albania, y después de passadas aquellas fiestas, todo lo que yo biviere, hasta que la princesa mande otra cosa, yo he de defender que soy siervo de la mejor y más hermosa dama del mundo, y la que más mereçe en él. Y el primero cavallero que sobr’esta razón me venciere, podrá quitarme la vida, pero no hazerme confessar lo contrario. Y todos los que yo venciere, si con la vida quisieren quedar, ha de ser con tal condición que vengan a Inglaterra desde a doquiera que conmigo se combatiere, y se presentarán por prisioneros de la princesa, y de allí adelante no han de poder hazer armas contra ningún cavallero de los reynos de Inglaterra, y presentarán sus arneses y personas vencidas a la princesa, en cuya mano ha de ser habilitarlos y darles licencia para que contra otras naçiones puedan exercitar las armas, y no de otra manera. Este voto, porque se me pueda acusar, yo le haré delante cavalleros y de personas que d’esto puedan dar fe, porque se sepa y no ynore quien topare conmigo las condiciones con que he de andar algún tiempo por el mundo.

Estonçes dixo Laterio, antes que Fulgencia le respondiessse:

–Señor, a mucho os obligáys; y, antes que delante de cavalleros os ofrezcáys a lo que dezís, devéyslo muy bien mirar, porque cosa tan ardua grandes inconvenientes podría traer a vuestra persona.

Y luego Fulgencia, arrasados los ojos de agua, le dixo:

–Por cierto, señor, yo no querría que en tanto peligro entrásedes. Ni aún la princesa, por cuyo servicio vos queréys hazer lo que dezís, holgara d’ello; antes le pesara mucho desde lo sepa, si vos en esso porfiáredes.

Y, como la paciencia de Dorendayna no pudo ya sofrirse más encubierta, aunque hasta allí ninguno la avía conosció, abaxó el reboço que delante de la cara tenía, y le dixo:

–Cavallero, más testigos tenéys de los que pensáys; yo me he determinado de hablaros aquí para ver si tengo en vos la parte que creo. Y, si os quise por mi cavallero, no es para que yo sea causa de poner vuestra persona y vida en la aventura y peligro que agora dezíades por dos cosas: la principal, porque me pessaría de vuestros trabajos, y la segunda, porque essa demanda no podría bastar a daros victoria, pues no es justa ni bastante a hazeros vencedor. Antes que otra cosa diga, veys aquí la respuesta de la carta que me distes de madama Lucrata, mi prima.

Y tomóle de la mano y díxole que le dicesse su palabra de no abrirla ni leerla si ella misma no se la mostrase o dicesse lo que en ella dezía. El cavallero dio la fe de lo cumplir assí y, antes que le soltase de la mano, se la besó.

Y luego dixo la princesa:

–Por cierto, ninguna razón ay para que vos queráys encubrirme quién soys, sino con pensamiento de algún fin que, al parecer, trae sospecha, aunque en sí sea bueno. Y caso que con todas las personas del mundo fuese bien que vos assí lo hiciésedes, conmigo no se devría hazer, pues os quise por mío, lo qual ningún cavallero de muchos que en el mundo andan con pensamiento de servirme con sus trabajos y cavallería tal alcanço de mí hasta agora. Y si acordáredes que es bien que os merezca esto que os pido, no os lo tengo de creer ni quedar satisfecha si solenemente en esta casa que estamos no me lo juráys, para que yo piense que me dezís lo cierto. Y pues vos ya me ofreçistes de no salir jornada d’esta corte sin certificarme de vuestro ser y persona, justo es que, por aver yo venido aquí a pedir esta gracia, no dexéys de hazerlo, y lo que avéys de dezirme adelante, que lo sepa yo desde agora.

–Señora –dixo el Cavallero de la Rosa–, yo soy contento de hazer lo que me pedís, mas para que solamente vos lo sepáys. Y esta señora me terná por muy escusado si no lo oyere, porque en fin en vuestra mano será dezírselo quando quisiéredes, si acordáredes de descubrirme.

Y la princesa le juró de no dezírselo a ella ni a otra persona sin su grado del cavallero. Y Fulgencia, no desdeñándose, sino muy alegre d’esto, se apartó cinco o seys pasos de la princesa y començo a departir con Laterio.

Y luego don Félix dixo:

–Yo nunca pensé ser tan sujeto de persona de quantas biven que sin libertad me viesse para hazer mi voluntad; pero yo estoy de manera que no puedo seguir sino la vuestra, y

no en sólo lo que mandáys que diga, mas en todo lo que os paresçiere que de mi vida se haga.

“Mi nombre ya, señora, os le dixere la noche de las fiestas que es don Félix. Soy hijo del duque Ponorio, hermano del emperador de Constantinopla, que es primo de Ardiano, rey de Albania. Y como mi padre fue segundo hijo del emperador Barbendo, quedóle por patrimonio una gran señoría en diversas partes de Grecia, pero haze su abitación en Albania, porque allí casó con la duquesa Clariosa, su prima, y hermana del mismo rey Ardiano, la qual es mi madre.

“Estando yo en aquella corte del rey mi tío, no menos tenido y acatado como Alberín, mi primo, que es príncipe hijo del dicho rey y heredero de aquel reyno, oý a muchas personas, que en esta corte de vuestros padres han estado, grandes loores de vuestra persona. Y desseando conoçer tan loada muger como soys en el mundo, y vençido de las nuevas que de vos por todo él andan, yo propuse esta jornada, y en ella aventurar mi vida hasta saber si podría ser possible que me hiziesse Dios tan dino que en vuestra gracia y amor cupiese.

“Y aunque estavan aplazados los torneos de Albania quando partí, quise salir de aquella tierra por estas causas en tal sazón. Lo uno porque mis padres desseavan, y el rey y la Reyna mis tíos querían, que yo me casasse con mi prima Cresilonda, hermana del príncipe Alberín, la qual es muy gentil dama, y la que suçedería en aquellos reynos si el príncipe no oviesse hijos. Sus padres y los míos, porque aquel estado no viniessse en otro suçessor que de su sangre saliesse, dábanme mucha prissa; y como yo estava más puesto en veniros a buscar que en conçeder tal matrimonio, busqué manera para salir de aquel reyno y venir a éste a veros, y ver hasta do corre mi ventura. Movióme también a buscaros desseo de conoçer para lo que es mi persona, porque, aunque tenemos los partos y otras belicosas nasçiones por enemigos y son nuestros vezinos, ya yo sé para lo que son, y no desseava ser conoçido en aquellas partes, sino en éstas, donde por causa vuestra tantos cavalleros y tan señalados cada día vienen. Bien sé que mi ausencia ha de hazer cortos los días de mis padres, y esto es de lo que tengo pena, porque les devo mucha obediencia, y salí de aquella corte sin que ellos supiessen de mí, porque solamente el rey supo mi partida, y esse criado mío, que fue mi ayo, y es la persona del mundo a quien yo más devo, y aún es cercano deudo mío.

“Y porque el tiempo corre y cada día se açerca el término de aquellos torneos, y desde lexos yrán muchos cavalleros a ellos y los que son naturales de aquella tierra deven mostrar en tal trånçe que no es falta de cavallería (en especial a aquellos que tanta parte les cabría de la honrra o infamia d’ella), si vos, señora, oviéredes por bien, yo me partiré después que sea passada la batalla del príncipe d’Escoçia y del de Armenia; porque, si el de Armenia es vençedor o salen a la yguala de su lid, yo quedo obligado a dezirle a Arlont algunas palabras que no quise el otro día delante del rey, vuestro padre, dezir, por verle ya prendado con otro cavallero. Y hecho esto, si en mi libertad yo quedo, con ayuda de Dios y no sin vuestra licencia, yré mi camino a Albania, donde no entiendo darme a conoçer a deudo ni amigo ninguno por ningún caso, hasta que las fiestas sean passadas.

Diziendo esto se le acordó muchas vezes de las palabras qu'el rey Ardiano, su tío, le dixo quando d'él se partió, acordándole quán gran pérdida es la del tiempo, y que no sabía si podría tener otro tan aparejado para dezirle a la princesa lo que más le convenía. No interrompiendo su habla, tras lo que arriba se ha contado, dixo:

–Señora: porque en ningún tiempo me pueda dar culpa de lo que dexé de hazer, por mí mismo os suplico que, si viéredes que en sangre os merezco, que la indinidad de mi persona la ayáys por escusada, y penséys que, aunque es poca por sí mesma en respeto de la vuestra, que de oy adelante que estáys en mis entrañas, ningún cavallero puede aver en el mundo que ventaja me haga. Y si pensáys tener marido, y viéredes que es possible hazerme Dios y vos tan dichoso que yo lo sea, que no fiéys en terçeros tan ardua negociación, porque siempre truecan las palabras y engañan al uno o a entr'ambos. Vos y yo, nos, tengamos la culpa o el premio. Y porque a tan alta señora no convernía que sin licencia de vuestros padres públicamente esto se hiziese, ni aun a mí me estaría bien sin licencia y bendición de los míos ser público esto, aquí está Dios por testigo: ponedlo en sus manos y en obra, que ningún tiempo hallarés contradición ni discrepançia en cosa de quantas me avéys oýdo. Y para esto bastarán por testigos Fulgencia y Laterio. Y si no quisiéredes que lo sean, basta que ambos lo seamos.

Y con esto calló el Cavallero de la Rosa, y la princesa le dixo, con seguro y onesto semblante:

–Señor, yo os tengo en señalada merçed la que me avéys hecho en dezirme tan por istenso vuestra generosidad y casa y vuestro nombre y el de vuestros padres y deudos, que tan señaladas personas son. Y también me hallo muy obligada, pues por mi causa en tal tiempo os apartastes d'ellos y de su compañía por conosçerme. Y no me parece cortesía descomplacer a vuestros padres y tíos en dexar de casaros con Cresilonda, vuestra prima, y venir a buscar otra muger tan apartada de la voluntad de vuestros deudos y del conoçimiento de vuestros naturales. Y para conosçer vuestra persona para lo que es, no teniades neçessidad de venir a Inglaterra, pues doquiera que vos estuviéredes está toda la cavallería del mundo. Sin duda podéys creer que me da mucha pena la soledad que a vuestros padres hazéys, y muy bien me parece que tornés presto, assí para los torneos que allá se han de hazer como para consolar vuestros amigos y deudos, y no para callarles quién soys ni desconosçeros entre ellos; y aun también porque tan buen cavallero como vos es razón que por la honrra de su tierra se halle en ella en tales casos.

“La licencia que dezís que os dé después que passe la batalla de los dos príncipes, yo os la doy, si poder tengo para ello. Mas mucho querría que no hiziéssedes armas con el cavallero de Armenia ni con otro, porque todo lo que os ha de poner en trabajo me ha de pesar en el alma, y básteos esta palabra. Por esto desseo que éste fuesse vençido y oviesse la vitoria el escociano.

“En lo demás, que es requerirme que con vos me case, yo os quiero dezir lo que en esto passa: mis días y vergüença me requieren que sin respuesta os dexen; y por otra parte, no sé en qué manos caería si a vos os perdiessse, pues no puedo negar que os amo. Y no me

tengáys a soltura lo que digo, ni me menospreciéys por lo que dixere, aunque tengáys razón para ello, viendo que dexo vençerme de vos.

“Mis padres me han hablado dos vezes en esto, porque ellos quieren que casés conmigo; y la segunda vez, el gran sacerdote, mi tío, con ellos; y me han apretado que les diga si soy contenta d’esto. Y después que me ove escusado de dar parecer en ello, les dixere que de vuestra persona yo estava satisfecha, si las otras partes eran tan bastantes en vos para que se hiziesse, assí como ser de alta sangre y de buen saber para la governación de aquestos estados; y que para esto era bien que yo os hablasse, y assí está acordado que se haga, y para esto son las danças que esta noche ha de aver; en la qual habla que conmigo ternéys ha d’estar presente el gran sacerdote, mi tío, porque quiere conosceros y certificarse de vuestro juyzio, porque el sacerdote es uno de los más sabios cavalleros y señores del mundo. Esto se hará oy; y si de allí él queda contento, pocos días passarán sin que se os hable de parte de mis padres en lo que me pedís y yo desseo.

“ Mas, porque veáys quán determinada estoy en quereros por señor y esposo, pues dezís que esto mismo desseáys, y yo no hago en hazerlo más de acortar pocos días que podrían passar hasta la conclusión d’esto, por daros más contentamiento no quiero que se haga más de lo que queréys. Y puesto que aquesto sea secreto hasta que os plega que se publique en tiempo que mejor parezca, conozco que hago lo que no devo en llegar a tal estado una cosa en que tanto va a la honrra de mis padres y mía, sin que ellos lo sepan.

Y dicho esto, se tomaron de las manos y se otorgaron por esposos, conforme a lo que en aquel tiempo se usava, y teniendo Dios y aquella santa casa, y delante por testigos de Laterio y Fulgencia, los quales quedaron muy espantados de ver aquello.

Y porqu’el tiempo no dava ya lugar para que la princesa estoviesse fuera de palacio más tarde, se despidieron los unos de los otros, y don Félix y Laterio se quedaron en el templo, y ellas se fueron a palacio.

Y allí don Félix le dixo a Laterio lo que avía passado, y la princesa dixo a Fulgencia lo mismo, después que fue llegada a su cámara.

CAPITULO XVII

Del consejo que Laterio dio a su señor, y de las danças que se hizieron, en las quales la princesa con el gran sacerdote hablaron con el Cavallero de la Rosa para conoçer su saber. Y de cómo el sacerdote aprovó por muy sabio al cavallero, y cómo acordaron qu’el sacerdote le combidasse y le hablasse en el casamiento con la princesa de parte de sus padres

Como don Félix ovo dicho a Laterio lo que avía passado con la princesa, Laterio le dixo:

—Señor, muy bien me parece lo que avés hecho, pues es camino de creçer vuestra persona en estado y loor; y lo que por vos adquiriéredes os será más dulce que lo que vuestros padres os dexaren, pues ya va camino de veros señor de tan excelente estado y corona como es la de Inglaterra. Mucho devés a Dios y a las oraciones de vuestros padres y de los que os aman, pues assí guía vuestros hechos. Los fines sean conformes a estos principios y seréys el más venturoso cavallero de vuestros tiempos, y para esto vuestra cordura y sofrimiento lo han de hazer, y con muy poco trabajo os podéys conservar. Y pues la princesa, mi señora, os dixo que os han de hablar en la fiesta el gran sacerdote, su tío, y ella este día, sabed responder sin dar señal de lo que avés hecho, y encomendaldo a Dios, que yo espero en Él que ha de ser para su servicio.

Y d’esta manera y con mucho regozijo ambos a dos platicaron grande espacio.

En este tiempo la princesa y Fulgencia estavan en estas mismas cosas, platicando muy gozosas, hablando la una y la otra en la cordura y saber y hermosura del Cavallero de la Rosa, don Félix, que ya entre ellas dos bien se podía nombrar assí. Pero, porque no se les fuesse la lengua a este nombre, no le nombravan sino por el Cavallero de la Rosa.

Como llegó este día la ora de las danças y todos los señores y cavalleros fueron a la fiesta, començaron a dançar assí como y con quien el rey lo mandava. Y porque Fulgencia era muy gentil dançadora, el príncipe de Armenia dançó con ella y mucho bien, y como galán. Y luego dançó el rey con la princesa, su hija, y el Cavallero de la Rosa con Ariana, la qual era dama de la princesa, y muy hermosa, y a quien ella mucho quería, y la más açpta le era después de Fulgencia.

Y andando la fiesta y las danças casi en el medio tiempo de lo que duraron, entró el sacerdote. Y con su venida se tornó a ynovar el regozijo y danças, y se sentó a par del rey, su hermano, y allí le habló el Cavallero de la Rosa, y le dixo:

—Reverendíssimo señor, y assí ilustríssimo: como hombre extranjero soy disculpado en no averos hecho reverencia hasta agora, assí porque yo no sabía que en aquesta corte vuestra señoría estava, como porque los cavalleros que aquí ay han tenido poca comunicación conmigo para avisarme de mi ynorancia. Mas desde agora hasta siempre podrés, señor, tenerme por muy cierto servidor, assí como lo soy d’estos señores, vuestros hermanos, a quien yo devo servicio por las merçedes que en este poco tiempo que estoy en su corte me han hecho. Y esta confiança podrés, señor, hazer de mí como de persona que conoçéys, y no como de cavallero aventurero y no conoçido o estraño.

El gran sacerdote se holgó mucho de le aver oýdo y le abraçó dos o tres vezes, y le dixo:

—Cavallero: el rey y la reyna, mis hermanos, me avían dicho lo que merecéys y os quieren por lo que vuestra persona es. Y assí os quiero yo como ellos, porque es mucha razón, pues todo es una cuenta y un querer lo que sus altezas y yo queremos, y una misma voluntad. Yo desseava mucho esta ora de vuestro conoscimiento, porque tal persona como la vuestra mucho devemos todos presciarnos de honrrarla y amarla, y en mí ternéys lo que en padre propio y en el más cercano deudo vuestro.

Y dicho esto, el gran sacerdote le hizo sentar a par de ssí, y desde a poco dixo a la princesa:

–Señora, ¿avéys dançado?

Y el rey dixo:

–Sí, que yo y ella dançamos.

–En verdad –dixo el sacerdote–, que avés de tornar a dançar y, por amor mío, sea con el Cavallero de la Rosa.

A esto no respondió palabra la princesa, mas el rey y la reyna le dixerón:

–Hija, hazed lo que manda el reverendíssimo señor.

Y ella se levantó luego. Y el Cavallero de la Rosa, con liberal acatamiento, se fue a la princesa y la tomó de la mano. Y dançaron muy bien, fueron mucho mirados y loados cada uno de ellos, porque lo hazían bien en extremo; aunque, en la verdad, si alguna vez parecía que salían del tiempo, luego lo cobravan, puesto que los nuevos cuydados o amor que en ellos estavan a vezes les hazía exceder en los passos o cuenta de lo que dançavan, pero no tan desacordadamente que dexasse de parecer bien aquello, porque luego tornavan a tomar el tiempo. Antes los que los miravan creyan que adrede se hazía, por mostrar cada uno d’ellos quán gentil dançador era.

Mas, acabada la dança y llegados hasta el estrado, el rey y la reyna se levantaron a ellos, y el gran sacerdote los hizo sentar cerca de sí, de manera que la princesa y el cavallero se pudiessen muy bien hablar; y el gran sacerdote a entream b os, porque éste era el fin de la fiesta, aunque el príncipe de Armenia la tenía por suya.

Y dexando de contar en este passo todo lo superfluo, por venir a dezir lo que haze a la historia, assí como el sacerdote los tuvo sentados como es dicho, movió la plática y dixo:

–Cavallero, ¿qué tanto ha que usáys las armas? Que, según lo que muestra vuestra edad, no debe aver mucho tiempo. Y también me dezid si soys enamorado en estos reynos o en vuestra tierra o fuera d’ella. Y dezidme, por lo que devéys a leal cavallero, quitada vuestra afición a parte: ¿la dama cuyo soys es más hermosa que mi sobrina, la princesa?

–Señor –dixo el cavallero–, pues mi edad dezís que muestra lo poco que ha que las armas uso, respondida está essa pregunta; y así es que muy presto avrá seys años que en una batalla campal fuy armado cavallero de mano de un poderoso rey, donde Dios le dio mucha vitoria y a mí me quiso hazer dino de ser numerado entre los cavalleros que en aquella jornada fueron bien mirados.

“Los amores que tengo, harto tiempo después se començaron, y se acabarán más tarde que el exercicio de las armas, por mucho que me dure. Y yo soy enamorado en estos

reynos y en mi tierra y fuera d'ella, sin hazer ofensa ni poder llamarme desleal amador. Y, quitada mi afición aparte, sino diziendo verdad digo que la dama cuyo soy no es más hermosa que la señora princesa, mas es tan hermosa como ella. Y porque no es razón que os parezca ofensa tal palabra, yo lo ostaría defender a qualquier cavallero. No quisiera responder a esto, porque es fuera de mi condición, y pensará la señora princesa que es ultraje loar ninguna muger del mundo de hermosa en su presencia, y yo conozco que no es cortesía. Pero vuestra señoría me conjuró para que os dixesse verdad, y yo lo he hecho.

Y estando diziendo esto, el cavallero tenía a la garganta una muy delgada cadenica de oro, y d'ella colgava una ymagen de Venus que traía metida en los pechos, entre la camisa y la carne. Y mientras dava la respuesta que es dicha, el gran sacerdote le sacó el hilo y la ymagen, y la tomó en la mano, y la estava mirando en tanto qu'el Cavallero de la Rosa hablava. Tenía esta ymagen al pie d'ella un muy grande y hermoso diamante que el emperador, su tío, avía embiado a su madre del Cavallero de la Rosa quando le parió. El qual era de grandísimo valor, y era tal y resplandescía tanto teniéndole el gran sacerdote en la mano, que era cosa maravillosa.

Y el rey y la reyna, como lo vieron, dixeron al gran sacerdote:

–Señor, mostradnos esse joyel, si esse cavallero lo ha por bien.

Y entonces el cavallero se quitó del cuello la cadenica, y le quedó con el joyel en la mano al sacerdote; el qual lo dio al rey y le dixo:

–Señor, no he visto yo jamás tal pieça. Essa sola basta para creer qu'este cavallero no nació en casa desnuda.

Y el rey y la reyna y los otros príncipes y señores que allí estavan tovieron bien que loar el diamante, y todos afirmavan que era el mayor y mejor y de más valor que nunca vieran. Mas, en tanto qu'el diamante se loava y las danças duravan todavía, estos dos enamorados hablavan, y el gran sacerdote con ellos.

El qual dixo a la princesa:

–Señora, ¿por qué no respondéys por vos? Que este cavallero dicho os ha porque hablés.

Y ella dixo:

–Señor, yo creo qu'el cavallero ha dicho la verdad, y no me ha hecho a mí ofensa ninguna en dezir que su señora es tan hermosa como yo. Y a mí me parece muy bien que lo defienda a quien otra cosa le porfiare. Mas no puedo pensar cómo puede ser possible lo que ha dicho, pues ser enamorado en estos reynos y en su tierra y fuera d'ella, sin que se pueda llamar desleal amador, parecen cosas que se podrían contradezir.

A esto dixo el sacerdote:

–Señora, yo os lo diré después de vos a mí.

Y dicho esto a la princesa, y aun al Cavallero de la Rosa, se les mudaron las colores, de manera que quien en ello mirara bien conosciere que temían ser entendidos. Pero el gran sacerdote lo dixo al fin que adelante se dirá, y el Cavallero de la Rosa le dixo:

–Señor, también será razón que me lo digáys a mí, por que yo sepa si sabéys mi secreto.

Y el sacerdote le dixo:

–No es menester que se os diga lo que vos sabéys.

Riéndose con estas pláticas y otras muchas que passaron, bien quedó el gran sacerdote certificado qu’este cavallero era de gentil entendimiento. Y la princesa quedó muy bien satisfecha de lo que avía dicho al sacerdote y a sus padres que desseava saber del Cavallero de la Rosa.

Y como fue ora de cenar, el rey y la reyna se levantaron, y el gran sacerdote y la princesa con ellos; y se entraron en su cámara, donde todos aquellos cavalleros y señores principales tomaron licencia.

Y al tiempo qu’el Cavallero de la Rosa se despedía del rey, le echó al cuello su joyel, y le dixo:

–Éste es el mejor diamante que yo he visto, y assí creo que lo soys vos entre los cavalleros.

Y el cavallero le hizo una muy baxa reverencia y le suplicó que se sirviesse d’él; pero el rey no quiso tomarle, mas dióle las gracias como si lo reçibiera.

Y, ydo el Cavallero de la Rosa y los otros cavalleros de la fiesta como es dicho, el sacerdote cenó aquella noche con sus hermanos y sobrina y, después que ovieron çenado, se retruxeron a otra cámara más secreta todos quatro sin otra persona, y començaron a hablar en este cavallero.

Y el sacerdote les dixo lo que avía passado con él delante de la princesa, y dixo:

–¿Sabéys, sobrina, por qué le dixe que os diría después de vos a mí que podía ser possible lo qu’el cavallero dezía, y no aver en ello contrariedad ninguna, como vos lo apuntastes? Porque, a mi paresçer, éste deve ser devoto de Venus, y assí trae su ymagen consigo, como la vistes en el qual joyel del diamante. Y esta señora puede ser de quien él sea enamorado en estos reynos y en su tierra y fuera d’ella, sin que se pueda dezir desleal amador, pues es medianera y madre y señora de amor. Y si dixo que era tan hermosa como vos y no más, fue por no ser mal criado, pues callava quién era. Pero, si es assí como yo digo, aunque dixera que era más que vos, también dixera verdad, pues la madre

del Cupido no tuvo par ni semejante en su ser y hermosura. A esta fin juzgo yo sus palabras.

“O, si esto no fuesse, podría ser que vos misma fuéssedes la que mejor le paresce, y por cuyo se tiene. Pero esto no me parece que podría ser, pues dixo que era enamorado en su tierra y fuera d’ella y en estos reynos; assí que veys aquí lo que yo sé comprehender de sus palabras.

El rey y la reyna y la princesa loaron el entendimiento qu’el gran sacerdote avía dado sobre la respuesta del cavallero, y les paresció que la verdad devía ser qu’el cavallero lo avía dicho por la venerable Venus, o por alguna santa dea con quien toviessse devoçión.

Y tras esto saltó la plática en lo que hazía al caso para qu’este matrimonio se hiziesse si este cavallero fuesse de alta guisa y no estoviesse casado o prendada su palabra con otra muger. Y determinadamente allí se acordó de consenso de todos quatro que este hecho se concluyesse. Y la princesa dixo a sus padres que ella quedava satisfecha de la duda que tenían, y que en lo demás hiziesse d’ella su voluntad.

Y el gran sacerdote tomó cargo de le hablar, y para esto tomaron por medio que sería bien que de allí a dos o tres días o quando al sacerdote le pluguiesse, combidasse al Cavallero de la Rosa; y que, después que oviesse con él comido, sin que de su casa se fuesse, le hablasse en este casamiento y le dixesse la voluntad del rey y de la reyna, y lo que más le paresciesse con que se certificase de su sangre y de no ser bastardo, que es cosa muy aborreçida en Inglaterra, y en que mucho se mira.

Y con esta plática y difinición que en esto tomaron, el gran sacerdote se fue de palacio, y el rey y la reyna reposaron, y la princesa se fue a su aposento tan alegre que no se conocía, porque le parescía que Dios hazía esto muy a su contentamiento.

Y después que fue acostada y cerrada su cámara, en la qual solamente ella y Fulgencia dormían, la princesa la llamó y le dixo todo lo que avía passado. Y muchas vezes truxeron a la memoria la respuesta qu’el cavallero le avía dado al sacerdote, y cómo avía dicho en todo verdad; porque, pues ya era desposado con la princesa, bien pudo dezir que en su tierra era enamorado, y fuera d’ella, y en estos reynos, que eran los de Inglaterra, que también tenía por suya.

Y allí se acordó entre ambas que otro día fuesse Fulgencia a le ver de su parte al templo, porque no podía bivar la princesa ni sosegar sin verle o buscar otra recreaçión con él, y porque mientras no le hablasse le parescía que en hazer aquello sentiría mucho descanso.

El Cavallero de la Rosa, después que se fue de palacio, comunicó con Laterio lo que avía passado con el gran sacerdote, y no descansava poco su pena hablando con tan fiel criado. El qual, como era cuerdo, siempre le dezía muchas cosas y avisos para que mejor se conservasse en este negocio que traía entre manos, y siempre le amonestava que midiesse sus palabras, de manera que sólo él y la princesa se entendiesse. Y con este exercicio ningún tiempo sentían ni le gustavan en otra cosa en tanto que en su possada

estavan.

CAPITULO XVIII

De cómo otro día Fulgencia habló al Cavallero de la Rosa de parte de la princesa, y de la respuesta que él le dio

El día siguiente, en el dicho templo donde estos principios se principiaron, Fulgencia halló al Cavallero de la Rosa; y, después que fue dicha la primera oración, él se llegó a ella; la qual como a quien ya tenía por señor lo rescibió y, comenzando a platicar, le dixo:

–Señor, si a la princesa le quedara libertad para que pudiera passar sin veros, o embiarme a que en su nombre os viesse, pensara que le quedava alguna; mas, como no tiene otro descanso ygal de saber de vos, vengo de su parte a traeros a la memoria cuánta ofensa le haríades si este mismo cuydado no tuviéssedes. Házeos saber que las palabras que al gran sacerdote dexistes anoche fueron muy altercadas, y sobre ellas diversos juyzios echados. El entendimiento y determinación fue buena, pero la más cierta mejor la sintió quien más os quiere. Lo que la princesa os pide y yo os suplico es que ningún día passe sin que la veáys, pues fácilmente lo podréys hazer, en especial conociendo qu’el rey y la reyna de cosa no resciben ygal plazer. Ved qué hará quien tanta razón tiene como la princesa, mi señora: mandóme que os dixesse que se os aperçibe un combite qu’el sacerdote, su tío, entiende hazeros muy presto, en el qual se os dirá, de parte del rey de la reyna, lo que vos y la princesa desseáys. Començad desde agora a dessear qu’esto aya fin, o a rrehusar la conclusión d’ello, y ved lo que queréys que en vuestro nombre le diga; pues, como primero os dixere, ningún descanso tiene ni espera más del que quisiéredes que tenga.

El Cavallero de la Rosa le dixo:

–Tan señalada merçed como la princesa, mi señora, me haze en todo lo que, señora, dezís, avía de ser estando mejor mereçida. La propia liberalidad sin prendas ha de ser, puesto que, si mi fe rescibe, en cuenta ofrescida se la tengo, y ésta le meresce qualquier merçed que me haga. Ninguna nescessidad avrá de acordarme lo que yo desseo, ni terné descuydo para responder al sacerdote en el combite que dezís lo que me pareçiere que puede ser más al propósito de mi ventura. Y no avrán menester juyzio las palabras que le dixere para que se entiendan como en las passadas. Yo yré cada día a palacio por complir lo que se me manda, y porque esso es lo mismo que a mí me da plazer.

Y con esta respuesta, y como yva satisfecha del cavallero, se fue Fulgencia a palacio, y se lo contó a su señora.

Pero, porque pareçe prolixidad rescitar las cosas de particularidades y cartas que entre estos dos amantes se ofrescieron hasta que fueron desposados con voluntad del rey y la reyna, como en su lugar se dirá, haze la historia su discurso tocando lo sustancial de la corónica lo más brevemente que ser puede.

CAPITULO XIX

De las palabras qu'el príncipe de Armenia y el Cavallero de la Rosa ovieron del uno al otro sin oýrlos otra persona, mirándolos desde una ventana la princesa y Fulgencia, sin que ellas fuessen vistas

Así como Fulgencia se tornó para la princesa, el Cavallero de la Rosa se fue para su possada y, como le pareció que era hora de yr a palacio y començar a complir lo que la princesa le rogava, por poderla ver cavalgó en un muy hermoso cavallo, y Laterio con él en otro.

Y en una gran plaça delante de la casa del rey topó al príncipe de Armenia, que salía de palacio, y hizieron mucha cortesía el uno al otro, y començaron a hablar en lo que les plugo. Y, como el príncipe deviera de tener pensado de dezirle lo que en este razonamiento passó, le dixo:

–Señor Cavallero de la Rosa: passeémonos un poco por esta plaça y podrá ser que veamos las damas que suelen pararse por las ventanas que salen de sus aposentos a esta plaça.

Y el Cavallero de la Rosa, sin más dezir, bolvió la rienda y començáronse a passear.

Mas ya la princesa y Fulgencia los veían muy bien, desde que ambos se toparon, por una ventana que tenía delante una jelsía, y ellas podía muy bien verlos sin que fuessen vistas; y Fulgencia le contava lo que aquel día avía passado en el templo con el Cavallero de la Rosa. Y en este tiempo que ellas estaban en esto mirándolos, no les faltava pena, porque sabían que aquestos dos cavalleros no se amavan a causa de las palabras que entre ellos avían passado, según que antes se dixo, y cómo el príncipe era naturalmente sobervio. Y el Cavallero de la Rosa, aunque sofrido y de gran cortesía, no comportava que ninguno ganasse honrra en palabras ni hechos con él.

De lançe en lançe, platicando sin aver entre ellos otro terçero ninguno, dixo el príncipe:

–Cavallero: yo quisiera más que la batalla que espero con el príncipe de Escoçia se hiziera con vos que no con él porque, aunque es muy buen cavallero, a mejor ventura tovierá vençeros a vos que a él. Mas yo os doy mi fe que, si con él quedo victorioso, como en Dios espero, de ser luego con vos. Y también pienso yr luego en Albania a aquellos torneos que están aplazados, donde muy grandes personas me dizen que se hallarán.

A todas estas palabras el Cavallero de la Rosa se sonreía de manera que, como le pesava de lo que escuchava, los otros cavalleros que los miravan y los que por allí se passeavan, aunque estaban algo desviados, conosçían que la plática de entre aquestos dos cavalleros no devía ser aplazible. Y Laterio, que mejor lo notava, y conosçía muy bien a su señor,

estava temeroso que viniessen a las manos; y como el príncipe tenía allí más cavalleros y criados que no el Cavallero de la Rosa, Laterio estava aperçebido para que, si viesse mover a alguno, hazer como cavallero lo que pudiesse, ca lo era, y muy valentíssimo.

La princesa y Fulgencia, que sabían que avían passado los días atrás las palabras que la historia ha contado en presencia del rey y otros cavalleros, estaban con mucha congoxa, porque temían lo que en aquella plática podía passar o suçeder, que sería más para su congoxa que para otra cosa.

Mas el Cavallero de la Rosa, con muy gentil semblante y sossiego, le respondió, como hombre que no tenía en mucho lo que el príncipe de Armenia dezía:

—Por cierto, si vos no tuviéades certificado al príncipe de Escoçia de hazer armas con él, ya yo las oviera hecho con vos. Y si vos me venciéades, no pudiera ser sino que lo sintiera más que la muerte. Y si yo os venciera, no lo tuviera por la mayor prosperidad que espero, ni sé por qué tenéys tanta confiança en vuestra fortuna y persona que penséys vencer al príncipe de Escocia y a mí, y llegar a Albania a ganar honrra en aquellos torneos que allí se esperan. Una cosa os sé dezir, y tenedla por cierta: que si salís con vitoria del trançe que esperáys, que yo os acordaré lo que desseáys, que es provar vuestra persona con la mía. Pero, si vençido fuéredes, yo nunca os responderé ni buscaré, porque yo no he de tomar armas contra vos si no fuesse para defenderos; porque, según la costumbre de mi tierra, gran vituperio es a los nobles lidiar ni debatir con los rendidos.

A esto dixo el príncipe:

—Bien me parece lo que dezís, si assí lo hazéys.

Y el Cavallero de la Rosa le dixo:

—El tiempo os lo dirá.

Y con estas palabras, sonriéndose el uno y el otro, y con la cortesía que entre tales personas se requiere, se apartaron; y la princesa dio muchas gracias a Dios de verlos desviados, mas no quedó sin sospecha, porque era sabia; y quien ama, es fuerça que tema.

CAPITULO XX

Cómo el gran sacerdote combidó a comer al Cavallero de la Rosa y al príncipe d'Escocia, y de las armas y combate con el Cavallero Bravo de Yrlanda; el qual venció y lo embió por prisionero a la princesa. Y del triumpho y victoria con que entró en Londres

Con muchas cartas que se escribieron passaron tiempo el Cavallero de la Rosa y la princesa Dorendayna todos aquellos días que tardó el sacerdote de combidarle, porque nunca la princesa permitió de verse con este cavallero aparte, como él lo desseava y se lo acordó muchas vezes, hasta que este negocio estoviesse más seguro para su honrra y la de

sus padres, puesto que ella deseava lo mismo que el cavallero, que era muy familiar y continuamente hablarle y verle.

Mas, assí como al gran sacerdote le pareció, un día que salió al campo a se passear halló juntos al príncipe de Escocia y al Cavallero de la Rosa, que mucha amistad tenían. Los quales estaban platicando en la forma que el príncipe devía tener en el hecho d'armas que esperaba con el cavallero de Armenia. Y el gran sacerdote se fue para ellos y ellos a él, y cada uno puso a su lado.

Y después que un rato ovieron hablado en burlas y otras cosas, porque el sacerdote era muy gentil cavallero y de muy buena conversación, les rogó a entr'ambos qu'el día siguiente se fuesen a comer con él estos dos cavalleros. Y ellos dixeron que assí lo harían.

Y estando en esto llegó un gentil hombre a cavallo, y dióle una carta al Cavallero de la Rosa, muy cerrada y sellada; y dezía en el sobrescripto: "Al Cavallero de la Rosa, en su mano propia y delante las personas más notables que ser pudiere". Y al tiempo que se la dio, le dixo:

–Cavallero: por lo que devéys a vuestro honor, complid lo que se os escribe por essa letra, que yo cumplido he lo que en el sobrescrito d'ella dize y me fue mandado, pues delante de dos personas como el gran sacerdote y el señor príncipe de Escocia os la he dado.

Y luego el cavallero abrió la carta y la leyó antes que al mensajero d'ella ninguna cosa respondiesse. La qual dezía assí:

"Cavallero: con las armas que los aventureros suelen seguir sus empresas, fuera de Londres, donde esse hombre mío os mostrará, os atiendo y digo que por noble sangre ningún príncipe ni señor me puede rehusar, y por cavallería creo que estoy aprovado, y assí lo sabréys en fin de nuestra batalla. Mi nombre no se os dize porque soy devoto de callarle, como vos. Mi empresa es defender que la dama que más quiero es más hermosa y valerosa que la vuestra y quantas biven. Esto, si vos lo confessáredes de buen grado, cessarán las armas. Y si no, en verdad de mi justa demanda y d'ellas, entiendo hazérslo conoçer por fuerça, como lo he hecho dezir a muchos cavalleros de más edad y experiencia que vos. Si acordáredes de venir, sea solo y luego. Y si truxéredes compañía, pensaré que me teméys. O escrevidme por qué causa lo dexáys, que ninguna puede aver justa para vuestra desculpa".

Assí como el Cavallero de la Rosa ovo leýdo la carta, dixo al gran sacerdote y al príncipe que les pedía por merçed le diessen licencia para una hora, porque le complía mucho responder a aquella carta y despachar aquel mensajero.

Y el gran sacerdote y el príncipe, como vieron el sobre escrito, y aquel hombre que truxo la carta los avía hecho testigos de cómo la avía dado, luego pensaron lo que podía ser; en especial que, como sabían las palabras que los días atrás avían passado el Cavallero de la

Rosa y el príncipe de Armenia, y como ya se rugía que también se avían tornado a hablar solos, entendieron que él devía ser quien escribía aquella letra. Pero también sospechaban que no haría tan grande error como éste, pues estava desafiado con el príncipe d'Escocia.

Y estándole rogando al Cavallero de la Rosa que se la mostrasse, y él escusándose d'ello, llegó el cavallero de Armenia, y hablólos a todos tres, y ellos a él, y assí çessaron las sospechas.

Y el Cavallero de la Rosa se despidió d'ellos y se fue a su possada, y llevó consigo a aquel hombre que le dio la carta, y le dixo:

–Amigo, aguardadme, que yo yré con vos a buscar esse cavallero que m'escrivió.

Y el hombre assí lo hizo.

Y luego el Cavallero de la Rosa dixo a Laterio que le mandasse aderesçar uno de sus cavallos, los quales él tenía tales como para semejantes cosas convenían, y que le armasse luego. Y Laterio se espantó y le dixo que dónde yva, mas él le respondió:

–Laterio, de quantas cosas hasta oy por mí han passado nunca os negué ninguna. Ésta es menester que no la sepáys hasta el fin d'ella, que plaziendo a Dios será presto; y, por mi amor, que no me preguntéys más cerca de aquesto, sino que os quedéys en la possada. Que, si por bien ha de ser, no me deterné mucho donde voy.

Como Laterio le vido tan determinado, acordó que era muy mejor encomendarle a Dios que importunarle sobr'esto, y entendió luego con mucha diligencia de hazer lo que el Cavallero de la Rosa le mandava.

El qual, con muy alegre semblante mientras se armava, hablaba con el mensajero. Y como era tan maravillosamente hablado en diversas lenguas, y aquel mensajero no hablaba tan bien ynglés que se dexasse de conocer que era estraño de aquella lengua, el Cavallero de la Rosa se llegó a la oreja de aquel escudero que le truxo la carta y le dixo:

–En vuestra lengua y habla he conoçido que, si esse cavallero que os embía es de vuestra nasción, ambos soys de Yrlanda.

Y assí era la verdad, mas el hombre lo negó y dixo:

–Jamás estuve donde, señor, dezís.

Mas lo cierto era que el Cavallero Bravo de Yrlanda, persona de sangre real y señor de aquella ysla, muy diestro en las armas y sonado por muchas partes del mundo, era el que estava aguardando al Cavallero de la Rosa, y el día de antes havia llegado a Londres y avía sabido de la persona del Cavallero de la Rosa. Y no se avía dado a conocer porque el rey de Inglaterra era su enemigo, y aquel cavallero le tenía quitada la obediencia que sus antecessores solían dar a la casa de Ynglaterra. Y éste passava por Londres pensando

de ver las armas que de allí a pocos días havían de hazer el príncipe de Escocia y el de Armenia. Y desde allí, el Cavallero Bravo se avía de yr derecho a los torneos de Albania. Mas, assí como supo del Cavallero de la Rosa y de los favores que el rey de Inglaterra le hazía, pensando que honrrándose d'él haría gran pesar al rey, y que en esto crecería mucho más su fama, acordó de escrevirle aquella carta y poner en obra la essecución d'ella.

Mas el Cavallero de la Rosa, como dicho es, conosció de cierto que el mensajero era yrlandés, y qu'el Cavallero Bravo devía ser quien le escrevía, porque era muy nombrado, y muy loadas sus fuerças. Y assí como fue armado, qu'el cavallo le sacassen fuera de la ciudad a la puerta qu'el mensajero le dixo, y cubiertas las armas y llevándole lo que más ovo menester, assí tomó su lança y armadura de cabeza secretamente. Assí como fue en el campo, dixo a Laterio:

–Bolveos y mostrad esta carta al príncipe d'Escocia y al gran sacerdote de Inglaterra.

Y dióle la carta qu'el mensajero le avía dado. Y, assí como Laterio se tornó con la carta, el hombre guió por otro camino al Cavallero de la Rosa, y le dixo:

–Señor, bien será que aguijemos, si embiastes a dezir con aquel vuestro a lo que ys, porque, si algunos cavalleros vienen antes que lleguen a las manos, mal contado sería a vuestra honrra.

El Cavallero de la Rosa le dixo:

–No creáys que verná ninguno, que no es costumbre de cavalleros estorvar a nadie en cosa que tanto va a la fama de los buenos.

Y, dicho esto, andovieron bien una hora, porque el Cavallero Bravo estava más de una legua apartado de la ciudad esperándole.

Justa cosa parece dezirse que, como llegó Laterio con la carta, ya el gran sacerdote y el príncipe se avían apartado el uno del otro, y assí tardó más de dos horas en poderlos ver para les mostrar la carta. Mas no les quiso dezir por qué parte avía ydo el Cavallero de la Rosa, mas de quanto les dixo cómo yva, y que le avía mandado que les dixesse que, pues avían seydo testigos del sobreescrito, que les hazía saber que él era ydo a cumplir lo que dentro en la carta le requerían, y por esso se la embiava.

Luego en esse punto el gran sacerdote fue a palacio con Laterio, y quisiera mucho que el rey embiara a buscar el Cavallero de la Rosa. Y el rey assí lo quería hazer, y el príncipe de Escocia llegó en esta razón y dixo al rey:

–Señor, si yo no estoviera para hazer armas y obligado como estoy, desde que vi la carta yo fuera armado y ydo a buscar al Cavallero de la Rosa, y assí lo devéys, señor, mandar a vuestros cavalleros, porque no sea el Cavallero de la Rosa afrontado, ni con ventaja

ninguno se aproveche d'él. Y devéys mandar a este cavallero que no encubra por qué parte va su señor.

Y Laterio dixo:

–Esso no lo mandará su Alteza, ni yo lo haré, porque más quiero la honrra del Cavallero de la Rosa que su vida.

Y por esto cessó el rey de embiar a buscar el Cavallero de la Rosa, y assí gelo suplicó Laterio, su leal criado.

Mucha alteración pusieron estas nuevas en el rey y la reyna, y más en la princesa, porque ya començavan a mezclarse sus plazerres con alguna parte de angustia, la qual ella tenía muy entera, y desseava yrse de la cámara del rey por dar parte de su trabajo a sus lágrimas y a Fulgencia.

Pero no lo pudo hazer hasta el tiempo y término que se tardó de saber del Cavallero de la Rosa, que sería quatro horas, en las quales todos estovieron assí suspensos entre pesar y esperança, y echando diversos juyzios sobr'el caso.

Dexado aparte esto, y tornando a hablar en la conclusión de la batalla, el Cavallero de la Rosa llegó donde el otro cavallero le esperaba, y lo vido desde a trecho de dos carreras de cavallo. Y en esse punto començó a se aperçebir en la silla y reconocer su persona como hombre de hecho.

Y el hombre le dixo:

–Cavallero, veys allí quien os espera. De aquí adelante mirad por vos, que entre manos tenéys la más dura batalla y afrenta en que podréys averos visto jamás.

Y el cavallero dixo:

–Bien podría perder; mas, ni las palabras del siervo ni las obras del señor no me harán temer, y yo espero en Dios que antes de mucho veréys lo que digo.

Y, dicho esto, se paró y caló la vista del yelmo, y puso su lança en el ristre y batió las piernas al cavallo, el qual era tan poderoso que parecía que hundie la tierra por do passava.

Y ya el otro cavallero venía contra él de la misma manera, y diéronse muy grandes encuentros, porque el Cavallero Bravo, con astucia, no quiso encontrar al Cavallero de la Rosa, sino al cavallo, y hirióle por los pechos en descubierto, y echóle más de una braça de lança por la barriga. Y luego el cavallo y el Cavallero de la Rosa cayeron en tierra. El Cavallero de la Rosa encontró tan reziamente al Cavallero Bravo en medio de los pechos que le passó el bolante, y hizo muchos pedaços su lança en él. Y del grande encuentro quebró el arzón postrero, y el Cavallero Bravo cayó por las ancas del cavallo.

Y assí como ambos fueron en tierra, cada uno d'ellos se levantó con mucha priessa y esfuerço, y muy más aýna el Cavallero de la Rosa, porque, como el encuentro no avía sido en su persona, sino en el cavallo, con más aliento y feroçidad llegó al Cavallero Bravo; el qual apenas avía puesto mano a la espada quando le havía dado dos o tres golpes el Cavallero de la Rosa, y en especial le avía dado por la vista una herida de que mucha sangre le salía. Mas por esso no paró la batalla en esto, porque ambos a dos quebraron las espadas de los grandes golpes que se dieron, y vinieron a los braços. Y el Cavallero de la Rosa le derribó en tierra, y como le avía dado otras heridas sin la del rostro, salíale mucha sangre, y estava casi desmayado.

Y el Cavallero de la Rosa le quitó el armadura de la cabeça y tomó una daga que traýa en la cinta, y se la puso a la garganta y le dixo:

–Cavallero, a punto soys llegado que tenéys tiempo de arrepentiros de lo que m'escrevistes, y de confessar que soys vencido de mejor cavallero que vos. Y también me avéys de dezir vuestro nombre, y conoscer que la dama cúyo soy es más hermosa y valerosa que la vuestra y quantas biven. Y si esto no hizíeredes, vuestra vida lo pagará, pues la tenéys en mis manos.

Estonçes el Cavallero Bravo dixo:

–Sin duda, mejor sería morir que hazer lo que dezís para mi honrra. Mas, por servir a tan buen cavallero como vos, yo digo que me pesa de haveros escrito y provado para lo que soys, y no creo que bive otro cavallero en armas más valeroso que vos, pues ninguno de quantos yo he topado por el mundo, que han seydo muchos, nunca pudo traerme a este passo, y yo os conozco que me hazéys ventaja.

“ Yo me llamo el Cavallero Bravo de Yrlanda, y assí conozco que la dama cúyo soys tiene ventaja a la que en este essamen me puso y a quantas biven, pues en la virtud de vuestra persona y armas, y en la suya, Dios lo ha mostrado assí, y podéys loaros que vençistes a quien nunca fue vencido, y a quien el rey de Inglaterra, vuestro amigo, más desama en este mundo. Y esto es lo que siento más que la muerte: aver venido yo donde él se pueda vengar de mi honrra y persona, si vos lo quisiéredes.

En todo este tiempo qu'el Cavallero Bravo dezía esto, su criado estava hincado de rodillas con muchas lágrimas suplicando al Cavallero de la Rosa que se oviesse con su señor como cavallero, y le diesse la vida.

Y dicho esto, el Cavallero de la Rosa le dixo:

–Pues vos confessáys todo lo que a mi honrra conviene, yo os otorgo la vida; mas ha de ser con tal condición que, assí como estáys, avéys de entrar en Londres y hincaros de rodillas delante de la princesa Dorendayna, y dezirle: "Señora, yo soy vencido del que es siervo de la mejor e más hermosa dama del mundo, y la que más mereçe en él; y desde aquí juro y prometo de ser vuestro prisionero, y de no entrar en armas contra ningún cavallero ni persona de los reynos de Inglaterra; y aquí os presento mi persona y armas,

pues en vuestra mano ha de ser abilitar mi persona y darme licencia quando servida fuéredes para que contra otras nasçiones yo pueda exercitar las armas, y no de otra manera".

Y el Cavallero Bravo dixo que assí lo haría. Y luego lo puso por obra, y cavalgó en el cavallo que su escudero tenía, porque el suyo quedó para el Cavallero de la Rosa. Y fuesse derechamente, como estava, a la ciudad, y se apeó en el palacio del rey, y delante d'él y de la reyna y princesa, y el gran sacerdote, y muchos señores y cavalleros, entró en la sala y, sin hazer otro acatamiento a más de sola la princesa, hincó las rodillas ante ella y le dixo todo lo que el Cavallero de la Rosa le mandó. Y dicho esto, le besó la mano a la princesa, porque era costumbre de dar la mano las damas a los prisioneros que sus cavalleros les embiavan; y, assí como se la ovo besado, dixo:

–Señora: con esta condición el Cavallero de la Rosa me otorgó la vida, y yo la tengo de su mano; y antes que yo le concediesse de ser vuestro prisionero, hizo mi persona y fuerças todo aquello para que bastaron. Mas mayor fue su ventura, la qual, y mi desdicha, le dieron de mí victoria.

Assí como el Cavallero Bravo ovo dicho esto, la princesa le mandó levantar, y el rey y la reyna y el gran sacerdote, que presentes estaban, y los príncipes de Escocia y Armenia, y los más principales cavalleros de la corte, holgaron tanto de ver aquesto como si cada uno d'ellos oviera la vitoria.

Y el rey le dixo luego al Cavallero Bravo, el qual tenía todas las armas sangrientas, y era cosa de notar verle, porque era de gran persona y muy feroz dispusición:

–Cavallero, yo doy muchas gracias a Dios porque os ha traýdo a Londres a arrepentiros de algunos sinsabores que me havéys hecho, mas aquí no se mirará con vos ninguna cosa d'éstas. Y pues soys de la princesa, mi hija, ella y todos nos avremos con vos como con deudo y amigo, que por ser vençido de tan acabado cavallero como el de la Rosa ningún vituperio queda en vuestra persona, pues la suya se puso en la misma disputa y aventura que la vuestra, y seyendo llamado y requerido por vos.

Y el Cavallero Bravo le dixo:

–Señor, pues Dios assí lo hizo conmigo, aunque me pesa, me plaze de arrepentirme si os he desservido, puesto que todo lo que hasta aquí hize fueron obras de cavallero.

Y, dicho esto, el rey mandó luego que curassen con mucha diligencia del Cavallero Bravo como si su persona fuesse.

Y en esse punto cavalgó, y salieron él y el gran sacerdote y todos aquellos príncipes y señores y muy gran cavallería a le rescebir fuera de la ciudad por donde venía. Y entró por la misma puerta que había salido; el qual venía encima del cavallo del Cavallero Bravo, porque el suyo quedava muerto en el campo. Y assí como avía hecho las armas,

assí venía armado de todas ellas. Y traía en la mano la espada quebrada del cavallero vencido, y assí lo estava la suya propia, aunque en la vayna la traía.

Y quando el rey y el gran sacerdote y todos aquellos cavalleros le vieron, con muchos abraços y alegría le rescibieron, dando todos muchas gracias a Dios de su victoria, y loando su persona y el esfuerço.

Y assí entró con este triumpho en Londres, lo más honrradamente que cavallero antes ni después entró. Y yva el Cavallero de la Rosa entre el rey y el gran sacerdote, y a los otros lados d'ellos yvan los príncipes de Escoçia y Armenia, y otros señores, y con muchos menestres altos y toda la cavallería que en aquella corte se halló. Assí fueron hasta palacio, y por el camino el Cavallero de la Rosa les fue contando cómo avía passado la batalla, lo qual él dezía antes loando al Cavallero Bravo y su esfuerço, que no su persona misma, y atribuyendo su victoria a Dios y no a su cavallería.

Y con esto llegaron a la casa donde la reyna y la princesa estavan esperándolos con muchas damas. Y assí como el cavallero llegó, hincó la rodilla y pidió la mano a la reyna, la qual le abraçó y besó en el rostro, y le dixo:

–Cavallero, mucho os devemos todos, pues avéys dado oy en las manos al rey mi señor la persona qu'él más desseava tener en su poder.

Y de allí llegó delante de la princesa y, hincada la rodilla, le dixo:

–Señora, perdonadme el atrevimiento que hize en embiaros prisionero sin saber que holgaríedes de rescebirle.

Y la princesa le dixo:

–Señor, mucha merçed me hezistes, y yo por muy grande la tengo.

Y luego el rey y la reyna y la princesa y el gran sacerdote se sentaron, y los príncipes a par del Cavallero de la Rosa. Y le miraron todas las armas, las quales traía con muy grandes golpes, assí que se podía bien creer que el Cavallero Bravo avía procurado todo lo possible de mostrar su persona en aquella batalla.

Y el Cavallero de la Rosa dio la espada del vencido a la princesa, y ella la reçibió; y el rey le dixo:

–Cavallero, mostradnos la vuestra.

Y, como la sacó de la vayna, no tenía sino hasta la mitad d'ella, porque se le avía quebrado. Y aquello que quedava, todo era lleno de mellas, que parecía sierra.

Y estonçes el rey mandó traer una espada qu'él tenía muy maravillosa; y, traýda, la dio a su hija y dixo:

–Hija, dadla vos al Cavallero de la Rosa, pues en vuestro servicio se quebró la suya, y en hazernos a todos tan buena obra como oy nos ha hecho en darnos pacíficamente el reyno de Yrlanda.

Y assí lo hizo la princesa, y le dio la espada. Y él la rescibió de grado y dixo:

–Señora, gran sinrazón sería si no me diesse Dios mucha victoria con espada de vuestra mano.

Y luego el rey le rogó al cavallero que se desarmasse allí y cenasse con ellos; y el Cavallero de la Rosa dixo que él acostumbra no quitarse tan presto las armas de todo punto, y el rey dixo que dexasse las que le pluguiesse. Y assí, dentro en una cámara de palacio, su amigo y leal servidor Laterio, que por propia tenía la victoria de su señor, y su amigo, el cavallerizo mayor, le desarmaron el yelmo y las otras pieças que quiso dexar. Y quedó con el arnés de piernas y la coraça blanca; y, echada una ropa larga encima, se tornó a la cámara donde el rey y la reyna y princesa y todos aquellos señores estaban esperando.

Y el rey combidó assí mismo a çenar con ellos a los príncipes de Escoçia y de Armenia, y a los otros señores más principales. Y así çenaron todos con mucho plazer y alegría.

Y acabada la çena, paresciéndoles qu’el Cavallero de la Rosa avía menester reposo, le hizieron yr más temprano de lo qu’él quisiera, por no dexar de ver a la princesa, que era lo que más contentamiento le dava que la victoria que avía ganado.

Y el gran sacerdote y todos aquellos señores más principales y otros muchos cavalleros fueron con él hasta su posada; y en el camino le tornó el gran sacerdote a acordar que otro día avía de ser su combidado; el qual no veía la hora que hablarle en el casamiento de la princesa, su sobrina. Y aún, en tanto que en palacio el cavallero de la Rosa se avía retraído a quitar la armadura de cabeça y otras pieças de sus armas, el rey y la reyna avían dicho al gran sacerdote que hablasse otro día al Cavallero de la Rosa en lo que tenían acordado que le dixesse de su parte y la suya.

Y assí lo dexaron con su Laterio en su possada; el qual, como fue desarmado, se acostó y reposó aquella noche con algún sueño, más que tuvo la princesa, porque toda la noche passó con Fulgencia sin poder dormir un momento, hablando en el Cavallero de la Rosa y en la aventura de aquel día. Y muchas veces tomó la péñola y el papel en las manos para escrevirle; y quantas vezes lo començava, tantas lo tornava a borrar, y dezía que su alegría la tenía tan ufana que no acertava a dezir cosa de las que quería. Y acordó que sería muy mejor yrse otro día de mañana a aquel templo acostumbrado, como otra vez lo avía hecho, con Fulgencia, y que vería y hablaría al Cavallero de la Rosa más a su grado. Y así lo puso por obra.

CAPITULO XXI

Cómo la princesa se vio la segunda vez con el Cavallero de la Rosa en el templo, y allí concertaron de verse en la cámara y aposento de la princesa, donde el cavallero avía de yr secretamente. Pero no se hizo por estonçes a causa de lo que suçedió, como contará la historia

El día siguiente de la victoria de don Félix, en esclareciendo, la princesa y Fulgencia se fueron a aquel templo que es dicho, y ambas a dos desconoçidas, porque ya yvan todos conociendo al cavallero a causa de sus obras. El qual, con Laterio, madrugó, y se fueron al templo, no con pensamiento que la princesa allí vernía, mas creyendo que Fulgencia yría y le traería nuevas de la princesa, o alguna carta. Y como las vieron atapadas luego las conocieron, y primero oyeron la oración, que todos eran muy devotos.

Y, acabado el oficio divino y yda toda la gente, se quedaron los quatro solos, y el cavallero y Laterio se sentaron a par d'ellas. Y allí no pudo tanto sufrimiento tener el comedimiento, ni la vergüença ser parte para que no se bessassen y tomassen las manos el uno al otro (y d'esto no es de maravillar, porque en aquellas partes oy día se tiene esto por cortesía, y assí se haría entonçes por essa misma y por la buena voluntad que ya se tenían). Y Laterio y Fulgencia, aunque lo entendían, lo dissimulavan.

Y assí estovieron bien una hora con mucho plazer hablando en lo que les plugo; y ya que la princesa se quería yr, porque, como aquesta negociación andava tan adelante, temía que sus padres la llamassen o que no suçediesse otro inconveniente para la echar de menos, el Cavallero de la Rosa dixo:

—Señora: según Dios, ya sabéys que soys mi esposa, y que por tal os me otorgastes aquí donde estáys; y, pues ay razón que de mí os fiéys, bien sería, si os pluguiesse, que yo os viesse en vuestra cámara con solos estos testigos que aquí tenemos, o sin ellos, pues de mí podéys estar cierta que sin vuestro grado no sabré tomar parte de vos que os ofenda ni enoje; y aunque no lo quisiéssedes, sino porque conoscáys cuánto descanso me es veros, lo devríades querer, pues yo sé de cierto qu'esto mismo es la cosa del mundo de que vos más holgáys, y es razón que holguéys.

La princesa dixo:

—Señor, oy avéys de comer con el gran sacerdote y, al tiempo que yo podría veros, es forçado que estéys con él. Porque ninguna hora ay para que se haga lo que dezís, sino en la siesta, y entrando por un jardín que está a las espaldas de palacio, el qual sale a mi aposento, mañana yo os le haré abrir a aquella hora, y os esperaré con Fulgencia, y vos podréys venir solo. Mas avéys de darme la fe que assí me trataréys como dezís, y que sin mi voluntad no querréys cosa que yo no quiera; quanto más que todo esto es escusado, porque de la habla del sacerdote resultará que, con voluntad del rey y la reyna, me podáys ver, si vos quisiéredes.

El Cavallero de la Rosa le dio las gracias por su respuesta, y le prometió que assí sería como lo dezía, y que en la habla del gran sacerdote ella vería o sabría quán aparejado estava de hazer y responder lo que ambos desseavan.

Y con muy dulçes besos, se despidió el uno del otro, y se tornaron a su aposento la princesa y Fulgencia, y el cavallero y Laterio se fueron a su possada.

CAPITULO XXII

Cómo se fue este día el Cavallero de la Rosa a comer con el gran sacerdote, y el príncipe de Escocia fue a lo mismo, y de la habla y cosas que passaron el sacerdote y este cavallero después que ovieron comido

Este día se fue el Cavallero de la Rosa a comer con el gran sacerdote, el qual y el príncipe de Escocia, le estaban ya esperando. Y como entró, le dixo el sacerdote:

—Pareçe qu’el trabajo de las armas más da sueño que appetite al comer. El señor príncipe d’Escocia y yo avemos esperado ya ha buen rato, y todo el tiempo avemos passado en acordarnos de cómo hizo Dios ayer vuestras cosas y las nuestras que, según lo que el príncipe os quiere y yo, señor, os amo, por propias las tenemos, y assí las reputamos como cosas de nuestra misma honrra.

El Cavallero de la Rosa le dixo:

—Señor, no ha sido todo sueño el tiempo que oy ha passado por mí; porque, como el Cavallero Bravo era amigo de conclusión y quiso que en pocas horas aquello se hiziesse, assí han sido pocas las horas que han sido menester para descansar, puesto que, por cierto, él es de tan buenas fuerças y presto que en aquel espacio que a los braços andovimos, mucho me apretó. Y de aver hecho Dios mis cosas en esto a sabor de vuestra señoría y del señor príncipe, ninguna duda yo tengo, ni para pensar que las tenéys ambos por propias, pues assí tengo yo mi persona y la vida para vuestro servicio. Yo me he tardado en ver mis armas y repararlas, y descuydé en pensar que vuestra señoría comería tarde; y assí vengo yo, y no quisiera averos hecho esperar.

Y con estas palabras y otras de burlas y plazer se sentaron estos señores a comer, y con ellos el cavallero mayor del rey; el qual tenía mucho cuydado de seguir la persona del Cavallero de la Rosa, porque veía que el rey holgava de aquesto, y porque él le era muy aficionado, y cada día lo era más.

Después que ovieron comido y estado sobre la mesa algùn tanto platicando, el príncipe de Escocia dixo al gran sacerdote y al Cavallero de la Rosa:

—Ya sabéys, señores, cómo de aquí a la batalla que espero del príncipe de Armenia quedan pocos días de espacio. Yo tengo bien que hazer y exercitar; dadme licencia, que yo quiero llegar a ver en qué término están mis armas y otras cosas que para la jornada he menester.

Y el Cavallero de la Rosa le dixo:

–Señor, pues yo seré de aquí a una hora con vos, que quiero ver vuestras armas y serviros en todo lo que yo pudiere.

Y el príncipe le dixo que él le suplicava que fuesse allá, y que le estaría esperando. Y el gran sacerdote tomó luego de la mano al Cavallero de la Rosa y le metió a una huerta que en su casa tenía; y solos se començaron a passear por ella. Y después de aver hablado en algunas cosas, el gran sacerdote guió al cavallero a un hermoso estanque que en medio de la huerta avía, con muchos çisnes y un cenadero a par d'él, muy maravilloso. Y allí, que le pareció lugar más remoto de compañía, y, aparejado para dezirle lo que quería, dixo assí:

–Cavallero: parésceme que, assí como van passando los días, assí con vuestra conversación y virtuosas obras hazéys más obligados los hombres a quereros; y porque sepáys quánta prosperidad es la de vuestra persona y buena fortuna, bien conoçéys y avréys notado la casa y poder qu'el ceptro real de Inglaterra en el mundo tiene, y quán valerosa es la persona del rey, mi hermano, y quán grande es su riqueza. Él os es muy aficionado, y la reyna os tiene el mismo amor, y yo os tengo el que a mí mesmo, assí por lo que vuestra persona es como por el bien que a todos nos avéys hecho con la vitoria que ovistes contra el Cavallero Bravo de Yrlanda.

“Y por esto queremos todos pagároslo en daros toda nuestra honrra y bienes, lo qual todo anda junto y es del patrimonio de la princesa, mi sobrina, en pediros que con ella os caséys, pues es notorio que ningún príncipe oy ha en el mundo que no diesse loores a Dios por esta buena ventura con que yo os requiero. Y es verdad que, si Dorendayna no fuesse hija de tan altos señores y su universal eredera, que por sola su persona y hermosura, y tantos millones de excellencias como en ella caben, meresce ser señora del mundo.

“Y con aquesto os digo que sus padres pensarán que Dios les da buena vejez, con tanto que ha de aver en esto estas condiciones. La primera, que vos no estéys prendado con otra dama; y la segunda, que no seáys bastardo; y la terçera, que seáys de estirpe real. Y, asseguándonos d'esto, se hará lo que he dicho. Mas también es menester que prometáys de hazer vuestro assiento en Londres y en estos reynos, pues veys que tan grandes estados no se podrían sostener sin vuestra presencia, si Dios fuere servido que esto aya efeto.

“Y demás de lo qu'el rey y la reyna tienen para su hija, yo tengo algunos bienes temporales, y mueble de joyas y tesoro que algún rey se ternía por rico con ello. Todo es y lo quiero para mi sobrina. Y no tengo más que deziros, pues sabéys lo que es esta muger, y lo que tiene y lo que meresce. De aquí adelante respondedme lo que entendéys hazer en ello, que gran sinrazón haríades a mis hermanos y a mí, y muy mayor a vos mismo, si pudiéssedes hallar excusa para huýr o desviaros de cosa que tan bien os está.

El Cavallero de la Rosa con mucha atención y sossiego oyó todo lo que el gran sacerdote le dixo. Y después que acabó de hablar le respondió esto:

–Yo he, señor, muy bien oído y entendido todo lo que vuestra señoría me ha dicho, y conozco que quien más gana en ello yo soy, y que con servicios ni merecimiento no pudiera la Fortuna hazerme tan dichoso como de poder absoluto quiere Dios por su grandeza que yo sea en hazerse este matrimonio. Mas ay en ello un muy grande inconveniente; y es que, en la hora que en mi tierra se supiese, mis padres ternían en mucha aventura sus estados; y, aunque aquesto no oviesse, según allá estiman estas cosas, yo no ternía en mucho que aqueste despecho les hiziesse echarme su maldición, que sería la cosa del mundo que en quanto yo biviessse más pesar me daría. Y si de aquestos inconvenientes esta negociación se puede apartar, vuestra señoría lo piense.

“Y para que creáys que no es mi intención dexar de hazer lo que vuestra señoría me ha dicho, y el rey y la reyna querrían, pues es tanto bien para mí, debaxo de vuestra verdad y pecho, y en foro consciencie os descubro, para que en vos sólo quede la verdad y secreto d’esto para satisfacción de las condiciones que me pedís: yo soy sobrino de Ardiano, rey de Albania, y soy hijo de Ponorio, hermano del emperador de Constantinopla, y su universal heredero. Y el rey ha querido mucho que yo me case con su hija, la qual, si Dios dispusiesse del príncipe Alberín, su hermano, sería heredera y propietaria de aquellos reynos. Y yo he seydo muy molestado sobr’este casamiento, y, rehusándole, me aparté de aquella tierra y vine a ésta, a fama de essa señora, sobrina vuestra. Y en esto podréys ver que lo desseo más que nadie. Piense vuestra señoría la manera que podría aver para seguridad de lo que he dicho, y en lo demás disponed de mí a la voluntad d’essos señores y vuestra.

Y luego el gran sacerdote le dixo:

–Cavallero, ninguna cosa pudiera yo oír que tanto plazer me diera como aver sabido quién soys. Muy bien me parece lo que dezís, y el remedio para todo ello claro está, y yo os le daré: esto se puede hazer tan secreto que ninguna persona lo sepa, sino la princesa y sus padres y vos, y yo, que seré quien os despose. Y esto estará encubierto hasta tanto que en lo demás se tome el medio que os pareciere para que quando se publique tengamos la voluntad de vuestros padres, y también venga en ello el rey vuestro tío, que muy justo es lo que pedís.

Y el Cavallero de la Rosa le dixo:

–Señor reverendíssimo, d’essa manera yo soy contento, y os lo suplico, porque sin estar bien en ello Ponorio, mi señor, y la duquesa, mi madre, muy dino sería yo de reprehensión, puesto que sea notorio quán bien me está lo que me avéys dicho y mandado.

Y con esta respuesta el gran sacerdote quedó muy gozoso.

Y essa misma noche fue a palacio a dar la respuesta al rey y a la reyna y a la princesa, y con esto se acabó la habla. Y el Cavallero de la Rosa, que quissiera verlo ya en obra y efecto, se partió con licencia del sacerdote para la possada del príncipe de Escocia, al qual halló aderesçando sus armas y atavíos, los quales tenía muy luzidos y ricos. Y el

Cavallero de la Rosa los miró todos, en especial sus armas, que era lo que hacía más al propósito, y parecióle que la gran pieza de armas no era tan fuerte como le convenía. Y aquella misma noche le embió una muy singular, que el príncipe sacó después a la batalla.

Y de allí en adelante, nunca el uno sabía estar sin el otro, porque se amaban y eran muy conformes en la edad, y cada uno d'ellos muy sabio y valeroso. Y ningún día passó de los que quedavan del término para complirse el plazo de la batalla que el Cavallero de la Rosa no le hiziesse al príncipe armarse en esclareciendo, y salir fuera de Londres, y correr lanças y contornear su cavallo, y exercitar su persona lo mejor qu'él podía, y cómo el Cavallero de la Rosa le dezía que bien conocía el príncipe que le desseava ver vencedor.

Habla agora la hystoria en cómo el gran sacerdote aquella noche dio la respuesta al rey y a la reyna y a la princesa, y les dixo la voluntad del Cavallero de la Rosa, y el inconveniente que tenían y el medio que avía pensado. Y no les dixo quién era, más de significarles que era de tan alta sangre que él quedava satisfecho, y que assí lo estoviesen ellos. Y otras cosas muchas passaron, como se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXIII

De la respuesta que el gran sacerdote de Apolo dio al rey y a la reyna cerca de lo que habló al Cavallero de la Rosa, y cómo aquella noche los desposaron

Poco antes que de noche fuesse, el gran sacerdote se fue a palacio; y luego se retruxeron el rey y la reyna con él, y hablóles todo lo que avía dicho al Cavallero de la Rosa y lo que él le respondió, salvo que, aunque les certificó que era de muy alta sangre y tal que por ella no debía ser desechado de ninguna persona por alta que fuesse en el mundo, no les dixo de cuáles parientes. Mas díxoles el inconveniente qu'el cavallero hallava para la conclusión d'este matrimonio, y el medio que el sacerdote en ello dio, que era ser secreto, y assí les pareció muy bien al rey y a la reyna. Y acordaron de dar luego conclusión en ello, y mandaron venir allí a la princesa para le dezir lo uno y lo otro, y que oviesse por bien de querer lo que sus padres y tío querían. Y, venida, le dixeron todo lo que después del combite el gran sacerdote avía passado con el Cavallero de la Rosa, y lo que él respondió, assí como ya lo avía dicho al rey y a la reyna, y lo que todos tres avían acordado, que era dar fin y conclusión en ello, y que avía de ser muy secretamente; pero que querían saber si ella lo avría por bien y que, aviéndolo, que les parecía que aquella misma noche se desposassen, no aviendo otra persona más de ellos quatro y el Cavallero de la Rosa.

Y assí como la princesa oyó todo lo que sus padres y tío dixeron, ella respondió:

—Señores, como otra vez que en esto respondí dixere, yo no he de tener ni querer otra voluntad sino la vuestra; hazed y ordenad, que mi voluntad es de obedescer vuestro mandamiento, aunque este cavallero fuera el más baxo hombre de vuestros reynos,

quanto más con tal persona. Y pues la reverendíssima persona del gran sacerdote, mi tío, dize que todas las otras cosas que d'este hombre se dudaban están satisfechas, yo quiero lo que Vuestras Altezas y Vuestra Señoría quieren.

Y dicho esto, se hincó de rodillas y les besó las manos.

Y acordaron que, después de haver cenado y aun ser passada buena parte de la noche, por el jardín de palacio entrassen el gran sacerdote y el Cavallero de la Rosa, y que en cierto aposento baxo que en él avía no estoviesse persona ninguna sino el rey y la reyna y la princesa, y que allí se les tomarían las manos y se celebraría este real talasio. Y a todos pareció muy bien este acuerdo.

Y el sacerdote se fue luego de palacio, y con un camarero suyo embió un renglón al Cavallero de la Rosa, con el qual le pedía por merçed que, después que oviesse cenado, se llegasse a su possada o le esperasse él en la suya, y que más holgaría que se fuesse a cenar con él. Y el camarero del gran sacerdote le dio la carta cerrada, y el cavallero la leyó y dixo:

–Dezid a su señoría que yo haré lo que me embía a mandar.

Y assí se dio la respuesta al sacerdote, el qual cenó y aguardó al cavallero; el qual con Laterio se fue con sendas espadas y capas. Y el sacerdote, assí como el Cavallero de la Rosa entró, se levantó a él, y se entraron los dos en otra cámara más secreta, y le dixo:

–Señor, ya yo os quiero hablar como a hijo y deudo. Yo hablé al rey y a la reyna, mis hermanos, y a mi sobrina, la princesa, lo que oy con vos passé, y ellos están en esto como yo. Y está acordado que esta noche se haga el desposorio, si por vos no queda, y que aquesto sea con tanto secreto y silencio como vos lo pedís y queréys, por donde conosceréys si os aman, pues, teniendo vuestra palabra por cierta, sin otra información ni seguridad quieren que se haga. Y, si vos lo queréys, en vuestra mano está, y creo que viene de la de Dios, pues tanto ha podido en nuestras voluntades que todos estamos en esto tan conformes como en salvarnos.

El Cavallero de la Rosa le dixo:

–Señor, pues yo dixe a vuestra señoría que lo haría, y yo lo desseo, no he de mudar propósito en cosa que tanto me va. A la hora que vuestra señoría mandare, y como lo quisiéredes y ordenáredes, se haga. Y también me pareçe que yo haría maldad si a Laterio, mi camarero, que es muy buen cavallero y muy deudo mío, y me ha criado y le devo más que nunca señor devió a amigo ni criado, le encubriesse cosa como ésta. Si a vuestra señoría le paresce, razón es que se le dé parte, pues de su fidelidad y secreto yo estoy tan satisfecho como de mí mismo. Y aun si alguna persona como él oviese cerca de la princesa o del rey y la reyna en quien assí se pudiessen fiar, yo holgaría que se le diese parte, siquiera para que, como fuessen personas tan fiadas, quando yo quisiesse ver o hablar a esos señores o a la princesa sin terçeros estraños o otras gentes, se concertasse por medio d'éstos.

El gran sacerdote le dixo:

–En verdad, señor, muy bien es lo que dezís, y muy bien me parece que le gratifiquéys a Laterio, porque deve ser muy buen cavallero, y bien parece su generosidad en su criança y gentileza.

Estonces dixo el cavallero:

–Pues muy mejor os parescería en hechos de armas, porque es uno de los hombres del mundo que mejor las manda, y haze lo que con ellas se deve hazer.

El sacerdote dixo:

–Pues llamémosle.

Y assí, lo hizieron entrar donde ellos estaban, y el sacerdote tomó la mano y le dixo:

–Señor Laterio, descubierto es vuestro nombre porque el señor don Félix me lo ha dicho, y quién soys. Y por esso os tengo y terné de aquí adelante por hijo y verdadero amigo, assí por lo que vuestra persona es como por las causas que agora se os dirán.

“ Ha plazido a Dios y está acordado que don Félix se desposse en mis manos con la princesa Doredayna, mi sobrina, con voluntad y consentimiento de sus padres, mis hermanos, y con la suya. Y porque sería largo de dezir lo que todos ganamos en esto, y quán bien a este cavallero le está hazello, como vos os lo tenéys conocido, no hay neççesidad que en esto se gaste tiempo replicándo’slo, pues es notorio lo uno y lo otro. Está ordenado que esta noche se haga y celebre este desposorio; y este señor, como persona que os deve mucho, no quiere que se le increpe a ingratitud no hazérslo saber, como es razón, aunque pensávamos qu’esto solamente era bien que lo supiesen don Félix y la princesa y mis hermanos y yo. Mas, como digo, él quiere que se os dé parte y estéys presente con nosotros, y yo lo tengo a buena dicha. Hágooslo saber, y esto es para lo que os llamamos.

Laterio dixo:

–Reverendíssimo señor y no menos ilustríssimo: las manos beso a vuestra señoría por tan señalada merçed como para mí es tal nueva, y doy muchas gracias a Dios, que en tal estado ha traýdo esto. Don Félix, mi señor, haze como quien es en quererme por testigo de su buena ventura, y mi fe y servicios le merescen que assí lo haga. Por mí nunca será manifestada cosa d’este negocio si no me fuesse mandado por él solo.

Y con esto concluyeron su habla. Y, como fue tiempo, el gran sacerdote y don Félix y Laterio solamente salieron por cierta puerta secreta a media noche y se fueron a la puerta del jardín, a la qual hallaron al rey solo y a oscuras. Y como entraron el gran sacerdote y don Félix y Laterio, el mismo rey cerró la puerta, y todos quatro se fueron hazia el aposento que antes se dixo, donde estaban la reyna y su hija solas, esperándolos sin otra

compañía, demás de ciertas velas que ardían. Y luego qu'el sacerdote entró, se llegó el rey a él y le dixo:

–Hermano, ¿cómo venís tres?

Y él le dixo:

–Señor, este otro es su criado del Cavallero de la Rosa, y aún cercano deudo; y pues huelga él que sea testigo d'esto, holguemos todos.

Y el rey dixo:

–En verdad, a mí me plaze que tal persona pareçe que se puede hazer toda confiança.

–Mejor lo podréys, señor, dezir –dixo el gran sacerdote–, desque ayáys sabido qué tal es.

Y con estas palabras entraron a la sala donde estaban la reyna y la princesa, y allí abraçó el rey a Laterio y le dixo:

–Cavallero, el gran sacerdote, mi hermano, me ha dicho quién soys, y por esto y por las otras causas que para ello ay, yo os he de tener de aquí delante por muy cercano deudo; y quede esto para más oportunidad.

Y Laterio besó la mano al rey, y el sacerdote dixo:

–Aquí no se puede dezir cosa que cada uno de los que aquí están no la aya en este caso sabido. A lo que este cavallero viene es a despossarse con la princesa, mi sobrina, que presente está, con vuestras voluntades y la suya.

Y diziendo esto y tomándolos de las manos, los desposó él mismo, y les hechó su bendición. Y don Félix y la princesa se besaron luego. Y tras esto, él se hincó de rodillas y besó las manos al rey y a la reyna por hijo, y ellos le dieron la mano y lo besaron en el rostro, y el gran sacerdote hizo lo mismo, y luego la princesa por la misma forma. Y Laterio besó las manos al rey y a la reyna y al gran sacerdote, y luego a don Félix y a la princesa. Y todos ellos le abraçaron como a cercano deudo, porque assí lo era de el Cavallero de la Rosa.

Y fecho esto, se sentaron la princesa y su esposo al un cabo del estrado, y al otro, cerca d'ellos, sus padres y el sacerdote, y hizieron sentar allí cerca con ellos a Laterio, con el qual grandemente holgaron, porque era muy valerosa persona y muy sabio, y bien demostrava aver criado a tan gentil cavallero como don Félix. Y después que cerca de una hora en esto estovieron, se despidió el gran sacerdote y el desposado del rey y la reyna y de la princesa, y se fueron, y Laterio con ellos. Y el rey y la reyna y su hija, la princesa, se quedaron con aquel mismo gozo que padres muy contentos podían quedar, hablando en las gracias del Cavallero de la Rosa, y teniendo a muy crecida ventura aver

cobrado tal hijo o yerno, como en la verdad él era el más acabado príncipe que ser podía en el mundo. Y davan todos tres gracias a Dios.

Y el sacerdote se fue con su ahijado y sobrino y con Laterio; y desque fueron llegados a su possada, ya que avían dexado al sacerdote en la suya, davan las mismas gracias a Dios con estremada alegría y gozo de su buena ventura.

CAPITULO XXIII: De cómo se dio parte d'este secreto desposorio a Fulgencia, de consentimiento de don Félix y de todos los que aquesto sabían.

Mucha sinrazón se le hazía a Fulgencia en no darle parte d'este secreto, pues todo se lo sabía; pero, porque el rey y la reyna y el sacerdote no sintiessen que la princesa antes d'esto era ya esposa del esposo que le dieron, usavan estas cautelas y secretos. Y puesto que cada día entravan ya don Félix y Laterio donde la princesa estava, en presencia de su madre o del rey, o de otros señores y cavalleros con el recogimiento y dissimulación que antes que fuessen desposados, y como d'esto tenían pena ambos a dos, acordó don Félix de dezir al sacerdote lo que le avía dicho antes cerca de la otra persona de que en esto se fiasse, para que él pudiesse más continuamente ver y hablar secretamente a su esposa y suegros, y el gran sacerdote le dixo:

—Señor sobrino, yo he pensado en esso, y hágo's saber que la princesa tiene una camarera que se llama Fulgencia, la qual la ha criado y es su cuerpo y ánima, y es de muy nobles parientes y de los mejores de Inglaterra, y deudo de la reyna, mi hermana. Y si vos holgáys d'ello, la princesa y sus padres lo avrán a buena dicha, porque tienen tanta confiança d'ella como de sí mesmos. Y si queréys que aquesta quepa en esta poridad, ella os podrá meter de día y de noche por aquella puerta del jardín al aposento donde vos os desposastes, todas las vezes que quisiéredes holgaros como hijo con vuestros suegros y esposa. Y no passará oy sin que yo lo hable al rey y a la reyna, y vos daré la respuesta.

Y el Cavallero de la Rosa dixo que le haría señalada merçed en ello; y esse día el sacerdote lo habló al rey y la reyna delante de la princesa, y todos lo ovieron por bien y holgaron d'ello. Y mandaron venir allí a Fulgencia, y le dixeron todo el negocio y desposorio ya fecho como si ella no lo supiera, y le dixeron que el príncipe don Félix holgava que ella cupiesse en este secreto, y que ella gelo gradesciesse la primera vez que él viniesse a ver la princesa. Y assí ella besó las manos a todos quatro por esta merçed que le hazían en fiarle esto, y el sacerdote le dio después, esse mismo día, la respuesta al Cavallero de la Rosa, que fue dos días después que passó el desposorio. Y quedó muy alegre d'ello don Félix, porque podría ver más vezes a la princesa.

CAPITULO XXV

Cómo se vieron muchas vezes estos dos enamorados o desposados en aquella sala donde se desposaron, y de lo que les sucedió de aquestas vistas

Ya que estos hechos con licencia del rey y de la reyna andavan de aquesta manera, no passava terçero día sin verse el príncipe o Cavallero de la Rosa y la princesa en aquella sala donde se desposaron. Y con la continuación y crescido amor que se tenían, fue la vergüença dando lugar para que de desposados fuessen marido y muger, o, a lo menos, passassen obras de casados. De manera que con aquellas visitaciones, y con hazer Laterio que no veía y Fulgencia que no sentía, la princesa se empañó de un hijo; y esto estuvo algunos meses secreto, hasta que el Cavallero de la Rosa fue partido de Londres, como adelante se dirá en su lugar. Mas en esta continuación y vistas no passaron muchos días, ni el Cavallero de la Rosa los estuvo en la corte después que la princesa se empañó, ni él supo que ella quedava preñada; y así no ovo lugar después de saber don Félix si tenía hijo, ni si no, hasta que el tiempo que da lugar a lo que a Dios aplaze lo permitió. Mas, porque en este medio tiempo y cosas que passaron y están dichas se llegó el plazo de la batalla del príncipe de Escocia y del de Armenia, razón es de dezir en lo que aquello paró.

CAPITULO XXVI

De la batalla que ovieron el príncipe de Escocia y el príncipe de Armenia

El día qu'esta batalla se definió fue muy claro y aplazible; y porque aquestos cavalleros eran príncipes y herederos de reynos, el rey de Inglaterra los honrró mucho. Y quiso armarse, y subió a cavallo, y así mandó que lo hiziessen hasta dozientos gentiles hombres de su casa y corte, los más principales, todos muy bien armados y con ricos paramentos y maravillosos atavíos.

Y ya estava fecho el estacado o circuyto dentro del qual avía de ser el combate d'estos dos cavalleros, y en torno de muchos cadahalsos donde la reyna y la princesa y sus damas y otras muchas señoras estavan para ver esta batalla y lid. Y dentro del campo solamente entró el rey con los fieles; el qual, por los más honrrar, quiso ser el principal fiel entr'ellos. El rey no traía armadura de cabeça, pero todas las otras armas tenía, en las quales él era muy diestro y gentil cavallero. Y con él entraron así mismo doze cavalleros, los que él mandó. Y alrededor del palenque se pusieron todos los otros gentiles hombres y gente d'armas del rey.

Y en esto llegó primero el príncipe de Armenia, muy bien armado y ricamente guarnescida su persona y cavallo, y muy acompañado de muchos cavalleros que desde Armenia con él venían, y de otros muchos aventureros. Y a su costado venía el infante de Dinamarca por su padrino.

Y desde a muy poco vino por otra parte el príncipe de Escocia, muy bien acompañado y muy singularmente armado y guarnescido de muchas riquezas su persona y cavallo. Venía con él a su costado el Cavallero de la Rosa, que no era menos mirado que todos, el qual avía armado al príncipe de Escocia y era su padrino.

Y con ygual cerimonia los metieron en el campo y les partieron el sol, y les dieron sendas lanças yguales, y se miraron todas las otras cosas que en semejantes trançes se suele hazer, a tal que ninguno toviesse ventaja al otro en más de su propia virtud y derecho.

Y el rey con los doze cavalleros se apartaron afuera, y estos valerosos príncipes se fueron el uno contra el otro con toda la furia que las fuerças de sus cavallos bastavan; y diéronse muy grandes encuentros, porque el príncipe de Escocia le llevó la gran pieça, y al arrancarle desguarnesció el guardabraço y rompió su lança en muchos pedaços. Y el príncipe de Armenia le encontró en la vista, mas, como çevó poco la lança, no fue peligroso el golpe; mas rompió la lança en él, y passó cada uno d'ellos a la otra parte del otro, y en continente se revolvieron con mucha presteza y coraje, puestos sendos estoques de encuentro en las manos. Mas, como tornaron a rrevolberse desde muy cerca, no tovieron lugar de se encontrar con ellos, mas jugavan d'ellos como mejor podían. Y era tanta la priessa qu'el uno al otro se dieron en muy poco espacio que fue cosa de maravilla, y muchas pieças se desguarnescieron el uno al otro. Y por aquellas partes se herían y les salía mucha sangre, y todos los que miravan creýan que estaban heridos de muerte.

Y en esto duraron sobre dos grandes horas; y como el uno y el otro eran de grandes ánimos y desseava cada uno llevar la victoria, diéronse tanta priessa que ya los cavallos no se podían mover a una parte ni a otra por espoladas. Y viendo esto, el príncipe de Escocia se apeó muy presto, porque entendió aprovecharse mejor de sus pies y fuerças que de las de su cavallo. Y en continente el príncipe de Armenia hizo lo mismo, y ambos casi a un tiempo, porque bien conoció que el otro le ternía ventaja si le esperava a cavallo. Y estonces se començó muy más fiera la batalla entre aquestos cavalleros.

Y en esse punto, el rey mandó apearse a los doze cavalleros que con él estaban dentro del campo, y quedó solamente el rey a cavallo. Y ya los que se combatían, quando se apearon los doze cavalleros, avían soltado los estoques y se davan muy rezios golpes con las espadas. Pero no se contentaron d'esto, porque cada uno pensava hazer ventaja al otro en las fuerças; y vinieron a los braços, en lo qual estovieron sobre otra media ora grande, provando sus mañas y fuerzas, sin que en todo lo que es dicho se pudiesse conoçer la ventaja del uno al otro.

Y en esto se puso el sol, y el rey se apeó del cavallo y los despartió, y les dixo:

–Cavalleros: sin duda avéys cada uno de vosotros fecho lo que yo nunca pensé de ver ni oýr de dos cavalleros. Ambos quedáys yguales en honrra y assí lo avéys de quedar en amistad, porque assí me lo prometistes antes que a esto viniéssedes. Yo espero en Dios que las heridas que tenéys no serán de peligro.

Y dicho esto, hízolos abraçar, y sacólos del campo con ygal cirimonia, y llevólos al palacio real. Y dentro en él les dieron sendos aposentos, donde fueron curados como tales personas y muy visitados del rey y de la reyna y de la princesa y las damas. Y todo el mundo quedó muy gozoso de aver quedado estos dos cavalleros tan yguales en honrra y amistad, porque eran muy amados y bien quistos de todos, y personas de grandes estados. E como las heridas que en la batalla rescibieron no eran de peligro, en muy poco tiempo fueron guarescidos d'ellas. Y siempre el Cavallero de la Rosa visitava mucho al príncipe de Escocia, su amigo; y como ya estava casi sano y se levantava, estando un día solos, le dixo el príncipe:

–Muy desesperado estoy comigo, porque quiso Dios que yo me hallasse obligado y prendado a ser amigo del príncipe de Armenia, sin poder tornar a satisfazerme d'él. Y no quisiera aver fecho tal postura como se hizo antes de la batalla, y nunca me saldrá esta manzilla del corazón.

Y el Cavallero de la Rosa le dixo:

–Señor, yo miré muy bien vuestra persona y la suya quando en la batalla estovistes, y lo que de vosotros noté es que el cavallero de Armenia en el principio es furiosa persona, y que quien le pudiere comportar algún espacio se aprovechará d'él. Y assí creo que hizierades vos si las armas se difinieran. Pero, aunque salistes yguales en honrra y cirimonia, digo qu'el rey lo hizo como prudentíssimo, por ser dos personas tan señaladas como soys en el mundo. Y aun antes que llegárades tan adelante como llegastes, fuera bien que él os despartiera, aunque el sol no fuera entrado. Pero la postura se guardó bien, y el rey lo hizo mejor. Básteos que había muchos cavalleros que notaron bien lo que passó y, si no fuesse por no hazer malo el juyzio del rey, no faltaría quien defendiesse que vos lo hezistes mejor que el príncipe de Armenia; porque, aunque no fuera otra cosa sino averos vos apeado primero, despreciando ya vuestro cavallo y el suyo, fue muy gran acto y esfuerço; no obstante qu'el adversario presto se reconoció y hizo lo mismo, a tiempo que le valió darse priessa. Assí que d'esto no tengáys pena.

Y, dicho esto, el príncipe de Escocia quedó muy consolado, y le dixo:

–Pues vos, señor, estáys satisfecho, no tengo en nada que ninguno satisfaga; y de oy más, que ya me paresçe y le plaze a nuestro Señor de me dar mejoría, razón es que pongamos todos en obra el camino de Albania.

Y el Cavallero de la Rosa le dixo:

–Esse entiendo yo hazer muy presto.

Y el príncipe le dixo que sería bien que se fuessen ambos ; pero no lo quiso conceder el Cavallero de la Rosa, porque dixo que avía de yr a cierta parte primero, lo qual él hazía por cierto respecto.

Y con esto dieron fin a su habla. Y aquellos días que estos dos cavalleros en aquella corte estovieron, mucho se visitaron, porque era muy grande el amor que se tenían.

CAPITULO XXVII

Cómo el Cavallero de la Rosa tomó licencia del rey y de la reyna y princesa de Inglaterra para se yr a las fiestas y torneos de Albania secretamente

En tanto que aquestos dos cavalleros se curavan, el Cavallero de la Rosa tuvo la mejor y más aplazible vida del mundo, porque secretamente ningún día passava sin ver a sus suegros y esposa. Y tuvo tan largo lugar para todo lo que quiso como se dixo en el capítulo .xxv., pues la princesa quedó preñada de un hijo. Y como vido ya que el cavallero de Armenia andava fuera más había de diez días, y muy sano y rezio, acordó, antes que le dixesse lo que en adelante se dirá, de sse despedir del rey y de la reyna y de su esposa secretamente. Y una noche que él y Laterio fueron allá, estando todos quatro, y Laterio y Fulgencia, el príncipe don Félix dixo:

–Señores, de mi grado yo no saliera de aquí en toda mi vida, mas no ha de poder más la voluntad que la razón. Muchos cavalleros comiençan a se yr d'esta corte a Albania, y en cosa tan señalada razón es que yo me halle, en especial seyendo natural de aquellos reynos. Si la voluntad vuestra es, yo entiendo partirme muy presto, y será tan aýna que en este lugar secreto no entiendo veros más hasta que Dios me haga dino de la tornada.

Y hincadas las rodillas, suplicó al rey y a la reyna le diessen licencia. Las lágrimas de la princesa fueron tantas que ninguna persona pudiera verla sin hazer lo mismo, y assí lloravan como ella su madre y Fulgencia. Pero el rey, aunque lo sentía en el ánima, le dixo:

–Hijo, pues estáys determinado de hazer esse viaje, razón es que se ponga por obra, porque, como es largo el camino, más vale que vays de espacio y a vuestro plazer que trabajando vuestra persona, pues assaz bastarán los trabajos que en los torneos avréys, de los cuales y de todo otro peligro os saque Dios con la vitoria y triunfo que yo desseo.

Y, dicho esto, le besó y echó su bendición, y dixo a la reyna:

–Señora, hazed lo que yo he fecho, porque en fin aquesto ha de ser.

Y luego la reyna, sin le poder hablar palabra, le besó y abraçó y echó su bendición, y le dio la mano. Y la princesa, quasi finada, estuvo muy grande espacio con él abraçada y, rompiéndosele las entrañas, le dixo:

–Señor, por Dios os pido que tengáys memoria del dolor que vuestra ausencia ha de dar al rey y a la reyna, mis señores; que el mío no será tanto, porque creo que no me queda vida para comportarlo. Y, si alguna cosa ha de poder sostenerme, han de ser vuestras cartas y las nuevas que de vos me diéredes.

Y dicho esto, don Félix la besó y le prometió de les hazer saber siempre de sí, todas las vezes qu'el tiempo diesse lugar a ello. Y quitóse del cuello el joel del diamante precioso, y echósele a la garganta a la princesa, y díxole:

–Señora, por amor de mí que rescibáys esta joya, pues es sola en el mundo, y vos en todo él quien mejor le mereçe.

Y arrasados los ojos de agua, se salió, y dexó a todos con muchas lágrimas. Y con ellas se despidió Laterio de todos ellos, y el rey y Fulgencia salieron con él hasta la puerta de la huerta con este exercicio.

CAPITULO XXVIII

Cómo el Cavallero de la Rosa se despidió del gran sacerdote y del príncipe d'Escocia secretamente, hablando a cada uno d'ellos por sí

El día siguiente el Cavallero de la Rosa se despidió del gran sacerdote, porque en la misma veneración y acatamiento que al rey lo tenía. Y, retraýdos ambos, el sacerdote lloró en forma a su partida, y le preguntó si avía tomado licencia del rey, y le dixo cómo la noche passada se avía despedido de todos ellos y de su esposa, y cómo sentía este camino más que la muerte. Y el sacerdote le rogó que, por la consolación del rey y la reyna y de su esposa y d'él mismo, les escribiesse, y siempre hiziesse saber de sí y de lo que le acaesciesse, y que él le prometía que todo el tiempo que él estoviesse sin tornar a Inglaterra se harían grandes sacrificios y oraciones en todos los templos de aquel reyno porque Dios le guiasse y diesse siempre victoria.

Y assí se despidió secretamente del gran sacerdote, y le dixo:

–Señor, mañana me entiendo despedir públicamente del rey y la reyna, y de mi señora, la princesa, y de vuestra señoría y toda la corte. Y porque yo quiero pedir una merçed al rey, suplico a vuestra señoría que estéys presente a ello y seáys el intercessor que espero.

Y el gran sacerdote se lo prometió.

Y desde allí se fue a ver al príncipe de Escocia, y le dixo:

–Señor, yo estoy de partida y tengo mañana de pedir licencia al rey, y tengo de pedirle una merçed. Yo la rescibiré de vos si quisiéredes estar presente.

El príncipe se maravilló de la aceleración de su partida, porque pensava partir él primero, y le dixo:

–Señor, yo estaré allí y doquiera que fuéredes servido, y Dios sabe cuánta buena ventura fuera para mí poder llevar vuestra compañía. Mas, pues me dexistes estos días pasados

que os cumple yr a cierta parte, pído's por merçed que me digáys si en los torneos de Albania daréys lugar que os conozca si por caso mudáredes la enseña o devisa de la rosa.

Y el cavallero le dixo:

–Señor, si vos me quisiéredes conocer, en vuestra mano será, porque en essa devisa yo he hecho profesión, y nunca dexaré de traerla todo el tiempo que armas truxere.

Y, dicho esto, se despidió el uno del otro; y luego don Félix y Laterio dieron principio a aderesçar su camino y sus armas para se despedir el día siguiente públicamente, como es dicho.

CAPITULO XXIX

Cómo el Cavallero de la Rosa se despidió públicamente, y de lo que passó con el príncipe de Armenia

Otro día, estando el rey comiendo, y estando allí el príncipe de Escocia y el de Armenia, y el gran sacerdote, y todos los otros cavalleros y señores más principales que en aquella corte y reynos havía, y entr'ellos el Cavallero de la Rosa, y cerca d'él Laterio, su leal amigo y criado, y aun como en otras partes se ha dicho, muy cercano deudo, el Cavallero de la Rosa dixo, al tiempo que los manteles se ovieron levantado, d'esta manera:

–Poderoso señor: porque yo estoy de camino, y quiero con vuestra licencia yr a Albania y a otras partes que me conviene, a muy gran merçed os ternía lo oviéssedes por bien, y que, en presencia de la reyna y de la princesa, estando presentes todos los príncipes y cavalleros que aquí están, me oygáys.

Y luego el rey dixo que de muy buen grado lo haría, y mandó a un cavallero que entrasse a llamar a la reyna y a la princesa. Y como fueron allí venidas, el Cavallero de la Rosa dixo a la princesa:

–Señora, yo os embié los días passados al Cavallero Bravo, que aquí está, por vuestro prisionero. Y porque yo le amo de corazón, digo que suplico al rey y a la reyna, vuestros padres, que ende están, que vos pidan su libertad; y, dada ésta, yo salgo por el Cavallero Bravo, que siempre os será a todos tan leal y cierto servidor y amigo en todos los tiempos del mundo como yo, que me tengo por vuestro.

Y luego el rey y la reyna y el gran sacerdote le dixeron a la princesa:

–Señora, razón es que se haga lo que el Cavallero de la Rosa demanda.

Y assí luego la princesa dixo que ella le otorgava toda su libertad con las condiciones y pleytesía qu'el Cavallero de la Rosa quisiesse que en ello oviesse. Y en esse punto el Cavallero de la Rosa dixo assí:

–El Cavallero Bravo de Yrlanda dize, y yo con él, que él conosce y conosçerá desde oy en adelante, y después d'él sus fijos y suçessores, a Vuestras Altezas y a sus descendientes por soberanos señores de los reynos de Yrlanda; y en señal d'esta señoría y obediencia vos dará en cada un año dos mill marcos de oro; y todas las vezes que fuere llamado verná en servicio de la Corona de Inglaterra con su persona y poder, de paz y de guerra, como le apercibieren, y que en todo y por todo hará como leal servidor y vasallo. Y assí lo jura y promete en las manos sagradas del reverendíssimo señor, el gran sacerdote, como príncipe espiritual, y en las mías, como en manos de cavallero.

Y assí dixo el Cavallero Bravo que lo jurava y prometía según y en la manera qu'el Cavallero de la Rosa lo avía dicho. Y luego el rey le dixo que él le rescebía por amigo y vassallo y deudo muy cercano, con las condiciones ya dichas, y le prometía por sí y por todos los reyes venideros de su casa de serle muy buen amigo y deudo, y de poner, por su honor y estado, su persona y real casa. Y, assentado esto, luego dixo el Cavallero de la Rosa:

–Señores, yo me partiré dentro de tres días los primeros d'esta corte, y suplico a Vuestras Altezas me déys licencia y tengáys por de vuestra casa y servicio.

Y, dicho esto, hincó las rodillas delante del rey y de la Reyna y de la princesa y pidióles la mano; pero no se la dio ninguno, mas abraçáronle muy de grado, y la princesa mucho más. Y assí mismo tomó licencia del gran sacerdote; y todos le dixeron que le guiasse Dios y acrescentasse su buena ventura.

Y como passó esto, bolvió al príncipe de Armenia y díxole:

–Cavallero, al tiempo que os concertastes de hazer armas con el señor príncipe d'Escocia, que está presente, en presencia del rey y de la mayor parte de los que aquí están dexistes que, si fuéssedes vencedor, que no saldríades d'esta corte sin combatiros comigo. Y yo os dixi que saliéssedes del trançe en que estávades y entonçes hablaríamos en est'otro, y me dexistes que vernía tiempo en que más hablásemos en esta plática. Y, no contento d'esto, ya sabéys que algunos días después que aquesto passó, de vos a mí me dexistes que holgárades de hazer armas comigo más que con el príncipe, pero que, si le vencíades, que luego érades comigo y, hecho esto, seguiríades vuestro camino para Albania. Y lo que a esto os respondí no quiero dezirlo, pues vos lo sabéys.

“ Mas, porque yo os ofrescí de acordároslo si no quedássedes vituperado de la batalla que esperávades, y Dios vos hizo tan señalada merçed que saliéssedes con la misma honrra que en la batalla entrastes, agora os digo que yo me voy de camino para los torneos de Albania, y que, si vos fuéredes cavallero para hazer armas comigo, que quando yo me parta, que será dentro del término que he dicho, este cavallero que aquí está (diziendo por Laterio) os dará un renglón de mi mano, en el qual os avisaré dónde os espero a cavallo con las armas que los cavalleros aventureros suelen andar, y defenderos he que soy siervo de la mejor y más hermosa dama del mundo y la que más mereçe en él. Y si me vencíeredes, seréys señor perpetuo de mi libertad, para que yo de allí delante no me pueda ceñir espada. Y si fuéredes vencido, avéys de tornar a esta corte a os presentar por

prisionero de la princesa, mi señora, que presente está; y presentarle eys vuestra persona y arnés y espada vencida, y no avréys de poder tomar armas dende en adelante contra ningún cavallero ni persona de los reynos de Inglaterra. Y en su mano de la princesa será habilitar vuestra persona y daros licencia para que contra otras naçiones podáys exerçer las armas, y no de otra manera.

“ Y porque si yo este voto quebrantare con justa razón se me pueda afean, digo que hago voto solemne como cavallero de real sangre, delante del rey y la reyna y de la princesa, mi señora, y de todos los cavalleros y señores que aquí estáys, de mantener lo que es dicho por un año cumplido, y dende en adelante, todos los días que yo biva hasta ser vençido o muerto, o hasta que la princesa sea servida de mis trabajos. Y si con aquestas condiciones vos me siguiéredes, yo compliré lo que es dicho, y esto mismo sosterné a todos los cavalleros del mundo que sobre aquesto quisieren hazer armas conmigo.

Y con esto calló el Cavallero de la Rosa, y el príncipe de Armenia le dixo:

–Por cierto, cavallero, estrecha regla y orden avéys tomado; mas, si vos me avisáys como dexistes en qué parte os hallaré, yo espero que antes d’esse año de la profesión que dexistes avréis renunciado el ábito militar, y trocado las palabras de agora por otras de más humildad. Y pues assí es, tocadme la mano y, como cavallero, cumplid lo que dezís.

Y assí se dieron las manos y quedaron prendados para complir sus promesas.

Y como esto passó, mucho pessar sintió el rey y la reyna, y mucho mayor la princesa, y el gran sacerdote muy grande, por las causas que para ello avía, y aún a todos los más de los cavalleros que allí estavan pesó mucho de aver quedado las cosas según es dicho.

Y cesando la plática, puso en obra el Cavallero de la Rosa de se salir de la sala; y el gran sacerdote se fue con él, y muchos de los cavalleros que allí estavan, y lo llevaron a su possada. Y allí se acabó de despedir de todos ellos, y les dixo que dentro de tres días primeros se partiría de Londres.

Y el rey quisiera estorvar que este desafío no passara, y puso por obra de entender en ello; pero, como las palabras avían seydo de afrenta, y venían ya preñadas de muchos días antes, parecíale que esto no se podía hazer sin mucha afrenta y vergüença de entr’ambos. Y por esto acordó que lo mejor era encomendarlo a Dios y, con su confiança, esperar que a don Félix le avía de dar victoria, pues en el principio de aquestas cosas el cavallero de Armenia y su sobervia avía sido causa que aqueste negocio llegasse en tal estado.

CAPITULO XXX

Cómo se partió el Cavallero de la Rosa y dexó escrito una carta para la princesa y otra para el cavallero de Armenia, y dexó allí a Laterio para que se las diesse

Aquella misma noche en su posada escribió el Cavallero de la Rosa a la princesa y al príncipe de Armenia en diferentes materias, y lo demás que le quedó del tiempo gastó en aderesçar sus armas. Y quando le pareció hora, se armó y tomó el mejor de sus cavallos, y hizo que le llevassen otro adelante de diestro, y dixo a Laterio:

—Amigo, por amor mío que le dedes aquesta carta que aquí os dexo al príncipe de Armenia; y procurad de dársela delante de hombres principales, y dezilde que en aquella carta verá dónde le espero, que vaya a cumplir lo que deve.

“ Y, hecho esto, dad ess’otra que escribo a la princesa, mi señora, y llevadme la respuesta, que hallarme eys en Dobra si oviere escapado de la sobervia del príncipe de Armenia, donde os esperaré para passar en Calés, o me hallaréis muerto donde nuestra batalla se hiziere. Y esos cavallos y otras cosas que ay quedan, darlo eys todo al Cavallero Bravo de Yrlanda, y rogarle eys de mi parte que lo resciba. Y veníos lo más presto que pudiéredes. Por la mañana ni el siguiente día no salgáys de Londres, porque no quiero compañía de nadie hasta que Dios determine lo que fuere servido entre mí y el cavallero de Armenia.

“Y conforme a lo que escribo a la princesa, le podéys dezir quánta pena me da aver salido de aquí de la manera que voy y la dexo en pena, pues lo que suçederá d’esta batalla sólo Dios lo sabe; y que ninguna victoria yo puedo aver que yguale con lo que siento lo que siente. Y dadle cierta esperança para que tenga por cierto que, en quanto en mí fuere, mi ausencia será poca. Y todo lo que conforme a esto os pareçiere que le puede dar plazer se lo dezid y certificad, porque ninguna cosa me puede hazer contento sin verla. Al rey y a la reyna no les escribo por no les renovar la pena que mi partida les dará, y por esto mismo no escribo al gran sacerdote.

Y como le ovo dicho esto y todo lo demás que le pareció, puso en obra su camino con tantos sospiros como en persona muy enamorada suele aver.

CAPITULO XXXI

De lo que se contenía en la carta qu’el Cavallero de la Rosa escribió al príncipe de Armenia, la qual dezía d’esta manera

"Desseo ver en vos si vuestras fuerças y cavallería son tales en el campo, donde no tengáys padrinos, como en el estrado, donde los cavalleros deven hablar menos que vos. Y porque lo demás es perder tiempo, digo que yo os espero quatro leguas fuera d’esta ciudad de Londres, en la ermita que está en el camino derecho que desde aquí va al passo de Dobra. Y si vuestro cavallo llegare cansado, allí podrá reposar, y vos también, lo que quisiéredes, antes que en la batalla entremos. Y si quisiéredes, de dos cavallos que yo comigo llevo podéys escojer el uno, y también podréys, si os pareciere, hazer y elegir que nuestra batalla se haga a pie, porque vuestra condición yo quiero que no diga que se hizo cosa a mi sabor, sino al vuestro. Y d’esta manera, este debate y difinición de

cavallería de vuestra persona a la mía, si acordáredes que se llegue al cabo, desde oy hasta tres días me hallaréys donde os he dicho".

CAPITULO XXXII

Cómo se partió el Cavallero de la Rosa, y de cómo Laterio cumplió y hizo todo lo que dexó su señor ordenado

Acabadas de escrevir las cartas, el Cavallero de la Rosa se partió casi a media noche sin que persona del mundo oviesse sentimiento d'ello. Y Laterio quedó en la misma possada, y assí como fue de día, procuró de dar la carta al príncipe de Armenia, al qual halló que yva al templo con los suyos; y, porque él quería otros testigos, se fue tras él al templo, donde halló al cavallerizo mayor, su amigo especial del Cavallero de la Rosa, y al infante de Dinamarça y a otros cavalleros. Y como ovieron oýdo la oración, se salieron del templo, y allí a la puerta d'él estovieron algún poco de tiempo hablando. Y en este espacio llegó Laterio y dixo:

–Cavalleros, seréys testigos cómo doy esta carta del Cavallero de la Rosa, mi señor, al señor príncipe de Armenia, por la qual le avisa y declara dónde le hallará esperándole, como ayer se lo prometió delante del rey y de vosotros, señores. Por esso, señor príncipe, de aquí adelante podéys yr a buscar el cavallero que os la escribe, que él os esperará tres días en aquel lugar que en esta carta os dize.

Y el príncipe abrió la carta luego y leyóla para sí. Y como la ovo leýdo, y vido que Laterio se yva, le dixo:

–Gentil hombre, aguardadme, y guiarme eys, que yo yré con vos luego.

Y Laterio le dixo:

–Señor, yo no sé dónde está el Cavallero de la Rosa, ni tengo de yr con vos. Él va solo; assí devéys yr.

En esse punto el príncipe de Armenia se despidió de los otros cavalleros y se fue solamente con los suyos a su possada, y en continente se armó y se fue a buscar al Cavallero de la Rosa por aquel camino que le avía escrito qu'él yva.

Y Laterio se fue luego a palacio, y procuró de hablar con Fulgencia, pero no pudo hasta cerca de mediodía, y ya el príncipe era partido. Y como Fulgencia le vido, holgóse mucho y díxole:

–¿El Cavallero de la Rosa partirá oy, o cuándo?

Él le dixo:

–Señora, anoche a media noche partió, y a estas oras bien creo que se han visto él y el príncipe de Armenia, porque yo le di oy bien de mañana una letra que le escrevía el Cavallero de la Rosa, en la qual le dezía dónde le esperava. Y yo creo que él deve ser ydo a le buscar, y que se deven aver visto.

“ Y también traygo aquí otra carta para la princesa, mi señora. Si ay lugar que yo se la dé, vedlo, señora.

En esse punto entró Fulgencia a la princesa, y le dixo lo que Laterio dezía; y fue éste tan gran sobresalto para ella saber que era partido de Londres y que devía estar ya combatiéndose con el príncipe de Armenia, que cayó amortescida, y no fuera mucho echar lo que tenía en el vientre. Pero, como su saber y cordura era muy grande, dissimuló y esforçose lo mejor que pudo, y dixo a Fulgencia que hiziesse entrar a Laterio.

El qual entró y la halló muy demudada y triste, y dióle la carta. Y como la ovo leýda, cayéronsele las lágrimas por el rostro, sin poder hablar palabra; y Laterio la començó a consolar, y le dixo:

–Señora, no temáys, y tened por fe que antes de mañana, a estas oras, veréys el cavallero de Armenia en vuestra prisión, o sabrés que es muerto, porque la virtud y el esfuerço de don Félix no sabe ningún hombre del mundo como yo qué tal es, ni para cuánto; y quantos sabios ay en Grecia tienen notado este cavallero que Dios os ha dado por marido por la más venturosa persona que ha so el cielo en los fechos de armas, y todos afirman que jamás será vencido, salvo una vez en la mar, y essa, sin peligro de su persona. Y esto sé yo muy bien desde antes que él supiesse hablar, y assí lo he visto por espiriencia después que él se ciñe espada. Y básteos aquesto para tener seguridad de su vida y por muy cierta su victoria.

Y en este tiempo entró la reyna a ver qué hazía la princesa, y halló a Laterio con ella. Y, aunque holgó de verle, sintió en el alma saber que era ydo el Cavallero de la Rosa, y començó de llorar, y Laterio la consoló assí mismo, y les puso mucha confianza.

Y como ya era hora de comer, y la reyna ni la princesa no salían, el rey entró donde estaban, y hallólas en aquella pena llorando. Y como vido a Laterio, dixo el rey:

–Cavallero, ¿es partido mi hijo?

Y Laterio le dixo:

–Sí, señor, que anoche partió y me mandó quedar, y que le vaya a buscar después de mañana, porque no quiso que yo fuesse con él. Y mandóme traer una carta a la princesa, mi señora, y otra al príncipe de Armenia, el qual creo que es ydo a buscarle, y espero en Dios que él le hallará, por mal suyo.

Y el rey dixo:

–Mucha pena me ha dado su partida, y nunca seré alegre hasta que Dios me dexé verle. Mas, pues otra cosa no puede ser, Él le guíe como yo se lo desseo.

Y la princesa dixo entonces:

–Señor Laterio, por amor mío que digáys al rey, mi señor, essas palabras y prenósticas que los más sabios de Grecia dezís que han notado del nascimiento y fortuna del Cavallero de la Rosa.

Y estonçes tornó a dezir al rey cómo afirmavan por cierto que don Félix no podía ser vencido, y todo lo que demás d’esto se dixo de suso lo tornó a dezir.

Y con esto el rey y la reyna y la princesa quedaron muy consolados, y dixerón a Laterio que lo que allí estoviesse, pues avía de ser tan poco tiempo, o no más de aquel día y el siguiente, que los viesse, y assí dixo que lo haría.

Y se despidió de aquellos señores y se fue al Cavallero Bravo de Yrlanda, y le llevó ocho cavallos muy singulares, y muy ricos aparejos y atavíos de paz y de guerra para todos ellos. Y le dio assí mismo catorze ropas de brocado y de sedas de diversas maneras, y algunas d’ellas muy bien bordadas, y otras joyas y atavíos de casa, que todo ello valía grandíssimo prescio. Y le dixo que el Cavallero de la Rosa le embiava aquello y le pedía que por amor suyo lo rescibiesse, y que le hazía saber que era partido, y creya que ya se avrían combatido él y el príncipe de Armenia. Y el cavallero de Yrlanda rescibió todo aquello y dixo que rogava a Laterio le llevase una carta en que se quería embiar a quejar d’él, porque en su compañía y servicio no le avía llevado, y que en lo demás que dezía que ya aquella sazón creya que se avrían combatido, que él no tenía ansia d’esso, porque tenía por cierto qu’el Cavallero de la Rosa sería vençedor. Y Laterio le dixo que toviessé escrito, porque, al tiempo que se oviesse de partir, el vernía por la carta. Y con esto se despidió d’él.

CAPITULO XXXIII

En que se cuenta lo que hizo el cavallero de Armenia después que salió de Londres y de cómo halló al Cavallero de la Rosa, y de lo que entre aquestos dos cavalleros passó

Así como dicho es, en dando Laterio la carta del Cavallero de la Rosa al príncipe de Armenia, se armó y le fue a buscar. Y como estava quatro leguas de allí esperándole, no pudo llegar hasta cerca de medio día. Y hallóle en una floresta junto con la hermita, a pie y armado de todas las armas, y su cavallo y lança cerca d’él. Y como el cavallero de Armenia llegó, le dixo a grandes bozes desde lexos:

–¡Subí a cavallo, no digáys que con ventaja os venço!

Y a mucha priessa cavalgó el Cavallero de la Rosa. Y tomó su lança, y se fueron el uno contra el otro, y el príncipe de Armenia le dio un muy grande encuentro en medio de los

pechos, y quebró su lança en él muy bien, pero las armas que traía eran tales que a mayor cosa resistieran. Y el Cavallero de la Rosa le encontró de tal manera que dio con el príncipe de Armenia en el suelo, y quebró su lança por muchas partes. Y de la gran caída estuvo casi sin sentido en tierra, pero luego se levantó. Más bien tuvo lugar el Cavallero de la Rosa para matarle, si quisiera; antes desque lo vido assí pensó que estava muerto, y se paró a mirarlo, teniendo la espada en la mano. Y como vido que se movía, esperó que se levantasse, y díxole:

–Señor príncipe, algún espacio avéys estado sin sentido; y si ya le tenéys, sea para confessar aquellas condiciones con que sabéys que aquí venistes, y yr por prisionero a la princesa, mi señora.

Y el príncipe le dixo:

–Antes he de morir que aquesso veáys; y no confiéys que por verme a pie soy rendido, mas hazed lo que pudiéredes.

Y el Cavallero de la Rosa le dixo:

–Pues, ¿cómo, con tan gran ventaja como veys que os tengo, queréys que esto se acabe?

Y el príncipe dixo:

–No ay ventaja do s’espera ventura.

Y el Cavallero de la Rosa dixo:

–Pues no plega a Dios que vuestra sobervia me haga estar a cavallo.

Y apartóse un poco y apeóse, y fuesse para el príncipe con la espada en la mano, como él estava, y el príncipe lo rescibió muy bien. Y diéronse tan grandes golpes que bien parecía la virtud que en cada uno d’ellos avía; y del tal manera peleavan que no se podría pensar el furor con que andavan. Y porque al Cavallero de la Rosa le pareció que tenía bien entendida la manera de lo que bastavan las fuerças el príncipe, y que era gran ardid temporizar con él y sufrirle dilatando la batalla, assí lo hazía.

Y quando vio que ya era tiempo, abraçóse con él y derribólo en tierra. Y quiso su fortuna que cayó sobre el braço derecho, de manera que tan quedo lo tenía como si estoviera atado. Y assí como lo derribó, le dio dos heridas por las escotaduras del braço siniestro.

E como esto vido el cavallero de Armenia, dixo:

–Cavallero, yo me riendo por vençido.

Y luego cessó don Félix de le herir, y le dexó levantar. Y al tiempo que se levantava, le quitó la espada y le dixo:

–¿Conocéys todas aquellas cosas a que me obligué de os hazer confessar por vuestra boca delante de la princesa de Inglaterra, mi señora?

Y el príncipe de Armenia dixo:

–Sí, por cierto, y yo no pensé que tanta vitoria Dios os tenía guardada y para mí tan gran vencimiento. Yo soy en vuestro poder; hazed de mí lo que vos pluguiere, porque assí lo hiziera yo si de vos oviera vitoria.

Y en esse tiempo mucha sangre le salía, y se desmayava. Y el Cavallero de la Rosa le dixo:

–Vamos a la hermita, y por ventura hallaremos ende quien vos cure, o algún aparejo para vos poder socorrer, y allí vos diré lo que avéys de hazer en Londres.

Y el príncipe le dixo que assí se hiziesse. Y don Félix le ayudó a subir sobre el cavallo, y él se subió en el suyo y fueron a la hermita. Y hallaron en ella un hermitaño muy buen hombre, el qual, como vido herido el cavallero, sacó presto todo aderesço para le curar, porque avía seydo hombre que en su joventud exercitó las armas, y sabía en qué caía aquello. Y curóle muy bien, y ospedólos aquella noche lo mejor que pudo.

Y luego, otro día de mañana, se partió para Londres el príncipe de Armenia, y prometió primero al Cavallero de la Rosa de se presentar como yva por prisionero de la princesa, y de dezir y confessar allí delante de los que ende se acertasse todo aquello qu’el Cavallero de la Rosa avía dicho y, ofrescídose, de le hazer conocer. Y assí mismo, de le dar una carta qu’el Cavallero de la Rosa le escribió con él.

Y el Cavallero de la Rosa se fue su camino para la villa de Dobra, donde estuvo esperando hasta que Laterio llegó.

CAPITULO XXXIII

Cómo el príncipe de Armenia se fue a Londres después que fue vençido, y se presentó por prisionero delante de la princesa de Inglaterra, assí como lo avía prometido

El día siguiente, después que la batalla pasó entre aquestos dos cavalleros según la ystoria lo ha recontado, casi a ora de medio día llegó a Londres el príncipe de Armenia, armado como salió, pero con menos sobervia y vençido. Y topáronle muchos de los suyos, y preguntáronle cómo le avía ydo en la batalla, y él dixo:

–Andad acá al palacio del rey y allí lo sabréys.

Y nunca otra cosa dixo ni pudieron saber d'él. Y assí como se apeó en palacio, el rey y la reyna y la princesa estavan juntos, y muchos cavalleros presentes. Y entró el príncipe de Armenia y, hincadas las rodillas delante de la princesa, dixo:

–Señora, mi libertad es vuestra y en vuestra mano; y digo que soy vençido del siervo de la mejor y más hermosa dama del mundo y la que más mereçe en él, y me presento por vuestro prisionero con mi persona y armas vençidas. Y vos juro y prometo en ningún tiempo del mundo de no tomar armas contra ningún cavallero ni persona de los reynos de Inglaterra, y en vuestro escojer será de aquí adelante abilitar mi persona o no para que yo pueda contra otras nasciones usar la cavallería. Y vedes aquí una carta que os embía quien me vençió y me truxo por fuerça de armas a estado que yo hiziesse aquesto, que es el Cavallero de la Rosa, y el mejor de todos los cavalleros del mundo.

Y dióselas; y, al tiempo que la princesa tendió la mano para la tomar, el príncipe se la besó. Y ella lo hizo levantar y mandó que lo llevassen a cierto aposentamiento dentro de palacio. Y el rey mandó luego que todos sus médicos y cirujanos lo curassen con mucha diligencia, tractándole no como prisionero, sino como a príncipe y persona tan grande como lo era. Mas, antes que el príncipe de allí saliesse, la princesa abrió la carta y la leyó, y la dio al rey, su padre, el qual la tornó a leer públicamente, de manera que todos los que allí estavan lo pudieron muy bien oír. Y, así como la acabó de leer, dixo:

–Razón es, hija, que se haga lo que el Cavallero de la Rosa os suplica, y esso mesmo os ruego yo que hagáys.

Y lo que la carta dezía es lo siguiente:

CAPITULO XXXV

De lo que contenía la carta que truxo a la princesa del Cavallero de la Rosa el vençido príncipe de Armenia

"Sereníssima señora:

Este cavallero cumplió su palabra y, si su ventura no le fue favorable, no quedó por su esfuerço y cavallería, porque, en verdad, muchas vezes dudé de mi victoria. Mas, en fin, la justa causa de mi empresa le hizo a él prisionero, y a mí me tiene obligado a bivar y morir en esta demanda hasta que vuestra voluntad se tenga por servida de mis trabajos. Y, si los de hasta aquí son dignos en alguna parte, con lo que mi desseo piensa más mereçeros, os suplico que el señor príncipe de Armenia halle en vuestra benignidad la liberalidad que es razón que con tal persona se tenga".

CAPITULO XXXVI

De lo que se hizo con el príncipe después que se leyó la carta

Así como el rey acabó de leer la carta del Cavallero de la Rosa, antes que de allí se partiesse el príncipe de Armenia, la princesa dixo que ella lo rescebía por su prisionero, y que en lo demás él sería tractado como quien era. Y assí el príncipe se partió para el aposentamiento donde el rey y la reyna mandaron que estoviesse y lo curassen. Y quedó el rey y la reyna y la princesa y todos los más de los cavalleros y señores loando la persona y proezas del Cavallero de la Rosa, y dezían y afirmavan que era el más valiente cavallero que nunca se vido, y más dino de toda alabança.

Y con esto el rey y la reyna y la princesa se retraxeron, y embiaron a buscar a Laterio, que a esta plática no fue presente, ni el gran sacerdote tampoco; y desde a muy poco que el príncipe de Armenia se avía presentado según es dicho, entró el sacerdote en el retraymiento que sus hermanos y sobrina estavan, y Laterio con él. Y fue tan grande el plazer que todos tenían y los abraços que davan a Laterio como si fuera el mismo Cavallero de la Rosa. Y cada uno d'ellos le dezía palabras de mucho gozo y regozijo de la buena fortuna de don Félix. Y Laterio les dezía:

—Ya yo, señores, os avía dicho la esperança que yo tenía d'este negocio, y lo mismo que yo avía dicho a Vuestras Altezas me dixo después el Cavallero Bravo, a quien ayer yo le di ocho cavallos y todas las otras cosas y atavíos de la persona y casa del Cavallero de la Rosa, mi señor, porque así me mandó que lo hiziesse. Y, hablando con él en esta batalla, me dixo que no tenía ansia ninguna d'ella, porque creya por cierto qu'el Cavallero de la Rosa sería vencedor, y assí me paresçe que lo ha hecho Dios.

Y allí se habló entre todos de quán gran gentileza avía fecho don Félix en darle aquellas joyas y ropas y cavallos al Cavallero Bravo, que bien parescía que le quería conservar en gracia y amor de todos.

Y luego Laterio les dixo que escriviessen para el Cavallero de la Rosa, porque antes que el día fuesse partiría a buscarle, que bien sabía dónde le avía de hallar. Y luego el rey y la reyna y princesa començaron a entender en su despacho, y el rey escribió por sí y por la reyna, y la princesa le escribió por ella y por el gran sacerdote; y assí mismo escribió con Laterio al Cavallero de la Rosa el Cavallero Bravo de Yrlanda, cuyo tenor de todas tres cartas, una enpos de otra dezían de aquesta manera:

La carta del rey

"Ninguna cosa pudiera en vuestra ausencia mitigar mi pena sino la nueva de vuestra victoria; y aunque aquesta no me acabó de sacar del cuydado que ha d'estar conmigo hasta que os vea, pudo hazerme contento, y tener esperança que siempre os dará Dios semejante triumpho de vuestros adversarios, y a nosotros cierta confiança que presto bolveréys a esta casa vuestra para que yo y la reyna bivamos alegres en vuestra compañía, porque sin ella no lo esperamos.

“De la princesa, mi hija, no digo lo que siente, porque debéis tenerlo conocido, y ella os escribe. Bien sé que han de hazer en ella mucha impresión los cuydados en que vuestra memoria la dexa puesta porque, como hasta agora no supo qué cosa era desseo, ni por ella pasó cosa que le diesse congoxa, justo es que creáis el estrecho en que la porná vuestro olvido, el qual yo no lo sospecho de cavallero tan comedido y de tan alto nacimiento. Y por esto os pido y ruego como a hijo os acordéis de bolver muy presto, si queréis que yo tenga vida para gozar de vos y de la princesa, y del trato que de entr’ambos nuestro Señor me diere.

“La Reyna no escribe, porque yo lo hago por ella y por mí; entr’ambos os damos nuestra bendición y rogamos a Aquel que es en todo poderoso os dé la suya, para que seáis librado de vuestros enemigos y de los infinitos peligros de aquesta vida a quien todos los mortales somos sujetos”.

La carta de la princesa:

"En tal extremo sentí vuestra partida que ningún sentido me dexó para poder acordarme que me podía Dios hazer tanto bien, como después me hizo con saber vuestra victoria. Ésta y todas las que os diere se han de comprar con mis lágrimas, y pagar las he adelantadas y muy de grado porque todo os suceda como con el príncipe de Armenia. Pído's, señor, por lo que a vuestra persona devéis, que ningún descuydo tengáis para escribir siempre y acordaros que la vejez de mis padres no mereçe larga ausencia, ni les queda vida para esperaros mucho tiempo; y por tan corta tened la mía si vuestro camino se dilata.

“ El cavallero de Armenia me dio vuestra carta y cumplió con vuestro servicio y su pleytesía; y en la prisión que le metistes será tratado como lo mandáis, y restituído en su libertad con las condiciones y respecto que queréis que tengan los que por vos son vencidos a la gente de Inglaterra.

“Laterio ha consolado parte de mi congoxa, porque en verle aquí siempre he pensado que estáys cerca de mí. Por lo que mi voluntad os mereçe, es razón que la vuestra no me falte, ni os fallezca desseo para tornar a Inglaterra, donde tan deseado soys, y seréis, todo el tiempo que no la hizieredes digna de vuestra persona.

“ El reverendo gran sacerdote no escribe, porque su letra es como su edad, y me mandó que yo lo hiziesse por él. Bien sé que siente no veros lo que se puede sentir con la muerte, y que jamás no cessa de rogar a nuestro Señor por vuestra vida y victoria, la qual Él haga tanta y tan próspera que a todas las del mundo exceda en grandeza y triumpho”.

La carta del Cavallero Bravo de Yrlanda al Cavallero de la Rosa:

"A vos, el mejor de los cavalleros, doy infinitas gracias por las señales y obras de amor que de vuestra liberalidad he rescebido; y con todas éstas no estoy sin quexa de vuestra persona, pues no os acordastes de llevarme en vuestro servicio en tan honrrada jornada como hazéys, de la qual os saque Aquel que es señor de la fortuna con el loor y gloria que os sacó de la sobervia del cavallero de Armenia y de la mía. Ninguna sinrazón fuera que algunos cavalleros con vos llevárades d'estos reynos, donde soys tan querido, y que yo fuera uno d'ellos, porque, según acá se suena, las nuevas afirman que en aquel torneo se hallarán más de mill cavalleros, y que ninguna vez tornearán menos de ciento. Y las fuerças de un hombre basta que se prueven con otro hombre, y el esfuerço pruévese con todos. Mis palabras no son dignas de consejaros, pero mi desseo basta a dessear que todo os suçeda prósperamente.

" Y pues yo tengo libertad de vuestra mano y de la princesa, mi señora, para usar las armas contra todas las naciones de fuera d'estos reynos, por no caer en mal caso he pedido por merçed a algunos cavalleros, que me dizen que van a estas fiestas, d'esta casa real y d'estas partes, que me den a conosçer en qué pueda yo conoscerlos en los torneos de Albania. Y todos me paresçe que van de una devisa y manera, los quales son diez cavalleros, porque todos llevan cubiertas las armas de damasco raso carmesí, y en los pechos y espaldas una rosa blanca; y d'esta misma manera entiendo yo yr y ser el onzeno d'ellos, por ver si acertare a serviros en esta jornada. Yo me parto de aquí a tres días tras vos, que bien sé que os conosceré doquiera que os viere, aunque vuestras armas y devisas de la rosa no fuessen tan conocidas. Y con esto acabo, con pensamiento de nunca acabar de serviros las merçedes que de vuestra largueza he rescebido".

CAPITULO XXXVII

Cómo Laterio se partió de la corte de Inglaterra con las cartas susodichas a buscar al Cavallero de la Rosa, y le halló; y de cómo fueron por París, y lo que le acaesció con madama Lucrata, a quien llevaba una carta que la princesa le escrevía, en respuesta de otra que le avía llevado el Cavallero de la Rosa

Laterio tomó las cartas del rey y de la princesa y se despidió de todos; y assí mismo tomó la carta qu'el Cavallero Bravo ya tenía escrita y se partió para Dobra, a donde halló al Cavallero de la Rosa, al qual dio las cartas que le llevaba, y se holgó mucho con cada una d'ellas, porque estava perdido de amores de su esposa. Y mucho holgó de saber que yrían a los torneos los cavalleros de Inglaterra, que el Cavallero Bravo le escrivía, y que él yría con ellos.

Y también le dixo Laterio cómo ya el príncipe de Escocia estava de camino, y el infante de Dinamarca y Urial, hijo del duque de Milán, el qual era con quien primero justó en Londres el Cavallero de la Rosa. Y todos los otros cavalleros estrangeros que en la corte avía se partían para Albania, y que, si allí se detenía, que muchos d'ellos lo alcançarían.

Mas como el Cavallero de la Rosa desseava ser de los primeros que llegassen, luego esse día que Laterio llegó passaron en Calés, de la otra parte de la mar, y de allí por sus jornadas fueron a París, donde hallaron qu'el Dalfin de Francia y otros cavalleros de aquel reyno se avían partido cinco o seys días avía.

Y el Cavallero de la Rosa quiso y procuró ver a madama Lucrata, prima de la princesa, por le dar la carta que d'ella traía en respuesta de la otra que él le avía llevado. Y el siguiente día que estuvo en París la habló dentro en el palacio del rey de Francia; y como ella le vido, lo conoció luego, y le besó y abraçó, y le dixo:

–Cavallero, muy buen mensajero soys; mas parésceme que andovistes más a la yda que agora avéys andado a la batalla.

Y, dicho esto, el cavallero le dixo:

–Señora, la verdad es essa, mas yo no puedo pensar cómo lo sabéys.

Y Lucrata dixo:

–Yo lo sé porque los correos andan más que los cavalleros; y veys aquí una carta de la señora princesa, en que me dize que érades partido de Londres, y ha cinco días que la rescebí. Y en ella me dize todo lo que de vuestra cavallería y gentileza queda magnifiesto, y cómo vencistes las justas y al Cavallero Bravo, y me manda que os haga muchos servicios, porque ella no pudo.

Y, dicho esto, el Cavallero de la Rosa se lo tuvo en merçed, y dixo que a la señora princesa besava las manos por lo que le avía escrito, y que Dios se lo dexasse servir, y a Lucrata la voluntad que para hazerle merçedes mostrava. Y dióle la carta de la princesa, la qual ella luego abrió; y solamente dezía: "Ninguno lo será si éste no fuere".

Y assí como la leyó, se la mostró al Cavallero de la Rosa, y él dixo:

–Señora, yo bien lo leo, pero no lo entiendo.

Y entonces ella le dixo la causa y lo que avía escrito a la princesa, y el cavallero dixo:

–Si tan buena fortuna yo he de tener, ningún hombre nasció de más ventura, y tengo por muy grande la que Dios me ha hecho en conosceros.

Lucrata le rogó que cenasse con ella, y el Cavallero de la Rosa lo hizo de grado, y cenó con ellos Laterio. Y nunca Lucrata cessava de hablar y holgarse de verle, y le dixo que por tener compañía a la princesa Doredayna se quería yr muy presto en Inglaterra. Y el Cavallero de la Rosa le tomó la fee que lo hiziesse assí, y ella le prometió de partir dentro de ocho días. Y como algunas vezes tornó a repetir que avía andado más quando el cavallero yva que a la buelta, Laterio dixo:

–Señora, salióle un lobo al camino, como el Cavallero Bravo, después que la señora princesa os escribió.

Y ella le rogó que le dicesse qué era aquello, y Laterio le dixo muy sumariamente cómo avía fecho armas con un cavallero de Armenia, y que presto sabría quién era, y cómo le avía acaescido, pues dezía que avía de yr presto a Londres.

Y con mucho plazer y fiesta cenaron. Y, passada la cena, se despidió de Lucrata y de las otras señoras y damas que allí cenaron, y ella le pidió por merçed que todas las vezes que escriviesse a Londres le escriviesse a ella, y hiziesse memoria d’ella en sus cartas, porque assí lo haría ella. Y el Cavallero de la Rosa se lo prometió assí:

CAPITULO XXXVIII

Cómo se partió el Cavallero de la Rosa de París a más andar para el reyno y corte de Albania, y de las condiciones y posturas de los torneos y de los precios que avían de ganar los vencedores

Luego otro día, bien de mañana, salió de París el Cavallero de la Rosa, y dióse la mayor priesa que pudo en su camino. Y llegó en Albania, pero dende en quatro meses después se avían de començar los torneos. Era muy grande el número de los cavalleros de aventura que eran venidos quando don Félix llegó, y los que cada día venían; y el rey Ardiano era muy liberal y muy gentil príncipe, y uno de los más ricos que a la sazón se hallavan, y tenía mandado basteçer muy bien la ciudad y todas las comarcas de muchos mantenimientos; y assí mismo tenía mandado traer muchos arneses y cavallos, y todas maneras de armas, para que cada uno pudiesse hallar lo que le fuesse nescessario.

Y como avía días que don Félix avía partido de aquella corte y Ponorio, su padre, jamás avía sabido d’él, quiso hazer mucha diligencia en procurar de conoscerle, si caso fuesse que a aquellas fiestas quisiessse venir de manera que no le conoçiesse, porque bien sabía en su coraçón era desseosso de altas cosas y que, pues de muchas partes del mundo avía cavalleros, que sería muy possible que su hijo viniessse a esto si bivo fuesse. Este mismo cuydado tenía el rey, aunque le dezía siempre a Ponorio que no toviesse pena, que presto tornaría.

Mas, por no dilatar la hystoria en cosas superfluas, se ha de notar que el rey Ardiano en todos los pregones que por todas las partidas y provincias estrañas hizo dar para que los cavalleros que a ellos quisiesssen venir supiesse la postura y condiciones de los torneos, se pregonó y dixo que aquellos torneos durarían quinze días, y que en los cinco primeros cada día justarían y avría seys mantenedores en seys telas; y que quien mejor lo hiziesse en seys carreras ganaría el prescio, el qual sería mill marcos de oro.

Y que en los otros cinco días siguientes tornearían a cavallo, armados de todas armas con lanças, y, rompidas aquéllas, con todas las otras armas ofensivas y defensivas que los

cavalleros suelen traer en las batallas campales. Y que el que mejor lo hiziesse en estos cinco días y más señaladas hazañas obrasse, ganasse el prescio, que serían veynte cavallos encubertados con otros tantos arneses y dos mill marcos de oro.

Y que en los cinco días postreros tornearían a pie, armados de todas pieças; y que el que mejor lo hiziesse ganaría una espada que estava metida en una peña, junto con la casa real del rey Ardiano, que se llamava la Espada de la Ventura, y todos los sabios de Grecia dezían que avía seydo allí metida por arte mágica, y que no la avía de sacar de allí sino el que venciesse los torneos que en tal año señalado avían de ser fechos en Albania, que era el siguiente d'estos pregones, y que aquel tal cavallero avía de ser el mejor de todos los de aquel tiempo, y avía de ser de la sangre del rey Ardiano, y el que avía de sojuzgar grandes potencias y quebrantar la sobervia de muchos. Y demás d'esto, que el rey daría, para diez donzellas de alta guisa que el tal cavallero de su mano casasse con quien le pluguiesse, cada una cinco mill marcos de oro.

Y d'esta manera se pregonaron estos tres prescios en muchas partes del mundo. Y assí, a la sazón que ovieron de ser, se allegaron muchos cavalleros y toda la flor d'ellos de diversas partes y lenguas. Mas, assí como don Félix llegó a la corte del rey Ardiano, acordó de se quedar en un monesterio de monjes, a dos millas, que es media legua de la ciudad de... onde el rey residía. Y habló con el prior o principal sacerdote, y secretamente le dixo quién era, y le rogó que le diesse un aposento donde secretamente estoviesse, porque desde allí quería salir a las justas y torneos; y assí se hizo, y el prior, como sabía bien quién era don Félix, le hizo todos los servicios que él pudo, y con grandíssimo secreto le tuvo en aquella casa; y todo lo que él pedía lo hazía comprar y traer mucho a su voluntad. Y allí, en aquella casa qu'es dicha, estuvo todo el tiempo que tardó de llegar el plazo.

Y un día antes que las justas se començassen, don Félix y Laterio se encomendaron devotamente a Dios, porque en una cosa tan señalada y tan peligrosa, y donde tantos cavalleros de diversas nasciones avían de concurrir, le pareció al Cavallero de la Rosa que era bien menester que oviesse quien le aguardasse, a causa de los que podrían venir a le ferir por el través. Y bien supo a quién encomendava su persona, porque Laterio era uno de los animosos y diestros cavalleros del mundo. Mas en las justas no se armó Laterio, que solamente entendió en le servir al Cavallero de la Rosa.

CAPITULO XXXIX

El qual tracta de las justas que se hizieron en los primeros cinco días, y de los maravillosos y hermosos encuentros que hizo el Cavallero de la Rosa

El primero día de la justa, luego por la mañana, el rey y la reyna muy temprano comieron, porque, como los cavalleros eran muchos que avían de correr lanças, era nesçessario que con tiempo se començasse; y luego se pussieron en las seys telas los seys mantenedores, los quales eran: el príncipe Alberín, hijo del rey Ardiano; y Sogonso, tío suyo, hermano

del mismo rey; y el príncipe de la Morea; y el adelantado de Servia; y el infante de Ungría; y el Cavallero Blanco. Los quales seys cavalleros eran de los más famosos justadores de toda Grecia y del mundo.

Y como el Cavallero de la Rosa no dormía, fue el primero que a la plaça vino, aunque no tenía la possada tan cerca como los otros. Y luego corrió la primera carrera con el príncipe Alberín, su primo, al qual derribó del cavallo y lo lançó por las ancas d'él, y quebró la lança en muchos pedaços. Y el príncipe le encontró al Cavallero de la Rosa, y rompió en él su lança muy bien, pero no le hizo hazer desdón más que si no le encontrara. Y d'esto quedaron todos muy maravillados.

Y luego corrió la segunda lança con Sogonso, hermano del rey, el qual era muy más rezió qu'el príncipe Alberín. Y dióle tan grande encuentro en la vista que le hizo dar dos cabezadas sobre las ancas del cavallo, y atormentóle de tal manera qu'él no pudo más justar por aquel día. Y, aunque assí le avino, rompió bien su lança en el Cavallero de la Rosa.

Y luego el rey Ardiano le embió a dezir al Cavallero de la Rosa que si quería seguir su consejo, que para aquel día hartó avía fecho, y que en los otros quatro días devía correr las otras quatro carreras que le quedavan; y que, en pago d'este consejo, le pedía que le dixesse su nombre.

Y el Cavallero de la Rosa le embió a dezir que por el consejo besava las manos de Su Alteza, y le suplicava que, pues traía buena mano, le dicesse licencia de correr las otras quatro lanças con los otros quatro cavalleros mantenedores. Y que, en dezirle su nombre, a su Alteza le yva poco, y por esso lo callava, porque no pareciesse sobervia dezirlo en aquel punto; pero que no passaría mucho tiempo sin que lo supiesse.

Y como lo avía fecho tambien plúgole al rey que corriese las otras quatro carreras.

Y la terçera passó con el príncipe de la Morea, con el qual él tenía el mismo deudo que con Ardiano. Y diéronse tan grandes encuentros que ambos a dos cavalleros se apartaron de la tela más de cada quatro passos. Mas el Cavallero de la Rosa no hizo ningún desdón, y encontró en la vista al príncipe de la Morea, el qual del encuentro oviera de caer del cavallo. Y d'esto todos dieron gran grita, que, viendo lo que este cavallero avía fecho en las tres carreras, luego le juzgaron por señor del prescio.

Y luego le tornó el rey a embiar a rogar que le dixesse quién era, y él dixo:

—Dezid al rey que soy su servidor y su amigo, y que lo demás que no lo ha de saber dentro d'estos quinze días; y que le suplico que aya por bien de no mandarme más que lo diga.

Y en esta razón entraron en la plaça el príncipe de Escocia y el Cavallero Bravo, y los diez cavalleros ingleses, y el infante de Dinamarca, y el príncipe de Armenia, al qual, luego que fue sano, le avía dado licencia la princesa de Inglaterra para yr a las fiestas de

Albania y donde quisiese, con las condiciones que la historia ha dicho. Y como vieron al Cavallero de la Rosa en la tela para correr la quarta carrera, luego le conocieron en la devisa de la rosa y en su persona, y holgáronse mucho de saber lo que avía fecho en las otras tres carreras que avía corrido.

Y en esto el Cavallero de la Rosa batió las piernas a su cavallo para correr la quarta lança con el adelantado de Servia, el qual dio al Cavallero de la Rosa muy grande encuentro en la vista, y le hizo hazer algún desdón, aunque poco, y esta lança se rompió muy bien. Y el Cavallero de la Rosa encontró en el pecho sobr'el bolante al adelantado, y aquella lança deviera ser algo verde, y por esso no fueron muchos los pedaços que se hizo. Pero fueron el adelantado y el cavallo por tierra y, si no lo socorrieran, lo matara el cavallo, porque lo tomó debaxo.

Muy maravillado estava el rey y todos los que avían visto estos quatro encuentros; y algunos de los cavalleros que estavan para justar perdían ya la esperança, y otros lo querían hazer. Y todos aquellos cavalleros ingleses, que bien conoscían al Cavallero de la Rosa, no se espantavan d'esto, antes dezían a los otros cavalleros, que cerca d'ellos estavan, maravillas d'él y de su cortesía, y lo que avía fecho en Inglaterra.

Mas, por abreviar el processo, dize la historia que corrió la quinta carrera con el infante de Ungría, y que aqueste cavallero era el que en aquellos tiempos de más fuerças se hallava. Y que le embió a dezir al Cavallero de la Rosa si quería que corriessen con cada dos lanças. Y el Cavallero de la Rosa le embió a dezir que, si tal licencia avía, que él era contento; pero que, aunque fuessen dos, que se avían de contar por una carrera, porque no perdiessen por inorancia de correr con el sexto mantenedor. Y el rey no quiso que se ynovase ninguna cosa más de lo que estava en la postura; y estonces el Cavallero de la Rosa le embió a dezir que corriessen la una y que fuera del prescio él haría después todo lo que quisiese.

Y luego tomaron sendas lanças bien gruesas; y el infante le dio tan grande encuentro al Cavallero de la Rosa que le llevó un guardabraço en la punta de la lança, y al tiempo que se le arrancó le hizo apartar de la tela más de quatro passos, y aún no le sacó aquella pieça sin darle mucho dolor en el braço y en su persona, y no rompió la lança. Y el Cavallero de la Rosa encontró al infante de Ungría por debaxo del costado, y çevó de tal manera la lança que le passó las armas, y le quedó un gran troço d'ella metido en el cuerpo, por el qual le salía infinita sangre; y, por presto que fue socorrido, antes que le desarmassen, murió.

Y el Cavallero de la Rosa, que aún no pensava que tanto mal avía fecho, se passó a la sexta tela, y tomó otra lança para la correr con el Cavallero Blanco. Y como el infante de Ungría era tan principal señor, mucho ruydo y gente concurrió luego allí; pero el rey tenía mill cavalleros armados a cavallo en la misma plaça, y él subió a cavallo y sossegó toda la gente y escándalo que sobre la muerte de aquel cavallero andava, y dixo a todos:

—Cada uno se ha de parar a lo que le viniere, y todos los que exercitan las armas andan en aquesa aventura. Por eso, sossegaos todos, y fenesçerse han las justas. Y cada uno haga lo

que pudiere por su honrra, que a quien más le duele d'esto yo soy, porque tenía más deudo con el infante.

Y como el rey andava sossegando la gente y a los que les pessava d'este caso, que eran assaz muchos, y quisieran afrontar al Cavallero de la Rosa, assí como lo entendieron los cavalleros de Inglaterra y el príncipe d'Escocia y el de Armenia, y el Cavallero Bravo, se llegaron cerca del Cavallero de la Rosa y le dixerón:

—Señor, aquí están vuestros servidores y amigos, y a tiempo me pareçe que avemos llegado, que os servirán nuestras personas.

Y aún en esto el Cavallero de la Rosa no pensava qu'el infante avía seydo tan mal herido, y dixo:

—Por cierto, señores, con vuestra compañía yo pienso que ninguna adversidad me podría venir, y en merçed os tengo vuestra voluntad, aunque yo creo que no será menester; y nunca Dios me dexé aver día de plazer si no es aqueste uno de los mayores de dolor para mí que yo passé, porque no quisiera que aquel cavallero perdiera la vida, y más quisiera yo perder el prescio d'esta justa y quanto tengo que no averle muerto.

Y en esto llegó el rey y dixo:

—Cavallero, el infante de Ungría es muerto, porque no tenía más vida. Corred la sexta carrera, que si esso mismo acaesciera al príncipe Alberín, mi hijo, que corrió con vos la primera lança, la misma paciencia oviera. Éste acavó en su oficio y, aunque no pueda sino dolerme por el deudo que con él tengo, no ha de turbar esto las justas y torneos, que antes que se acaben an de passar d'esta vida otros cavalleros de los que agora están sanos, que assí está escrito por muchos sabios, y para ganar la Espada de la Ventura no puede fazerse sin sangre y vidas de algunos. Y si vuestra ha de ser, Dios sabe que la merescéys, según vuestro propósito.

Y, dicho esto el rey, el Cavallero de la Rosa, sin le responder, tomó una lança y se fue para el Cavallero Blanco, al qual hasta entonces ningún cavallero le avía sacado de la silla; y dióle tan grande encuentro que le echó por las ancas del cavallo, y rompió en él su lança en muchos pedaços. Y el Cavallero Blanco le encontró muy bien al Cavallero de la Rosa, y rompió su lança en él. Y, fecho esto, el Cavallero de la Rosa se salió de la plaça, y con él salieron todos aquellos cavalleros ingleses, y el Cavallero Bravo y el de Armenia y el de Escocia. Mas, assí como salieron un poco con él, él se paró y les pidió por merçed que se tornassen a la justa y que hiziesen lo que pudiessen, y que Dios les diesse buena ventura.

Y el rey mandó que fuessen dozientos cavalleros de los suyos a le acompañar al Cavallero de la Rosa hasta su posada; y como él los vido en torno de ssí, les dixo:

—Cavalleros, tornaos a la plaça, que yo no he menester guarda, y dezid al rey que le beso las manos por su comedimiento, y que yo sé que en sus reynos no suele aver quien se

atreva a desservirle, y que los cavalleros de aventura no han menester guarda, que la fe de los príncipes asegura de la multitud. Y seguro d' ésta, de los particulares mi persona se defenderá, con ayuda de Dios.

Y no quiso partir de allí hasta que los hizo tornar. Y como bolvieron, dixeron al rey lo qu'el Cavallero de la Rosa les avía dicho, y el rey dixo:

–Por cierto, él mira muy bien mi honrra en lo que dize, y él deve ser cavallero de grandes fechos. Y yo creo que es para quien Dios tiene guardada el espada venturosa. Dexadle yr, que seguro puede yr do quisiere, que quien le pensasse enojar, a mí me ofendería primero.

Después qu'el Cavallero de la Rosa se fue de la justa, llegó al monesterio, y el prior lo rescibió muy alegremente, y le hizo mucho servicio y buen tractamiento, y le preguntó cómo le avía ydo. Y él dixo:

–Padre, Laterio os lo dirá, que estava para mejor mirarlo que yo; él os lo diga.

Y el prior le dixo:

–Señor Laterio, merçed rescibiré en saberlo, pues veys que de cosa no he de holgar tanto como de saber lo que oy se ha fecho.

Y él gelo dixo todo por estenso, y también le dixo:

–Padre, muchos cavalleros quedavan en la plaça, y no sabemos lo que harán, o si alguno nos passará y hará ventaja.

Y el prior dixo:

–Por cierto, señor, bien podéys reposar est'otros quatro días seguramente, y tened el prescio por vuestro, que cosas son las que he oýdo nunca vistas.

Y bien lo podía dezir assí el prior, porque avía seydo cavallero y muy gentil cortesano, y aún avía tenido assaz buena persona y parte de cavallero. Y junto con aquesto dezía:

–Tened, señor, por cierto que la Espada Venturosa ha de ser vuestra, y assí lo espero yo en Dios, pues os dio tal persona que para vos la guarda.

Y, dexado esto aparte, después que el cavallero salió de la justa, muy grandes cosas passaron, porque ovo muchos cavalleros derribados y muy hazañosos encuentros fechos; mas el que hazía uno herrava otro, y d' esta manera les acaescía lo que es cotediano en estos fechos tales. Y uno de los que mejor aquel día lo hizieron fue el cavallero de Armenia y don Silvario, hijo del rey de Esclavonia.

Y d'esta manera passó la justa del primero día, hasta que fue hora que cessasse, y qu'el rey se quitó de verla, espantado de lo que aquel día avía fecho el Cavallero de la Rosa. Y bien se creya él y todos que el siguiente día no saldría más a justar, ni ninguno de los que quedavan, y desde entonçes todos le juzgavan por señor del prescio.

CAPITULO XL

De lo que se siguió el segundo día de las justas y en los otros tres días siguientes, y de los grandes fechos que en todos ellos fizo don Félix, por otro nombre llamado el Cavallero de la Rosa

El segundo día de la justa, assí como amanesció, ya havía fecho oración don Félix y estava armado, y fue uno de los que aquel día primero salió al campo o plaça. Y halló qu'el Cavallero Bravo estava puesto ya en la tela para correr la primera carrera con el primero mantenedor.

Este día no fueron mantenedores los seys que lo avían seydo el día antes, sino que assí mismo eran otros muy gentiles cavalleros, nombrados Lazerol, cavallerizo mayor del rey Ardiano; y Clariando, su mayordomo mayor; y el Varón del Estrella; y Florencio, hermano bastardo del príncipe Alberín, y hijo del rey Ardiano; y Valternio, mariscal de Esclavonia; y Crispalino, su hermano; todos seys muy excelentes cavalleros y personas señaladas, y muy diestros.

Y assí como el Cavallero de la Rosa llegó a la tela y halló puesto en ella al Cavallero Bravo de Yrlanda, bien quisiera que el Cavallero Bravo corriera; mas él no lo quiso hazer, porque luego se apartó y le dio lugar al Cavallero de la Rosa, aunque él se escusava de lo tomar. El Cavallero Bravo dixo:

–Señor, vos avéys de correr primero, que aquesta mejoría yo os la devo y os la tengo conocida.

Y como vido que el tiempo se les passava en cortesías, dióle las gracias al Cavallero Bravo y tomó la lança el Cavallero de la Rosa, y fuesse contra Lazerol; y dióle tan grande encuentro que le hizo apartar de la tela cinco o seys passos, a él y a su cavallo, y hazer algunos desdones. Y rompió muy bien su lança, y assí la quebró también por muchas partes Lazerol, pero no hizo mudança ninguna el Cavallero de la Rosa. Y ya era fecho aqueste encuentro quando el rey salió y, como le fue dicho, quedó maravillado, porque tenían al cavallerizo mayor por uno de los más rezios justadores de Grecia y llevaba un cavallo de los mejores qu'el rey tenía.

Y luego corrió la segunda carrera con el mayordomo mayor, y le encontró de manera que él y el cavallo fueron a tierra, y él perdió la lança, y no pudo más justar aquel día, porque le atormentó mucho el golpe que avía rescebido. Y el rey dixo estonces que no era possible ser hombre el Cavallero de la Rosa, sino más que hombre, porque en dos días uno tras otro aver fecho tales cosas era para no se creer sin lo aver visto.

Y de allí passó adelante, y corrió la terçera lança con el Varón de la Estrella. Y encontróle en la vista y çevó la lança, y sacóle el yelmo de la cabeça; y, al salir, le quebró dos dientes y le descalabró muy bien, aunque quedó en la silla, y quebró su lança en el Cavallero de la Rosa; cosa fue de que todos los miradores quedaron espantados.

Y de allí passó a correr la quarta carrera con Florencio, su hijo bastardo del rey, y primo del mismo Cavallero de la Rosa; y porque le conocía muy bien y era muy mançebo, no le quiso encontrar de manera que daño le hiziesse. Y dióle en la gran pieça el encuentro, y rompió la lança en él muchas en pieças. Y hizolo de manera que conocieron los miradores y juezes que le avía fecho cortesía, porque primero dixo dónde le avía de encontrar; el infante Florencio le encontró muy bien y rompió su lança.

Y de allí passó a correr con Valternio, mariscal de Esclavonia, y dióle tal encuentro en la vista que le hizo yr dando muchas cabeçadas en las ancas del cavallo a una parte y a otra fasta el fin de la carrera; y aún allí cayera, si no le socorrieran. Pero no pudo justar más, que luego lo desarmaron y quedó muy malo del encuentro por hartos días. Y la lança se quebró hasta el arandela, y el mariscal quebró la suya muy bien. Y d'este encuentro tovieron mucho que dezir, porque fue muy grande.

Y assí le creció la yra a su hermano Crispalino, que fue con quien corrió el Cavallero de la Rosa la sesta lança; y del encuentro que le dio le derribó en tierra y al cavallo assí mismo, y rompió la lança en muchos pedaços, y Crispalino rompió la suya en dos partes.

Y, fecho esto, el Cavallero de la Rosa bolvió las riendas y se fue su passo a passo a la casa de los monjes, donde él possava. Y llegó muy temprano a comer, porque en todo esto que es dicho que hizo no passaron dos horas. Y todos los otros cavalleros quedaron justando y haziendo cosas dinas de ver; pero si davan, rescebían, y ya su justa era desconfiando del prescio, y más por su passatiempo que por otra cosa, hasta que passó aquel día.

Y por abreviar la historia, dize el coronista Listario que en los otros dos días siguientes derribó cinco cavalleros y echó de la tela tres, y llevó pieças de los arneses a otros y quebró todas las lanças que corrió maravillosamente. Y que, en el quinto día, que derrivó tres cavalleros, y dos d'ellos con cavallos y sus personas, y sacó un yelmo de la cabeça a otro, y echó de la tela a otros dos. Y, hecho esto, ninguno quiso justar más, y algunos hizieron voto de no lo hazer en toda su vida.

Y el rey le mandó llamar y le dixo:

–Cavallero, si os pluguiesse dexar las armas, daros híamos el prescio, que muy bien merescido le tenéys; y digo que las dexéis, porque sepamos quién lo ha ganado, o, a lo menos, os veamos el rostro.

Y estonçes el Cavallero de la Rosa dixo al Cavallero Bravo, que cerca d'él estava, que le quitasse el yelmo. Y como se lo dixo en lengua inglesa, y el rey le vido hablar de aquella manera, preguntó a los intérpetres que cerca de ssí tenía que qué lengua era aquélla, y

dixéronle que inglés. Y el rey le hizo dezir por un intérpetre que avría mucho plazer de saber su nombre y su linaje, que razón era que se supiesse. Y acordávase de don Félix, su sobrino; pero como traía crescida la barva, y con la lengua estraña que hablava, ni el rey ni otra persona de quantos allí avía le conoscieron, aunque algunos dezían que le quería parescer a don Félix. Y el Cavallero de la Rosa dixo al faraute o intérpetre:

–Dezid al rey que le tengo en merçed el prescio de que Su Alteza me ha querido hazer dino, y que mi nombre su Majestad le sabrá passados los diez días que quedan de los torneos, y que yo no partiré de su corte sin que Su Alteza lo sepa, si en esta empresa no muero; y que no me lo pregunte más, porque esto es lo que tengo de hacer, y que assí se lo suplico que lo aya por bien.

Y el rey quedó muy agradado de aquella respuesta, y mandó que le preguntassen dónde quería que le llevassen los mill marcos de oro, y él dixo que a aquel monesterio donde él posava, y assí se hizo luego aquel día. Y más le embió el rey seys cavallos muy excellentes y muy bien aderesçados, y el príncipe Alberín le embió tres cavallos y tres arneses muy singulares; lo qual todo el Cavallero de la Rosa rescibió y les embió las gracias devidas. Y dio a guardar aquellos marcos de oro al prior, y que los tuviesse a buen recabdo; de los quales se hizo lo que adelante dirá la historia, porque el Cavallero de la Rosa nunca desseó ni quiso tesoros sino para repartirlos.

CAPITULO XLI

De lo que suçedió al Cavallero de la Rosa en el primero día de los cinco que tornearon a cavallo

Assí como passaron los cinco días de las justas, al rey le pareció que, porque los cavalleros toviessen algún día de reposo antes que se començassen los torneos a cavallo, que era bien que se pregonassen después que fuessen passados otros tres días, y assí se hizo. Y avía en ello esta postura: que todos los que quisiessen tornear pudiessen, si mostrassen que eran tenidos por cavalleros y hombres de hecho, o dixessen sus nombres.

Y quando el Cavallero de la Rosa quiso entrar en el campo con los otros cavalleros, los fieles d'él le dixeron la condición; y como el rey vido que le detenían, embió a mandar que lo dexassen, pues bastava y le sobran prendas en lo que avía fecho en las justas passadas.

Y, assí como entraron, avía bien mill cavalleros entre todos, y hizieronse dos partes antes qu'el torneo se començasse. Y quedó de la una el Cavallero de la Rosa y todos los ingleses, que eran diez cavalleros, y el príncipe de Escocia y el de Armenia y el Cavallero Bravo se passaron a su parte. Y assí como fueron divididos, en tocando las trompetas y atabales se fueron los unos contra los otros con mucha ferocidad y ánimo; y, a causa de ser tan señalada persona el Cavallero de la Rosa, se quebraron en él de aquel encuentro tres lanças. Pero como Dios tenía su persona para más cosas en que se avía de ver,

guardóle d'este peligro, aunque le fue duro de comportar tales y tantos encuentros juntos como sufrió. Él quedó a cavallo y derribó por su lança el que le salió delante, y muchos cavalleros quedaron a pie, y salieron algunos mal tratados y tropellados, y algunos d'ellos fincaron muertos. Y luego los cavalleros que a cavallo quedaron se rebovolvieron con sus espadas en las manos, y otros con estoques, y algunos con hachetas y maças, y se començó el torneo o, hablando a lo cierto, voluntaria batalla, más cruda y espantable que en tal número de cavalleros jamás se vido, porque todos eran de hermosas dispusiones y grandes ánimos, y todos ellos personas generosas. Y donde quiera que el Cavallero de la Rosa andava, bien se hazía lugar. Pero, como esta embidia en toda parte tiene su nido, muchos eran los cavalleros que del un costado y del otro contra él acudían, y pocos de los que con él una vez topavan le tornavan a buscar. Mas también alguna vez ovo menester sus amigos, los quales le fueron muy ciertos y fieles el príncipe de Armenia y el príncipe de Escocia y el Cavallero Bravo, y así mismo los diez cavalleros ingleses, los quales algunas vezes le sacaron de grandes priesas. Y este día hizo el Cavallero de la Rosa cosas tan señaladas quanto nunca hombre las pudo hazer, porque de su espada y armas fueron muertos sobre diez cavalleros y derribados más de veynte, y otros muchos hirió.

En fin, aqueste torneo duró quatro horas, en las quales no podían ser despartidos, según la orden que en ello se avía de tener o postura, ni el rey quiso que más durasse esto por el peligro de muchos, y assí los mandó retirar afuera y que descansassen, que bien lo avían todos menester, y mandó curar los heridos y sepultar los muertos. Y con esto cessó el torneo por aqueste día, y el Cavallero de la Rosa salió bien cansado y herido, aunque poco, de una punta de espada. Y salieron con él todos sus amigos, y rogóles que se fuessen con él, y assí lo hizieron. Y a todos ellos hizo aposentar en aquel monesterio, que muy buen lugar avía para todos, y a los que estavan heridos los hizo muy bien curar.

Dexó admirado al rey y a quantos le vieron aquel día con las proezas que hizo, que en ninguna otra cosa se hablava sino en el Cavallero de la Rosa y en su esfuerço y valentía, y en su gentil comedimiento, porque no tenía fin a hazer tanto daño como pudiera, porque liberalmente perdonava al que se le rendía o él tenía ventaja. Y d'esta causa todos le loavan y hablavan muy bien en él, y aun porque en la verdad sus hechos eran de manera que no podían con verdad dexar de loarle por el mejor cavallero del mundo.

CAPITULO XLII

De lo que suçedió en el segundo día de los torneos a cavallo, y en los otros tres días siguientes

El segundo día d'estos torneos, en esclareciendo, estovieron en el campo a cavallo el Cavallero de la Rosa y el príncipe de Escocia y el de Armenia, y los ocho cavalleros de Inglaterra, porque los otros dos y el Cavallero Bravo estavan heridos, y no los quiso dexar salir al torneo el Cavallero de la Rosa. Y él con aquestos diez cavalleros bien aderesçados y con otros cavallos y armas, porque los del día passado no eran ya de provecho, se pusieron a una parte. Ovo aqueste día más de quatrocientos cavalleros

menos qu'el passado, porque, o algunos muertos o otros heridos, o otros tan cansados que no se atrevieron, quedó el campo con pocos más de quinientos cavalleros, los quales el rey mandó partir en dos partes. Y luego se fueron los unos contra los otros con tanta yra y fuerça quanto sus ánimos y cavallos bastavan. Cosas maravillosas passaron en este segundo día, y tan grandes que dize el coronista que le parece qu'es ofensa grande a la memoria del Cavallero de la Rosa no aver mill escriptores de sus hechos, porque no parecía que ante él ninguno tuviesse manos para se defender de sus golpes. E assí como el tiempo passava, assí parecía que le crecía el aliento y fuerças. Más estremadas cosas hizo en este segundo día y más cavalleros derribó, y más matara sino que muchas vezes podía en él mucho la compassión y le hazía perdonar al que debaxo del espada tenía; y assí mismo parecía que los cavalleros que con él andavan hazían cosas maravillosas. Y quando fueron passadas las quatro oras (las quales muchos de los del torneo quisieran ver passar antes), el rey los mandó retirar, haziendo señal con las trompetas, y assí cessó el furor de la batalla d'este día, y cada uno entendió en reparar su persona o curarla, y el rey muy largamente en esto lo hazía proveer todo.

Y el Cavallero de la Rosa se partió del campo y se fue al monesterio con sus diez cavalleros que primero se dixo, entre los quales yva muy malherido el príncipe de Escocia, y otros tres de los de Inglaterra, y también yva herido el cavallero de Armenia, pero poca cosa, y no para que dexasse de salir el siguiente día al torneo, por manera que ya el terçero día eran seys cavalleros los que quedavan para acompañar al Cavallero de la Rosa. Y por no detener los lectores en esto, digo que el terçero día hizo el Cavallero de la Rosa tantas y tan señaladas cosas como en ambos a dos días, los primeros de torneo, y que le mataron cerca d'él a uno de los cavalleros ingleses; y por esto creció tanto en él la yra que hizo gran daño y mató más de veynte cavalleros.

Y en el quarto día de los torneos serían ya menos de trezientos cavalleros los que en él se hallaron; y como ya era el número de los combatidores menos, avía más lugar de señalarse su persona del Cavallero de la Rosa, y assí lo hazía, porque ni por pocos ni muchos nunca dexó de passar a una parte y a otra; y este día mataron al príncipe de Armenia, lo qual sintió el Cavallero de la Rosa en ygal grado de la muerte, y hizo grandíssima vengança por él, porque los que le mataron eran tres cavalleros franceses, y ninguno d'ellos quedó con la vida.

Y, finalmente, en el último día de los cinco d'estos torneos a cavallo, salió el Cavallero de la Rosa con siete cavalleros, que eran el Cavallero Bravo, que ya estava bueno, y el príncipe de Escocia, y cinco de los ingleses, porque los otros tres estavam malheridos, y los otros dos eran muertos. Y aqieste día no quiso quedar Laterio en el monesterio, como hasta estonçes el Cavallero de la Rosa le avía fecho quedar porque diesse recabdo a los otros cavalleros y cosas que convenían; y Laterio se devisó de la misma manera que su señor por escusarle parte del trabajo y afrenta, y que todos los que con él tenían yra no acudiesen a él. Y como el Cavallero de la Rosa le vido assí, pesóle d'ello, y rogóle que por amor suyo tomasse otras devisas, que bien vía que, aunque su fin fuesse bueno, que le era a él afrenta, y que se diría que era ordenado por él. Y assí no pudo hazer otra cosa, y Laterio mudó la devisa.

Y en fin salieron al campo a la hora acostumbrada, y ya el rey tenía mandadas traer allí ciertas azémilas en que estavan cargados los dos mill marcos de oro, y los veynte cavallos encubertados, y otros veynte arneses del prescio. Mas no se hallaron en este día postrero cient cavalleros en el campo, aunque muchos avía de los que primero avían torneado en los otros quatro días antes, que salieron a mirar. Y como fueron apartados cada cinquenta cavalleros a cada parte, embió el Dalfín de Francia a dezir al Cavallero de la Rosa que mirasse por su persona, que el Dalfín le buscaría para vengar la muerte del Duque de Uriens y del almirante de Francia, sus primos, que él avía muerto el día antes, y que él estava todo vestido de blanco y traía un penacho negro, y enfrente d'él, para se yr a encontrar con él, que se aparejasse.

Y el Cavallero de la Rosa le embió a dezir que mucho le pesava de aver muerto a aquellos cavalleros, pero que bien se lo avían merescido, porque avían muerto ellos al príncipe de Armenia, que era uno de los mayores amigos qu'él tenía; y que, pues él quería vengar sus muertes, que él estava allí para se defender de quien le quisiesse ofender.

Y, dicho esto, movieron los unos contra los otros; y del primero encuentro cayó en tierra el Dalfín de Francia, herido del encuentro que le dio el Cavallero de la Rosa; y él mismo tuvo cuydado de le defender después de caído y, si presto no le socorriera, ya Laterio estava casi sobre él. Y él se lo encomendó, y Laterio lo asió por el braço y sacó al Dalfín de la priessa, y él dixo a Laterio:

—Cavallero, ¿quién soys?

Y Laterio dixo:

—Quien os tiene preso por mandado del Cavallero de la Rosa, que os derribó, y tuvo cuydado de salvar vuestra vida, y estuvo en su mano que la perdiédeses.

Y él dixo entonces:

—Por cierto, assí es.

Y estando en esto vinieron de través dos cavalleros del Dalfín, y encontraron a Laterio, y lo derribaron en tierra, y dieron presto un cavallo al Dalfín, y tornó a la priessa del tornero. Y como lo vido el Cavallero de la Rosa, bien pensó que los franceses avrían muerto a Laterio y quitádole al Dalfín. Y fuesse para él otra vez, y dióle tanta priessa que le hizo rendir, y dixo qu'él se dava por su prisionero, y le dava su fe de acudirle como hombre vencido d'él. Y, con estas palabras, le dexó. Y hizo tantas y tales cosas que el rey y quantos este día vieron al Cavallero de la Rosa dixeron que sin duda devía ser para quien Dios avía guardado el Espada de la Ventura y el prescio de los torneos también, como el de la justa.

Y con estos hechos y hazañosas cosas passaron las quatro oras del término acostumbrado, y quedaron bien treynta cavallero allí muertos, y salieron heridos más de otros quarenta, y

el Cavallero de la Rosa salió del campo el postrero. Pero él y los más de los que con él se avían hallado estaban heridos, y mandó buscar a Laterio, que mucho desseava saber si era bivo; el qual estava malherido, y mandóle llevar al monesterio.

El rey mandó llamar al Cavallero de la Rosa y, como llegó a par d'él, le dixo:

–Cavallero, por juyzio de todos los que estos días os han visto avéys ganado el prescio d'estos torneos. Veysle ay : recebilde por amor mío, y Dios os dexen ganar el de est'otros cinco días. Y yo quisiera, si os pluguiesse, que vos aposentárades más cerca, por poderos mejor visitar y honrrar.

Y el Cavallero de la Rosa dixo qu'él aceptava la merçed del prescio que Su Alteza le dava, y que passados los otros cinco días, si vida le quedasse después d'ellos, él se vernía donde más cerca estoviesse, para servir a Su Alteza.

Y con mucho triumpho, llevando delante los cavallos y arneses y el oro que avía ganado, se fue al monesterio donde possava, y el príncipe de Escocia y el Cavallero Bravo con él, y los otros cavalleros ingleses. Y, assí como llegó al monesterio, mandó guardar todo aquello al prior.

Antes qu'el Cavallero de la Rosa se desarmasse, entró el Dalfín a sse le ofrescer y presentar por su prisionero. Y él lo rescibió y le dixo:

–Señor, yo soy servidor de una dama que os tiene deudo, que es la princesa de Inglaterra; y todos los cavalleros que yo venço se han de yr a presentar delante d'ella con ciertas condiciones. –Y díxoselas; las quales eran aquellas con que se avían presentado el Cavallero Bravo y el príncipe de Armenia–. Y assí lo avéys vos de hazer.

Y el Dalfín dixo que era contento, pero que le diesse licencia a que pudiesse estar allí los cinco días siguientes, hasta ver si le dava Dios la Espada Venturosa, como él se creya y todo el mundo. Y el Cavallero de la Rosa dixo que era muy contento, con tanto que luego el otro día adelante se partiesse para Inglaterra. Y assí prometió el Dalfín de Francia de lo hazer.

CAPITULO XLIII

En que se contiene lo qu'el Cavallero de la Rosa hizo el primero día de los torneos que se hizieron a pie

Tres días passaron después de los torneos a cavallo antes que se principiassen los cinco días de los torneos a pie, porque los cavalleros tuviessen algún reposo para descansar, y mandó el rey que ningún día torneassen más de dos horas en estos postreros cinco días que avían de tornear a pie, y que fuesse desde las dos oras después de medio día hasta las quatro, y que ningún cavallero sacasse devisa señalada, salvo armados en blanco, porque, por consejo de muchos sabios de Grecia, aquesto se avía assí de hazer. Y así se puso por



obra, y ninguno sacó sobre las armas cosa ninguna. Y el Cavallero de la Rosa, aunque de mal se le hizo dexar la devisa acostumbrada, ovo de passar por lo que todos los otros cavalleros passaron.

Y assí como llegó el primero día de los torneos, a la ora que se ovieron de començar, el rey y la reyna y las damas y innumerable gente concurrió a ver estos cavalleros. Mas, como de las justas y torneos passados algunos avían quedado malheridos y otros fueron muertos, y algunos tan cansados que, aunque quisieran hazer algo, no podían, los que el primero día se hallaron en este último desamen de la Espada de la Ventura no fueron ciento y cincuenta cavalleros, ni aún fueran ochenta, sino que muchos de los cavalleros extranjeros se guardaron para esto, por ser cosa de más importancia y honrra, y no quisieron entrar en las justas y torneos passados.

Estos cavalleros que se hallaron para tornear a pie fueron partidos en quatro partes hechos cruz □, y todos se fueron a herir en el medio término que entre todas quatro esquadras avía; en la una de las quales el más principal era el Cavallero de la Rosa, y en la otra el príncipe Alberín; y en la otra estaba Florencio, su hermano, a causa que todos los sabios dezían que aquella espada avía de venir y se guardava para uno muy cercano en sangre al rey Ardiano. Y él, pensando que uno de sus hijos sería, a ambos a dos los hizo armar y que entrassen en el torneo. El principal que estava en el quarto esquadro era el infante de Chipre, valeroso cavallero y gran persona en fechos de armas, el qual no se avía hallado en lo passado.

Y después qu'el rey y la reyna y las damas y todos los cavalleros que avían de pelear o tornear fueron venidos, y entr'ellos departidos como es dicho, al tiempo que las trompetas y atabales se tocaron, movieron los unos contra los otros. Y como la cosa era de nuevo arte ordenada, o assí quiere dezir que estava escripto que los ordenasen, ovo tantos encuentros de través y tantos caýdos que fue cosa para notar, y de tal manera se juntaron que pareció bien cosa no oýda ni vista, y en breve espacio no avía cinquenta cavalleros en pie, que los otros todos eran caýdos por tierra o muertos, o se avían salido del combate sin esperança del prescio ni de perseverar por ganarle.

Este día entró el Cavallero de la Rosa en este torneo con su persona y el príncipe de Escocia, y Laterio, y el Cavallero Bravo de Yrlanda, y con tres cavalleros de los ingleses, que para ello estavan. Y hizieron tales y tan señaladas cosas que hizieron rendir la mayor parte de todos los otros cavalleros.

Y de allí salieron muy malheridos ambos a dos los hijos del rey, por lo qual resultó que el rey pensasse que no era cierto que avía de quedar el espada en persona de su sangre, y mucha tristeza d'esto tenía. Quando las dos horas passaron, ya el Cavallero de la Rosa tenía tanta ventaja en el campo que casi no hallava con quien hazer armas.

Y d'esta manera cessó aquel día este torneo; y porque no se conoscían assí los cavalleros, porque todos estavan armados sin devisas, y el rey y todos tenían los ojos en quien mejor lo avía fecho, el rey se abaxó del cadahalso de donde mirava con ciertos cavalleros y

juezes, que consigo tenía para juzgar lo que viessen, y se fue al Cavallero de la Rosa y le dixo:

–¿Quién soys, cavallero?

Y él dixo:

–El de la Rosa.

Y estonces el rey dixo:

–Yo lo jurara, y aún assí lo traía yo pensado quando llegué a conosceros, que vos aviades de ser. Oy vos soys señor del campo; Dios os dé la ventura en los otros quatro días que os quedan, que en verdad digno soys d’ella.

Y con esto los cavalleros se fueron a sse curar y descansar, y el rey entendió en hazer dar sepolturas a los muertos conforme a la calidad de sus personas. Y con esto se pasó el primero día del torneo a pie, del qual salieron malheridos el príncipe d’Escocia y el Cavallero Bravo, que más no pudieron tomar armas en estas fiestas; y también quedó muerto uno de los cavalleros ingleses en el campo.

CAPITULO XLVIII

De lo que suçedió al Cavallero de la Rosa en el segundo día de los torneos a pie y en los otros tres días siguientes

El segundo día que estos torneos a pie se hizieron, el Cavallero de la Rosa no llevó consigo sino a Laterio y uno de los cavalleros de Inglaterra, porque no avía otros que compañía le hiziessen, y muy de mañana se armaron. Y, como fue tiempo, después de comer todos tres se fueron al lugar donde el torneo avía de ser, y ya hallaron que los estaban esperando, porque, como hasta entonces el Cavallero de la Rosa era el que a todos hazía ventaja, al rey se le figurava que sin él la fiesta no se podía hazer. Y llegaron estos tres cavalleros, y no avía cinquenta y cinco otros que pudiessen hazer el torneo. Pero aquellos que se hallaron lo hizieron, y fueron partidos de la manera que el día antes. Y como el caso era tan honroso y substancial, aunque cada día el número menguava, assí la virtud y furor crecía en los cavalleros. Y fue tan rezio este segundo torneo que, de todos los cavalleros que en él entraron, no quedaron veynte y cinco cavalleros para hazer hecho de armas el siguiente día. Y en fin, aquel día quedó el Cavallero de la Rosa tan copioso de honrra como lo avía seydo en todos los passados. Y este día le hirieron muy mal a Laterio y al inglés.

Y por dar final conclusión en esto, Listario, cronista, dize que en el terçero y quarto días el Cavallero de la Rosa salió solo, porque ya no avía quien le hiziesse compañía, sino sólo uno de los cavalleros ingleses, y que aun aquél no quiso llevar, porque curasse de

Laterio y de los otros cavalleros que heridos estaban. Y que solo salió los otros días que quedavan, y en cada uno d'ellos ganó mucha honrra, y hizo a todos grandíssimas ventajas.

Pero en el último día del torneo se halló solo, y no eran ya todos los que este día tornearon quinze cavalleros, y que en éstos hizo tal estrago el Cavallero de la Rosa que en fin del torneo no quedaron siete o ocho cavalleros los que en pie se tenían, porque los otros eran muertos y malheridos. Y que, passadas las dos horas del término que para esto avía, el rey mandó salir del campo al Cavallero de la Rosa y a los otros cavalleros que quedaron en el campo, y les dixo allí:

–Cavalleros, quien ha de dar este final juyzio ha de ser la misma Espada Venturosa; vamos donde está y quien la sacare será señor d'ella, y a ésse gela tiene Dios guardada.

Y el Cavallero de la Rosa y los otros cavalleros fueron con el rey. Y assí como llegaron donde la Espada Venturosa estava, todos los cavalleros que quedaron del torneo, que fueron ocho sin el Cavallero de la Rosa, provaron primero a la sacar, y no pudieron. Y entonces el Cavallero de la Rosa se hincó de rodillas y dixo, bolviendo el rostro hazia el cielo:

–Señor, si tu voluntad es que yo sea aquel para quien esta espada se guarda, suplícode sea para que con ella mejor te sirva.

Y dicho esto, se llegó a la espada y puso la mano en ella, y la sacó tan sin premia como si ninguna cosa hiziera. Y luego el rey dixo:

–Cavalleros, veys aquí cómo Dios ha mostrado oy a conoscer a los que aquí estamos el mejor cavallero del mundo. Y yo siempre oý dezir qu'el que aquesta espada oviesse sería de mi sangre y muy propinco deudo, pero yo no sé aún quién es aqueste cavallero.

El Cavallero de la Rosa le dixo:

–Señor, pues Dios me dio el espada, pensad que es para que con ella os sirva, y mañana yo compliré lo que os tengo prometido, que será dezir quién soy.

Y el rey se lo gradesció mucho, y quedó muy alegre en averle dicho el Cavallero de la Rosa qu'el Espada Venturosa era para servirle con ella. Y el rey le dixo:

–Cavallero, antes que mañana me digáys quién soys, yo mandaré poner en el monesterio donde posáys cinquenta mill marcos de oro para que dedes cada cinco mill d'ellos a diez damas, las que vos quisiéredes escojer en el mundo; y ruégo's que mis hijos dos y una hija que tengo sean de los del número que casáredes de vuestra mano.

Y el Cavallero de la Rosa le dixo:

–Señor, en esso y en todo lo demás se complirá vuestra voluntad.

Y el rey se lo gradesció mucho. Y le dixo el cavallero:

–Señor, más justo es que los cavalleros sean combidados que no que se combiden; pero yo quiero hazerlo al contrario. Mañana, después que vuestra Alteza me aya embiado essa suma de oro que dezís, yo yré a comer con vuestra Alteza, y llevaré conmigo algunos cavalleros amigos míos, que son de real sangre. Y después de comer se destribuyrá con vuestra licencia y voluntad el oro, y se dará a quien fuéredes servido.

El rey le dió muy complidas gracias por lo que dezía y, muy alegre d'esto, mandó luego aderesçar el combite para el Cavallero de la Rosa y los que con él avía de llevar. Y él se fue aquella noche a su monesterio con su Espada Venturosa y muy acompañado de todos sus amigos, a lo menos de los que ya le quedavan, y de otras muchas gentes. Y assí passó aquella noche con mucho plazer, y no con tanto sueño que le escusasse de dar infinitos loores a Dios por averle dexado conseguir tan señalado triumpho y vitoria, y averle dado la Espada Venturosa, la qual en más tenía que si le diera Dios la mayor parte del mundo. Y assí toda aquella noche casi passó en oración y en dar infinitas gracias a Dios, como agradescido cavallero.

CAPITULO XLV

Cómo el rey le embió al Cavallero de la Rosa todo el prescio que estava puesto; y de cómo lo repartió y se dio a conosçer al rey y a sus padres, y no a otra persona

Otro día, despues qu'el Cavallero de la Rosa ovo el vencimiento y triumpho de los torneos y sacó la Espada Venturosa de la peña, en amanesciendo, el rey mandó cargar en carros y azémilas cinquenta mil marcos de oro, para que el Cavallero de la Rosa los destribuyesse en casar las diez donzellas que le pluguiesse. Y el cavallero hizo rescebir todo aquel tesoro al prior del monesterio donde avía hasta allí estado, y le dixo que, con su acuerdo y consejo, mediante la voluntad del rey aquello y lo demás le destribuyría.

Y luego cavalgó, como ovo fecho oración, y llevó consigo al príncipe de Escocia y al Cavallero Bravo, y cinco cavalleros de los ingleses, que estovieron para yr con él; porque, de los otros cinco, los tres murieron en los torneos, y los dos y Laterio estavan heridos. Y antes qu'el Cavallero de la Rosa entrasse en la ciudad, salieron a le rescebir el rey y sus hijos y Ponorio, padre del mismo Cavallero de la Rosa, el qual nunca lo conoçió. Y entre el rey y Ponorio pusieron al Cavallero de la Rosa, y un intérpetre allí cerca, para entenderse con él. Y con mucho triumpho entraron en la ciudad.

Y se apearon en palacio, donde la reyna Grisolpa y la infante Cresilonda, su hija, y muchas señoras y damas estavan. Y junto con la reyna estava la duquesa Clariosa, madre del Cavallero de la Rosa, y Liporenta, su hermana, la qual excedía en hermosura a todas las mugeres de Albania, y aún de gran parte de Grecia. Y como llegaron, ya era casi ora de comer. Mas, porque el rey desseava que el tiempo le durasse para hablar largo con el Cavallero de la Rosa, quiso que el combite se començasse temprano, y assí se hizo, que

luego se sentaron a la mesa el rey y la reyna; y mandó que el Cavallero de la Rosa se sentasse entre el rey y Ponorio, y luego la duquesa, su madre del Cavallero de la Rosa, y tras ella la infante Cresilonda y Liporenta, hermana del Cavallero de la Rosa. Y de la otra parte de la mesa estaban el príncipe Alberín y, a par d'él, el príncipe de Escocia; y luego el infante Florencio y luego el Cavallero de Yrlanda; y a par d'él los cinco cavalleros ingleses.

Y d'esta manera sentados las personas que es dicho, comieron con mucho plazer. Y en aquel tiempo muchas maneras diversas de música ovo. Pero, porqu'el tiempo no se ocupe relatando cosas superfluas, digo que, alçadas las mesas, se retruxeron el rey y el Cavallero de la Rosa y su padre, Ponorio. Y suplicó al rey que, antes que ninguna cosa hablassen, mandasse llamar al prior del templo donde el Cavallero de la Rosa possava, y assí se hizo. Y, venido, estando todos quatro solos, porque para esto no quiso que oviesse intérpetre, como quiera que sabía la lengua como natural d'ella, el Cavallero de la Rosa dixo assí:

–Señor, yo vos hize promesa de deziros quién soy, y quiero agora hazerlo: sabed que soy don Claribalte, vuestro sobrino.

Y hincó la rodilla por besarle la mano, y el rey lo levantó con los braços y le besó muchas vezes. Y luego hincó la rodilla delante de Ponorio, su padre, y jamás se quiso levantar hasta que le dio la mano y su bendición. Y el padre lo hizo de grado y le besó muchas vezes. Y le mirava, y aún no lo creya. Y fue tanto el gozo del rey y de Ponorio que assí ellos como el Cavallero de la Rosa no pudieron tener los ojos tan endurecidos que no vertiessen algunas lágrimas.

Y luego les dixo:

–Yo no tengo de darme a conosçer a otra persona ninguna en este reyno, sino a la reyna y a la duquesa, mi señora, a las quales yo hablaré antes de mi partida. Ni vosotros, señores, por el amor que me tenéys, no avéys de descubrirme, porque a mí y a vosotros conviene que esto se haga assí, y avéys de tener por determinado que, si no lo hiziéssedes d'esta manera, para siempre me perderíades, y yo vos juro que en toda mi vida os viesse. Y tened sufrimiento que Dios guiará las cosas de manera que presto gozaréys de mí más largamente, con todos nuestros deudos y amigos.

Y el rey y Ponorio le prometieron de lo hazer assí y le tener secreto, y lo hizieron sin le dar a conosçer a persona del mundo, ni dezir que aquel cavallero era don Claribalte. Mas, paresciéndoles al rey y a Ponorio qu'el Cavallero don Claribalte quería aún continuar la vida aventurera, pues no quería ser del todo conocido, ambos a dos le dixeron su paresçer, acordándole que, pues Dios le avía fecho en tan poco tiempo el más señalado y venturoso cavallero del mundo, que era bien que reposasse y gozasse de sus victorias y renombre.

Y demás d'esto le dixeron que ya sabía cómo el emperador Grefol, su tío, hermano de Ponorio, no tenía legítimo suçessor, sino al mismo Ponorio, de quien era primogénito el

mismo don Claribalte, a quien de derecho le venía el imperio; y que el dicho emperador Grefol tenía un hijo bastardo que se llamava Balderón, a quien, contra derecho y la verdadera suçession, pensava dexar eredero; y que, por parte de los del imperio, muchas vezes avían seydo requeridos Ponorio y el rey Ardiano que no lo consintiesen. Y que ellos, por ausencia de don Claribalte, avían dexado de yr al imperio para escusar que Balderón no suçediesse en su perjuyzio en aquel estado, y les avían dado esperança de día en día. Y que quanto más se dilatasse era peor, y darían más lugar que la mala intención del emperador Grefol hiziesse lo que quería, y el bastardo se quedasse con todo. Por ende, que assí para el remedio de aquesto como para consuelo de la vejez de sus padres y tíos y deudos y de todos aquellos reynos donde era tan desseado, devía darse a conosçer, y reposar.

Y según esto le dixeron muchas cosas, y el prior también hablava conforme a lo que es dicho, el qual era muy sabio y de grande autoridad. Y el Cavallero de la Rosa les dixo:

–Yo conosco que todo lo que puede ser razón que yo haga me avéys dicho. Pero yo sé que, assí para el bien de sus mismas cosas en que avéys hablado y para escusar los inconvenientes que me avéys puesto, es necessario que yo no sea conocido. Y assí, como con verdad dixeron grandes tiempos ha muchos sabios que la Espada de la Ventura avía de venir a las manos de cavallero de vuestra sangre, y lo avéys visto, assí tened por cierto que con ella se ha de estorvar que en perjuyzio de Ponorio, mi señor y padre, que está presente, y en el mío, passe el imperio a quien no le pertenesce.

“Y porque presto veréys el remedio d’ello, y yo no tengo de hazer otra cosa, entendamos en lo que mandáredes que se haga de los marcos de oro, y distribúyanse como os pareciere atenta vuestra real voluntad, porque el tiempo no se gaste sin provecho, y yo pueda yr donde más me conviene.

El rey porfió mucho qu’el Cavallero de la Rosa lo repartiessse, y él dezía que no, sino el rey, el qual nunca lo quiso hazer, sino que lo repartiessse quien tan bien lo avía ganado.

Y luego lo destribuyó en aquesta manera: mandó cinco mill marcos de oro al príncipe Alberín, y que casasse con ellos con Liporenta, hermana del Cavallero de la Rosa, y el rey y Ponorio le loaron mucho aquello. Y luego dixo que otros cinco mill marcos fuessen para Florencio, hijo bastardo del rey, y que casasse con la duquesa Baldença, prima del Cavallero de la Rosa. Y otros cinco mill mandó que se diessen a la infante Cresilonda, hija del rey Ardiano, y que casasse con el príncipe de Escocia, su amigo. Y todas tres cosas le fueron muy loadas y gratas al rey y a Ponorio.

Mandó que se diessen cinco mill marcos a Lucrata, prima de la princesa de Inglaterra, a la qual él desseava satisfazer las honrras que avía rescebido d’ella quando por Francia passó, para que los oviesse quien con ella casasse. Mandó otros cinco mill marcos a la princesa de Inglaterra, con la qual dixo que él se pensava casar, si Dios y su ventura lo consintiesen, y que aquestos estoviessen en depósito en el mismo monesterio hasta que él los mandase de allí sacar. Mandó otros cinco mill marcos a la dama que casasse con el Cavallero Bravo de Yrlanda, su amigo, y que éstos se embiassen al rey de Inglaterra para

que él le diese una dama de su casa y sangre. Mandó otros cinco mill marcos de oro a Laterio, y que casasse con Fulgencia, camarera de la princesa de Inglaterra. Mandó que se diessen otros diez mill marcos a dos señoras, las más cercanas de la sangre del rey y de la reyna, que eran una hermana de la reyna, que se llamava Sulpir, y y otra prima del Cavallero de la Rosa, que se llamava Assironda, para conque se casassen a voluntad del rey Ardiano. Y mandó que los otros cinco mill marcos restantes de los dichos cinquenta mill se estuviessen assí mismo en depósito para que se diessen a otra dama a voluntad de la princesa de Inglaterra y del Cavallero de la Rosa.

De los otros tres mill marcos que avía ganado en el prescio de las justas y de los torneos a cavallo, mandó que los quinientos d'ellos se comprasen de renta para el dicho monesterio y ciertos ospitales que mandó hazer para que perpetuamente se rescibiessen pobres y se celebrassen officios divinos por las ánimas de todos aquellos cavalleros que en los torneos y justas murieron. E de los otros dos mill y quinientos marcos de oro que quedavan, repartió largamente mucha parte d'ellos con los siete cavalleros ingleses que avían quedado bivos, y assí mismo repartió todos los cavallos y armas que el rey le avía dado. Y, finalmente, todo lo que tenía dio y repartió desde allí antes que de la cámara saliessen; y quedóle un memorial al prior, firmado del rey y de Ponorio y del Cavallero de la Rosa, para que assí lo diese como lo avía ordenado.

Y, fecho esto, luego se habló en los casamientos del príncipe Alberín con Liporenta, y del casamiento del príncipe de Escocia con Cresilonda, hija del rey; y aquel mismo día se concluyeron y despossaron, y el siguiente los velaron, y se hizieron muchas fiestas y justas; pero el Cavallero de la Rosa no se armó más en Albania por algunos tiempos. Y el príncipe de Escocia fue muy alegre de su casamiento, y mucho más lo fuera si pensara que su muger era tan cercano deudo del Cavallero de la Rosa. Y aquel mismo día de las bodas se publicó la manera de cómo se avían destribuydo todos aquellos thesoros, y a todos les pareció muy bien, y cada uno de aquellos a quien avía de caber parte le dio las gracias, y infinitas el Cavallero Bravo y Laterio, como lo supo.

Y passadas estas bodas y fiestas, las cuales duraron otros tres días, todos aquellos cavalleros estranjeros se tornaron a sus tierras, o donde les plugo. Y el Dalfín de Francia, de quien antes se dixo que avía quedado por prisionero del Cavallero de la Rosa en los torneos, assí como vido qu'el Cavallero don Félix avía ganado la Espada Venturosa y el prescio que es dicho, por no complir la pleytesía ni lo que era obligado, se partió secretamente sin licencia ni hablar con el Cavallero de la Rosa, y con pensamiento de no conosçerse por prisionero de la princesa de Inglaterra ni de otra persona, aunque era muy notorio averle vençido el Cavallero de la Rosa. Mas don Félix dissimuló su descortesía, y no le oyó persona ninguna hablar en ello; mas la hystoria dirá en su lugar en lo que paró aquello, y cómo le salió al Dalfín no aver cumplido su promesa y pleytesía.

CAPITULO XLVI

Cómo el Cavallero de la Rosa habló en secreto al rey y a la reyna, y a sus padres, y se dio a conocer a la reyna y a la duquesa

Passados tres días que duravan las fiestas d'estos matrimonios, que en el capítulo susodicho se dixeron, el Cavallero de la Rosa dixo al rey y la reyna una noche que delante de Ponorio y de la duquesa les quería dezir otro casamiento. Y que para aquello, si su voluntad era, se retruxesse en su cámara en tanto que era hora de cenar y dançavan los cavalleros y las damas. Y luego el rey y la reyna, y Ponorio y la duquesa, padres del Cavallero de la Rosa, se retruxeron con él, y mandaron que se quedassen en la fiesta todos los otros príncipes y señores y damas, y no dexassen de dançar.

Y desde quedaron todos cinco solos, el Cavallero de la Rosa dixo a la reyna y a su madre que le diessen la mano, diziéndoles quién era; hasta estonces ni después no se sabe que padres con hijo con tanta razón holgassen ni tamaño plazer sintiessen. Es escusado dezir las piadosas lágrimas y besos de la madre y de la reyna, su tía, y las otras cosas que allí passaron. Solamente haze al caso de la historia que se sepa que el Cavallero de la Rosa les amonestó otra vez al rey y a Ponorio, su padre, lo que les dixo quando se les dio a conoçer para que no le descubriessen. Y assí mismo le pidió y encargó a su madre y a la reyna, diziéndoles muchas causas que le movían a esto. Y después que más de dos horas estovieron en aqueste plazer retraídos, se tornaron a salir fuera, y cenaron todos juntos. Y quando ya fue ora, el Cavallero de la Rosa se despidió para se yr al monesterio, porque nunca quiso possar en otra parte.

CAPITULO XLVII

Cómo se partió el Cavallero de la Rosa sin se despedir del rey ni de otra persona ninguna, ni llevó compañía, y de lo que suçedió en su partida

Passado aquel día que el Cavallero de la Rosa se dio a conoçer a su madre y a la reyna, luego el siguiente escribió una carta para la princesa de Inglaterra y otra para Laterio, el qual no estava sano para yr con él. Y diólas al prior en secreto, y díxole que, quando viesse que Laterio estava muy bien sano y rezio para caminar, que le diesse aquellas cartas, y le dixesse que pusiesse el recabdo que d'él confiava en aquello que le dexava por su carta ordenado.

Mas, porque passe la historia a dezir lo que acaesció en su camino al Cavallero de la Rosa, se dirá primero lo que contenían las cartas que para Laterio y la princesa quedaron escritas en poder del prior, como es dicho:

Carta para Laterio

"Amigo: yo quisiera veros en dispusición que pudiera levaros conmigo; y porque no puedo más detenerme, fue forçado que yo me partiesse sin vos, lo qual siento mucho, por la soledad que me ha de hazer vuestra persona y discreto consejo, y en esto veréys que no se

pudo hazer otra cosa. Por amor mío que, como podáys caminar sin peligro de vuestra salud, os vays a la princesa, mi señora y vuestra, y consoladla y servidla, y certificadla que, si la muerte o prisión no me detienen, que muy presto os veré a entr'ambos. Y besad las manos al rey y a la reyna, mis señores, y al reverendo señor, el gran sacerdote, de mi parte, y dadles cuenta de todo lo que hasta mi partida de aquí nos ha subçedido; y que tenga cierta confianza que, pues Dios me hizo dino del Espada Venturosa, que he de ser venturoso con ella, y darles mucho descanso, y servirles todas las congoxas que mi ausencia les ha dado y diere. Y no recibáys pena por mi partida, porque es para más acrescentamiento de mi buena fortuna".

La carta de la princesa

"No gastara más tiempo en hazer esto si no pensara que Laterio os ha de dezir de mí lo que yo no sabría tan largamente escrevir, porque, como testigo de vista y tan amado deudo, podrá certificar mis trabajos y los suyos, y también mi buena andança. Yo me parto de aquí porque, para yr a esse rey, no es menester que ponga en efecto lo que por mí ha de passar antes que a Londres torne. No tengo qué dezir, porque el breve espacio que la necessidad de mi partida me dio para esto no lo permite. Mas básteos que la mayor pena que he tenido y espero es vuestra ausencia y, cessando ésta, cessarán todos mis trabajos. Y entre tanto, suplico a la señora Lucrata que no cessen sus oraciones en mi memoria, pues yo nunca la perderé para acordarme cuánto le devo. Al rey y a la reyna, mis señores, quisiera escrevir, si pudiera; y pues no se haze, crean que no pudo ser ni será possible que yo me desacuerde que son mis señores y padres. Y esto mismo podéys, señora, dezir al reverendo gran sacerdote".

Continúasse el dicho capítulo XLVIII, en que tracta de lo que Dios hizo del Cavallero de la Rosa después de escritas estas cartas

Así como el Cavallero de la Rosa ovo escrito estas cartas, él las dio al prior del monesterio, y anduvo por una huerta paseando con él, encomendándole que rogasse él y los otros religiosos de la casa por él. Y el prior se lo prometió, y assí lo hizo dende adelante. Y el prior se quedó en la huerta, y el cavallero se salió de la casa a una floresta que estava junto al monesterio, y no muy apartada de la mar. Y estando allí solo, llegó a él un hombre anciano con una barba muy crescida, blanca como la nieve, y le dixo:

—Vamos si te plazze, que es tarde.

Y luego, sin le responder, se salió con él de la floresta, assí como estava ceñida su Espada Venturosa. Y, según lo que después suçedió, ya este mismo hombre le deviera aver hablado otra vez porque, al tiempo que ellos guiavan hazia la mar, aquel hombre dixo:

—Alarguemos el passo porque, desde que denantes os hablé, ha crescido la mar mucho espacio, y es agora muy buen tiempo para enbarnos.

Y el Cavallero Bravo acaso se avía salido a passear, y llegó tan cerca d'ellos que oyó estas palabras, y cómo el Cavallero de la Rosa dixo:

–¿El tiempo es próspero, o es demasiado el viento?

Y el hombre tornó a dezir:

–No, señor, sino como es menester.

Y no oyó más palabra. Y como conoçió al Cavallero de la Rosa y le oyó dezir estas palabras, alargó el passo y llegó al tiempo que ya el Cavallero de la Rosa estava metido en un batel, y se apartava de tierra para yr a una nave que estava algo apartada de la costa. Y a bozes le començó a rogar que le llevasse con él. Y el Cavallero de la Rosa le dixo:

–Amigo, por el amor que me tenéys os ruego que persona de vos no sepa que me habéis visto, y que os váys a Inglaterra, que yo os veré presto en aquella corte, con ayuda de nuestro Señor.

Y, diziendo esto, se apartó tanto el batel que no pudo entender otra palabra; pero paróse, y estuvo quedo allí en la costa, y vido cómo entró en la nave. Y en esse punto se hizo a la vela, y en poco espacio de ora, como el tiempo le era favorable para su navegación, la perdió de vista. Y el Cavallero Bravo se tornó al monesterio muy triste, pero no dixo a ninguno lo que avía visto.

En mucho dolor y tristeza quedaron todos los amigos del Cavallero de la Rosa después que le echaron de menos, y muy maravillados de su arrebatada partida.

Mas, porque es tiempo perdido ocupar la historia en más, de lo que procedió de aquel viaje del Cavallero de la Rosa dize que dende en tres días después que se embarcó en aquella costa de Albania en el mar Arquinio, alias Jonio, que ahora se llama Adriático, aportó a la ysla triangular que modernamente se llama Secilia, y allí se apeó en tierra, y salió solamente con el susodicho hombre anciano que por él avía ydo a Albania. Y ambos se fueron a una ermita donde avía otros tres monjes assí ancianos, compañeros de aquél, y aún de más edad. Y aquella noche le ospedaron muy bien y le dieron muy bien de cenar. Y antes que se acostasse, todos quatro se fueron a la cámara del Cavallero de la Rosa, y le dixerón la causa para que le avían fecho venir.

CAPITULO XLIX

De lo que los quatro nigrománticos dixerón al Cavallero de la Rosa, y lo que él les respondió

Estos quatro monjes, o más propiamente nigrománticos, se llamaban Osbal, Nostrendo, Baldoc, Pastondo; los quales gran tiempo avía que estavam en compañía, y eran dotíssimos en todas las artes, y principalmente grandes estrólogos y nigrománticos y universales en todas ciencias. Y con ellas avían alcançado grandes secretos y, queriendo

saber cuál era el mejor cavallero del mundo, hallaron que era aqueste que tenían por huésped, y por tal embiaron por él. Y le dixeron:

–Amigo, nosotros somos de diversas partes, porque Osbal es de Arabia, y Nostrendo es griego como tú, y Baldoc es de la parte más última al meridió, y yo me llamo Pastondo, y soy natural de las yslas de Sorlinga, cerca de Inglaterra, donde, pocos tiempos ha, tú heziste muchas proezas y cavallerías. El más mançebo de nosotros passa de dozientos años, puesto que en el aspecto parezcamos de menos de cada ochenta. Mas en esto suple nuestro arte las rugas de la senetud. Enamorados los unos del saber de los otros, y cada uno de nos de los otros tres, procuramos de juntarnos puede aver cinco años, y la dulcedumbre de la conversación nuestra nos ha tenido este tiempo en compañía y amistad.

“Y porque agora, después que de aquí te partas, cada uno de nos yrá su viaje y no nos tornaremos a ver tan presto, acordamos de hazerte venir aquí. Y para esto tomó la mano nuestro amigo Osbal, que fue por ti y te truxo para que te avisemos de algunas cosas que por ti han de passar, y de otras que te debes guardar, y te consejemos cómo te as de conservar.

“Quien nos movió a hazer esta gentileza contigo fueron los ruegos de Nostrendo. El qual, por ser aficionado a tu persona y condoliéndose del imperio de Grecia, el qual está aparejado para se perder; porque Grefol, emperador de Constantinopla, hermano de Ponorio, tu padre, tiene un hijo que ovo en una religiosa de la orden de Baco, que se llama Balderón; y tiénelo por suçessor del imperio a causa que esta monja, llamada Crispia, es una de las personas que oy más saben en el mundo en nuestro arte; la qual ha hecho tan doto al emperador que casi sabe tanto como ella. Y demás d’esto, la floxedad de Ponorio, tu padre, a quien de derecho viene aquel estado (y a ti, después de sus días), son ocasión para que aquel señorío pueda quedar en possession de quien no le perteneçe. Y por hazer señalado bien a Grecia y a ti, pues aquello es tuyo, nos ha rogado que todos quatro entendamos en hazer que no lo pierdas. Porque, según el gran poder del emperador, y el mal aparejo que tú ternás para lo cobrar sin nuestro favor, si una vez, después de los días del emperador, se apodera del estado Balderón, es menester que la Fortuna y estos señores, y yo con ellos, te demos la forma.

“Y es aquesta: el mismo emperador Grefol es uno de los más doctos en nuestro arte que oy biven, a causa de lo que le ha enseñado Crispia, y tiene un anillo hecho por tal manera que quanto contra él se ordena, luego que lo mete en la boca le es revelado, y con esto ha podido proveer con tiempo en grandes cosas y conjuraciones que contra él se han fecho. Y él sabe que nosotros quatro sabemos este secreto, y no otra persona, y que bastaríamos a hazer otro que a aquel suyo quitasse la virtud, y en el que nosotros hiziésemos se passasse. Y conosce que cada uno de nos por sí no bastaría para esto. Y d’esta causa ha gastado mucho en avernos a las manos si pudiesse, mas no le ha aprovechado.

“Y demás d’esto, tiene un espejo en que todos los días del mundo se mira, y conosce todo lo que aquel mismo día le ha de acaescer. Y tiene otra cosa, que es más que todas: que ninguno le puede vencer a él ni su hijo, sino quien matare al Gigante de la Ysla Prieta, la

qual ysla se llamó después Euboya, y agora al presente se dize Nigroponte. Es este gigante tan fuerte y tan poderoso que no bastan mill cavalleros a resistirle una hora.

“ Todo esto han sabido ordenar y guiar por su arte el emperador, tu tío, y su Crispia. Mira, don Félix, si quien te diere todas estas impossibilidades subjectas, si les serás en cargo; y porque no pienses que te lo queremos encareçer, bástanos a nosotros conosçer que nos lo agradeçe Nostrendo. Esta noche todos haremos el anillo que primero dixé. Y también se dará orden cómo ayas el espejo y venças al gigante para que puedas adquerir después el imperio. Y aún con todo esto has de sufrir muchas fatigas, pero en fin tú serás contento y conseguirás tus deseos.

El cavallero les dio las gracias como persona que muy bien sabía hazerlo, y les dixo:

–Señores, tan larga liberalidad como la que conmigo usáys, visto está que la entera bondad de cada uno de vosotros la obra, y no mis méritos. Mas, si mi desseo queréys reçebir por parte de lo que os devo, pues tanto sabéys y alcançáys, conocido le devéys tener para pensar que, como cavallero, no faltaré, aviendo oportunidad para serviros estas merçedes, y muy mejor lo sabré hazer que sé ofrescéroslo. Y por esto no quiero dezir más, sino que, pues aquí me avéys traýdo, que como en cosa vuestra hagáys y ordenéys todo lo que os pareciere, que yo no saldré de vuestro mandamiento.

Dicho esto le tomó de la mano Nostrendo y le dixo:

–Andad acá, señor, y yréys a cenar, que aquestos señores bien os conosçen, y saben qué soys para hazer y dezir. Dexad a ellos y a mí el cuydado de vuestras cosas.

Y sacó de allí al Cavallero de la Rosa, y metióle en una cámara muy mejor aderesçada y entoldada que en Londres se la diera la princesa, su esposa. Y dexóle sentado en una silla, cerca de una muy rica cama, y delante puesta una mesa con dos candeleros de plata, y al cabo de la cámara avía un muy gentil aparador de plata. Y salióse, y quedó el cavallero allí solo.

Y desde a muy poco espacio entró un gentilhombre como mastresala, una caña en la mano y una towalla en el ombro; y detrás d’él seys damas muy hermosas, la una con los manteles y la otra con aguamanos, y la otra traýa un salero y cuchillos, y la otra un pañizuelo entre dos platos, y la otra traýa un plato grande con pan. Y con muy gentil cortesía y reverencia, cada una d’ellas començó a servir sin que ninguna ni el mastresala hablassen palabra. Y luego tornaron por el manjar, y cada una d’ellas truxo diferenciado el potaje o fruta, o cosa que traýa. Y desde lo tovieron puesto en la mesa quedaron dándole de cenar el mastresala y la que cortava, y las otras cinco començaron a cantar como sendos ángeles, recontando en lo que dezían todo el processo de la vida del Cavallero de la Rosa desde que él nació hasta en aquel estado y punto qu’él allí estava. Y, dicho esto, se salieron de la cámara. Y nunca más parecieron, ni el cavallero las vido.

Pero luego entraron otras seys muy más hermosas y apuestas que las primeras, y la una d’ellas tomó los cuchillos a la que cortava. Y aquella se fue de la cámara, y quedaron

aquellas seys que a la postre entraron, y acabaron de darle de cenar. Y quitáronle los platos primeros, y diéronle otros, a vezes con manjares desabridos y otros amargos, y otros de mejor sabor. Y al fin de la cena le dieron muchas cosas muy aplazibles al gusto, y que le sabían mejor que quanto jamás avía comido. Pero ninguna de aquestas seys damas habló palabra. E como ovo acabado de cenar el cavallero, levantaron la mesa y, una a una, le abraçaron y besaron y, sin dezirle palabra, le hizieron gran reverencia y se salieron, y el mismo mastresala con ellas. Y el Cavallero de la Rosa les hizo también su cortesía, y no les dixo palabra, y tornóse a ssentar.

Y desde a muy poco espacio entraron todos quatro nigrománticos en la cámara, y Nostrendo le dixo:

–Cavallero, nosotros vamos a nuestro aposento. Y para que durmáys más descansado, ved aquí una sortija que todos avemos hecho; la qual es la que tenié el emperador, vuestro tío. Y desde aquesta ora que es fecha ha privado de la virtud a la suya, y la tiene aquesta apropiada en sí. Y veys aquí otra sortija, que tiene tal propiedad que si, en despertando cada un día dentro de una ora después que recordáredes, la ponéys a par de essa otra en el mismo dedo que ess’otra truxéredes, no podrá el emperador, aunque se mire en el espejo que tiene, conosçer lo que aquel día le oviere de venir.

“Y para que venga a vuestro poder aquel espejo, avéys de sacar al gigante de la Ysla Prieta quando le matáredes la lengua, y llevarla con vos. Y desque seáys salido de aquella ysla, quemáresla en un gran fuego. Y después que fuere del todo desfecha, matarés el fuego, y entre las cenizas se hallará el espejo, el qual en vuestro poder terná muy más entera virtud que agora tiene. Y para que podáys vençer al gigante os concedió Dios la Espada Venturosa, porque con otra ninguna no le puede nadie vencer.

“ Pero avéys de tener aqueste aviso: que nunca jamás le hiráys de punta, porque este gigante tiene tal propiedad que ninguna arma que le dé con la punta queda sin quebrarse. Y para que os conservéys os damos por consejo que nunca fiéys vuestras armas de persona que tengáys en vuestro servicio y compañía, si no fuere Laterio, vuestro amigo y criado, y porque el emperador trae siempre armada guardando la ysla porque no vaya a pelear con el gigante quien a él le ha de vençer, porque sabe, y es assí, que, si dentro d’este año no le vencés y matáys vos o otro, que después él queda seguro y su hijo, y suçessores en el estado.

“Nosotros queremos que de todos estos inconvenientes salgáys, y para esto dezimos que, quando halláredes una caravela semejante a la que ay os truxo, que entréys en ella, y llevaros ha seguro a la Ysla Prieta, porque, de otra manera, no la veríades jamás. Esto y muchas otras cosas passarán por vos, y nosotros ternemos cuydado de mirar por vuestra persona, aunque estemos lexos.

“Reposad agora, que para esta noche basta lo que está dicho y hecho. Y porque no tengáys pena pensando en la manera de como avéys cenado, y en las damas que os han servido, sabed que aquellas mugeres son las doze bozes de vuestra fama. Las seys que hablaron y dixerón lo que por vos avía passado hasta aquel punto y tiempo en que las

oýstes son las cosas passadas; y las que no hablaron son las que han de escrevir y cantar lo que suçediere de aquí adelante en toda vuestra vida; y porque no tenían aún qué dezir en lo venidero, callaron.

Y dicho aquesto todos quatro le saludaron, y el Cavallero de la Rosa a ellos. Y los nigrománticos se salieron de la cámara, y el cavallero quedó solo. Y desde a muy poco espacio vino un paje, y le dio paño y peyne, y lo descalçó, pero no le habló palabra, ni el cavallero a él. Y acostóse en la cama que antes se dixo, y el paje se llevó las velas, y no quedó claridad ninguna en toda la cámara.

Hase de notar que, al tiempo qu'el nigromántico le dio las dos sortijas y le dixo todo lo que es dicho en presencia de los otros tres compañeros, le dixo:

—No nos deys respuesta, que no la queremos esta noche, que es tarde, y ora que no gastéys tiempo en palabras, sino en vuestro sueño.

Y assí se salieron, como es dicho.

CAPITULO L

De lo que al día siguiente el Cavallero de la Rosa hizo, y dónde se halló otro día, y a dónde y cómo se fue desde allí

Bien pensó el Cavallero de la Rosa que avía de amanecer donde se acostava, mas no fue assí. Porque, assí como fue de día y él abrió los ojos, se halló al pie de un muy alto monte, orilla de un río. Y de la otra parte del río veía a bien lexos una población grande. Y hallóse tan confuso y espantado que no sabía qué hazer de sí. Y como era muy sabio, no le faltava sufrimiento para esperar sus pensamientos y guiarlos con cordura, y dezía entre sí:

—Ya aquellos quatro hombres me avisaron y dixeron que eran nigrománticos; y, pues esto me descubrieron, ningún engaño me han fecho, si en lo demás me dixeron verdad. Las sortijas que me dieron yo las tengo en la mano, y éstas no son de sueño, sino de oro, y ningún prescio tienen si valen para lo que me dixeron. Pues, si no es aquesta tierra Secilia, como ellos dezían, a donde desembarqué de aquella caravela, sea la tierra que la Fortuna quisiere; que, confiando que aquí tengo conmigo en la cinta la Espada Venturosa, ¿qué me puede suçeder que yo no lo comporte? Si de aquesto que por mí ha passado y aquellos quatro mágicos me ofrescieron sale y se cumple con verdad, no a ellos, que por ventura de embidia de saber de Crispia y del emperador se movieron, devo yo las principales gracias, ni las doy, sino a aquel sólo Dios poderoso de quien resulta todo el poder y el saber; el qual creo yo que los constriñó y hizo que me industriassen con el mismo arte que el emperador, mi tío, usa para usurpar y transpassar en Balderón mi ligítima suçesión, para que con aquella misma, mediante y principalmente el divino favor del mismo Dios que crió el Cielo y la Tierra, y de quien todas las merçedes

proceden, yo pueda adquirir lo que de derecho me pertenece. Y esto es lo que yo creo más, y en quien más cierta esperanza tengo.

Y hincado de rodillas, puestos los ojos en el cielo, hablava y dezía y ymaginava lo que es dicho. Y después que con mucha devoción hizo a Dios oración, comenzó a andar, paresciéndole que ni por estarse allí ni en yr adelante se aventurava nada. Y guió hazia aquella población que veía. Y tanto le pareció que se apartava quanto más andava, a causa que el camino era muy fragoso; y como eran las primeras leguas que él anduvo a pie, hazíasele de mal.

En fin llegó a una barca donde estaban dos hombres, y preguntóles que qué población era aquella que se veía de la otra parte del río. Y ellos respondieron:

—¿De dónde venís vos, que no lo sabéys?

Y él calló, que no les dio respuesta. Y los varqueros le tornaron a dezir si quería passar, que ellos le passarían; mas que mirasse cómo yva. Y el Cavallero de la Rosa les dixo que por qué lo dezían, y los varqueros le dixerón que pasasse, y adelante se lo dirían. Y luego tornaron a dezirle:

—¿Cómo no sabéys vos que es aquésta Secilia, donde el emperador de Constantinopla, cuya es, tiene mandado que ningún extranjero entre sin que sea preso y se lo lleven a donde está?

E estonces dixo el Cavallero de la Rosa:

—Pues luego a mí no me prenderán, que natural soy de aqueste reyno.

Y los varqueros dixerón:

—Pues passad en buena ora, que no os dirá nadie ninguna cosa si vos soys de la yslla.

Y luego se metió en la barca y pasó de la otra parte. Mas no se ovo apartado del río un tiro de vallesta quando llegaron seys de cavallo y lo prendieron, y lo bolvieron por otro camino, y lo llevaron a la ciudad de Lantería, que agora se llama Meçina, y lo pusieron en la cárcel pública.

Todo esto era a causa que el emperador sabía por su arte que quien le avía de destruyr y quitar el imperio que avía de venir a Secilia aquel año, y por esso tenía mandado que ninguna persona que entrasse en la yslla dexassen sin le embiar luego a Constantinopla, que a la sazón se llamava Bisancio. Y quando prendieron al Cavallero de la Rosa ya avía descabeçado el emperador más de mil hombres que desde aquella yslla le avían embiado presos en aquel año, y a ninguno de quantos le llevavan perdonava con la vida.

CAPITULO LI

Cómo el Cavallero de la Rosa se soltó de la cárcel en Mecina, y del camino que llevó desde allí

Aquella noche qu'el Cavallero de la Rosa fue preso él se vio en mucho trabajo, y muy pensoso estuvo cerca de lo que le convenía hazer. Y como el carcelero lo vido de tan linda disposición y bien hablado, mucha lástima le avía, porque sabía que, en llevándole al emperador, le avía de mandar descabeçar. Y el Cavallero de la Rosa le preguntó que qué era la causa porque le avían prendido, y el carcelero le dixo:

–Sabed que en todo este reyno está mandado que quantos extranjeros entraren este año en aquesta ysla los prendan y los lleven al emperador a Constantinopla, porque dizen que teme que le ha de quitar un cavallero el imperio, y los sabios le han dicho que en este año en que estamos ha de venir a esta ysla y ha de ser preso en ella. Y por eso tiene mandado que a todos los que prendieren por extranjeros se los lleven. Y en llegando allá, sin ninguna remisión los manda descabeçar. Y por cierto, yo he mucha compassión de vos, porque ningún remedio tiene vuestra vida.

Y el Cavallero de la Rosa respondió muy mansamente y dixo:

–Por cierto, el emperador es mal aconsejado, porque bien vedes vos que d'essa manera muchos padecerán sin culpa, y en fin no querrá Dios que esse cavallero de quien se teme vaya a su poder, ni tampoco que él quede sin castigo, que Dios no quiere tanta sinrazón. Y yo espero que, si la vida me ha de costar aver entrado en esta tierra, que no faltará quien mi muerte y las de tantos vengue.

Y con esto el carcelero le echó unos grillos y lo metió en una cámara, a la qual echó por de fuera dos candados muy fuertes; y lo dexó solo, sin ninguna compañía.

Mas, como su buena ventura del cavallero no avía de ser atajada tan presto, siguióse que aquella misma noche él provó a sse desferrar, y diosse tal maña que lo pudo bien hazer. Y desquició las puertas y salió de la cámara do estava preso. Y tomó un cavallo del carcelero, y él y otros presos quebrantaron las otras prisiones y puertas y salieron fuera de la ciudad sin ser sentidos. Y como él se vido en el campo y a cavallo, apartóse de los otros que con él se avían soltado, y anduvo todo lo que pudo corriendo y galopeando. Y la siguiente noche tornó hazia la costa de la mar poco antes que el sol se pusiesse, y vido estar surta en una cala (como puerto pequeño) una caravela, ni más ni menos que la que los nigrománticos le avían dicho, y fue hazia donde estava. De la qual luego partió una barca con diez marineros para tomarle; y entró en ella, y el maestre de la caravela le dixo:

–¿Queréys, señor, que embarquemos el cavallo?

Y él dixo que sí, y assí se hizo luego. Y como en aquello se detovieron algo, aún no era embarcado casi quando llegaron muchos cavalleros y gente de pie que venían tras el Cavallero de la Rosa por lo tornar a prender, y davan bozes a los marineros,

requeriéndoles que tornassen a tierra aquel hombre. Mas el maestre no se curó d'ellos, y dixo al Cavallero de la Rosa:

–Señor, ¿dónde mandáys que os lleve, que yo aquí os estoy esperando desde anoche? Y no queráys saber quién me embía, sino sabed vos mandar lo que quisiéredes, que aquí se cumplirá todo.

Y el Cavallero de la Rosa le dio las gracias y le dixo qu'él le agradecía mucho lo que dezía, y que si sabía la Ysla Prieta que lo llevase a ella. Y el maestre dixo que sí sabía muy bien, y en continente se hizieron a la vela, porque el tiempo era muy al propósito para la navegación que mandava hazer. Y dentro de tres días y medio llegaron a surgir en un puerto de la misma Ysla Prieta. Y allí salió el cavallero en tierra, y dixo al maestre que por amor suyo le prestasse un arnés, y él se lo dio de muy buena gana. Y se armó con él, y no parecía sino que para él se avía fecho. Y ciñóse su Espada Venturosa y dixo:

–Señor maestre, avéysme de atender hasta que yo torne.

Y él le dixo:

–Yo tengo de esperaros seys días; por esso mirad que, si más os detenéys, no puedo esperaros.

Y el Cavallero de la Rosa le dixo:

–Yo tornaré presto, porque en esta ysla está aquel gran gigante que tanto espanto da su fama en el mundo, y yo espero en Dios aver victoria d'él. Y no pasarán los seys días que dezís sin que yo le aya visto, y sabré hasta dónde alcança mi ventura.

Y el maestre de la caravela le dixo:

–Señor, pues vuestros desseos son tan loables, agora vos digo que vos esperaré ocho días, y plega a Dios de daros victoria.

Y luego hizo que le sacassen de la nao el cavallo del carçelero de Mecina, el qual era muy bueno, y cavalgó en él, y fuesse por la ysla adentro a buscar el gigante. Pero ningún día se le passava al cavallero sin exercitar sus anillos y usar d'ellos de la manera que los nigrománticos le avían dicho, porque, si assí no lo hiziera, no fuera possible llegar a tal estado sin mucho peligro y grande estorvo de lo que emprendía.

CAPITULO LII

Cómo el Cavallero de la Rosa se combatió con el gigante de la Ysla Prieta y lo venció y mató; y lo que hizo después que le ovo muerto

Así como el Cavallero de la Rosa se vido armado y a cavallo, se encomendó a Dios y caminó bien tres leguas sin que persona ninguna topasse. Y a cabo de las tres leguas, llegó a una pequeña población en que avría hasta quarenta casas, pero era muy aplazible villaje, y a par d'él passava un hermoso río. Y como entró en el lugar vido algunos hombres, los quales vinieron a él a mucha priessa a le dezir que se desarmasse, y no supiesse el gran gigante que avía ningún extranjero tenido tal atrevimiento, porque en la hora lo haría muchos pedaços. Y el Cavallero de la Rosa, no espantado por aquesto, les dixo:

–Dezidme, ¿dónde está el gigante? Que esse que os espanta es a quien yo vengo a buscar y a castigarle de las muchas crueldades que en muchos ha fecho.

Y como los del lugar le oyeron assí hablar, le dixerón:

–Cavallero, el gran gigante es señor de aquesta ysla; y aunque ay algunos pueblos buenos en ella, él no bive en ninguno de todos ellos, salvo en aquella montaña alta que vos podéys ver desde aquí, y algunas vezes se viene por este lugar a caça. Mas, si vos queréys lidiar con él, compañía avíades menester, y que fuessen más de dos mill cavalleros con vos, para escapar de sus manos. No sabemos qué atrevimiento es el vuestro, que pensáys con vuestra persona resistir a la de quien un grande ejército deve temer.

Mas el Cavallero de la Rosa, assí como le mostraron la montaña, él dio de las espuelas al cavallo sin responder otra cosa. Y una legua de aqueste lugar que es dicho, antes de llegar a la sierra, halló al gigante a par de un río; el qual, como vido al Cavallero de la Rosa, le dixo:

–Cavallero, ¿soys mío o extranjero?

Y el cavallero le dixo:

–Soy extranjero, y no vuestro, y vengo a buscaros.

Y en esse punto el gigante arremetió a un árbol y lo arrincó, y dio con él tan gran gol pe en las ancas del cavallo que se lo derribó muerto en tierra. Y el Cavallero de la Rosa muy presto se levantó, pero bien pudiera el gigante darle otro tal golpe a él, si quisiera; mas no le tuvo en tanto que quisiesse hazer cabo d'él. Y el cavallero se fue a él con su Espada Venturosa en la mano. Y como era muy suelto saltando al un cabo y al otro, andava dando golpes en las ramas del árbol que en las manos traía el gigante; el qual, como veía qu'el cavallero tanto se le defendía, quiso herirlo ya con saña, y cargó con ambas manos para le dar un golpe. Y fue tan grande la fuerça que en éste puso que cayó juntamente con el golpe en tierra. Mas el Cavallero de la Rosa en esse punto fue sobre él, y le dio muchas cuchilladas y muy grandes en la cabeça y pescueço. Y aunque con todas ellas se tornó a levantar, luego cayó sin sentido en tierra por la virtud de la espada. Y, assí como tornó a caer, le cortó la cabeça. Y bien quisiera levarla consigo, mas era tan grande que no la pudo traer.

Pero luego le sacó la lengua, y llegó con ella a la caravela el siguiente día. Y no curó de detenerse en la ysla en cosa ninguna, sino seguir su aventura adelante. Y como llegó a la caravela, se entró dentro, y hizieron a la vela.

Y otro día en la noche llegó al puerto de Galípoli, el qual es en el imperio de Constantinopla, y allí saltó en tierra. Y se despidió del maestro de la caravela, y nunca más lo vido.

Y lo primero qu'el Cavallero de la Rosa hizo fue encender muy gran lumbré y de mucha leña; y, después que fue ardida toda, echó dentro la lengua del gigante, la qual se quemó y hizo cenizas. Y como vido que era ya quemada, entendió en matar aquel fuego, y halló en las cenizas d'él el espejo que los nigrománticos le avían dicho. Y entonces conoció que los nigrománticos le avían dicho verdad en todo. Se tuvo por muy venturoso con el espejo, y luego comenzó de usar la misma virtud porque, en mirándose a él, conoció lo que aquel día le avía de venir.

Y desde ovo fecho aquesto, se fue para una ciudad que cerca de allí estava, que se llamava Trola, a la qual el emperador avía fecho muchas vexaciones y males, porque sabía que desde allí se le avía de hazer la guerra y se avía de principiar su perdición.

Y en aquella ciudad avía un sabio que llamavan Durbal, el qual les avía dicho a los de la ciudad que saliessen otro día seys cavalleros, los más principales, hazia la mar, y que hallarían un cavallero que venía a pie armado, el qual avía de ser caudillo y señor de todo el imperio, y avía de sojuzgar al tirano y crudo emperador Grefol y quitarle de la silla, y avía de matar su hijo, y avía de vengar las injurias de los ciudadanos de Trola y tenerlos en paz y en justicia; y que aquel era el verdadero señor y propietario de aquellos reynos, y que no dexassen de lo honrrar y rescebir por señor, que sin dubda hallarían ser cierto lo que les dezían.

Y luego, en esclareciendo, salieron de la ciudad los seys cavalleros que Durbal el sabio avía dicho, y fueron hazia donde les mandó. Y llevaron consigo un par de cavallos muy singulares para qu'el Cavallero de la Fortuna, que assí le pusieron nombre, tomase el que quisiesse para se venir con ellos. Y aún no avía andado dos leguas quando le toparon, y los cavalleros le dixerón:

—Señor cavallero, a vos somos embiados de parte de la ciudad de Trola, la qual con gran desseo os espera muchos años ha, en especial después que el emperador Grefol la quiere maltratar, y la ha querido del todo dissipar, porque, como es hombre que alcança mucha ciencia, ha hallado por ella, y assí lo han dicho muchos sabios, que desde aquesta ciudad ha de salir poderosamente contra él el Cavallero de la Fortuna, a quien de derecho el imperio pertenesçe; y d'esta causa la ha puesto en mucha perdición. Y cierto sabemos que vos soys el que ha de sanar nuestras molestias y las de todo este imperio, y assí lo ha certificado siempre el sabio Durbal, que oy día vos está esperando, y siempre nos ha dado esperança que presto vos veríamos.

Y, dicho esto, el Cavallero de la Fortuna les dixo:

—Cavalleros, muchas gracias os doy por vuestro ofrescimiento a todos los que en la ciudad de Trolde bivís; y si yo soy a quien esperáys, Dios lo guíe todo como sea más servido. El emperador cercano deudo tiene conmigo, y no consentirá Dios que después de sus días suçada en la silla imperial sino cúa fuere de derecho. Yo no seré en le desposseer en sus días, mas seré en que después d'ellos no quede el imperio enajenado, sino en poder de cuyo es, y de quien os trate como amigos y leales vasallos. Y si con esta condición me quisiéredes rescebir en vuestro pueblo, yo entraré en él, y con otra ninguna no lo haré. Y porque yo he oýdo loar mucho el saber de Durbal, por amor mío que os tornéys a vuestra ciudad y refiráys mi respuesta. Y si d'esta manera me quisiéredes, yo vos ampararé y defenderé del emperador y de todos los del mundo. Y dezid a esse sabio hombre que yo le ruego que él venga con vosotros a darme la respuesta de lo que entendiéredes hazer.

Los cavalleros acordaron de tornar a la ciudad con lo qu'el Cavallero de la Fortuna les avía dicho; y no fueron sino los quatro, y los dos d'ellos se quedaron con él por le tener compañía; el qual, con los dos que quedaron, en una ermita adonde le fue dada la respuesta por Durbal el Sabio, porque él tornó con los quatro cavalleros y le dixo que con las mismas condiciones qu'el Cavallero de la Fortuna quisiesse rescebirlos, que con aquéllas la ciudad se ponía en sus manos; y entrasse en ella, y dispusiesse de las vidas y haciendas de todos los de aquel pueblo como de cosa suya, porque tenían por fe que era divinamente embiado para su remedio. Y acordó el Cavallero de la Fortuna, por consejo de Durbal, de quedarse aquella noche en la ermita, y que otro día entrasse en Trolde y se le hiziesse el rescebimiento que a tal persona convenía.

Y assí se hizo, porque, al tiempo que otro día entró el cavallero en aquella ciudad, salieron sobre dos mill de cavallo y seys mill hombres a pie a punto de guerra, todos a le rescebir con tanta alegría como nunca gente rescibió a príncipe; y aposentáronlo en las casas imperiales, y allí fue muy largamente servido como quien era. Pero, aun en todo esto, no se sabía más de pensar y tener por cierto que éste era el que esperavan para librarse de la tiranía del emperador, y assí lo afirmava Durbal el Sabio, al qual se dava en aquella cibdad y en todo el imperio grandíssimo crédito.

Y dende en quinze o veynte días que por muchas ciudades y villas del imperio se supo lo que la ciudad de Trolde avía hecho, se revelavan todas contra el emperador, y dezían que se determinavan de hazer lo que Trolde hiziesse.

Y luego qu'el emperador Grefol supo esta nueva temió mucho, porque ya avía sabido qu'el gran gigante era muerto, y avía ya perdido el espejo, y su anillo no le dava el aviso que solía, y creyó sin duda que el tiempo se acercava de su caída. Pero, como era muy poderoso y riquíssimo, y amava en estremo al hijo bastardo Balderón, determinó de perderse en el campo como cavallero, y mandó juntar sus gentes para yr a cercar la ciudad de Trolde, donde le dixerón que ya estava con gran poder su adversario, y que era un cavallero que aún no le sabía ninguno el nombre, mas de quanto la gente vulgar le llamava el Cavallero de la Fortuna.

Y en este tiempo que el emperador juntava su exército, también el Cavallero de la Fortuna juntó mucha gente de pie y de cavallo, y acordó de embiar dos embaxadores al emperador. Y lo que le embió a dezir primero lo comunicó con muchos hombres del consejo de Trola, y principalmente con Durbal, porque en mucho amor y privança lo tenía, y a todos les pareció que era bien que assí se hiziesse. Y como por esta embaxada que con los de Trola comunicó vinieron a conoscerle y saber quién era, dieron grandes gracias a Dios, porque les pareció que Dios les avía traýdo su señor verdadero, y que su empresa estava justificada. Y quedaron d'esto muy alegres todos los principales y comunidades que con el Cavallero de la Fortuna avían juntado. Y lo que contenía la embaxada era esto, lo qual le escrevió al emperador, y mandó que los embaxadores le dixessen aquello mismo:

CAPITULO LIII

De la embaxada que el Cavallero de la Fortuna embió al emperador Grefol, su tío, después que fue reçevido por señor en la ciudad de Trola y se alçaron con él otras comunidades del imperio de Constantinopla

"Poderoso señor Grefol, emperador de Constantinopla:

Notorio es a vuestra grandeza qu'el emperador Barbendo, de felicíssima memoria, vuestro padre, por cuya fin y suçession derechamente venistes a poseer la imperial silla de Constantinopla, tuvo otro hijo varón, hermano vuestro, llamado Ponorio, que casó en Albania con la duquesa Clariosa; el qual Ponorio, si os venciere de días, ha de ser señor y verdadero propietario d'este estado que tenéys, y no Balderón, vuestro hijo, por ser, como es, ylegítimo.

Y porque ya vuestra edad está muy vezina a los noventa años, y no acordádo's cuánto cargo de consciencia sería para vuestra ánima dexar en possession de lo que no le pertenesce a Balderón, y contra la verdadera y legítima suçession de vuestra sangre procuráys en vuestros días apropiarle y aposissionarle este imperio, yo, don Claribalte, hijo y primogénito erederero del mismo Ponorio, vuestro hermano, y nieto legítimo del claríssimo y de santa memoria emperador Barbendo, y sobrino vuestro, vos digo que, doliéndome de los trabajos que estos leales vasallos del imperio por culpa vuestra passan, queriéndolos enojar y maltratar de muchas maneras y enajenarlos contra justicia en el dicho Balderón, desseando que vuestra mala intención no aya efeto en tan abominable hecho como sería quedar esta imperial casa enajenada y fuera de su verdadero señor, y por mi propio interesse, vengo a suplicaros que a esse vuestro no legítimo hijo le dedes hacienda que le baste y él merezca, y la principal silla después de vuestros días quede y ordenéys desde agora para Ponorio, cúa es; y después de sus días para mí, en quien derechamente suçeder puede. Y si assí queréys permitirlo, pues toda razón y derecho esto quiere, yo os seré obidiente servidor y sobrino, si, juntamente con esto, diéredes orden cómo vuestros súbditos y naturales sean mejor tratados que hasta aquí, pues solamente Dios vos los dio para que seáys usufrutuario, y no destirpador para los venideros.

Y si otra cosa quisiéredes hazer, desde agora os apercibo que no cesaré de hazeros muy cruda guerra hasta tanto que la necesidad os apremie a conceder por fuerça lo que de grado os pido, pues es lo que vos mismo devríades querer. Y entre vos y mi derecho, pongo a Dios por testigo, y a quantos cavalleros y nobles personas han visto esto, que os escrivo con estos embaxadores míos, que no van a más de apercebiros que se ha de cumplir lo que he dicho, y a notificaros todo esto. De lo qual se principia, y en vuestra mano está, la paz o la guerra, con las condiciones dichas."

CAPITULO LIIII

De la re s puesta que el emperador dio a la embaxada del Cavallero de la Fortuna

Así como llegaron los embaxadores del Cavallero de la Fortuna a la corte del emperador, fueron muy bien rescebidos y aposentados, y el siguiente día que el emperador quiso oír su embaxada dixeron que mandasse llegar los altos hombres de su imperio, y que dirían a lo que venían. Y luego el emperador los mandó llamar, y estovieron ocho días esperando que se juntassen. En el qual término vinieron los más principales, y ya también avía en la corte muchos d'ellos. Y el emperador oyó con sus grandes y pontífices y sacerdotes la embaxada en la qual se contenía lo mismo qu'el Cavallero de la Fortuna le escrivía. Y el emperador les dixo que él consultaría aquel negocio con los altos hombres de sus reynos y prelados, y con los del su consejo, y muy brevemente les respondería.

Y assí como este día passó, luego el otro adelante se platicó entre el emperador y los grandes del imperio y perlados y personas de su consejo lo que se devía responder a la embaxada. Y allí ovo muchas opiniones, porque algunos dezían que lo qu'el Cavallero de la Fortuna dezía era justicia en todo lo que pedía, y otros, vencidos de pasión o por contentar al emperador, dezían lo contrario, y que era bien que el emperador saliesse en campo, y que en sus días no parecía bien que ninguno se pusiesse en limitarle.

Y casi los más fueron d'este acuerdo, pero algunos ovo que mucho porfiaron otra cosa, y dezían que era muy mejor que el emperador quisiesse paz y se quitasse de contención, pues aquél era su sobrino, y él y su padre los derechos subçessores del imperio; y que, avida entr'ellos paz, el emperador podría dexar gran señor y muy bien eredado a Balderón, su hijo. Y en esto se afirmaron mucho el rey de Egipto y el de Candía, que eran vassallos del emperador y se hallaron a la sazón en la corte.

Y con esto cessó el consejo por aquel día hasta el siguiente, que se determinó la respuesta que se les devía dar a los embaxadores. Y luego hizo prender al rey de Egipto y al de Candía y, visto esto, algunos que tenían pensado de allegarse al parescer de los reyes mudaron de propósito, y algunos no curaron de yr al consejo, pues vían claro que el emperador no quería que se le dicesse lo cierto. Y assí como en el consejo se determinó aquella respuesta, más al propósito de la voluntad y appetite del emperador que no de justicia, embió por los embaxadores. Y el emperador les dio una carta en respuesta de la que le dieron, ordenada por él y por los que siguieron lo que él quería, y les dixo:

–En esta carta va respondida vuestra embaxada, y no tenéys otra cosa que hazer aquí, mas departiros luego, y no estar una ora más en mi corte. Y dezilde a esse, vuestro señor, que el mejor consejo que él podría escojer será salir luego del imperio por no causar tanto mal y castigo sobre su persona y las de quantos traydores con él se juntaren.

Los embaxadores dixeron:

–Señor, ni Dios ni el mundo ternán por traydores los que siguieren al Cavallero de la Fortuna, ni lo pueden ser, pues lo que nosotros en su nombre os pedimos no es para quitaros a vos ninguna cosa, pero es para que no enajenéys el patrimonio de los legítimos subçessores del imperio.

Y, dicho esto, bolvieron las espaldas y fuéronse delante del emperador. Y en la misma ora cavalgaron y se fueron al Cavallero de la Fortuna, al qual hallaron en la ciudad de Trolda con infinita gente que se le avía ya allegado, y tan buena de pie y de cavallo que él estava bien puxante para poder dar la batalla al emperador, su tío. Y como estos dos cavalleros, sus embaxadores, llegaron, le respondieron lo que el emperador dezía, y le dieron la carta que les dio; la qual el cavallero leyó, en dándosela, en presencia de muchos cavalleros. Y dezía assí:

CAPITULO LV

*De lo que contenía la carta qu'el emperador embió al Cavallero de la Fortuna, en re s
puesta de la qual le escribió*

"Cavallero de alta sangre, si soys el que en vuestra carta dezís (lo qual yo no creo, porque oviera en vos tanto comedimiento que lo que agora me escrevistes de vuestra persona a la mía se comunicara sin poner el fuego y escándalo que avéys puesto en el imperio); mas, como los más potentes desde que el mundo es mundo nunca estovieron sin molestias ni les faltaron trabajos, digo que doy gracias a Dios porque antes de mi fin aya suçedido vuestra locura, si después d'él avía de ser esto, porque de mi mano y con la justicia que tengo para castigaros seáys punido vos y los que vuestro mal acuerdo siguieren.

Barbendo, de gloriosa recordación, mi padre, me dexó por su hijo y universal erederoy y suçessor en este imperio, y es verdad que mi hermano fue Ponorio, y hijo suyo. Pero ya le dexó eredado y apartado de la suçesión imperial; y caso qu'él fue legítimo, vos no soys su hijo ni suçessor; y, ya que lo fuéssedes, vuestro padre avía de pedirme lo que vos sin razón me pedís. Balderón, mi hijo, es muy digno de suçeder en el imperio, assí porque Dios le hizo mi hijo como porque le dio persona digna de grandes estados. Y si mi edad está vezina a los noventa años, como dezís, más vezina está la vuestra al fin de vuestros días. Con muy justo título y conciencia puedo yo dexar el imperio a mi hijo, y los otros reynos que yo en él he acresçentado.

Y en lo que os doléys de los trabajos y vexaciones que dezís que he dado a mis vassallos, todos los que aquesso dizen no cuentan verdad, y serán de los que han seydo castigados de mi justicia por sus méritos. Y el propio interesse vuestro, que también dezís que os mueve a embiarme a dezir tan vanas palabras, se convertirá en propio daño vuestro y en exemplo a los venideros. La hazienda que dezís le dé a mi hijo que le baste y él merezca, esso es todo lo que yo tengo con el restante de toda Grecia, que Dios le dará y dexará adquerir por el justo título que tiene.

Las condiciones con que me ofrescéys vuestra obidiencia yo las desecho, y tengo por lo que ellas son, y mis vassallos serán tenidos en justicia como hasta aquí, y los que merescieren castigo le avrán. Y la guerra que me significáys no avréys menester de passar de Trola, porque dentro de veynte días primeros dentro en ella seréys castigado de vuestro atrevimiento. Y sea Dios el testigo de vuestros escándalos, y no dé lugar a que cosa tan injusta como pedís passe adelante."

CAPITULO LVI

De lo qu'el Cavallero de la Fortuna dixo a los cavalleros que presentes eran quando leyó la carta del emperador, y de lo que sobre ello se hizo

Así como es dicho, en rescibiendo el Cavallero de la Fortuna la carta del emperador, la abrió y leyó públicamente en presencia de muchos cavalleros y señores que allí havía. Y los embaxadores le dixeron cómo el emperador havia echado presos al rey de Egipto y al de Candía, porque le aconsejaban la verdad, pensando que eran adherentes contra él; y que también avía prendido a otros cavalleros que se conformaron en el parescer con los reyes. Y el cavallero dixo entonces:

—Señores, parésceme que las palabras y mensajes que entre mí y el emperador avía de aver que ya son passados, y que de aquí adelante no conviene sino obras; y que la virtud de vosotros con mi derecho le muestre quán mal aconsejado ha sido, y quán bien lo fuera en hazer lo que yo le escreví y supliqué, y lo que el rey de Egipto y el de Candía le aconsejaban; y que es razón que todos tengamos especial cuydado de la libertad de aquellos dos reyes, pues padeçen sin culpa y a nuestra causa por dezir verdad. De aquí adelante lo que yo entiendo hazer, pues a Nuestro Señor ha plazido de darme tan honrrada compañía para seguir esta empresa, será ordenar los capitanes y oficiales de la hueste, y poner en obra nuestro camino. Y porqu'el emperador es viejo y su bastardo hijo atrevido, no le hagamos trabajar en que venga a buscarnos como escreve, mas démosle a conocer que aquesta ciudad y los que somos amenazados d'él le vamos a buscar y reçebir con las armas en la mano, porque de acometer a esperar gran diferencia ay. Y cada uno de vosotros haga copia del número de la gente que tenéys de pie y de cavallo, y quáles son espingarderos, y quáles vallesteros, y qué género de gente ay en todos de pie y de cavallo. Y assí ordénese todo mediante Dios como conviene para que adquiramos la vitoria, pues tenemos la justicia de nuestra parte.

CAPITULO LVII

De cómo el Cavallero de la Fortuna ordenó los capitanes y oficiales de la hueste y fue con su ejército contra el emperador, y se dio la batalla en la qual fue vencido y preso el emperador, y en ella fue muerto su hijo Balderón. Y de lo que sucedió después d'este vencimiento

Muy bien pareció a todos los cavalleros y señores de la ciudad de Trolde y a los valedores que se avían allegado lo qu'el Cavallero de la Fortuna habló y mandó, y luego pusieron en obra de hazer alarde cada uno de su gente. Y halláronse dos mill y quinientos hombres d'armas y siete mill cavallos ligeros y doze mill hombres a pie; espingarderos, los dos mill, y otros dos mill vallesteros, y los ocho mill lançeros y de diferentes armas ofensivas. Demás d'esto, muy buena artillería y muy mejor voluntad en toda aquesta gente para seguir al Cavallero de la Fortuna. El qual, como vido tan hermosa y dispuesta gente para lo que enprendía, muy gozoso les dixo:

–Señores, pues ya sabemos los que somos, y quán diestra y dispuesta gente toda la que tenemos, hágo's saber que en todo el mundo es costumbre jurar a los capitanes, y que ellos juren la empresa y buen tratamiento del ejército, para que los caudillos y los acaudillados tengan cuydado y diligencia para hazer lo que son obligados. Pero yo no quiero otro juramento de vosotros sino conosçer vuestras voluntades; porque, si jurásedes, sería tener en duda vuestra lealtad y virtud, y otro juramento no se ha de hazer. Mas yo quiero jurar y hazer lo que veréys.

E luego tomó la mano a Risponde, cavallero de los más principales de aquella ciudad, y dixo assí:

–En manos d'este cavallero os prometo y juro a Dios que yo soy el que escreví al emperador, como vistes, y soy su sobrino, hijo de Ponorio, su hermano, y que mi fin no es sino escusar que la subçesión del imperio no se quite a los herederos legítimos y se ponga en el bastardo; y de nunca hazer partido ni pazes con el emperador sin vuestro consejo y voluntad. E, pues me avéys dado la copia y cuenta de la gente que tenemos, digo que desde agora hago mi capitán general a Risponde.

Y assí nombró todos los otros capitanes inferiores, y hízolos de los más aprovados y principales, y mandó apercebir la partida para dentro de cinco días, los primeros.

E assí la puso por obra, con el más luzido ejército que jamás pudo ser visto, según el número, y guió su camino derecho hazia Constantinopla. Y todo quanto anduvo y pasó, todo lo sojuzgó, y se le dio sin lançada ni contradición.

Y como el emperador, desde la ora que despidió los embaxadores, entendió en juntar sus gentes y salir luego muy poderosamente contra el Cavallero de la Fortuna, no passaron veynte y cinco días de intervalo en verse los unos a los otros. Pero doblado era el número

de la gente del emperador, aunque no tal; y vinieron en un día a sentar sus reales media legua el uno del otro, teniendo entremedias de ambos exércitos un pequeño río que se podía bien vadear. Y como se vieron los unos y los otros, y la noche les escusó de no pelear aquel día, cada qual d'estos dos reales y gentes se puso y assentó como le pareció que podía estar más seguro de sus contrarios, e con sus guardas y espías como buenos guerreros.

Pero como el Cavallero de la Fortuna no veía la ora que llegar a las manos, no quiso esperar a que la gente del emperador pasasse el río, y acordó de les dar la batalla de la otra parte, e de dar en ellos entre las dos luzes del siguiente día. Y assí lo hizo, y puso en la avanguardia a Risponde, su capitán general, con seyscientos hombres d'armas y dos mill cavallos ligeros. Y el Cavallero de la Fortuna fue en la segunda batalla con mil hombres de armas y tres mill cavallos ligeros. Y toda la otra gente restante de cavallo puso en la retroguarda, de la qual hizo capitán a Litardo, hombre de la sangre imperial y muy buen cavallero. Y partió en dos batallas toda la gente de pie, en medio de las quales llevavan toda el artillería con mucho concierto y como gente de guerra.

Y assí como ovo passado el río, comenzó de ferir por tres partes en la gente y real del emperador y, como dieron a desora en ellos, pusiéronlos en huýda y mataron muchos d'ellos. Pero como la gente del emperador era doblada que la otra, y él muy buen cavallero en las armas, tuvo saber y maña para recoger su gente, y movió con mucha furia contra los contrarios en dos batallas, la una en que yva el emperador y la otra en que yva Balderón, su fijo, el qual era hombre de fecho. Y tanta priesa dieron en la gente del Cavallero de la Fortuna que la hizieron por fuerça retraer, y recogiéndose en buen son yvan assí ordenados que pudieron jugar con el artillería y hazer gran daño en los contrarios. Y en esse punto tornaron a rebolver sobre ellos y los pusieron en rota, y los desbarataron con mucho daño de la gente del emperador, y con gran victoria de los otros.

Y allí fue preso el mismo emperador, y su fijo Balderón fue muerto de mano del Cavallero de la Fortuna; porque Balderón le andava llamando por el campo a bozes, diziendo:

—¡Venga el tirano a mí, venga el tirano a mí!

Y el cavallero encontró con él, y se combatieron de cuerpo a cuerpo, y le mató con aquella Espada Venturosa, a la qual ningunas armas defensivas podían hazer resistencia.

Y duró el alcançe cinco leguas hasta un castillo muy fuerte que se dezía Torre Hermosa. Mas, porque se sepa de cuánto prescio y triumpho fue aquesta victoria, dize el cronista Listario que passaron de veynte y cinco mill hombres los que murieron de la gente del emperador, y fueron presos más de quinze mill. E de la gente del Cavallero de la Fortuna no murieron dos mill.

Essa noche y todo lo restante de aquel día estovieron los vencedores en el campo. E, como quedó por ellos, acordó el Cavallero de la Fortuna de se yr derecho a Constantinopla y seguir al emperador, porque aún no sabía que estava preso, ni que su

hijo era aquél que él avía muerto como es dicho. Y mandó que todos los prisioneros que avía vivos los traxessen luego delante d'él para los mandar curar y hazer llevar a Trolda. E entre los otros vino el emperador, assaz mal parado y viejo, y con una herida pequeña en el rostro. Y el que lo tenía por su prisionero no lo conocía, ni el emperador avía querido darse a conocer. Y como fue preso y el que lo tomó lo halló caído, y le vido tan bien (35) aderesçada su persona y con tan luzidas armas, por mucho que le interrogó no le dixo sino que era un gentil hombre de casa del emperador. E assí como lo truxeron delante del Cavallero de la Fortuna luego le conocieron muchos, y dixerón:

–Por cierto, señor, el emperador es aquéste, y mayor ha sido vuestra vitoria de lo que pensávades.

Y assí como el Cavallero de la Fortuna se certificó d'ello, se apeó en tierra y hincó la rodilla, y le pidió la mano. Y el emperador dixo que no era razón que hombre vencido diesse la mano al vencedor; pero que, porque tenía en más la vida de su hijo Balderón que la propia, le rogava que, si era preso, lo mandasse traer allí. Y como todos los presos eran presentes y no se halló, pensó luego que devía ser muerto. Y por esto creyó el Cavallero de la Fortuna que él le avía muerto, y que devía ser aquél que en la batalla le llamava tirano. Y assí fue ello y, como el emperador vido que no parecía, començó a llorar fuertemente y dixo:

–Agora, don Félix, es cumplido lo que desseáys, y mis días. E pues la Fortuna tanto os ha querido y a mí me fue tan contraria, no me queda por qué darle gracias, pues me dexó vivo para que en mi vejez me viesse sin libertad y preso, y mi hijo muerto; grande es vuestro triunfo y grande mi desventura; grande vuestra victoria, grande y no menor mi desdicha.

Mas assí como el emperador esto dezía, el Cavallero de la Fortuna le consolava mucho, y le dixo que sin libertad él no se podía llamar, porque nunca él dexaría de le servir y honrrar como a señor y verdadero padre, ni le escusaría de tener y poseer su imperio si él quisiesse que en ello oviesse el concierto y forma que fuesse razón. Y mandó luego que con diligencia se buscasse el cuerpo de Balderón, el qual se halló entre los muertos.

Con muchas lágrimas del emperador y con devidas obsequias se celebró su fin, y lo llevaron a enterrar en una villa nombrada Frémola, que estava tres leguas de donde fue la batalla, en la qual fueron trasladados todos los cuerpos que murieron en aquella jornada. E esto se hizo el siguiente día después de la difinición de las armas.

Y luego, el otro adelante, el Cavallero de la Fortuna se fue para Constantinopla, y llevó consigo al emperador, muy triste y aflegido con la muerte de su hijo Balderón, más que de todo el revés de su fortuna. Mas el cavallero don Félix, como no era crudo ni desconocía su sangre, procuró de contentar al emperador en todo lo que pudiesse, y lo llevó con el acatamiento que a su persona se devía, muy más enteramente que si fuera propio hijo. Pero como se supo la presión del emperador todo se le hizo llano, y de unas partes y de otras venían a le dar la obediencia. Y el Cavallero de la Fortuna los resebía a todos con mucha voluntad y amor.

Y desde a siete días llegó en Constantinopla, en la qual lo rescibieron por amor. Mas lo primero que hizo el mismo día que en la ciudad entró fue yr a ver al rey de Candía y al rey de Egipto a la presión donde aún estaban, y los sacó de la cárçel, y los puso en libertad. Los quales y todo aquel imperio davan gracias a Dios porque tal señor les avía dado, y tan noble y tan valeroso cavallero, y tan dino de ser señor del imperio y del restante del mundo.

Mas assí como se ovo apoderado del imperio, en lo qual no passaron tres meses ni más tiempo de lo que tardavan sus mensajeros y letras, mandó juntar a todos los principales señores d'él y a los procuradores de las comunidades y a los reyes que le eran subjectos, assí como los sobredichos de Egipto y Candía, que sacó de la presión, como el de Chipre y el de la Morea, y el de Salónique, y el rey de Dardania, y otros muchos reyes y señores subjectos al emperador; los quales dentro de los tres meses dichos se allegaron.

Y hizo cortes con ellos en la misma ciudad de Constantinopla.

CAPITULO LVIII

De las cortes que en Constantinopla se hizieron y de cómo fue jurado por suçessor del imperio para después de los días del emperador el Cavallero de la Fortuna, y por universal y propietario eredere del imperio

En este tiempo que los cavalleros y reyes y príncipes y otros señores y gentes que fueron llamados para las cortes se juntavan, nunca el Cavallero de la Fortuna dexó de servir y contentar mucho al emperador Grefol, su tío; y era tan buena su gracia y tan aplazible su conversación que ya el emperador le yva queriendo bien, así porque él era dino de ser querido como porque no podía hazer otra cosa, y porque en lo passado ningún remedio avía.

Complido el plazo a que eran llamados los del imperio para las cortes se començaron, las quales duraron veynte días, y en ellos se concluyeron todas las cosas que eran convinientes para el buen gobierno y pacificación de aquel estado.

En el primero le juraron todos por eredere y señor natural, y se intituló universal heredero legítimo único, para que después de los días de Grefol y de Ponorio, padre del Cavallero de la Fortuna, fuesse emperador. Esto se hizo de común consentimiento y entera voluntad de todo el imperio.

En el siguiente día instituyó y ordenó la gente de armas que de pie y de cavallo avía de aver continuamente para conservación del estado, y nombró los capitanes, y dexó por capitán general a Risponde.

En el terçero día confirmó algunos alcaydes y puso otros, y todos le hizieron omenaje de todas las fuerças del imperio.

En el quarto día ordenó el consejo y disputó veynte y quatro personas notables en él y de grandes letras y autoridad, entre los quales avía ocho cavalleros y quatro perlados sacerdotes y doze letrados, y hizo presidente al rey de Egipto.

En el quinto día ordenó la armada de la mar y hizo almirante a Litardo, el qual era muy buen cavallero y de la casa y sangre imperial, y se avía muy bien señalado el día de la batalla. Y declaró el número de las naves y galeas y fustas que ordinariamente havía de aver para guarda de las costas del imperio.

En el sexto día mandó restituыр todo lo que injustamente su tío avía quitado a muchos, y que aquello se viesse brevemente por justicia.

En el séptimo día ordenó la casa y servicio que havía de quedar al emperador, lo qual se hizo tan largamente como él lo quiso pedir, y mandó que le acudiesen con todos los frutos y rentas del imperio sin le menguar ninguna cosa, y assí le obedesciessen y serviessen como antes, salvo que en las fortalezas no se ocupasse, ni en las cosas de la justicia y gente de armas, ni en la governación, sino con parescer del consejo de los que para él quedavan señalados.

E en el otavo día armó muchos cavalleros y dio y hizo grandes merçedes a muchos, y dotó muchos monesterios, y casó muchas donzellas pobres, y hizo soltar todos los que en la batalla fueron presos.

En los otros días proveyó muchas cosas nescessarias a la buena governación, fasta ser complidos los dichos veynte días de las cortes, los quales passados se despidió de todos los del imperio y les dixo que le convenía yr en poniente, y que con la ayuda de nuestro Señor él vernía muy presto. Y consolólos a todos de su partida, dándoles presta esperança para su tornada con muy dulces y amorosas palabras. Y mandó aparejar ocho naves y diez galeras para su camino, porque no quiso llevar más; y hecho todo aquesto según es dicho, todos los del imperio quedaron muy alegres por la merçed que Dios les avía fecho con tan acabado señor.

Y cada uno de aquellos señores y reyes y procuradores de las comunidades del imperio se tornaron a sus tierras, loando la bondad y justicia y liberalidad del Cavallero de la Fortuna. E el emperador, su tío, le amava ya de coraçón y atribuía a sus propias culpas lo passado, y creía que Dios le avía querido castigar en esta vida por le dar gloria en la otra, y no entendía en otra cosa sino en aquello que tocava a su conciencia y ánima. Y mucho le pesó de la partida del Cavallero de la Fortuna, su sobrino.

CAPITULO LIX

De la armada qu'el Cavallero de la Fortuna mandó hazer, y cómo se partió de Constantinopla, y de lo que en su camino se le siguió

Ya que todas estas buenas venturas le avían venido al Cavallero de la Fortuna, quiso tornar en Inglaterra y ser él el mismo mensajero y alegrar a sus suegros y esposa con su presencia y triumphos. Y después que se despidió del emperador Grefol, su tío, y de los principales del imperio, según se dixo en el capítulo de suso, se embarcó en aquellas naves y galleras que atrás se dixo con los cavalleros y personas que él quiso levar consigo; y señaladamente llevó al almirante Litardo, porque mucho le amava por su persona y esfuerço y dulce conversación.

Y no dexó poca tristeza su partida en todo el imperio, porque casi era adorado. Y tomó su viaje endereçado por sabios y diestros pilotos a la puerta y angostura del gran mar Océano, que agora se llama estrecho de Gibraltar, porque por allí avía forçado de salir para yr por mar hasta Inglaterra, aunque hasta cerca d'ella bien podía acortar camino por tierra.

Y después que ovo salido de entre la muchedumbre de las yslas del arcipiélago y entrado en el mar Mediterráneo, al tiempo que salió en la grande mar Océana sobrevino tan grande viento septentrional y con tan tempestuosas y altas ondas y tormenta que desparzió los unos navíos de los otros, y algunos corrieron a la parte de África, y con mucha fatiga cobraron puertas. Y algunas galeas se perdieron y otras nunca jamás parecieron.

Y la nao en qu'el Cavallero de la Fortuna yva, como se halló más metida en la mar, fuéle forçado correr hazia la parte austral del mediodía. Y aportó en una de las yslas perdidas que agora llaman de Cabo Verde, y tomó puerto en la Ysla del Fuego. Y quando allí pararon, ya la nave ni llevaba gavia ni árbol ni cosa sana, y fazía mucha agua por baxo. Avía que era partido de Constantinopla quando llegó a este puerto quarenta días. Y como se vido surgido y a salvamiento hizo sacar el batel, y el Cavallero de la Fortuna y todos los que con él yvan salieron en tierra. Y estonces la ysla no era poblada, y no hallaron qué comer sino yervas y agua, y no tanto d'estas como quisieran. Y del trabajo de la mar muchos o la mayor parte murieron dende en pocos días a causa del mal reparo que en la ysla hallaron, y no sabían a qué partido venir ni qué consejo seguir. Y en esta tierra estovieron cerca de tres meses haziendo penitencia los que quedaron bivos con el Cavallero de la Fortuna, el qual, como era de gran coraçón y nascido para grandes cosas, acordó de hazer reparar el navío lo mejor que pudo antes que la gente se le acabasse, y parecióle que sería muy mejor tornar a la mar y procurar de yr a morir entre gentes que no de estarse perdido y solo en aquella ysla.

Y como tuvieron la nao para poder navegar se tornó a embarcar en ella. Y desde a dos días que era a la vela toparon con él dos naves de cosarios, y vinieron a la nao y pelearon con ella; y en fin, por fuerça la tomaron, puesto qu'el Cavallero de la Fortuna y los que con él estavan se defendieron todo lo possible, pero como el número de los enemigos era mucho más y muy grande el artillería que traían, y la nao en que el Cavallero de la Fortuna estava venía muy mal aderesçada a causa de las fortunas y tormentas que avía passado, no se pudo escusar de ser preso con hasta cinco cavalleros que de la batalla naval avían quedado, y no más, y él y ellos muy heridos. Y los cosarios repartieron entre

sí el despojo, y al uno d'ellos cupo por prisionero el Cavallero de la Fortuna y el uno de los suyos, y el otro cosario tomó los otros tres.

Y siguieron su camino adelante estos ladrones sin saber la honrrada persona que llevaban. Y andovieron por la mar algunos días, en los quales se murió el que había quedado al Cavallero de la Fortuna por compañía, y mucho dolor sintió de verse tan solo. Y como no era hombre de la mar estava muy lastimado de su dicha y fortuna. Pero él tuvo forma como nunca en este tiempo ni en todas estas tribulaciones perdió las dos sortijas o anillos que los nigrománticos le dieron, ni las otras dos que la princesa, su esposa, le dió; ni la Espada Venturosa, porque la traía siempre mal guarnescida, y no tan limpia y bien tractada como ella lo merecía; ni tampoco perdió el espejo.

Y a cabo de cincuenta días después de aver andado estos cosarios discurriendo por una parte y otra, aportaron con sus dos navíos en el cabo del ocidente, que es el que agora se llama de Finisterre, en España. Y como el cavallero servía muy bien a su capitán y avía dado a entender a todos los otros de las dos naves que él no era el principal de aquella nave en que avía seydo preso y que su capitán avía seydo muerto en la batalla de la mar, creyéronlo, y no le tenían en la estima que le tovieran si supieran lo cierto. Él agradava a todos y era muy diligente a los complazer, y fiávanse d'él como de los otros marineros.

Y un día salió con ciertos compañeros de la nao en un batel por agua con su espada en la mano y con otras cosas que es dicho que él tenía en mucho presçio, las quales traía consigo en parte que vérselas no podían. Y como fue en tierra se apartó en manera de querer proveerse de lo que los hombres no pueden escusar, por un trecho de la costa y de donde los compañeros del navío estavan. Y como era muy suelto púsosse en huýda, y ninguno de los marineros que contra él fueron no le pudo alcançar, ni ossaron seguirle mucho porque, como era de nao de cosarios, temieron de entrar mucho la tierra adentro tras él.

Y el cavallero se fue al primero lugar que halló, y allí le dieron de comer y se reparó, y estuvo tres días. Y preguntó si avría en algún puerto cerca de allí algunos navíos que fuesen en Inglaterra. Y supo que en un puerto que se llamava La Curna, que es el que agora se llama La Coruña, hallaría siempre navíos que yvan a la ysla de Inglaterra y a la de Yrlanda, y para aquellas partes. Y fue derechamente a aquel puerto, en el qual halló dos naos muy buenas que yvan a Londres, y entróse en la una d'ellas por passajero. Y dende en siete días que navegavan se desembarcó en la ysla Duyç, que es en la costa de Inglaterra, y de allí passó a la grande ysla, y entró en un pueblo que se llamava Tona, que agora llaman Antona. Y desde se vido en aquel reyno túvose por muy dichoso y contento, y dava muchas gracias a Dios.

CAPITULO LX

De lo que hizo el almirante Litardo y los que escaparon en las otras naves de la flota o compañía del Cavallero de la Fortuna

De todos los navíos que salieron de Constantinopla con el Cavallero de la Fortuna solos quatro se salvaron, porque todos los otros o fueron perdidos en la mar o presos donde aportaron; y toda la más de la gente se perdió, aunque algunos, a cabo de largos trabajos, dende algunos años bolvieron a sus tierras. Pero el navío que llevaba el almirante y otros tres corrieron a las yslas de los Canes y tomaron puerto en la mayor d'ellas, que es la que llamamos Gran Canaria, y allí hallaron mejor reparo que el Cavallero de la Fortuna en la Ysla del Fuego. Y allí descansaron casi dos meses por reparar los navíos y la gente. Y como vieron tiempo tornaron a la mar, y acordaron que los dos navíos bolviessen en Constantinopla a saber si el Cavallero de la Fortuna avía allí tornado. Y el almirante con los otros dos fue a Inglaterra por saber si avía hecho aquel camino, porqu'él le avía dicho al almirante, y no a otra persona, que yva a Inglaterra por ver la princesa, que le dezían que era la más hermosa y acabava muger del mundo, mas no le avía dicho que era su esposa. Y como quier que todos quatro navíos según a donde determinaron de yr pusieron toda diligencia en su camino y dar fin a su propósito, como las cosas de la mar son inciertas, bien tardaron los que fueron a Levante más tiempo de lo que pensaron en llegar a Constantinopla. Y no hallaron ninguna nueva de su señor, y dieron causa estas dos naves de mucho dolor y llanto en todo el imperio con las nuevas que del Cavallero de la Fortuna llevaron, hasta que dende a mucho tiempo supieron que era bivo, como en su lugar se dirá.

Las otras dos naves, en que el almirante yva, no tardaron menos en llegar a Inglaterra, a causa de muchos reveses y contrariedades de los tiempos; mas al cabo aportaron en la costa de aquella ysla debaxo de Dobra, donde dizen las dunas. Y allí surgieron, y el almirante se fue con tres cavalleros a Londres, donde algunos días estuvieron buscando y pesquisando si podrían saber nuevas del Cavallero de la Fortuna; y aún en todo este tiempo él no era venido a la ysla, como la hystoria dirá.

CAPITULO LXI

Cómo tornó Laterio al reyno de Inglaterra, y de las nuevas que dieron ciertos mercaderes de los grandes fechos qu'el Cavallero de la Fortuna avía hecho en la conquista del imperio de Constantinopla; y de cómo dixeron que después se avía ydo por la mar con cierta armada

La historia dexa agora de hablar en el Cavallero de la Fortuna y en el almirante Litardo para tornar en su lugar a ello. Y dize que, después que don Félix se partió de Albania tan secreto y calladamente como se ha recontado, todos aquellos cavalleros que avían ydo a los torneos, o que avían escapado d'ellos se tornaron a sus tierras assí como passaron las fiestas y bodas del príncipe de Escocia y del príncipe Alberín. Y el Cavallero Bravo de Yrlanda se tornó a Inglaterra, y los otros cavalleros ingleses. Y el rey y la reyna de Inglaterra y el gran sacerdote nunca hazían sino preguntar a todos por el Cavallero de la Rosa, y ellos dezían miraglos de los hechos hazañosos que avía fecho en Albania, y de los prescios y thesoros que avía ganado, y de quán largamente los avía repartido. Y ninguno de quantos le loavan llevaba carta ninguna d'él, y la princesa hazía muchas

pesquisas y diligencias por muchas vías por saber del cavallero, porque públicamente no ossava. Y sin duda estava para desesperar, porque demasiadamente le amava, y demás d'esto su preñez cada día yva adelante, y temía verse en mucha vergüença, porque en aquel tiempo assí era tenida por mala una muger que se empreñava antes de ser velada, como si hiziera trayción a su marido, y mucho más en aquella tierra que en parte del mundo.

Mas assí como fue partido el Cavallero de la Rosa de Albania, luego tuvo Laterio mucha memoria; y quando el prior le vido sano dióle las cartas que el Cavallero de la Rosa le dexó. Y como ovo leydo la que a él le escribió, sintió la ausencia de su señor más que oviera sentido la muerte. Mas como era cavallero muy sabio con su cordura mitigó su pena, y puso en obra lo que su señor le mandava, que era yr a Inglaterra con la carta que dexó escrita para la princesa, y a dezirle lo que avía passado después que de Londres partieron, y todo lo que más le mandava dezir por su carta.

Y como la diligencia de los buenos servidores acorta el camino, pocos días tardó en él, aunque es largo. Mas a la sazón que llegó fue muy bien recebido de la princesa, y del rey y la reyna y del gran sacerdote, que mucha pena tenían todos por saber del Cavallero de la Rosa, y ningún ora passava sin recontarles los grandes fechos que por don Félix avían passado hasta que partió de Albania. Pero quando vino a dezir que no sabía dónde era ydo y mostró su carta que le dexó escrita, en mucha pena y trabajo los puso certificarse que Laterio no sabía d'él, y más a la princesa que a nadie, como era razón.

Muchos días y algunos meses passaron después que Laterio llegó sin saberse cosa ninguna del Cavallero de la Rosa, y estando esperando en Dios y haziéndose por el rey y la reyna y la princesa muchas oraciones y sacrificios. Por esta causa aportaron ciertas naves en aquel reyno, las quales venían de Levante. Y éstas dixeron cómo un cavallero aventurero avía avido batalla con el emperador de Costantinopla y lo avía vençido, y en la batalla muerto a su fijo y quedado vençedor, y que no le avía quitado el imperio de todo punto, mas que se lo avía dexado por sus días, porque era el verdadero y legítimo subçessor del imperio. Y como el rey tuvo noticia d'esto mandó a Laterio que se informasse de aquellos mercaderes que venían de Levante cómo avía passado aquello del imperio de Constantinopla, y que por aventura sería el Cavallero de la Rosa el que lo avía fecho.

Laterio tomó a uno de los mercaderes aparte y le preguntó muy largamente cómo avía passado aquella batalla de Constantinopla, y por la persona del que avía seydo vençedor. Y el mercader era hombre de buen entendimiento, y avíase hallado presente en Constantinopla, y díxole qu'el cavallero que avía ganado el imperio públicamente avía dicho que se llamava don Félix y que era hijo de Ponorio. Y contóle muy largamente todo lo subçedido, y también dixo cómo después de aquello avía partido por mar con ciertas naos y galeras, pero que ninguno sabía dónde era ydo, salvo que avía prometido de tornar brevemente en el imperio.

Y con aquesta nueva, muy regozijado, se fue Laterio a la princesa y le contó todo lo que el mercader le avía dicho, y assí lo dixo también al rey y a la reyna y al gran sacerdote.

Con estas nuevas algunos días tuvieron mucha esperanza que las cosas del Cavallero de la Rosa yrían de bien en mejor, y con mucho plazer estovieron desseándole.

Pero no sin mucha congoxa estava la princesa por se ver tan preñada, puesto que Lucrata y Fulgencia mucho aviso tenían en la consolar y darle esperanza de la venida del Cavallero de la Rosa, porque Lucrata, luego que él passó por Francia quando a los torneos de Albania yva, se fue para Inglaterra por complazer a la princesa y al Cavallero de la Rosa, que bien sospechó que se amavan y que avían de casarse.

Mas como el tiempo no cessó de hazer sus cursos, no se pudo ya encobrir la preñez de la princesa con su pesadumbre y encerramiento, y al cabo vínose a saber y dezir públicamente que estava preñada.

CAPITULO LXII

Cómo fue la princesa acusada por alevosa, y de cómo la defendió de la muerte por batalla un cavallero no conocido

Era tal costumbre en aquellos tiempos en el reyno de Inglaterra y en otros muchos que la donzella hija del rey que se hallava preñada, si fuesse heredera del reyno y no se conoçiesse su marido y públicamente no fuesse desposada, la tenían por aleve. Y el mismo reyno avía de dar cavallero que la reutasse de tal fecho y lo defendiesse por armas; y la tal diesse cavallero que por ella hablasse y defendiesse en el campo su onor, y si el tal fuesse vençido ella fuesse quemada, y si vencedor, quedasse libre. E assí acaesció que el mismo reyno y comunidades d'él se juntaron y, aunque les pesó de aqueste desamen porque el rey y la princesa eran bien quistos, acusaron públicamente a la princesa como a alevosa, y pidieron al rey que, no obstante que fuesse su fija, hiziesse justicia y guardasse las leyes y privilegios del reyno. Y aunqu'el rey la amava como a ssí y la desculpava, diziendo que su hija era desposada en su presencia y qu'el gran sacerdote, su hermano, avía celebrado el matrimonio con cavallero que era muy digno de ser su marido, no aprovechó ninguna cosa, porque dezían qu'el padre y la madre y el tío por la escusar de la muerte y a ellos propios de infamia y vergüença lo dezían. Y en fin, el rey no pudo hazer otra cosa, porqu'el reyno no se levantasse contra él, sino mandar prender su hija y ponerla en prisiones y a buen recabdo. Y con ella siempre estavan Lucrata y Fulgencia, no cessando de consolarla y darle buena esperanza.

Desde a muy pocos días después le pusieron la acusación, y el rey asignó término y día señalado para que se hiziesse justicia de su misma hija si cavallero no oviesse que la defendiesse. E como esto fue notorio en todo el reyno en mucho dolor puso a todos, y más a sus padres. Y el día que la avían de sentenciar los juezes del reyno, estando en la principal plaça de Londres encendido gran fuego para quemar a la princesa, y delante armado en blanco y a cavallo un cavallero que se llamava Terendo, el qual defendía que la princesa era mala, assomó por el otro canto de la plaça armado y a cavallo un cavallero que quería defender la limpieza de la princesa. Y assí como entró en la plaça batió las

piernas al cavallo con mucha furia, y con no menos lo fue a rescebir Terendo. Y diéronse tan grandes encuentros que ambos a dos cayeron de los cavallos. Y luego fueron en pie y echaron mano a las espadas, y diéronse los mayores golpes del mundo, y con más saña. Mas el cavallero no conoçido que defendía a la princesa le dio un golpe por la vista al otro que lo cegó con la mucha sangre que le salía de la herida, y del tal manera lo turbó que pudo muy a su salvo juntarse con él y derribarlo en tierra. Y no tan presto cayó quanto le tenía ya desenlazado el yelmo y cortada la cabeça. Y tomóla por los cabellos y lançóla en el mismo fuego que para la princesa se avía fecho, y dixo a altas bozes:

–¡Ved si ay algún cavallero que pida otra cosa a la princesa!

No ovo ninguno que respondiessse, sino todos los que miravan esto començaron a dar bozes diciendo:

–¡Libre es la princesa, y Dios y la verdad sean loados!

Aquel cavallero que la quiso infamar y acusar era francés, y uno de los que se avían hallado con el Dalfn en los torneos de Albania.

Assí como el cavallero no conoçido ovo fecho esto, subió donde el rey y la reyna y los juezes estaban, y les dixo:

–Señores, dad por libre a la señora princesa y a mí por vençedor del campo, pues Dios ha mostrado con cuánta sinrazón era acusada.

Y luego el rey dixo a los juezes que hablassen, y ellos dixeron que la princesa era libre y el cavallero había seydo vencedor, y rogáronle que les dixesse quién era. Y él dixo:

–Esso dirá el tiempo, y no yo.

Y assí se descendió del cadahalso y llegó donde estava el cuerpo del cavallero muerto, y tomó el almete, que era muy hermosa y rica pieça y muy conoçida, y quitóle la espada de la mano. Y subió sobre su cavallo; y fuesse sin saber persona del mundo quién era.

CAPITULO LXIII

En que se cuenta quién fue el cavallero no conoçido que defendió la princesa y cómo desde a muy pocos días después de la batalla susodicha la princesa parió un hijo que llamaron Liporento

Dize la historia qu’el cavallero no conoçido que por armas libró de muerte a la princesa, según es dicho, fue Laterio; el qual como se fue del campo con la victoria y llevó el almete y espada del cavallero francés que mató en la batalla nunca cessó de andar,

creyendo que alguno le seguiría por le conoçer. Y como se començó a hazer de noche se tornó para Londres y entró en su possada secretamente.

Y assí como Laterio se ovo desarmado, vino desde a muy poco espacio como hombre lloroso de regozijo donde el rey y la reyna y su hija y el gran sacerdote y Lucrata y Fulgencia estavan, dando todos a Dios muchas gracias por la libertad de la princesa. Y holgóse mucho con ellos y todos con él desde lo vieron, y començaron a loar el cavallero que avía defendido de muerte la princesa, y dezían que pensavan que devía ser el Cavallero de la Rosa, y preguntavan a Laterio que de dónde venía, y dónde avía estado. Y él dixo que venía de buscar a aquel cavallero, pero que no avía podido hallarle ni saber quién era, y que a mala ventura tenía no le aver conoçido, y que cierto parecía algo al Cavallero de la Rosa, y tenía esperança que podría ser él.

Y luego desde a dos días le dieron los dolores del parto a la princesa, y parió un hijo tan hermoso como era razón que fuesse de padres tales. Y el rey le hizo secretamente criar, aunque era ya público el parto y pública la desculpa de la princesa. Y pidió consejo a Laterio que cómo lo llamaría, y él dixo que lo llamassen Liporento, porque assí se avía llamado su bisabuelo de don Félix; y que los sabios de Grecia tenían por muy cierto, y assí lo avían dicho muchos años havía, que el segundo Liporento, emperador de Constantinopla, avía de nacer a la parte de la tramontana y avía de sojuzgar la mayor parte del Oriente, y que sin duda creya que aqueste niño avía de ser. Y por esta causa muy alegre el rey de lo que dezía Laterio, mandó llamar Liporento a su nieto.

CAPITULO LXIII

Cómo fue conosciado el almirante de Constantinopla en Londres; y de cómo se hablaron él y Laterio, y lo que passó entre aquestos dos cavalleros

En aqueste tiempo que la princesa fue acusada, el almirante estuvo en Londres y vido el campo que sobre esto se hizo. Y como era sabio y de claro entendimiento y vido que tan ahincadamente muchos cavalleros la desculpavan, y supo que al niño que d'ella avía nascido le avían puesto por nombre Liporento, y que aquel nombre le avía tenido su abuelo de don Félix, su señor, y demás d'esto avía conoçido la voluntad con que avía salido de Constantinopla a buscar la princesa, y él le avía dicho que la venía a ver porque le avían dicho que era la más hermosa muger del mundo, y ver que avía fecho armas por ella un cavallero que no sabían quién era, claramente sospechó y le dio el ánimo que aquel niño era hijo del Cavallero de la Fortuna. Y procuró de darse a conoçer con Laterio, porque le parecía que en su ayre era griego, y aún en la lengua, que muchas vezes le avía oído hablar y, aunque hablaba inglés, bien conoçía el almirante que en los acentos mostrava ser natural de Grecia; mas no para que el almirante se le diesse a conoçer diziéndole quién era. Y un día que Laterio andava cavalgando, el almirante se llegó a él y le dixo:

–Cavallero, ¿podría yo alcançar de vos tanta gracia que me dixéssedes si soys griego?

Y Laterio le dixo:

–A lo menos, si no soy griego, sé muy bien a Grecia, y criéme en ella, y esto os baste. Ved si queréys saber otra cosa de mí.

Y el almirante le dixo:

–Señor, yo serví a un cavallero griego, con el qual me perdí en la mar, y vengo a saber si en este reyno an aportado algunos navíos o gente de Levante, para saber si por ventura se sabe de aquel cavallero.

Y Laterio le dixo:

–¿Cómo se llamava esse vuestro señor que dezís?

Y él dixo que se llamava el Cavallero de la Fortuna, y Laterio le dixo:

–Pues, ¿cómo le venís a buscar en Inglaterra, si vosotros soys griegos?

Y estonces el almirante le dixo:

–Si vos me tuviéssedes poridad como cavallero, que creo que lo soys, yo os diría por qué le busco aquí más que en otra parte, y por qué os lo pregunto a vos y vos quise hablar más que a otro hombre.

Y Laterio le dixo:

–Seguramente podéys hablar conmigo lo que quisiéredes, y yo os terné secreto, y vos doy mi fe de no vos descubrir ni hablar cosa que vos me digáys, si primero no me diéredes licencia para ello.

Y tomada esta seguridad, el almirante dixo:

–Sabed qu’el cavallero que busco se llama don Félix y es hijo de Ponorio, y es verdadero subçessor en el imperio de Constantinopla, el qual ganó y sojuzgó muy poco tiempo ha.

Y contóle muy por ystenso todo el caso.

–Y después qu’esto ovo fecho, él salió de Constantinopla y se perdió, él y los que con él ývamos, en la mar. Y entre los otros cavalleros que para su servicio escogió me hizo a mí digno de quererme para su compañía. Y después que la Fortuna me apartó d’él nos hallamos quatro naos, pasada la tormenta, de aquéllas que en su armada veníamos; y éstas acordamos que no cesassen de buscarle. Y las dos tornaron en Constantinopla en busca d’él, de las quales hasta agora no he sabido. Y con las otras dos yo he venido a buscarle a esta ysla, y algunos días ha que estoy en estan corte por ver si podría entender nueva d’este señor. Y en este tiempo que aquí he estado se ha ofrescido este caso de la princesa,

y vi las armas que sobre su libertad se hizieron. Y es público que parió un hijo y le pusieron Liporento por nombre; lo qual me ha dado esperança que es hijo de don Félix, porque a su abuelo assí le llamaron, y fue emperador. Y preguntó's a vos y descúbros mi trabajo y demanda porque me avéys parecido griego, y me parecéys cavallero y persona de quien me puedo fiar.

Y luego Laterio, sin responderle palabra, se le arasaron los ojos de agua, y le habló desde a poco espacio en griego, y le dixo:

–Cavallero, vos me parecéys hombre de linaje; y porque quiero hablaros más largo cerca d'esta demanda que traéys, porque a mí me toca en el ánima y en las entrañas todo esso, vámonos a mi posada, si lo avéys por bien, y allí hablaremos más largo, porque este negocio vuestro yo le tengo por propio, y me importa a mí tanto saber d'esse hombre que buscáys como a quien más le va. Vos avéys acertado bien en hablar conmigo y, si con el mismo que dezís, no con otra persona ninguna tan fiadamente en este caso pudiérades hablar.

Y dicho esto tomóle a las ancas y llevólo a su posada. Y entráronse en una cámara solos; y con pleyto, omenaje y sacramento que primero el uno al otro se hizieron, el almirante le dixo y descurió qu'él era el almirante de Constantinopla, y se llamava Litardo; y le dixo todo lo que don Félix avía passado después que salió de la ciudad de Trolda hasta que en la mar se perdieron, y cómo él le havía dicho que le guiassen a aquella ysla, y cómo avía conoçido que era enamorado de la princesa. Y Laterio le dixo:

–Sabed que yo le crié a don Félix y qu'es mi señor, y que después que venció los torneos en Albania me mandó venir aquí, donde le estoy esperando. Y nunca he sabido otra nueva d'él sino lo que vos, señor, dezís, y lo que dixeron ciertos mercaderes levantiscos los días passados, los quales dixeron lo de la guerra y batalla del imperio, y cómo se avía partido por mar. Y pues vos soys arribado aquí, yo la tengo por muy buena nueva, y espero en Dios que presto lo veremos en este reyno. Y sabed que él es enamorado de la princesa y es su marido, y el que nasció es su hijo. Y es deudo vuestro, y assí lo soy yo, y bien puedo hablar con vos como con don Félix. Y yo les tengo de dezir a la princesa y a sus padres de vos, y holgarán mucho de veros; y mandad que esos gentiles hombres que son con vos que se vengán a esta casa, que aquí estaremos todos esperando que Dios por su bondad nos alegre. Y mandad poner recabdo en vuestras naves, y vos no os partáys de aquí, que sin dubda yo espero que muy presto veremos a don Félix.

“ Mas mirad que a ninguna persona de aquessos que con vos vienen no deys parte de cosa de quantas avemos platicado. Y en tanto que vos traéys los vuestros y embiáys a vuestras naos, yo voy a dar esta nueva de vos al rey y la Reyna y a la princesa, nuestra señora.

CAPITULO LXV

De cómo Laterio dixo al rey y la reyna y al gran sacerdote y la princesa, en presencia de Lucrata y Fulgencia, lo que el almirante le avía dicho, y de cómo después le llevó a los hablar y conoscer

Muy tristes estavan el rey y la reyna y su hija con no saber nueva del Cavallero de la Rosa, y sabían que avía partido de Constantinopla, según los mercaderes dixeron. Y aunque el alegría del infante Liporento mitigava alguna partezilla de su congoxa, no les podía quitar del todo tan crescido desseo como todos tenían de saber d'él.

Y estando juntos todos tres y el gran sacerdote con ellos, y en presencia de Lucrata y Fulgencia, entró Laterio y les dixo:

–Señores, una nueva os traygo de don Félix, mi señor, que es buena y es de trabajo; porque avéys de saber que dos naves de las que con él partieron de Constantinopla, con ciertos cavalleros suyos, y entre ellos el almirante de Constantinopla, que es muy principal cavallero y de la sangre imperial y cercano deudo de don Félix, han aportado en este reyno; y pienso que en algún otro puerto d'él deve estar en esta yslla don Félix.

Y desde aquestas palabras les dixo enteramente la manera de cómo el almirante le avía hablado y todo lo que le avía contado, y cómo lo tenía en su possada secretamente, y que assí lo traería aquella noche a que les hiziesse reverencia.

Mas el término que Laterio tomava para levar el almirante a palacio se les hizo largo a todos, y mucho más a la princesa, la qual le hizo yr luego a Laterio por él. Y así lo hizo, y lo levó consigo. Y estando retraydos todos los que es dicho, lo rescibió el rey como a quien era, y lo besó en el carrillo, y no le quiso dar la mano. Esto mismo hizieron la reyna y el gran sacerdote, mas el almirante nunca se quiso levantar de delante de la princesa hasta que ella se la dio. Y luego lo abraçó, y todos lo rescibieron como a deudo.

Y allí les contó muy por estenso la conquista de Constantinopla, y cómo don Félix era jurado por erederero del imperio y assí se intitulava, y todo lo que más en el imperio y conquista d'él avía passado. Y dicho esto les dixo cómo se avía embarcado con los navíos y galeas que la ystoria ha dicho para venir en Inglaterra, y cómo les avía fecho tan gran tormenta en la mar oceána que las galeas se avían perdido y algunos navíos, y que creya, con ayuda de Dios, que don Félix sería bivo, porque llevaba el mejor navío. Y que les avía durado quatro días la fortuna y que, como yva más en alta mar la nao capitana donde don Félix yva, tenía menos peligro, porque tinie más mar para correr. Y que, después de passados aquellos temporales fortuosos, se avían recobrado quatro naves de las que yvan en la flota, que eran la en que yva el mismo almirante y otras tres; y que él avía mandado yr las dos d'ellas al Levante y hasta Constantinopla para que supiesen si havia tornado don Félix al imperio. Y que él con las otras dos avía querido venir a Inglaterra a buscar si avía aportado en aquellos reynos, y que havia ya mucho que navegava y hasta entonces no avía sabido de su señor (y en este passo ni el almirante ni los que le oyan no tuvieron los ojos enxutos); pero que confiava en Dios que devía estar ya en aquel reyno, o vernía muy presto a él. Y tras aquesto les dixo las causas que le avían movido a hablar a Laterio, assí como a él se las avía dicho, y con esto dio fin a su habla.

Mucho contentamiento dio a todos el almirante Litardo, aunque mucha pena también los dexó con lo que les dixo que en la mar avía sucedido, por ser las cosas d'ella tan dudosas y de tanta aventura. Mas dexólos con buena esperanza; y como el almirante era muy bien dispuesto y no menos cortés y sabio, aunque era mançebo, mostrava bien ser persona de mucha suerte, y el rey y la reyna y la princesa y todos le dixerón cuántas causas avía para holgar con su venida y conoscimiento; y le hizieron tan complidos ofrescimientos como era conviniente a tal persona. Y de allí adelante en mucha estima lo tovieron por quien era, y muy a menudo con todas estas personas reales tenía comunicación y habla larga, y les recontava cada día muchas cosas particulares de lo que en el imperio pasó don Félix con el emperador, su tío, y de cómo le adoravan y amavan todos como a sí mismo.

Y después que estos razonamientos cessaron, en los cuales se pasó lo que de aquel día quedava y parte de la noche, el almirante y Laterio se tornaron a su possada.

CAPITULO LXVI

De cómo el almirante y Laterio acordaron de buscar a don Félix, su señor, y del medio que para ello tomaron

Ya avía ocho o diez días qu'el almirante se avía dado a conoçer quando un día, estando platicando con Laterio, le dixo:

—¿Sabéys, señor, qué me pareçe que se devría hazer para que supiésemos si don Félix es venido en Inglaterra, o para que sepamos su venida assí como venga? Una diligencia que se me figura que podría mucho aprovechar, si os pareçiere, y es aquésta: en estas dos naves que conmigo vinieron avrá hasta ciento y cinquenta personas, entre las quales ay más de la mitad que son cavalleros y hidalgos y otros hombres de bien y de fecho. Y cada uno d'estos conosçerá muy bien a don Félix si lo vee como vos, señor, o yo. Éstos devrían de ponerse de dos en dos por todos los puertos y lugares de la costa d'esta ysla; y que, como han de comer en las naos o en donde estovieren, que coman donde les mandaremos que estén. Y si algunos días o tiempo passaren sin que sepamos nueva de don Félix, recogeremos esta gente y yo y ellos tornaremos a la mar a buscarle, o a morir en ella; porque yo no he de tornar en Constantinopla, ni Dios lo consienta, sin saber qué ha hecho Dios de don Félix, mi señor.

Muy bien le paresció a Laterio lo que el almirante dezía, y assí le respondió:

—Señor, bien parece que vuestras palabras son de quien soys, y muy bien es que se ponga en obra lo que dezís. Mas, pues Dios aquí os truxo y os avéys dado a conoscer a estos señores y a la princesa, razón es que se les dé parte d'esto y de todo lo que hizíeredes. Y esta noche nos yremos a palacio y se podrá consultar este paresçer; y, consultado, pongamos todos en obra lo que allí se acordare.

Mucho se satisfizo el almirante del acuerdo que tomava Laterio, y así lo hizieron la misma noche. Y lo consultaron con todos aquellos señores y señoras, y todos se conformaron con lo qu'el almirante dezía, y le dieron las gracias por su cuydado.

Y luego se hizo una memoria de todos los puertos y abras y calas de mar que en las costas de toda la ysla avía. Y assí dixeron qu'el almirante nombrasse de los que con él venían los que le pareciesse que sería bien qu'estoviessen en cada parte. Y así los nombró, y el rey dio sus cartas para que en todos aquellos lugares se les diesse muy largamente todo lo que oviessen menester. Y el mismo almirante y Laterio también quisieron ser de los que fuessen a buscar o esperar a don Félix en uno de aquellos puertos, como se ha dicho. Y luego el siguiente día lo pusieron en obra, y salieron de Londres para esto.

CAPITULO LXVII

Cómo el almirante tomó cargo de yr al puerto de Antona y Laterio se puso en Dobra, y los otros cavalleros y gente de los griegos en otras partes

Acordado que aquella gente que venía con el almirante de Constantinopla se pusiessen en aquellos puertos y partes donde navíos pudiessen venir en toda la costa de la ysla, Laterio tomó cargo de residir en Dobra, y el almirante se fue a Antona; y otros se pusieron en Falamva y Emplemva y Cornualla, y en las yslas de Sorlinga, y en todas las otras partes que les pareció.

Y quando el almirante llegó a Antona, yva con determinación de estar allí dos meses, y otro tanto avía cada uno de estar en los otros puertos que les cabía, y en fin de los dos meses se avían de recoger en Londres para tornar a navegar en esta demanda hasta ver el fin d'ella, o de las vidas de todos. Porque ninguno d'ellos avía sin este propósito, como muy leales cavalleros y criados de tal señor. Y pareçe que quiso Dios, como adelante se dirá, que en pago de los trabajos qu'el almirante avía sofrido, qu'él fuesse el que primero viesse a don Félix, y el que primero fuesse consolado, de todos los que avían salido con él de Constantinopla.

Mas bien avía ya cinco o seys días que don Félix estava en aquel puerto quando el almirante allí llegó; y como salió algo mal dispuesto de la mar quiso estarse allí por se rehazer de fuerças antes que a Londres fuesse. Y acaso oyó hablar lo que avía passado sobre la preñez de la princesa y, como lo avía oýdo a diversas personas y gente de poca calidad, cada uno lo dezía de su manera, y en algún cuydado le tenía puesto hasta saber cómo avía passado aquello.

CAPITULO LXVIII

De cómo el almirante topó con don Félix, su señor, y lo conoció, y de lo que entre ambos pasó en esta primera vista

Salía el almirante paseándose por la costa de la mar solo, sin compañía de persona ninguna, mas muy acompañado de cuidado y tristeza y con mucha causa, porque no sabía de su señor ni lo que avía de hazer de ssí. Y acaso vido passear un mançebo de muy buena disposición, vestido como marinero, y parecióle también que puso mucho los ojos en él, y figurósele que llevaba meneo de persona para más qu'el ábito que llevaba. Y llamóle a alta boz, porque pasó algo apartado d'él, y díxole:

—¡A, señor, no os apartéys de los griegos!

Y dixo aquesta palabra sin pensar en ella, sino que la abundancia de lo que estava en el corazón y en su pensamiento la truxo a la lengua. Y en esse punto el mançebo se detuvo, que no dio passo, y en la ora los ánimos les començaron a dar mucho sentimiento en los pechos. Y la sangre se reconoció y, sin hablar palabra, don Félix se fue al almirante los braços abiertos; y el almirante, hincado de rodillas, le besó muchas vezes las manos.

Y con estremada alegría se sentaron en la costa a departir, y cada uno d'ellos sumariamente dixo al otro todos sus trabajos y peregrinaciones; y cómo el almirante, en la relación de su vida y viaje, fue discurriendo hasta dezir cómo ya era conocido de la princesa y del rey, y de todos ellos, y de cómo avía hablado a Laterio; y assí mismo le contó cómo havía suçedido lo de la acusación de la princesa y cómo un cavallero, que no sabían quién era, la avía librado de la muerte; y cómo havía parido un hijo que avían llamado Liporento; y de cómo avían determinado el almirante y los otros cavalleros griegos y Laterio de aguardarle en todos los puertos de aquel reyno hasta dos meses; y, aquéllos passados, bolver a la mar a le buscar. Y en fin de todo le hizo relación cierta, aunque breve, porque el almirante no veía la ora que llevar a don Félix a Londres, a dar a la princesa el gozo que con su venida havía de sentir.

A todo esto don Félix estuvo muy atento y con mucho plazer lo oyó. Y también dixo él lo que le havía acaescido después que en la mar se perdió, y luego dixo:

—En verdad, almirante, señalado bien me ha fecho Dios en veros bivo, porque yo no pensava que vos ni ninguno de los que conmigo salistes de Constantinopla lo érades, y de todos he tenido la congoxa que era razón, y de vuestra persona muy mayor, porque avía muchas causas para ello. Sean dadas gracias al muy alto Dios, pues assí le ha plazido.

“ Yo llegué a este puerto cinco días ha, y no he partido para Londres porque me he hallado muy cansado de la mar, y quise estarme aquí desconoçido por hazer exercicio y convalescer, y a esto venía agora por esta costa. Mas lo que avemos de hablar en el lugar para ordenar nuestro camino hagámoslo agora. Dezidme, almirante, dónde está Laterio; porque yo querría qu'él, o vos, dixéssedes a la princesa y al rey y a la Reyna qu'estoy fuera de la mar en éste su reyno con dos o tres renglones de mi mano que vos o él llevásedes. Porque, si sin hazer esto yo fuesse y súbitamente me viessen, no tengo en duda sino que podrían morir de gozo, como ya ha acaecido a algunas personas que

dessearon ver lo que amavan y, venido a desora, en tanta alegría se transportaron sus coraçones que pudo causarles la muerte. Y después que yo aya escripto partiréme luego tras la carta para Londres, por darles lugar a que poco a poco comiençen su alegría y no pueda haver en ella el inconveniente peligroso que he dicho, si de sobresalto les viniessen.

El almirante le dixo:

—Señor, bien parece el amor grande que tenéys a Laterio, que os acordastes que sería bien que él dicesse esta buena nueva a la princesa, mi señora, y sin dubda Laterio os tiene bien servida y mereçida essa buena voluntad. Mas, pues él está en Dobra y en le llamar se perdería tiempo, o en yros por allí se rodearía camino; y si le embiássedes la carta para que desde allí se fuesse con ella a Londres, él no podría hablar en vos como testigo de vista, si vuestra merçed fuere, querría que vos pluguiesse hazerme dino de tal mensaje; o sedlo vos, que será hazerme más merçed, porque cada ora de las que passaren después que la princesa, mi señora, sepa vuestra venida, se le hará un año. Y un paje que tengo aquí conmigo podrá yr a Dobra a llamar a Laterio, o embiarle un mensajero con otro renglón de vuestra mano.

Y de todo lo qu'el almirante dixo holgó mucho don Félix. Y como quedaron de un parecer para que assí se hiziesse, se fueron a la possada del almirante, y allí dexó las ropas de marinero y se vistió de las qu'el almirante tenía. Y luego pusieron en efecto su partida. Y don Félix no quiso qu'el paje fuesse a llevar la carta a Laterio, porque era aquel moço griego, y avíase hallado con el almirante en todos sus marineros trabajos; antes quiso que se quedasse con él para yr preguntándole lo que les avía acaescido. Y desde allí de Antona embiaron un correo a Laterio con una carta de don Félix, y el almirante se partió luego con otra para la princesa. Y don Félix se puso en camino tras él en la misma ora, solamente con el paje.

CAPITULO LXIX

En que dize lo que se contenía en la carta que don Félix escribió a la princesa, haziéndole saber su venida y cómo yva de camino para Londres.

La carta para la princesa:

"Ninguna fortuna ni tiempos contrarios ni grandes números de trabajos, que por mí han passado después que partí de Londres, han sido tan bastantes que me apartassen un momento de pensar en vos y en la pena que mi ausencia os ha dado, que ésta ha sido la mayor que yo he tenido en la mar y en la tierra. Y si por las adversidades que he passado pudo mi ventura llegar a tomar puerto donde se me certificasse la esperança de veros tan presto, no se atribuye a mis méritos, sino a vuestras oraciones y a las del rey y la reyna, mis señores, y del gran sacerdote, mi señor tío, cuyas reales y reverendísimas manos yo

beso. Y por no perder tiempo ni passo del camino que llevo a veros a todos, ni escribo a sus altezas y señoría, ni ésta es más larga; porque también me parece qu'es ofensa grande la que os haría si en más de dar prisa a mi camino me ocupasse".

CAPITULO LXX

En que dize lo que se contenía en la carta que don Félix escribió a Laterio

"Amigo primo Laterio:

El almirante de Constantinopla, que el mismo deudo me tiene, me halló en este puerto de Antona, donde ha cinco días que llegué, muy cansado de la mar y trabajosa vida d'ella; y él se parte en este punto a la princesa con una letra mía, y yo me voy tras él. Supe que hazíades penitencia en Dobra esperándome; por amor mío que, vista aquesta, os vays derechamente a Londres, y no curéys de atravesar caminos a buscarme, porque yo yré tan presto como vos a la ciudad, donde cada uno dirá su peregrinación. Yo estoy bueno y he avido extremo plazer de saber que lo estáys, y assí le huve con oýr qu'el almirante y vos os oviéssedes conosçido antes que yo viniessse, porque la princesa avrá avido con él alguna ora de descanso entre tantas de su pena".

CAPITULO LXXI

Cómo don Félix se partió a Londres y el almirante fue a la princesa delante con la carta que es dicha, y un mensajero fue con otra a Laterio

Esriptas aquestas cartas, el almirante tomó la que don Félix escribió a la princesa; y luego se partiera, sino que no le dexó hasta otro día en amanesciendo. Y él se fue tras él y en la mesma ora embió un mensajero con la otra carta a Laterio. Mas por mucha priessa qu'el almirante se dio, no le pudo llevar de ventaja seys oras, y no desde a una que don Félix era llegado vino Laterio.

Mas porque la historia diga por orden cómo se holgaron la princesa y sus padres de la venida del yerno, dizen qu'el almirante llegó el siguiente día en la noche a Londres y se fue derechamente a palacio. Y halló al rey y la reyna, que acabavan de cenar con la princesa, su hija, retraýdos, y así lo hazían los más días. Y como el almirante llamó a la puerta de la cámara le abrió Ariana, dama de la princesa, y muy querida d'ella; y como le vido venir alegre, sin dezirle palabra se entró corriendo delante d'él, y dixo:

—¡El Cavallero de la Rosa es venido!

Y en este ystante que la donzella esto dezía, el almirante entró muy regozijado y les dixo:

—Señores, ya ha plazido a Dios de cumplir vuestros desseos y los de todos; don Félix, mi señor, está en Inglaterra, y yo le he visto y hablado; y veys aquí una letra suya para la princesa, mi señora.

Y dióselas. Y ella le echó los brazos encima, y lo mismo hazían el rey y la reyna y todas aquellas mugeres que allí estaban, en especial Lucrata y Fulgencia. Y fue tan grande el plazer en todos que ni podían sossegar ni cessavan de preguntarle todos ellos dónde quedava y qué tal venía, y otras cosas de las que suelen pedir los que muy desseosos biven de los ausentes. Y el almirante, satisfaziendo a sus preguntas, les dixo que otro día vernía a comer, o antes, y contóles la manera de cómo le avía conosciado, y en qué ábito le avía hallado. Y dio tanta alegría en todos con aquestas nuevas quanto nunca padres y muger las oyeron de hijo y marido. Allí los unos reían con mezcladas lágrimas, los otros preguntavan con atención, otros escuchavan de grado y todos, como atónitos de tan súbito plazer, miravan al almirante y notavan lo que dezía.

Y con esto passaron casi seys oras sin sentirlas; y al mejor tiempo que en su plazer estaban descuydados de pensar que don Félix avía de venir essa noche, llegó a la cámara y hizo qu'el paje llamasse. Y como salió Lucrata primero y le vido, la abraçó y besó, y ella se tuvo tan fuertemente abraçada con él que él no pudo passar adelante. Y como otras mugeres avisaron d'esto en esse punto a la princesa, tuvo tiempo de salir hasta allí, donde se abraçaron y estuvieron harto espacio assí como personas que tan en extremo se querían sin poder dezir palabra, sino darse muchos besos mezclados con lágrimas, que sin licencia de sus voluntades allí ocurrían a dar ocasión que de sobrado plazer no muriessen, como ya en muchas personas acaesció que de súbita alegría perdieron las vidas.

El rey y la reyna, como su hija les dio lugar, sintieron el plazer qu'el lector podrá más fácilmente considerar que ningún estilo ni pluma escribir. Y como luego este universal bien y regozijo se estendió por toda la ciudad, maravillosos fuegos y ylluminarias essa misma noche se hizieron. Y el gran sacerdote no fue de los postreros que a don Félix visitaron, porque en el punto que don Félix se assentava y le dexavan ya los abraços y reverencias que las mugeres de la cámara y Lucrata y Fulgencia le hizieron, llegó él con las más alegres canas que pensó tener jamás; y le abraçó y besó muchas vezes, y don Félix le hizo el acatamiento que se devía a señor y a padre. Y en este mismo punto llegó Laterio, que renovó el plazer y fiesta en todos ellos, y assí se holgó don Félix de le abraçar muchas vezes, como si fuera Ponorio, su padre; y en amor casi assí le quería, por justos méritos de Laterio.

Y el rey preguntó a don Félix si avía cenado y él dixo que no, y que avía fecho gran jornada después que avía comido; pero que, donde tanta leticia andava no avie necesidad de otro mantenimiento para la vida y el ánima. Mas luego se aparejó la cena como en casa llena, y hizo cenar consigo al almirante y a Laterio. Y con mucho plazer más que con gana de comer se acabó aquello y se dio tiempo a la noche, porque todos le desseavan dar descanso.

Y don Félix se acostó essa misma noche con la princesa, su esposa, y mandó el rey dar sendos aposentos dentro en palacio al almirante y a Laterio. Y el siguiente día que el rey

hizo fue que mandó despachar correos para recoger y que viniessen a Londres todos los qu'el almirante había embiado a estar en las costas y puestos de la mar.

CAPITULO LXXII

Cómo el siguiente día que vino don Félix se acordó que se celebrassen públicamente sus bodas; y de cómo Laterio magniféstó que él avía librado a la princesa de muerte

El día siguiente no tuvo don Félix mucho cuydado de madrugar ni aún la princesa de acordarle que se levantasse, ni sus padres dexaron de yr a verlos a la cama, puesto que las bodas públicas estaban por hazer, aunque público era ser despossados en presencia del rey y de la reyna y por mano del gran sacerdote. Pero por satisfazer al reyno y al vulgo, el rey le dixo:

–Hijo, señor, levantaos y yremos al templo a hazer oración; y hablaros han todos estos cavalleros y grandes que están aguardando para daros la buena venida y la obidienca que se os debe. Y junto con esto, quiero delante de todos traer a memoria el peligro en que vimos por vuestra ausencia nuestras honrras y la vida de la princesa, y sabréys cómo la libró Dios, y no sabemos por mano de qué cavallero.

Y ya quando el rey esto dezía Laterio entrava en la cámara, porque d'él en ningún tiempo se havía de retraer don Félix ni la princesa. Y el almirante estava fuera de la cámara con otros cavalleros y señores ingleses.

Y dicho esto, el rey se salió de la cámara. Y luego don Félix se vistió y el rey y todos fueron devotamente a dar gracias de su venida al templo. En tanto que aquesto se hizo, Laterio mandó que un hombre suyo le truxesse el yelmo y la espada que avía quitado al cavallero francés que mató en la batalla, quando la princesa fue acusada, y que lo toviessse debaxo de la capa secretamente hasta qu'él se lo pidiesse.

Y assí como fueron tornados del templo y vinieron al palacio, se entraron en una gran sala; y allí todos aquellos señores y grandes y prelados que en la corte se hallaron besaron la mano a don Félix por príncipe, porqu'el rey dezía que era esposo de su hija y padre del infante Liporento. Y allí lo hizo traer el rey y lo puso en sus braços al padre, porque hasta entonces no havía querido que se lo mostrassen; y don Félix le besó y echó su bendición. Y el rey dixo, en presencia de todos:

–Ved, señor hijo, cuándo queréys celebrar vuestro público matrimonio y solemne talasio para que se junten los cavalleros y grandes qu'están al presente fuera de la corte y todos gozemos de verlo, assí como gozamos del trago de ver en disputa y puesta en la virtud de dos cavalleros nuestro onor y la vida de vuestra esposa.

Y tornó a bolver el rey su habla a los cavalleros ingleses y díxoles:

—Porque sepáys mejor cuánto devemos todos a Nuestro Señor, sabed qu'el príncipe es hijo de Ponorio, hermano del emperador de Constantinopla; y es el que venció las justas, a quien llamávamos el Cavallero de la Rosa; y es el que venció los torneos de Albania, de quien tantas maravillas suenan por el mundo en loor de su fama; y ganó la Espada Venturosa; y es el que después ha sojuzgado el imperio y es verdadero heredero y subçessor legítimo en él, y de cuya mano oy está y es intitulado universal eredero del imperio de Constantinopla, y assí le avemos todos de llamar; y es a quien aquestos reynos pertenescen, con mi hija, y a quien Dios me ha dado por descanso de mi vejez y bien de todos vosotros.

Y este razonamiento del rey puso en todos los que le oyeron tanto plazer como era razón, y refirieron las gracias a Dios y al rey por lo que dezía. Y luego don Félix dixo al rey, su suegro, que su Alteza determinasse y mandasse cuándo le pluguiesse qu'él se casasse en público y celebrasen su matrimonio públicamente para satisfacción de sus reynos, y que estonces se hiziesse. Y el rey declaró que dende en ocho días, y assí se concertó y quedó assentado. Y luego don Félix dixo:

—Señora, sola una lástima tengo en esta vida, y es y será hasta que yo muera no se aver sabido quién fue el cavallero que defendió la justicia y vida de la princesa.

Y el rey le dixo:

—Por cierto, hijo, justo es lo que dezís, y yo creo que sería alguno de vuestra sangre o la mía, o a quien alguno de nos aya fecho cortesía en algún tiempo.

Y entonces, en presencia de todos, Laterio dixo:

—Señor, tenga vuestro coraçón muy entero el plazer que a todos avéys dado y perded esse cuydado y pena que tenéys por saber esso, que veys aquí el yelmo y la espada del cavallero vencido, y muchos de los presentes lo conoçerán luego. Y yo fui el vençedor, que me dolía como siervo vuestro de la vida de la princesa, mi señora, y de vuestra honrra y la de sus padres. Y esta confissión yo no la hiziera sino a vos sólo en ningún tiempo (porque pareçe mal la jatancia en los cavalleros) sino por quitar de vos essa pena que por saber esto teníades; y aún vos digo que el cavallero que la princesa acusava era uno de los que el Dalfín de Francia llevó a los torneos de Albania.

Y don Félix le abraçó y dixo:

—Por cierto, Laterio, quien como yo os conoçe no tiene nescessidad de testigos para creeros. Mucha alegría me ha dado saber esto y mucha voluntad para acordar al Dalfín que me es obligado y deudor de la palabra que no cumplió; y no dudo que él aya puesto al cavallero que vencistes en su loca demanda. El tiempo mostrará si acierta en lo que ha fecho.

Mucho contentamiento quedó en los ingleses de conoçer qu'el príncipe don Félix tenía mala voluntad al Dalfín y que assí sería como ellos capital enemigo de franceses. Y

dende allí adelante mucho se dobló el amor qu'el rey y la reyna y la princesa tovieron a Laterio.

Y en esto y en gozar de don Félix passaron aquel día y los otros siguientes, esperando el día de las bodas publicadas

CAPITULO LXXIII

Cómo el príncipe don Félix se casó con la princesa públicamente, y de las justas y fiestas que aquel día ovo

Desde a ocho días se casó públicamente don Félix con la princesa Dorendayna, su esposa, y se hizieron muchas justas y vinieron a ellas los más principales cavalleros de aquel reyno. Y en ellas se halló el Cavallero Bravo de Yrlanda, el qual por tiempos contrarios no pudo venir antes, y según por la historia paresçe no venía él a aquellas fiestas de plazer, sino por defender la vida de la princesa y hazer armas con el cavallero que la acusava; y assí havía escripto antes que viniessen que él defendería su justicia, pero quiso Dios que más aýna se determinasse. El Cavallero Bravo fue mantenedor en estas fiestas, y con el almirante de Constantinopla y Laterio.

Y assí los mantenedores como los aventureros justaron muy maravillosamente y ovo muy hermosos encuentros. Y el prescio de la justa le pusieron los mantenedores, aunque el rey no consintió que ellos le pagassen; el qual era ciertas pieças de muy rico brocado, y éstas dio el rey, que era el juez, a un cavallero que se llamava Bretaldo (el qual era griego, y de los que vinieron en las naos del almirante), porque salió muy gentil hombre y las tres carreras primeras las corrió con todos tres mantenedores y lo hizo mejor que ninguno de los otros aventureros. Y demás d'esto el rey dio muy grandes dádivas aquel día a todos los cavalleros que justaron y a otros muchos, porque día de tan buena ventura razón era que fuesse solempnizado con muchas larguezas qu'el rey y la reyna y su hija y don Félix aquel día hizieron.

Y no sólo pararon estos regozijos y fiestas entonces, porque más de treynta días continuadamente duraron sin que cesassen los torneos y justas y correr de sortija y otros muchos exercicios de cavallería y muchos juegos y otras maneras de fiestas que todas las otras gentes plebeas hazían, y no solamente en Londres, mas en toda Inglaterra. Y porque en esto basta saber a quán buen estado truxo Dios las cosas d'este cavallero y de la princesa para que se crea la demostración de gozo que se podría hazer en aquella corte y reyno, no nos detengamos en cosas d'esta calidad, sino en recontar lo que adelante sucedió.

CAPITULO LXXIII

De los casamientos en que luego entendió el príncipe don Félix y se hizieron después de sus bodas

En este tiempo que aquellas fiestas se hazían de la venida y casamiento del príncipe don Félix y de la princesa Dorendayna, don Félix acordó que ya era tiempo y mucha razón que su ayo y pariente Laterio fuesse gratificado de sus servicios y trabajos y dióle título de duque, con un grande estado de muchos vassallos y renta en el imperio, y habló al rey y la reyna y a la princesa para que se casasse con él Fulgencia. Y como quiera que ella ganava mucho en este matrimonio y la persona del duque Laterio era tan valerosa, mucho holgó Fulgencia de lo oír y mucho más de lo hazer. Y así mismo todos aquellos señores fueron contentos, y se hizo y se casaron, y fueron muy bien abenidos.

Y assí mismo quiso casar al almirante de Constantinopla, y parecióle que sería muy bien que casasse con madama Lucrata; y al rey plugo mucho d'ello, porque tenía con ella cercano deudo y porqu'el almirante era muy gentil cavallero y muy bien dispuesto, y gran señor. Y de más de lo que tenía le dio don Félix otro estado en el imperio, y de voluntad del almirante y de Lucrata se hizo este matrimonio.

Assí mismo se acordó de casar al Cavallero Bravo de Yrlanda, y parecióles a todos que sería bien que casasse con Ariana, dama y muy principal cerca de la princesa. Y como le fue dicho al Cavallero Bravo tóvolo en mucho, porque era muy especial muger y muy hermosa, y de las más principales de Inglaterra.

Y assí como se concertó se puso por obra, y una noche se desposaron todos tres y en los tres días siguientes se hizieron nuevas fiestas. Mas aquella misma noche de los despossorios el príncipe don Félix hizo que después de passadas las fiestas se retruxessen el rey y la reyna y la princesa y el gran sacerdote y los tres despossados con sus esposas. Y después que fueron sentados, les dixo assí:

–Después que en los torneos de Albania me dio nuestro Señor el prescio, aquél se distribuyó por mi mano con parescer del rey, mi tío, y de Ponorio, mi padre, y del gran prior del monesterio de Marte. Y en su poder están veynte y cinco mil marcos de oro que desde aquella ora yo los di y mandé qu'estoviessen para que los cinco mill d'ellos fuesen para la princesa, mi señora y muger; y otros cinco mill para que ella y yo los distribuyamos como nos paresciere, assí que esto se hará a nuestra voluntad. D'éstos, diez mill de los otros quinze mill marcos restantes mandé que se diessen los cinco mill d'ellos a Lucrata, nuestra prima, y a quien con ella casasse; y assí yo mandaré luego que se les traygan, y bien los pueden tener por suyos ella y el almirante, mi primo.

“ Y los otros cinco mill mandé que se diessen a Laterio, mi amigo y muy cercano deudo, que está presente, y que se case con la duquesa Fulgencia, porque también fue mi intención que ella los oviessse como él, y desde entonces están señalados para ellos, y también se traerán con essos otros.

“ Y los otros cinco mill restantes yo señalé para el Cavallero Bravo de Yrlanda, que presente está, y dexé ordenado que se embiassen al rey de Inglaterra, mi señor, para que

de su mano se los diesse y le casasse con la muger que a su Alteza pareciesse de su sangre y casa. Y assí digo que le den estos cinco mill, porque yo le amo a él y a Ariana, su esposa, como a verdaderos hermanos.

Y dicho aquesto, los desposados y sus damas y esposas se lo tuvieron por tan señalada merçed como ello era y le quisieron besar las manos, si él se las diera, por tantas y tan largas merçedes. Y luego despachó sus letras para que aquella suma toda se le truxesse del monesterio donde había quedado y se pusiesse en cambios para Londres. Y assí se hizo, y dentro de dos meses todo se pagó enteramente en la ciudad de Londres y se dieron los quinze mill marcos a aquellas señoras y sus esposos, y los otros diez mill se pusieron en la cámara y thesoros del príncipe don Félix y de la princesa, su muger.

Aquesta largueza fue muy loada, y assí mismo la libertad que usó en destribuyr los otros .xxv. mill marcos que avía dado en Albania a sus primas y hermana y al príncipe de Escocia, y a aquellos que los ovieron, en quien también fueron puestos como fueron siempre después agradescidos.

CAPITULO LXXV

Que dize cómo vinieron muchos embaxadores de muchas partes y reynos al príncipe don Félix y de cómo el rey de Francia hazía mucha gente de guerra con temor d'él

En poco tiempo fue por mucha parte del mundo divulgado el matrimonio del valeroso príncipe don Félix y sus señaladas larguezas y liberalidad, y las proezas que su persona avía fecho, y cómo todo le avía sucedido tan prósperamente. Assí se hizo notorio por toda Europa y Assia y por lo restante del mundo, o más comarcano a esto. Y de allí adelante le vinieron muchos embaxadores de muchos reyes y príncipes.

Y el gran pontífice que abitava en el principio de Europa a la parte oriental embió un principal sacerdote legado, persona de grandíssima autoridad, ofresciéndole el lugar que era razón qu'el príncipe don Félix toviessse cerca de su silla, y rogándole que se fuesse a encoronar.

Y demás d'esto, el rey de Escocia, que ya avía eredado y era casado con su prima del príncipe don Félix, le embió otra gran embaxada y un grande presente, y se le ofresció de venir en persona de paz o de guerra, como le pluguiesse, para yr con él a su encoronación. Y el rey de España le embió sus embaxadores y a tratar casamiento con una hija suya para Liporento

Y finalmente todos los más, o la mayor parte de los reyes de Europa, le embieron a dar la enorabuena de su casamiento y prosperidad y a le ofrescer sus amistades, eçebto el rey de Francia, que también lo hiziera, sino que le temía por la ruyndad qu'el Dalfin avía fecho en no complir su palabra. Y se aparejava y ponía a punto de guerra, lo qual muy bien se sabía en Inglaterra. Y no se tenía aquello en mucho, por la gran persona y valor del

príncipe don Félix, por la riqueza grande de su suegro y antigua enemistad que con Francia tenían. Mas desde a poco comenzó don Félix y su suegro a apercebir sus gentes, aunque la guerra no se hizo luego porque descansasse en aquel reyno algunos días.

Mas aún no avía un año que era casado quando le llegó la nueva que el emperador, su tío, era muerto; y luego le vino una grande embaxada de parte de toda la universidad del imperio y de los reyes y señores a él sujetos, en que le suplicavan que fuesse a su imperio y lo gozasse, pues tan bien merecido y comprado lo tenía con sus trabajos, y pues de derecho era suyo. Y él les respondió que el año siguiente pornía en obra su camino y que entendía hazerle por tierra. Y que en tanto que esto se hazía, que la governación y justicia se estoviesse de la manera que estava hasta allí, y como él lo avía dexado ordenado. Y así se hizo, porque el rey de Egipto, qu'él avía dexado por presidente, era muy gran persona y de mucha auctoridad y consejo, y bien digno de la governación, y muy bien havía administrado aquellos estados en justicia.

CAPITULO LXXVI

De la embaxada qu'el príncipe don Félix embió al rey de Francia y de lo que le respondió; y de la embaxada que así mismo embió a España.

Estando las cosas en el estado que la crónica nos ha contado, acordaron el príncipe don Félix y su suegro con los altos varones de su consejo de embiar una embaxada al rey de Francia y otra al de España. Y para la de España fue el almirante Litardo, para le pedir ciento y cinquenta naves de sus reynos para hazer la guerra al rey de Francia y sus aliados. Y así como lo pedía se la concedió el rey de España y le embió todas aquellas naves a punto de guerra, y bastecidas de muy escogida gente y armas. Y con su persona y estado se ofrescen entrar por Francia en el punto que supiesse qu'el príncipe don Félix passava en Francia.

Y al duque Laterio embió por embaxador al rey de Francia y al Dalfín; y después que fue acordado lo que les avía de dezir mandó llamar al duque Laterio en presencia de los altos hombres de aquel reyno y le dixo:

–Duque, primo: el rey, mi señor, y yo, con los de nuestro consejo, avemos acordado que vays en Francia y digáys al rey Ricardo que ya sabe cómo todo lo que él posee es de la corona y casa de Inglaterra y derechamente pertenesçe al rey, mi señor, y después de sus días a la princesa Dorendayna, mi muger. Y que hasta aquí su Alteza ha avido por bien de le dexar en ello por amor de la reyna Silona, su hermana, muger que fue del dicho Ricardo; y que agora quiere lo que es suyo y le pertenesçe.

“Por ende que le conviene hazer una de tres cosas: o que cada un año le dé él un tercio de todo lo que rentaren los reynos y señoríos de Francia, juntamente con la obediencia y reconocimiento de la superioridad, y que todas las vezes que fuere llamado de paz o de guerra venga a le servir a él y a esta casa con su persona y poder, o embíe el Dalfín con

su gente; o que dentro de cinquenta días venga a la corte de Londres y ponga su persona y lo demás en las manos y determinación del rey y se avrá con él como con deudo y amigo, y se moderarán las parias y el reconocimiento para que la cantidad sea menor; o que en el mismo tiempo de los dichos cinquenta días dexé libre y desembargado el reyno. Donde no, que se apreciba a defenderse lo mejor qu'él pudiere, porque la guerra se le hará a fuego y a sangre, como lo verá muy presto.

“E al Dalfín le dezid que bien sabe a lo que se obligó, y que dentro del mesmo tiempo cumpla lo que en Albania me prometió como prisionero. Donde no, que se tenga por dicho que en ningún tiempo hallará perdón de sus culpas. Y como ayáys dicho aquesto en presencia de los más que se ofrescieren, dezildes que dentro de terçero día os den por respondido, para no pedírsela más. Y partíos luego, y venid con lo que os dixeren o no, que Dios lo proveerá, y dará a cada uno el pago conforme a sus méritos.

El duque Laterio tomó por escripto todo lo que le era mandado que hiziesse y luego puso en obra su camino. Y fue en la corte de Francia y embió a dezir al rey cómo el rey de Inglaterra y el príncipe don Félix le embiavan a él con cierta embaxada, que viesse cuándo la quería oír. Y el rey respondió que luego. E assí fue el duque a se la dar.

Y estando allí el Dalfín y los más principales señores y grandes y perlados de Francia, el duque Laterio refirió con muy gentil semblante y como varón todo lo que le era mandado que dixesse al rey y a su hijo, el Dalfín. Y en la misma hora le dieron la respuesta, y el rey dixo:

—Si vuestro señor, el príncipe don Félix y heredero del imperio que se dize y llama sin haver causa para ello, conociera mi poder, no se atreviera a embiarme a dezir ninguna cosa de las que avéys dicho. Mas yo le quitaré de trabajo de venir a buscarme: antes d'essos cinquenta días que él dize yo seré en Inglaterra de manera que le pese averme combidado a batalla. E esto le podéys dezir a él y a su suegro, y que el Dalfín yrá conmigo y le responderá de guisa que le parezca otra cosa que torneos y justas. Y aprenderá a gastar en la guerra y verá que es de otra manera que hazer muchas bodas. Y yo las celebraré allá de forma que todos sus novios se espanten y vos con ellos, pues vos soys d'ellos.

Estonces el duque Laterio le dixo:

—Señor, vos no tenéys razón de alargaros en palabras, pues os combida para obras. Si allá fuéredes, vos veréys qu'el rey y los novios os saldrán a recibir, y yo de los primeros. Y si no fuéredes, veniros han a buscar, qu'esto es lo que se os certifica y yo os asseguro de su parte. Y cessen las razones hasta el tiempo en que bien parezcan.

Y dicho esto, se salió de la sala sin más hablar ni hazer otra cortesía ni demostración d'ella, y en la misma ora cavalgó y se partió para la corte de Inglaterra.

CAPITULO LXXVII

De cómo el duque Laterio tornó en Inglaterra y dio la respuesta de su embaxada, y lo que sucedió d'ella

El duque Laterio no tardó en el camino muchos días porque, como traía ya en su ánimo parte de la enemistad con franceses, anduvo todo lo que pudo. Y llegado en Londres refirió al príncipe don Félix y al rey de Inglaterra la respuesta que les embiava el rey de Francia y el Dalfín.

Y luego otro día siguiente se pregonó la guerra a fuego y a sangre, y en menos de veynte días tuvo allegados lxxx. mill combatientes, la más luzida gente que hombres vieron en campo. Y en este tiempo llegaron quinze mill hombres del rey de Escocia, su cuñado, y otros diez mill del Cavallero Bravo de Yrlanda. Y en esse punto se dio muy gran diligencia a embarcar toda esta gente en muchos navíos que tenían prestos.

Y aún no eran casi embarcados quando llegaron las naos y armada de España, en que avía ciento y ochenta velas, y venían en ella treynta mill hombres de hecho, de la qual venía por capitán general el infante Godofredo, hermano del rey de España; el qual descendió en Antona y luego fue por tierra hasta Londres, donde el rey de Inglaterra y el príncipe don Félix y el rey de Escocia estaban. Y les ofresció aquella armada, y junto con esto los certificó que ya el rey, su hermano, con ciento y veynte mill hombres de pie y de cavallo entrava por Francia; y que ordenassen lo que quisiessen qu'el infante hiziesse con su gente y armada, la qual traía pagada por un año.

El príncipe don Félix y los reyes rescibieron al infante Godofredo como a tan gran persona se requería, y holgaron mucho con su venida. Y acordaron luego que toda la gente y estos príncipes se fuesen a embarcar, y que los lxxx. mill hombres ingleses y veynte mill de los que traían el rey de Escocia y el Cavallero Bravo saliessen en tierra con estos reyes y príncipe don Félix; y que todo el restante de la gente fuesen con el infante Godofredo y con el almirante de Constantinopla y el duque Laterio. Y que saltassen en Bretaña .xxv. mill o treynta mill hombres, y con ellos el infante y el duque Laterio; y que en la mar quedasse con el armada y restante de gente el almirante, y quemasse y destruyesse todo lo que por la mar y costas de Bretaña hallasse.

E acordado esto, luego se puso por obra. Y antes que fuesen passados quarenta y cinco días todo este ejército ordenado como es dicho estava puesto en tierra de Francia, y los reyes y el príncipe y toda la gente ovieron tan próspero passaje que sin ningún riesgo ni contradición de la mar ni de la tierra ni de tiempo descendieron debaxo de Calés, que a la sazón era de franceses y no tan fuerte ni importante cosa como es al presente. E assentaron real en los llanos de Gravelingas, que es del condado de Flandes y está a dos leguas de Calés, la qual aquel mismo día se rindió. Y allí ordenaron estos príncipes lo que entendían hazer en su conquista, como se dirá adelante.

Cómo el príncipe don Félix y el rey de Inglaterra, su suegro, y el de Escocia, ordenaron con entera determinación el camino y forma que se debía seguir en aquella guerra

Tomada aquella plaza de Gravelindas, qu'es del condado de Flandes, el qual conde a la sazón era con Francia, no acordaron de sse ocupar en tomar aquel condado, sino de seguir su camino para París. Mas parecióles que era razón que Calés se tomasse y que no tardase en cercarla una parte d'este gran ejército, quedando allí en persona el rey de Inglaterra con diez mill hombres, que bastavan, y con el artillería que conviniesse para esto; y que el príncipe don Félix y el rey de Escocia fuessen adelante con toda la otra gente. Y así se hizo, porque aquel passo era muy nescessaria cosa que se asegurase. Y como a la sazón no era Calés tan fuerte cosa como es agora, dentro de seys días la tomó.

Y así yva el príncipe don Félix tomando quanto topava, y lo más d'ello o todo sin dar lançada. Y tomó a Boloña y Guinez, y Hamez y otras villas, y a Tornay, donde acordó de esperar al rey, su suegro. Y allí les vino nueva cómo el rey de Francia y el duque de Borgoña y el conde de Flandes y el duque de Bretaña y el duque de Saboya y el duque de Millán estaban ya cerca de Ras y venían con más de setenta mil hombres de pie y de cavallo. Y que el Dalfín era ydo a la parte de Bretaña, y con él su hijo mayor del duque de Bretaña con otros veynte mill hombres a resistir el armada y gente que con el infante de España yva por aquella parte. Y que el duque de Urliens era ydo con quarenta mill hombres a la frontera de España, por donde los españoles entravan con su rey en Francia.

Pero todas estas nuevas no dieron turbación al príncipe don Félix ni enflaquecieron su ánimo, porque todo lo que passava lo sabía por sus anillos y espejo; y d'estas joyas y propiedad d'ellas no dava parte ni comunicava con persona ninguna, sino ayudábase d'ellas secretamente, y proveya lo que convinía como prudente.

Y antes que de Tornay partiessen, que fue desde a cinco días, les vino nueva que el infante y Laterio avían desbaratado en la costa de Bretaña, dentro en tierra ocho leguas, al Dalfín, y que con gran daño de los franceses y bretones se avía el Dalfín retraydo una jornada atrás; lo qual puso mucho ánimo y coraje a los ingleses.

CAPITULO LXXIX

Cómo el príncipe don Félix y el rey de Inglaterra y el d'Escocia partieron de Tornay y de cómo dieron la batalla al rey de Francia, el qual fue preso en ella y desbaratado

Luego que aquesta nueva llegó de la victoria del infante d'España y del duque Laterio, partieron el rey de Inglaterra y el príncipe don Félix y el rey de Escocia la vía de donde el rey de Francia venía, muy poderoso, contra ellos. Y desde allí de Tornay llevavan aquesta orden, que el rey de Escocia yva en la avanguardia, y el príncipe don Félix yva tras él con el mayor número de la gente; y en la retroguarda yva el rey de Inglaterra.

Y topáronse estos dos exércitos en un muy hermoso campo y de buena disposición para darse la batalla. Y al tiempo que se vieron, que fue en esclareciendo el día, en esse punto los unos y los otros començaron a gran priessa de ordenar sus gentes. Y la gente inglesa se puso en cinco batallas, y en cada una d'ellas avía doze mill combatientes o más. Y los franceses se pusieron en otras cinco, y en cada una d'ellas avía catorze o quinze mill hombres, porque eran más gente. Pero como eran de diversas lenguas, no eran tales como sus contrarios.

Y luego començaron a mover las unas batallas contra las otras y se travó la más cruda y ensangrentada jornada que jamás pudo acaescer. Y perdiendo los unos, ganando los otros y así peleando sin momento de descanso duró esta batalla casi hasta ser bísperas, sin que pensasse ninguno d'estos exércitos ser vencedor ni perder la vitoria. Y desde aquesta ora en adelante se conoçió mucha mejoría en los ingleses y començaron a retraerse los franceses; pero el príncipe don Félix les dio tanta priessa, así en saber usar de su gente como con las grandes cosas que su persona hazía, que los puso en huýda. Y duró el alcance quatro leguas, el qual siguieron el príncipe don Félix y el rey de Escocia. Y quedó en el campo firme el rey de Inglaterra autorizando la vitoria y recogiendo los que podían ser de los suyos, y prendiendo y matando todavía de los franceses.

Y, según el coronista Listario afirma, murieron más de xl. mill hombres de los franceses y fueron presos más de veynte mil, y pocos más de quinze mill se salvaron; y no murieron quatro mill de los ingleses. Fueron presos el mismo rey de Francia, el qual prendió el Cavallero Bravo de Yrlanda, y si no se diera a conocer le matara; y assí mismo fue preso el conde de Flandes y el duque de Millán. Y murieron en la batalla el duque de Saboya y el de Bretaña, y el de Borgoña.

Y essa misma noche los vencedores se recogieron y estovieron en el campo, assegurando su vencimiento y gozando de su vitoria los ingleses con su rey y príncipe. Y solamente fue conoçido essa noche el rey de Francia, y no lo quiso ver el príncipe don Félix ni el rey de Inglaterra. Y el rey de Escocia lo tuvo consigo essa noche y le hizo curar y bien tratar.

Y otro día de mañana, recogiendo el campo y reconociendo los prisioneros, se hallaron presos el conde de Flandes y el duque de Millán, y otros cavalleros muy principales franceses. Y luego mandaron el rey de Inglaterra y el príncipe don Félix que con suficiente guarda de gente de armas los passassen en Inglaterra. Y así se hizo, y los pusieron en el castillo de Dobra por entonces. Y los reyes siguieron su camino derecho para la ciudad de París.

Y como el Dalfín supo que su padre avía seydo desbaratado y vencido y preso, acordó de venirse a poner en las manos del rey de Inglaterra y del príncipe don Félix. Y para esto el infante le dio seguridad y le prometió que, si se yva derecho a los dichos rey y príncipe, qu'él cessaría y no yría adelante con la gente que tenía.

Y así se fue luego el Dalfín y alcanzó al rey de Inglaterra a una jornada de París. Y derechamente se fue a él y se puso en su merced y en la del príncipe don Félix, los cuales lo reçibieron bien, aunque no avía causa para ello. Pero como el príncipe don Félix

siempre fue misericordioso, ovo por bien que lo rescibiessen. Y embiaron a dezir al infante que hiziesse embarcar la gente de los españoles y que en buena ora se bolviessen en España, y que el almirante y el duque Laterio se viniessen a París, y así lo hizieron. La qual ciudad de sí misma ya havía embiado a dezir al rey de Inglaterra y al príncipe que entrassen en ella y la rescibiessen, y que les daría la obediencia.

Y assí entraron en París con la gente que les paresçió, triunfando de su victoria. Y toda la otra gente de pie y de cavallo de su exército se apossentó alrededor de la ciudad por los villajes. Y desde a dos días que estovieron en París estos príncipes, con mucho triunfo y gloria el rey de Inglaterra se coronó por rey de Francia.

Y desde allí embió a rogar al rey de España que se tornase en sus reynos. El qual avía ya ganado más de veynte leguas de tierra dentro en Francia y avía quemado a Narbona y metido a espada a otros pueblos, y avía desbaratado a los franceses que yvan contra él con el duque de Urliens. Y el rey de España se tornó en sus reynos con su gente. Y desde París se tornó el infante con muchas joyas y presentes que le dieron el rey de Inglaterra y el príncipe don Félix, y quedó muy asentada y confederada perpetua amistad con España.

Y desde a muy pocos días después qu' esto passó acordaron de llegar en Ytalia, donde ya el gran sacerdote o Sumo Pontífice avía embiado comission a su delegado para coronar al príncipe don Félix por emperador de Constantinopla a causa que poco antes vino nueva que Ponorio, su padre, era fallecido; al qual tenía pensamiento don Félix de hazer emperador en sus días. Y de allí de París partieron, y con estos señores el gran sacerdote de Inglaterra, el qual vino allí después que París se tomó. Y juntos se partieron para Ytalia después que dexaron las cosas de Francia asentadas y los castillos y fuerças y justicia y gente de armas en poder de personas quales para esto convenían. Y quedó por governador de Francia el duque Laterio.

Y así como se movieron para yr este camino, luego se les dio el estado de Saboya y el de Millán; y ellos se los dieron a los hijos de los duques que se avían hallado en la batalla campal donde murieron, y los reçibieron con toda benignidad. Y así mismo se les dio todo lo restante de Ytalia sin romper lança. Y creciendo siempre su triunfo llegaron en Setorma, donde a la sazón era pontífice Jurán; el qual recibió a estos reyes como a hijos y personas tan grandes.

Y luego el quinto día se coronó por emperador don Félix y determinó de hazer su asiento por algún tiempo en aquella ciudad. Y a cabo de tres meses que allí estaban el emperador y su suegro murió el pontífice Jurán, y fue elegido por voto y consentimiento de todos los sacerdotes por Summo Pontífice el gran sacerdote de Inglaterra.

Y desde a pocos días el rey de Francia, alias de Inglaterra, se tornó para sus reynos, y el emperador, su yerno, pasó al imperio. Mas antes qu' el uno del otro se despidiesen, el emperador don Félix rogó al rey de Francia, su suegro, que se oviesses piadosamente con los presos y con el Dalfín; y él se lo prometió, pero que avía de ser en su presencia, y en tornándole Dios del imperio.

Y el rey se tornó derechamente a París, a donde hizo venir su muger y a la emperatriz Dorendayna, su hija, y a la duquesa Fulgencia, y el emperador y el almirante, su marido. Y así lo hizieron. Y lo alcançaron en Nápoles, donde estovieron cerca de tres meses aderesçando de sse embarcar. Pero después, mudado de consejo, se fue a Brundusio.

CAPITULO LXXX

Cómo el emperador de Constantinopla passó en Albania a hazer las obsequias de Ponorio, su padre, y dende passó al imperio; y de lo que en él hizo

En Brundusio se embarcó el emperador y passó en pocos días en Albania, donde el rey, su tío, lo salió a rescebir dos jornadas, y con el príncipe Alberín y todos los otros grandes y señores de aquellos reynos. Y aunque avía poco tiempo que su padre del emperador era fallecido, mucho consuelo puso a todos su venida, en especial a la duquesa, su madre; la qual, como avía mucho tiempo que no lo havía visto hasta aquella ora, y lo veía venir el mayor señor del mundo, mucho gozo sintió su ánima con su hijo, el emperador don Félix, y así mismo todos aquellos reynos; porque quando venció los torneos, solamente una ora o dos estuvo con ella y su padre, según queda ya dicho en el capítulo .xxxvi. Luego se renovaron las obsequias y sacrificios de Ponorio y se solemnizaron muy sumptuosa y largamente.

Y allí estuvo en esto quatro meses y más, por dar plazer a su madre y a la princesa, su hermana, y a sus tíos y primos. Y dexó muy ordenada y honrrada la casa de la duquesa, su madre, la qual quiso retraerse luego en un monesterio de religiosas, porque ya era muger de edad. Mas por esso no quiso el emperador que sus criados la dexassen de servir, y él tomó cuydado de todos ellos y los mandó gratificar muy bien a todos los que a Ponorio y a la duquesa avían servido. Y así mismo fizo crecidas merçedes a Rodoal, su mayordomo mayor, y a todos los otros criados que este emperador don Félix dexó en aquella corte quando se partió d'ella con Laterio solamente.

Y fecho esto se partió para el imperio, y como yva por todas las villas y ciudades principales visitándolas y en todas ellas jurándole por emperador, en especial en las que eran cabeça de provincias, algunos días tardó hasta llegar en Constantinopla. Y allí hizo cortes, y tardaron en llegarse a ellas tres meses; a las quales vinieron todos los reyes y altos hombres que eran sujebtos al imperio, y todas las comunidades embiaron sus procuradores.

Y en estas cortes hizo marqués a Risponde, el qual avía dexado por capitán general; y al rey de Egipto, que avía dexado por presidente, le hizo muchas merçedes y le dio una gran provincia muy buena, que se añadió entonces en la corona egipcia. E porque avía días qu'el rey de Egipto no avía ydo a su reyno, le dio licencia para que fuesse a ver su estado, y le dio muchas joyas y dozientas mill monedas de oro para casar una de sus hijas. Y en aquellas cortes hizo hazer mucha justicia y guardar derecho a muchos.

Y estuvo en el imperio tiempo de dos años sin tener guerra con ninguna nación comarcana ni estraña. Y en este tiempo fue tan molestado y rogado de la emperatriz, su muger, y del rey de Francia y Inglaterra, su suegro, con sus cartas, para que los viesse, que él determinó de tornar en Inglaterra y estar allá algún tiempo, y traer consigo a la emperatriz, su muger, para residir y estar en su imperio y señorías.

Pero antes que se partiese dexó por gobernador del imperio al duque Laterio, que ya era tornado de Francia; y dexó por capitán general del imperio al almirante Litardo; y hizo presidente al marqués Risponde. Y desde ovo dexado assí ordenadas todas las cosas del imperio, se despidió de todos los altos hombres y les dixo qu'él se yva en Inglaterra para traer a la emperatriz y venirse de asiento con ella a residir en su imperio y señorío.

CAPITULO LXXXI

Cómo le vino nueva al emperador que en la grandíssima ciudad de Setorma tenía mucha contención el Summo Pontífice con algunos sacerdotes poderosos; y de lo que en esto sucedió y se hizo a causa del emperador

Estando para se partir el emperador, llegó un correo por el qual supo cómo en la grandíssima ciudad de Setorma avía muchas diferencias y división entre el Summo Pontífice y los otros perlados, a causa qu'el Summo Pontífice que abitava en la parte oriental de Europa era muerto, y por su fin fue elegido el gran sacerdote de Apolo. Y los otros sacerdotes, a quien no plazía la tal elección, dezían que avía seydo elegido favorablemente y por causa de complazer al emperador, y no de voluntad y voto del común sacerdocio ni con parecer del colegio principal de los sacerdotes y perlados que en su assumption devían concurrir.

E sobre aquesta cisma vinieron las cosas divinas a término que, olvidando la oración y santimonía, toda la religiosa gente se convirtió en armas y exércitos populares. E d'esto no pudiera salir ningún buen fruto, sino muchas muertes de hombres por el grande escándalo que d'esta causa avía.

Mas el auctoridad y persona del emperador fue acatada, y de su temor no llegaron las voluntades dañadas a total rompimiento, puesto que muy aparejado estoviesse. E en la ora qu'el emperador supo esta discordia embió sus mensageros a Setorma; por los quales y por sus letras certificó a aquella ciudad y los prinçipales d'estos movimientos que, si el Summo Pontífice no era justamente elegido, qu'él sería en le privar de tal dignidad y sería en favorecer a los que le contradézían. E que, si dignamente fuesse puesto en tal estado, qu'él le conservaría en él. E que, porque él estava de partida para venir en Ytalia, que rogava y mandava a aquella ciudad generalmente y a todos los otros señores y perlados en particular, assí a los mayores sacerdotes como a los del grado inferior, que ninguna mudança ni novedad entre ellos oviesse en tanto que él llegava, con protestación y firme promessa que los que diessen causa a otra cosa no serían sus amigos y, demás de perder su gracia, no les faltaría castigo.

Con estas letras del emperador mucho sosiego y quietud ovo en las cosas y, puesto que estaban encaminadas a gran incendio y guerra, luego cessaron las murmuraciones y los otros aparejos que suelen ser medianeros de la discordia.

Pero porqu'el emperador avía prometido a la duquesa, su madre, de se yr por Albania, assí lo hizo, y estuvo en esta visitación más de treynta días, y en fin d'este tiempo se partió. Por tierra fue hasta Venecia, la qual no en el agua, como agora está, mas junto a la costa de la mar era fundada, y no menos poderosa y de grande pueblo que agora tiene. Pero con otro nombre estava, y dezíasse Lapola. Y estuvo en aquella ciudad diez días, muy festejado de aquella comunidad y recibiendo d'ella muchos servicios y presentes.

Y de allí fue a Setorma y halló al reverendíssimo Pontífice muy al cabo de la vida, assí del cansancio de la misma antigua hedad suya como de otros enojos que le avían recrecido de las pasiones susodichas, y aún alguna sospecha pudo poner su muerte, porque desde a siete días qu'el emperador llegó, passó d'esta vida. E el emperador creyó que le avían seydo dadas yervas, y d'este enojo no quiso admitir a otro ninguno en tal dignidad. Las obsequias fueron muy solepnizadas y grandes, según la generosidad y grande officio d'este perlado y porque, como es dicho, era tío de la emperatriz Dorendayna. Y en quarenta días continuos no cessaron los incensarios y sacrificios.

Pero aquesto passado, no consintió el emperador que ninguno sucediesse en el pontificado, sino él mismo, y quiso comprender en sí los onores spirituales, y fue el primero que los mezcló en una persona con los temporales entre los gentiles. E de consenso de todo el sacerdocio y gente militar y de todos los estados, fue elegido el mismo emperador por pontífice, así que se puede colegir de aquí que no hizo cosa nueva Julio César quando fue pontífice y recogió en su persona todos los magistrados y dignidades de Roma, assí spirituales como temporales. El qual dicho César, y Otaviano y Tiberio y otros emperadores que después d'éstos vinieron assí se intitularon, y juntamente se llamavan Pontífices Máximos y Emperadores. Quanto más que, según lo que se ha podido comprehender d'esta historia, lo que en ella se contiene fue en tiempo de Laumedonte, rey de Troya, y algunos quieren dezir que antes, assí que es cosa muy antigua, porque la destruyción última de Troya en tiempo de Príamo fue quatrocientos y quatorze años antes que Roma fuesse fundada. Y de la edificación de Roma a la natividad de Christo, nuestro Redemptor, ovo siete cientos cinquenta y dos años, según afirma Christóforo Landino.

Pero dexando aparte estas cosas que, aunque son antiguas en respecto de la presente historia del Cavallero de la Fortuna son modernas, dize Listario que, después que tuvo el emperador don Félix ocupados y aceptados en sí todos los onores divinos y temporales, estuvo en Setorma casi tres meses, con muchas embaxadas y visitaciones de príncipes y altos varones. Y a cabo d'este tiempo se partió de allí y fue a Milán, la qual en aquel tiempo se llamava la Población de Júpiter, en la qual le fue fecho mucho servicio y grande reçeбimiento. Y de allí fue a París, donde halló al rey, su suegro, que avía dos meses que le estava ende esperando. Y juntas entr'ambas cortes, ovo muchos torneos y justas y otras demostraciones de mucho plazer con la venida d'este poderoso emperador, que sería muy largo de escrevir.

CAPITULO LXXXII

Cómo el emperador pidió al rey de Francia, su suegro, que restituyesse los reynos de Francia al Dalfín, su sobrino, con ciertas parias; y lo hizo

Nunca después qu'el Dalfín vino a poder del emperador y del rey se partió de su sevicio. Y desde a ocho días qu'el emperador estava en París, secretamente le dixo al rey cómo todos los sacerdotes y personas de religión con quien havía hablado algunas vezes en las cosas de la guerra passada de Francia le avían estimulado y rogado que, para descargo de su consciencia, con alguna moderada forma tuviesse manera que aquel estado se restituyesse. Y conforme a esto, el emperador dixo a su suegro que, pues él era sin aquello tan rico y poderoso, que muy bien parescería que de su mano y mostrando una muy amplíssima liberalidad se lo tornasse a su sobrino, el Dalfín, y avría lugar aquel proverbio que dize que no es menos gloria hazer reyes que vencerlos. E que el rey, padre del dicho Dalfín, se estoviesse preso pero bien tratado, a lo menos por estonces.

Todo lo concedió el rey y lo quiso assí poner por obra, a causa de conoçer en el emperador, su yerno, que de aquello holgaría, y porque de su misma condición el rey era liberalíssimo. Y assentóse luego qu'el reyno se diesse al Dalfín, el qual en cada un año diesse y pagasse en parias y por reconocimiento de soberanidad dozientas mill coronas, y que Calés quedasse con Inglaterra, y que todas las vezes qu'el rey de Inglaterra embiasse a llamar al de Francia le fuesse a servir de paz o de guerra como fuesse requerido. E assí fue capitulado y jurado.

Pero no se ha de entender que Calés quedó desde entonces hasta agora en el señorío de la Gran Bretaña, qu'es Inglaterra, mas fue la primera vez que Inglaterra ovo aquella villa; el qual nombre ni otro alguno de quantos modernos se han nombrado en esta crónica no eran a la sazón los mismos que agora. Pero porque los letores mejor entiendan el discurso de la hystoria, se han puesto los nombres que agora tienen los reynos y pueblos de quien se ha hecho mención.

E tornando a nuestro propósito y a dar fin d'esta primera parte de la crónica del Cavallero de la Fortuna, escrívesses en el original d'ella que luego, en presencia del emperador y del rey, hizieron coronar por rey de Francia al dicho Dalfín y le hizieron entregar todas las fuerças y castillos de sus estados, salvo el condado de Flandes, que desde entonces quedó por muchos tiempos separado de la corona de Francia y fue dado a un cavallero, muy cercano deudo del emperador, llamado Glodone, porque ésta fue una de las principales condiciones que ovo en esta negociación, y quitósse a los señores que antes tenían aquel estado, los quales por su origen eran naturales de Yslanda.

E fecho esto, el emperador y su suegro se passaron en la Gran Bretaña o Inglaterra, donde fueron rescebidos con muchas fiestas, porque avía ya más de tres años qu'el emperador avía ydo de aquella tierra y era muy desseado en ella, no solamente de la emperatriz, pero de todo aquel reyno universalmente. Y halló a su hijo Liporento de tan bonita

disposición, según la tierna edad qu'él tenía, que ya desde aquella él mostrava que avía de ser gran persona en el mundo, como lo fue y se dirá en su lugar.

Y con aquesto haze fin el primero libro o parte de la historia y crónica del emperador don Félix.

DEO GRACIAS

Mosén Jeroni Artés a los letores:

Al autor mucho devemos,
pues que truxo a tal sazón
este libro que podemos
alcançar los que leemos
cosas que tan dignas son.

Dechado muy singular
se pudiera bien dezir,
pues se pueden d'él sacar
dichos que son de notar
para hablar y escrevir.

Y si fue breve y no dino
mi dezir de sus loores,
no lo hize de malino,
mas por me hallar indino
de loar tantos primores.

Es obra gentil y nueva
mas, ¿quién tan bien la describe,
o qué galerdón se lleva?
Pues que parece por prueba
qu'en lo escrito siempre bive.

FIN